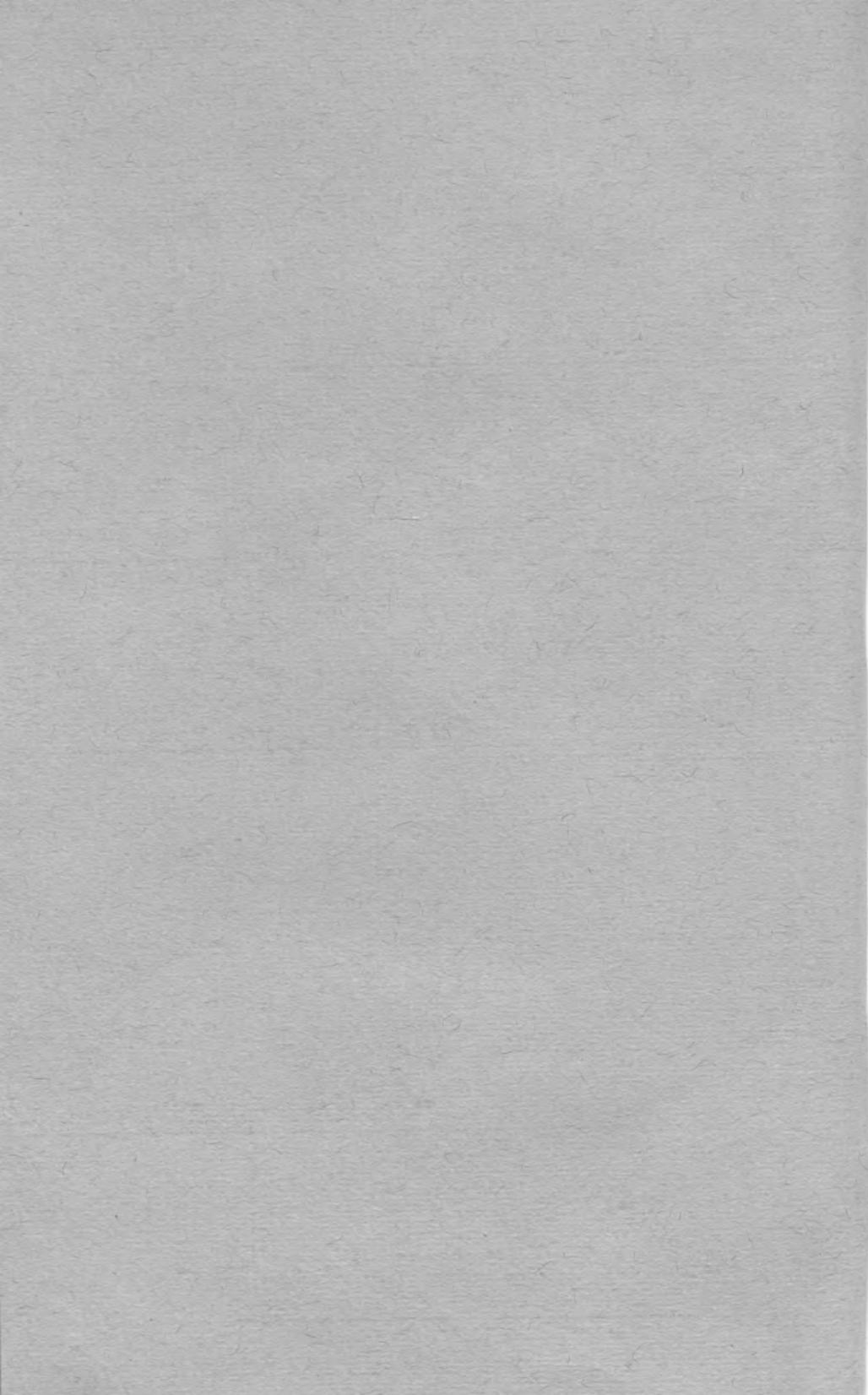


P.B. 1126323
1/01/858



VIAJES, HAZAÑAS Y AVENTURAS

DE

UN HÉROE DEL SIGLO XIII

NOVELA HISTÓRICA

POR

DON ANTONIO MARÍA DEL VALLE Y SERRANO

MARQUÉS DE VILLA-HUERTA



MADRID

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LOS HUÉRFANOS

Juan Bravo, 5. — Teléfono 2.198.

1894

R. 78665



VIAJES, HAZAÑAS Y AVENTURAS

DE

UN HÉROE DEL SIGLO XIII

VIAJES, HAZAÑAS Y AVENTURAS

DE

UN HÉROE DEL SIGLO XIII

NOVELA HISTÓRICA

POR

DON ANTONIO MARÍA DEL VALLE Y SERRANO

MARQUÉS DE VILLA-HUERTA



MADRID.

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LOS HUÉRFANOS

Juan Bravo, 5. — Teléfono 2.198.

1894

PRÓLOGO

PRÓLOGO

Según refieren antiguas crónicas y viejos nobiliarios, el ilustre caballero que es el héroe ó protagonista de este libro, acometió el larguísimo y azaroso viaje que aquí se describe, hacia la segunda mitad del siglo XIII; mas por lo poco que de sus asombrosas hazañas hablan tales historias, y por tratarse de un antepasado mío, no quedó satisfecho mi deseo con tan pequeños datos, hasta que conseguí, compulsando nuevos y originales documentos, reconstituir la vida entera de tan novelesco como olvidado personaje.

Lo que no pudieron alcanzar el estudio y la investigación para componer esta obra, lo ha suplido la fantasía; siendo esta la principal razón de apellidar novela histórica á mi trabajo, en vez de historia novelesca, que también este nombre podría corresponderle por lo verídico del viaje, unido á lo extraordinario de las aventuras.

Si en los detalles de las curiosas hazañas emprendidas por mi héroe dejó á veces correr la imaginación, he puesto el mayor empeño en que los nombres de los ascendientes y descendientes del protagonista, así como los de aquellos Reyes y Príncipes que aquí aparecen, sean rigurosamente históricos.

Histórico es también el estado de los pueblos, tanto europeos como asiáticos, en la época de este famoso viaje, no siendo el estudio de la enmarañada y poco conocida historia de los países á que me refiero lo que menos me costó poner en claro.

Exactas son asimismo todas mis descripciones geográficas, así como el estudio de las costumbres, religiones, trajes y demás curiosas referencias á los habitantes de las comarcas recorridas; todo lo cual espero que haya de aumentar el interés de la narración, por la mayor exactitud del cuadro dentro del que se desarrollan tan interesantes y originales sucesos.

Réstame decir que juzgo sea, no sólo propio para despertar la curiosidad de los lectores, sino también para excitar su patriotismo, el relato de las valerosas hazañas y caballerescas acciones que llenan las olvidadas crónicas de la Edad Media; siendo, á mi parecer, á la par

que acto de justicia, sacar del olvido los gloriosos nombres de nuestros mayores, medio adecuado para que nos sirva de ejemplo y modelo su heroico proceder.

Por lo cual también creo que sería grandemente provechoso é ilustraría mucho la historia patria que cada uno, según sus medios, procurase investigar en los antiguos documentos que se hayan conservado de su Casa lo que de interesante y curioso hubiese, y de este modo fácilmente se reunirían materiales que esclarecieran épocas y nombres obscurecidos de nuestra gloriosa epopeya nacional.

Y por último, á fin de no distraer la atención del lector con frecuentes anotaciones, me limito en cuestión de citas á exponer solamente las que me parecieron necesarias.



PRIMERA PARTE

LEJOS DE LA PATRIA



CAPITULO PRIMERO

En el que se trata de la extraña manera como se presenta el protagonista de nuestra historia.

La muy noble ciudad de Burgos, Cámara del Rey y cabeza de Castilla, que á tanto ascendían sus títulos, hallábase sobrado inquieta y alborotada á mediados del año de 1295, por las estupendas y alarmantes noticias que desde últimos del mes de Abril llegaban casi diariamente á oídos de su leal vecindario.

Después de la muerte del Rey D. Sancho IV, acaecida el lunes 25 de Abril, y de la proclamación al siguiente día 26 de su hijo Fernando como Rey de Castilla y León, alzáronse en rebeldía el Infante D. Juan desde Granada en demanda del reino, y D. Diego López de Haro en Aragón como pretendiente al señorío de Vizcaya, que poseía el Infante D. Enrique.

Indignada por tales nuevas la heroica Doña María de Molina, madre del Rey niño, acudió á la lealtad de los ricos homes D. Juan Núñez de Lara y D. Nuño González, su hermano, solicitando de su poderosa influencia ayuda y protección para el nuevo Rey, no solamente contra la ambición de D. Juan y D. Diego, sino á la vez contra las pretensiones al trono que ya se manifestaban á las claras en el Infante de la Cerda, nieto de Alfonso X. —

Aparentaron firme lealtad y sumisión á la Reina madre los dos Laras, y aceptando con aparente buena fe el alto encargo de la noble señora, salieron de Toledo en són de apaciguar la ambición de D. Diego de Haro, mas con el móvil secreto, pero decidido, de traicionar á su Rey y señor.

Y, en efecto, tan pronto como se avistaron con el de Vizcaya le ofrecieron el señorío, añadiendo que, si el nuevo Rey se negaba á su confirmación, nombrarían otro Soberano, por cuyas palabras quedó patente su deslealtad. No fué más afortunada la Reina con el nuevo protector que buscó á su hijo en la persona del Infante D. Enrique, hermano del finado Sancho IV, pues siguiendo la misma conducta que los de Lara, aunque les odiaba de muerte, ofrecióse también como amigo y sostenedor del tierno Rey,

para después manifestarse enemigo y rival cuando le fué negada la tutoría del reino, que con ahinco solicitó. Pero como no es nuestro propósito seguir un curso de historia, aquí hacemos punto en el relato de sucesos por todos conocidos, y que sólo para manifestar el sobresalto que reinaba en Burgos al comenzar nuestra narración, hemos bosquejado, y bien rápidamente.

En el momento que elegimos, ocupaba las calles y plazas de Burgos bulliciosa muchedumbre en espera de la próxima venida del Infante D. Enrique, aún disfrazado de súbdito obediente á su sobrino el niño Rey.

Las plazas y arrabales vecinos á las puertas de la ciudad, donde se establecían en tiempos ordinarios los vendedores y los cambiantes de moneda, judíos el mayor número de éstos y paisanos de la campiña cercana la mayoría de aquéllos, eran los lugares en el presente caso más animados por el gentío, deseoso de asistir á la entrada del Infante, y donde reinaba gran confusión y alboroto, á lo que, y en no pequeña parte, contribuían las imprecaciones de algún villano atropellado ó de alguna gentil burgalesa poco respetada.

Aparecía á lo mejor cabalgando en brioso corcel un noble castellano, cubierta la cabeza

con bruñida celada y sujeta al cuerpo por la cintura la especie de dalmática sin mangas que dejaba al descubierto brazos y piernas por finísima cota de malla defendidos, viéndose detrás marchar al escudero portador de la rodela, ó de la lanza, ó de ambas cosas á la par.

Según era el genio ó la altanería del recién venido, atravesaba al paso ó al trote de su caballo por entre la apiñada muchedumbre, compuesta en su mayoría de pecheros vestidos de paños de burriel, y la cabeza cubierta á su antojo, con montera, tocados árabes, bonetes redondos ó gorros de velarte, sin importársele un ardite al caballero pisar á unos, asustar á otros y apretar á todos. Seguía el noble su camino, volvíase á cerrar el hueco abierto un instante por el recién llegado, y hasta otra.

Pero en vez de D. Enrique, que no aparecía, y á eso del anochecer, cuando los grupos de gente desocupada y bachillera íbanse aclarando, asomó por la puerta que daba al Oriente, montado en negro trotón alto y fornido, un guerrero de singulares armas cubierto. Llevaba oculta toda la cabeza por dorado casco, de modo que sólo los ardientes ojos dejaba entrever. La cota de malla que cubría su cuerpo era asimismo dorada y reluciente á los últimos rayos del sol, cual si fuese de purísimo oro. En

medio del pecho destacábase ancho escudo de plata con un águila negra en el centro; todas las demás piezas, desconocidas por entonces en Castilla, piernas, brazales y manoplas, eran también doradas; en fin, que á nadie mejor que al caballero podía aplicarse el tan popular dicho de que parecía una ascua de oro.

Las armas consistían en ancho alfanje con puño damasquinado, y engarzadas en él piedras de variados tamaños y colores; pendientes de negro cinturón cuchillos y puñales de extraña forma; y como contraste de tan estrambótica riqueza, una sencilla hacha con grueso astil de madera, que por su peso y longitud daba buena cuenta del forzado y descomunal brazo que debía usarla. Y en efecto, el buen hidalgo más parecía gigante que hombre, y más de hierro que de carne; tan sosegado y tranquilo llevaba tal pesadumbre de armas y arreos.

Detrás marchaba acompasadamente, también á caballo, uno á modo de escudero de igual talante, equipo y armadura que su señor, con la sola y notable diferencia de que todo lo que en el primero aparecía de oro, en el segundo era plateado, formando entre ambos tal maridaje, que al penetrar lentamente por la poterna en la plaza ¡diantre!—dijo un chusco:—

he aquí el sol y la luna que vienen á visitarnos.

Sin hacer caso alguno de la estupefacción primero, y de las risas y cuchufletas después, de los asombrados y risueños burgaleses, los dos incógnitos viajeros tomaron por la calle frontera, y fueron á parar y á apearse junto á la hospedería de un convento que allí se hallaba establecida para los viandantes y peregrinos.

Golpearon en la ferrada puerta con el cuento de la lanza, hasta que se abrió, rechinando sobre sus goznes, y poco después ambos jinetes desaparecían de la calle, dejando largo y tendido que contar de su extraña figura á los que pasar les vieron.

Una vez en el zaguán, los caballos dieron en la cuadra y los caballeros en un espacioso cocinón, en medio del cual enormes pedazos de leña ardían sobre anchuroso lecho de cenizas y debajo de una gran campana, por donde enormes bocanadas de humo salían á perderse entre sus compañeras las nubes.

Cerrando el circuito veíanse larguísimos baños de tosca madera con sus testeros y apoyabrazos, que ocupaban nobles y villanos, peregrinos y guerreros en fraternal y amigable consorcio. No bajarían de un medio centenar de personas de variados talantes y cataduras

los que charlando de *omni re scibili et quibusdam aliis* esperaban paciente ó impacientemente la hora de la cena común, seguida por la del descanso nocturno.

Llegados los recién venidos, hicieronles hueco en el corro y sentáronse ambos incógnitos después de saludar, como cristianos, con el consabido “alabado sea Dios,„ y de colocar bajo sus piernas, y para mayor desembarazo, hachas, alfanjes y cuchillos, que al punto formaron regular y formidable montón.

No tardaron los huéspedes en suspender sus conversaciones para fijarse con extrañeza en la singular catadura de los nuevos llegados. Y subió al más alto punto el general asombro al descubrir que lo que de lejos parecía cota de espesas mallas, tanto en el caballero como en su escuderil acompañante, no eran sino rodajas de metal á modo de monedas raras y desconocidas, unidas las unas á las otras por anillos de verdadera malla.

Luego, al quitarse ambos el casco que les cubría el rostro, dejó ver el caballero un enérgico y á fuerza de tostado casi negro semblante, una larga y cenicienta barba, y unos ardientes ojos, cuya orgullosa expresión daba indicios de la importancia que á sí propio se adjudicaba el anónimo guerrero. Su *ad*

latere presentó al descubierto un rostro rudo, animoso también, pero menos altivo, y al cruzarse las miradas de ambos no quedó la menor duda de quién era el amo y quién el servidor, aunque el diferente metal de sus armaduras no lo hubiese ya presupuesto.

Cesaron, como hemos dicho, las conversaciones y pláticas de todos, pero nadie se aventuró á expresar su curiosidad sino con los ojos, que no hay nada más atrevido que la vista, ni nada más cauto que la lengua cuando á un conjunto de tantas armas se dirigen.

Mientras tanto el dorado caballero, después de pasear su imperiosa mirada por toda la concurrencia, fijóse en su vecino de la derecha mano. Era éste un hombre de noble semblante, de edad como de cincuenta años, todo el cuerpo de cota de malla revestido, barbudo también y de aire melancólico, de tal manera, que acaso fuese el solo de los presentes á quien nadie había dirigido la palabra, ni él con ninguno promovido la conversación. Con la cabeza baja y como ensimismado en la contemplación del fuego que frontero ardía, apenas reparó en los últimos entrantes, y sólo maquinalmente, y como obedeciendo á un natural movimiento de cortesía, les hizo sitio en el banco é inclinó más la cabeza á su saludo.

Pues á este silencioso personaje, quizás por hallarse á su lado, fué á quien cupo la suerte de excitar la labia del señor recién venido. Con voz bronca y vibrante, oída de todos, le dijo estas palabras y las siguientes que el benévolo lector oirá también, si es que quiere escucharlas:

— Con vuestro permiso, señor caballero: hanme asegurado que el reino de Castilla se halla en plena discordia, por dudarse cuál sea su verdadero Rey.

Alzó la vista su vecino al oír tales palabras, asombrado de la osadía ó sencillez de su interlocutor, porque tanto podían atribuirse á malicia rebelde, como á simple ignorancia, las extrañas expresiones del incógnito.

Miróle un momento entre receloso y confuso, respondiéndole sólo con esta ambigua frase:

— Bien se conoce que vuesa merced no es castellano, pues así habla.

— Castellano soy, y de los buenos — repuso el desconocido; — pero vengo de lejanas tierras, y sólo desde que pasé el Ebro esos tristes rumores de desavenencias entre cristianos han llegado hasta mí; y por cierto que ahora, al ver confirmadas tales desdichas, no me explico la razón de por qué los ricos homes y caballeros andan tan desavenidos habiendo aún tierras

españolas en poder de moros, nuestros naturales y comunes contrarios.

— También es de razón — se atrevió á replicar uno de los peregrinos que cerca se hallaban — atender antes que á la conquista al derecho que es de rigor posea el que nos mande; pues tanto mayor será nuestra fuerza contra los infieles, cuanto mayor sea la legitimidad del que nos dirija, ya que, si por usurpadores les combatimos, no ha de ser justo que tengamos otro usurpador á nuestra cabeza.

— Eso es verdad — repuso alzando la voz el desconocido — en aquellas circunstancias en las que el derecho no ofrece duda alguna; pero ahora, según me han explicado, hállase la cuestión de legitimidad tan obscura y enmarañada, que sólo la fuerza de las armas puede decidirla; cosa que, hablando en plata, siempre ha sucedido y sucederá; valiendo más, para cortar tales dudas, una victoria que no una asamblea.

Mudos de asombro quedaron todos al ver la audacia con que se expresaba el caballero en medio de tanta gente y refiriéndose á sucesos tan delicados. Alguien hubo que ya se disponía á protestar contra tales expresiones; pero el aspecto del que las había proferido, bien á las claras daba á entender su resolución de de-

fenderlas y afirmarlas en todos terrenos; y así unos y otros se contuvieron, considerando que ni el lugar, ni la ocasión eran á propósito para entablar peleas, y menos entre cristianos ni por acaecimientos que, si á todos importaban como súbditos, á ninguno de los presentes tocaba en especial.

Nada dijo ni dió á entender tampoco el ensimismado vecino de nuestro protagonista, y así hubo un nuevo instante de silencio; sólo el peregrino hablador, que tenía aún más curiosidad por saber quién era y de dónde venía el extraño viajero, que gana de menear la sin hueso, siendo ésta mucha, no pudo contenerse y replicó con aire de asombrado:

—¡Alabado sea Dios! ¡Y cuán de lejos debéis llegar, señor caballero, para no haber tenido noticia de lo que aquí sucede hasta pisar la tierra castellana, según dijisteis! ¿Podríamos saber, si es que no lo toma á mal, de dónde viene vuesa merced?

Y quedóse parado, temeroso de que su lengua hubiérase escurrido en demasía al hacer tal pregunta.

No se dió por agraviado, antes se manifestó satisfecho el incógnito por tal demanda, y quizás influyó no poco en ello el orgullo de dar á conocer sus largas correrías; así es que se

apresuró á decir alto, para que todos le oyeran:

—Que me place. Llego de tan lejos, que traigo muchos meses de camino, pues vengo nada menos que de tierra de Babilonia.

Asombráronse aún más los presentes, y roto ya el hielo, como suele decirse, exclamó otro viandante, que por su observación se ve claro no se preciaba de erudito en geografía:

— ¿Babilonia?... cerca debe estar del fin del mundo.

— No debe hallarse muy lejos — respondió el babilónico; — y, sin embargo, desde allí por el frente aún se descubrían luengas tierras.

Viendo los demás pasajeros el agrado y buenos modos con que el héroe de la noche respondía, animáronse á hacerle nuevas preguntas, con el deseo de pasar entretenidos el resto de la velada hasta que llegase la hora de la cena; y así menudearon las demandas de tal modo, que cortó por lo sano el interpelado diciendo, para evitar ese continuo tiroteo de preguntas y respuestas.

—Pues veo que os place, voy á emprender de seguida el relato de mi larguísima expedición; y al que se canse le prevengo que puede irse, sin que por eso me dé por ofendido; que no será la primera vez, ni creo la última, en que yo mismo haya adoptado igual procedi-

miento siempre y cuando no me satisface lo que cuentan.

Aprestáronse los concurrentes á escuchar, aguzaron cuanto pudieron los oídos y comenzó el babilónico su narración del siguiente modo





CAPITULO II

De cómo conduce el narrador á sus oyentes desde Burgos á Viena y les da conocimiento de las empresas guerreras que acometió por el camino.

—El año de gracia de 1262, hace ahora treinta y tres, contaba yo veinte; y á pesar de mi poca edad, meses y aun años hacía que éranme familiares los golpes y cintarazos en encuentros y batallas, debido á que, por mi noble alcurnia y calidad, educáronme para la guerra, como la más adecuada profesión de hidalgos y caballeros.

Desgracias y disgustos de familia, de que no hago mención sino de pasada, por lo poco que puede importaros, hiciéronme el año anterior al referido, ó sea el 61, acoger con gran júbilo la idea de acompañar á mi Rey y señor Don Alfonso X, que santa gloria haya, en su proyectada expedición al Imperio de Alemania, con

el fin de coronarse de Emperador, por haber sido elegido años antes para ejercer tan augusta soberanía. Todos sabéis que por la rebelión de los moros, ya sometidos desde Murcia hasta Jerez de la frontera, bajo el mando de Ben-Alhamar de Granada, tal investidura quedó en estado de proyecto, y que el año 62 fué vencido Don Alfonso en los campos de Alcalá la Real.

Halléme yo en la sangrienta batalla, y de ella salí á tal punto disgustado por la manera con que fué dirigida y combinada por nuestros jefes, que volví á pensar, y esta vez resolví allí mismo salirme de España en busca de aventuras, propósito á que me llevaron entonces mi natural emprendedor, desgracias de familia y desaliento por la mala dirección de las fuerzas cristianas en mi patria.

Decidí también no detenerme en Aragón ni en Navarra, tanto por ser países demasiado cercanos para mis errantes aficiones, como por ser muy fácil que si en ellos permaneciese tuviera pronto que pelear contra el Rey Don Alfonso, cosa que me vedaban mi deber y mi deseo; y así dispuesto, comencé por acudir al castillo de mi padre, alcancé su venia y su bendición como feliz principio de mis correrías, y luego, acompañado sólo de mi fiel escudero, que

aquí delante se halla, y provisto de armas y vestiduras más á la moda de estos cristianos países que las que ahora llevo puestas y á todos con razón han sorprendido, tomé el camino de Francia, adonde llegué sin grandes sucesos que merezcan referirse.

Entramos primero por el vizcondado del Bearn, y después por el gran ducado de Aquitania, y encontréme en un país sólo aquí conocido por algunos guerreros que de vez en cuando vienen á meterse en nuestros asuntos, varios peregrinos que so pretexto de votos y promesas se pasean á nuestra costa, y muchos merodeadores que sin pretexto alguno huyen de Francia para pescar en nuestro territorio lo que se pueda. Pasé adelante á tiempo que dos poderosos señores de aquellas comarcas, el Vizconde de Limoges y el Conde de la Marche, hallábanse grandemente ocupados en combatirse, pues las guerras privadas son muy comunes en el país de Francia, á pesar de su reciente prohibición por el piadoso Rey Don Luis, que entonces allí regía. Estas luchas de señor á señor nacen de la injuria ó desafuero cometido por un individuo en contra de otro, quedando desde aquel momento las familias de los dos contrarios en estado de guerra.

Al pasar por un gran pueblo, capital del vizcondado y cuyo nombre lleva, vi como se juntaban muchos hombres de armas, con picas, cuchillos y ballestas, mandados por el Vizconde en persona, cuyo número de vasallos es tan grande, que bien podría pasar por Rey ó Príncipe en cualquier país. Preguntando en lengua latina, que hablaban casi todos, me puse al tanto de que íbase á trabar batalla con las mesnadas de su también poderoso contrario el Conde de la Marche. No me pesó asistir á ella, pues ya mi brazo hacía tiempo que hallábase sobradamente ocioso, y además arrastráronme en aquella ocasión el ardimiento de la juventud y de mi carácter, á conquistar por la fuerza de las armas algún trofeo de guerra como glorioso principio á las correrías que pensaba emprender.

Y así sucedió. Sin que nadie se diese por entendido de mi cualidad de extranjero, puesto que las armas y trajes allá y aquí se asemejan, unime con mi escudero á las tropas que salieron á la campaña.

Anduvimos como espacio de media jornada hasta topar con el contrario ejército. Dispusiéronse las huestes á hacer noche frente al enemigo, y, apenas amaneció, trabóse la sangrienta batalla.

Sin gran orden ni concierto, por los unos ni por los otros, acometiéronse rudamente. Hallábame con mi escudero en un extremo del campo de batalla, cuando vino hacia mí con gran furia un arrogante y bien armado jinete del contrario bando, y ya cerca paróse retándome á singular combate. Respondí sin vacilar á su provocación conforme pide la ley de caballería, verificándose al punto el encuentro, que resultó empeñado y reñido.

Mía fué á la postre la victoria, y cuando vi en el suelo á mi contrario no extremé el vencimiento con su muerte, sino acudí en su ayuda pretendiendo levantarle, aunque sin conseguirlo, pues hallábase desmayado por el fuerte golpe de la caída. En esta situación noté que se acercaban muchos combatientes, y como halléme también contuso del brazo derecho, tuve que renunciar á esperarlos, y adjudicándome como trofeo de guerra la divisa que colgando de la lanza llevaba el vencido, y era una banda roja con palabras desconocidas para mí, abandoné con mi escudero el lugar de la pelea, encaminándonos hacia el Nordeste, á fin de evitar la gran cadena montañosa que por Levante se descubría.

No careciendo todavía de dinero, procuré salir de Francia lo antes posible, deseando

hallarme en tierras más extrañas; y para conseguir mi propósito sin nuevos tropiezos, caminábamos á campo traviesa en dirección al gran Ducado de Borgoña, el cual atravesamos por entero, así como el de Lorena. Durante nuestro viaje salvábamos los ríos por los vados que la gente del país nos descubría; pasábanse las noches en el campo si eran tolerables, ó en alguna aldea si desapacibles, y el hambre y la sed quedaban reparadas mediante el poderoso talismán de la moneda.

Por fin llegamos frente á la gran ciudad de Estrasburgo, colocada á orillas del Rhin, donde varias barcazas conducían de uno al otro lado á los viajeros con sus cabalgaduras; en uno de tales lanchones nos acomodamos, y hétenos á poco saltando á tierra en el gran Imperio de la Germania; pues, si bien el que llaman Palatinado se extiende también por la parte de acá, puede considerarse el Rhin límite natural del Imperio.

Allí usan un lenguaje sobremanera dificultoso, pero el bendito latín nos volvió á salvar. Es digno de admiración cómo esta lengua hállese extendida por todos los países cristianos, al menos por los que he recorrido, que no son pocos.

Pude comprender desde mi llegada que

aquella gran nación se halla dividida en muchos ducados, condados y señoríos, todos en realidad casi independientes, si bien se llaman feudos.

Seguimos adelante, y al llegar á una ciudad llamada Espira hallé á todo el pueblo alborotado.

El Conde de Wurtemberg, gran señor de un extenso y vecino territorio, nada menos que Príncipe inmediato del Imperio y casado con una Princesa polaca de la sangre real de los Piast, hallábase por las cercanas tierras del marquesado de Baden, en són de conquista, y varios emisarios suyos recorrían la ciudad alistando gente voluntaria que añadir á sus ya poderosas huestes.

Se llamaba el tal Conde Ulrico I, y dijéronme que, como muestra de su arrojada condición, llevaba escritas en su estandarte estas palabras: " Amigo de Dios y enemigo de los hombres. "

Ocurrióseme el alistarme en sus banderas, por natural inclinación á las aventuras; y como la ocasión respondía á mis deseos, me propuse no desaprovecharla.

Fuí, pues, á demandar alistamiento para nosotros dos, siendo aceptados incontinenti nuestros servicios.

Por mi aspecto me juzgaron noble, ponién-

dome al frente de unos cuantos y con mi escudero por servidor. Concluyéronse los aprestos, y al comenzar el nuevo año 1263 salimos de Espira en dirección al próximo campamento de Ulrico.

No os he de contar, pues sería cosa de no concluir en toda la noche, los encuentros que desde aquel día tuvimos, las cuchilladas dadas y recibidas, los alcázares que asaltamos (pues sólo en la provincia de Turingia pasaron de 70)¹, y la sangre que se vertió. Básteos saber que no parecían los de nuestro ejército seres humanos, sino bestias feroces, ilusión á que prestaba realidad el examen de sus fieros y espantables rostros, de sus azulados y chispeantes ojos, de sus crespas y rojas cabelleras, de sus incultas y larguísimas barbas y de sus hercúleos y pujantes miembros.

La primera fortaleza saqueada é incendiada dió la medida de lo que fué tan atroz conquista.

Horrorizado al ver que no dejaban mujer con honor, hombre con vida, casa con sustentación, ni lugar sagrado con respeto, me estremecí, no de miedo, sino de coraje. Hubiera deseado aniquilar á todas aquellas fieras, que

1 V. Duruy, *Historia de la Edad Media*, pág. 552.

ni se condolían por las súplicas de los vencidos ni por el llanto de mujeres y niños. Quise salvar á muchos, pero no conseguía más que exponer inútilmente mi cuerpo á la furia de los mismos que me acompañaban. Enfurecíme, ordené, rogué, pero todo en vano. Unas horas después de nuestra entrada victoriosa no había ya vencidos, no había más que cadáveres; y al salir de aquel infierno, sólo dejamos atrás un montón de ruinas humeantes, donde reinaba el silencio sepulcral de la muerte.

Un año transcurrió entre peleas, incendios y desenfrenos de toda especie; y aunque mi mayor anhelo era abandonar tan azarosa y cruel existencia, no podía huir del teatro de tantas atrocidades, pues todo el país, exasperado por nuestra invasión, se veía lleno de enemigos que acechaban al que se apartase un momento de nuestra falange asoladora, para saciar en él sus apetitos de venganza, gozándose en arrancarle la vida entre los más horrosos tormentos.

Hasta que un día deparóme el Cielo la libertad que con tanto afán esperaba. Marchábamos, yo silencioso y triste, los demás entonando cantos guerreros, cuando mi buen servidor vino á participarme que un Legado del nuevo

Papa Clemente IV esperaba al Conde en el pueblo inmediato para advertirle y amonestarle por sus criminales correrías.

Ocurrióseme al momento la idea de aprovechar la coyuntura y separarme de aquellos bárbaros, ofreciéndome al Nuncio para formar en su escolta, que calculaba había de ser numerosa y valiente entre tales pueblos y llevando tan delicada misión; de esta manera cambiaba mi rumbo sin grave peligro, pues locura fuera hacerlo solo.

Seguí más satisfecho pensando en la arenga ó discurso que había de dirigirle, cuando le encontrara, en pro de mi solicitud, si es que sus acompañantes permitían esta libertad á un simple caballero.

Luego dimos en una pequeña aldea donde nos aguardaba gran pelotón de jinetes ataviados con brillantes armaduras y trajes de vistosos colores, viéndose en primera línea ondear el estandarte pontificio. Gracias á tan feliz encuentro libróse el pueblo por aquel entonces de la destrucción, aunque ignoro si más tarde siguió siendo tan afortunado.

El caso fué que, detenidas un momento nuestras huestes, apareció el representante del Papa sobre un brioso corcel, vestido mitad á lo eclesiástico y mitad á lo guerrero, y arrodilla-

dos los de á pie y descubiertos é inclinados los de á caballo, nos dirigió una corta plática, que no entendí y que fué contestada con grandes vivas y confusa gritería.

Dijéronle como el Conde venía detrás á una jornada de distancia, y unos y otros se dispusieron á partir, aunque en opuestas direcciones. Aquel era el solo momento que la suerte deparaba para realizar mis propósitos; que si el respeto hubiese detenido mi lengua, ya no pudiera apartarme de los germanos hasta el fin de la campaña, á no ser que antes me separara la muerte.

Hice, pues, una seña á Tristán (así se llama mi escudero), que me siguió, enderecé el rumbo adonde estaba el Legado, y una vez delante de éste, desmontando y puesta una rodilla en tierra, pedile en lengua latina su mano para besarla.

Diómela de buen grado, aunque algo sorprendido; y entonces, sin perder tiempo, le dije, en las mejores palabras que encontré, mi procedencia, mi nombre y mi deseo de acompañarle y servir en su escolta, pues ansiaba dejar tan sangrienta guerra.

Vaciló algunos minutos, un siglo para mí, me miró detenidamente y se conoce que no le hubieron de disgustar mis trazas, pues acce-

dió á lo pedido, concediéndome un lugar entre sus partidarios.

Contentísimo con el logro de mis esperanzas llamé en alta voz á Tristán para que viese el Legado que era mi servidor, y ocupé un sitio entre la nueva tropa, mientras las huestes germanas seguían su camino prorrumpiendo en grandes vítores y agitando armas y enseñas al pasar frente al Nuncio.

Cuando vi desaparecer el último soldado, ensanchóseme el corazón, como si fuera una nueva existencia la que me esperaba; y, sin embargo, ¡cuánta sangre vertida he visto después, y de cuántos excesos me han dado testimonio mis propios ojos!; pero el que sirve en la guerra, no ha de buscar en tales lides ternura ni conmiseración, sino más bien rudeza é insensibilidad.

Poco después marchábamos también nosotros, pero en dirección contraria. Aquellos que por espacio de más de un año habían sido mis acompañantes de todas horas, no volverían ya nunca á reunirse conmigo. ¡Buen viaje! dije en voz baja al desaparecer la falange germana á lo lejos. Esta fué mi sola despedida.

Éramos á la sazón como unos quinientos hombres, todos jinetes, tan limpios y bien trajeados como sucios y rotos iban los que dejá-

bamos atrás; pero mal digo, que por lo menos yo y mi escudero contrastábamos por la mala traza entre la nueva hueste, así como contrastábamos también, pero por lo buena, entre la antigua chusma.

Volví á pasar, desandando el camino, por los mismos arrasados campos y por las mismas calladas ruinas; pero ¡qué diferencia! íbamos ahora en són de paz, y siempre que nos deteníamos no era para la matanza y pillaje, sino para aliviar algunos de tantos dolores como nos salían al paso, y alguna desgracia de las que aún tenían remedio.

No sé cómo supieron tan pronto que era un mensajero de paz y caridad el que por allí pasaba; el caso es que mujeres, niños y ancianos venían en pelotones á pedirnos ayuda y socorro, mientras que unas horas antes huían al paso de mi caballo como de la peste. El Legado, que era un santo hombre, les consolaba y protegía, y de esta manera adelantábase muy poco camino; pero en cambio dejábamos atrás á cada momento bendiciones en vez de lágrimas.

Al finalizar la jornada, y á tiempo que ya pensábamos encontrar al Conde, supimos que éste había vuelto grupas y encaminádose al Sur repentina y aceleradamente, quizás huyendo de la severa reprimenda; que al fin y á la postre

una excomunión suele costar un reino, cuanto más un condado.

Decidió el Nuncio seguirle, pues tenía orden de no parar hasta encontrarle, é inquiriendo de unos y de otros salimos al fin de aquellos desdichados países, entrando en pleno territorio de Wurtemberg.

No tuvo más remedio Ulrico que recibir al Legado, una vez que la fuga se hizo imposible, habiéndole seguido éste á su propio territorio. Tuvo efecto la entrevista en la condal residencia, y en ella mostróse Ulrico tan sumiso y obediente, por la cuenta que le tenía, como temerario y cruel solía ser con enemigos menos poderosos.

Ese resultado sólo por referencias lo supe; que si bien, perteneciendo ya de derecho á la comitiva pontificia, llegué á la ciudad y en ella penetré, sólo pude ver el palacio por fuera; y aunque dicen que las paredes oyen, aquellos muros nada me contaron de lo que dentro pasaba.

Cumplida su misión de paz, el representante del Papa, y yo con él, marchamos hacia el Oriente.





CAPITULO III

En que describe el desconocido viajero los felices años que pasó en Viena y las desdichadas aventuras que á Constantinopla le llevaron.

Después de algunas jornadas, no recuerdo cuántas, pues los años pasados vanse presto de la memoria, llegamos á una gran ciudad, cabeza del ducado de Austria, llamada Viena, asentada sobre un gran río, al que apellidan Danubio; y como yo no formaba parte sino accidental del ejército pontificio, y además era muy amigo de mi libertad, y en aquellos momentos de mi descanso, pedí la venia al Nuncio, y después de darle las gracias y besarle el anillo, marché con Tristán á una hostería, donde permanecí más de lo que pensaba.

Porque me resultó de tanta fatiga, coraje y sobresalto una grave enfermedad, teniéndome dos meses postrado en cama, y cuando volví á

la vida quedé tan débil y maltrecho, que hubo de pasar otro año antes de encontrarme en cabal salud y recobradas las perdidas fuerzas. Mas á la par que recuperaba el vigor del cuerpo, perdía mi espíritu su tranquilidad con gran rapidez. La causa era el dios más revoltoso de la mitología que me tenía envuelto en sus redes, pues valiéndose de sus tretas habituales, hízome conocer, mientras duraba la convalecencia, una encantadora vecina que vivía frontera á mi estancia, y que poseía una cara, unos ojos y un cuerpo que eran un primor.

Mientras la necesidad de atender á mi salud túvome encerrado, me entretenía mirando aquel ángel del cielo en la tierra; y luego, cuando ya pude salir, el placer de su contemplación sustituyó á la enfermedad, para retenerme prisionero.

Así es que pasaba las horas muertas apoyado en mi ventana; y como la mujer es por naturaleza de pronto entender, y, si es bonita, fácilmente coqueta, á las pocas veces de verme embobado mirándola, dióla por mirarme también, por sonreirse y por hacer un sin fin de mone-rías, que aumentaban mi embeleso.

Ansiaba saber su nombre, su estado y su posición; pero yo, que en trances de guerra no me tengo por tímido, era en cuestiones de

amor demasiado inexperto; y aunque pudiera valerme de Tristán para averiguar lo que tanto deseaba, me parecía vergonzoso y poco digno de un guerrero descender á estas confidencias.

En tal situación, mi escudero, que desde mi enfermedad cuidaba de la bolsa, vino un día á decirme que el dinero desaparecía como el agua, y era preciso tomar un partido antes que del todo se acabase. Yo, absorto en mi contemplación, pues justamente aquel día la vecinita comenzó á corresponder á mis señas, apenas le escuché. ¡Hablarme á mí de dinero en aquellos instantes! ¡Quita allá! Era mezclar lo sublime con la última palabra de lo mezquino; pero el pobre hombre tanto y tanto porfiaba, que acabé por decirle malhumorado que á él le tocaba buscarlo, pues era mi escudero, ordenándole no me hablase más de tan prosaico asunto.

Se fué sin replicar, y yo seguí en la gloria, que para mí lo era aquella ventana, respondiendo á los signos de la muchacha con otros míos.

Desde entonces mi buen Tristán dejóme en completa libertad, ausentándose él todos los días por espacio de muchas horas, y era, según supe después, para ganarse y ganarme el sus-

tento diario sirviendo de recadero y servidor á unos señores á los cuales en la comitiva del Legado hubo conocido, y que, como yo, se habían quedado en Viena después de terminarse el asunto que allí les trajo.

Pasaban las semanas y los meses, y adelantaba muy poco en mis amores, á pesar de que aquel demonio de muchacha, con sus tiernas miradas, con su picaresca sonrisa y, sobre todo, con la hermosura que el cielo le había otorgado y que me parecía incomparable, llegó á quitarme el juicio, á tal punto, que yo, hombre de guerra, testigo por espacio de un año de los más terribles desafueros, veíame tímido, irresoluto y desprovisto de todo asomo de audacia, señal cierta y segura por donde fácilmente se puede colegir hasta qué extremo mi corazón estaba aprisionado.

Pero tal cobardía era harto ridícula para mi natural condición. Decidí, pues, avanzar por el camino de mis amores, y lo primero que se me ocurrió fué dirigir á mi amada una misiva reite-rándola mis ardorosos sentimientos.

Dicho y hecho; como no sabía escribir ni comprendía más que algunas palabras de la jerigonza allí en uso, comencé por buscar un pendolista que no ignorase el latín, para poder entenderme con él; y una vez que le hube

hallado, hice que, mediante algunas monedas de poco valor, escribiera mis pensamientos en un pergamino y en la lengua vulgar que allí se hablaba.

Volví luego á mi albergue tan satisfecho, y hacia la hora del anochecer, cuando nadie pasaba por la calle, que no era muy ancha, y á tiempo que mi vecina hallóse cosiendo ó bordando no sé qué, junto á la ventana, até á la punta de una flecha el escrito, y de un tiro de ballesta quedó dentro de su cuarto.

Asustóse algo al ver mi osadía, pero no tardó en recoger el pergamino; y para darme una prueba, no sólo de su diligencia, sino también de su saber, lo leyó al instante, y como en agradecimiento de las frases allí escritas, al concluir se lo puso en la frente, luego en los labios y después sobre el corazón, haciéndome la más graciosa reverencia que había visto en mi vida.

Para abreviar, que esto va muy largo, en el escrito le pedí una entrevista; al día siguiente recibí la contestación, que hice descifrar, en la cual me la concedía: á la hora marcada púseme en acecho, y cuando me hizo una seña salí á la calle y entré en su casa más ufano, pero más aturdido que al emprender mi primer hecho de armas.

Mas cuando creía encontrarla sola ó con alguna dueña, la hallé con un señor de aspecto bondadoso. Hiciéronme sentar, y en buen latín hablaron los dos. Él era su padre, llamábase Othón Baumgarten, y ella Matilde; eran nobles y de buena fortuna.

Después de enterarse de mi condición y demás circunstancias, como el padre hacía todo cuanto su hija deseaba, y ésta se había prendado de mí como yo de ella, el resultado no pudo ser más favorable.

El cual fué que, sin pensar en lo lejos que me encontraba de mi patria, sólo tuve en cuenta, para decidir mi casamiento, su nobleza, y sobre todo mi grandísima pasión. Matilde aún no contaba cuatro lustros, y yo veinticuatro años; de manera que, unida á la juventud la simpatía, nos cogió el amor tan fuertemente como no pudo ser más.

No se necesitaron más de seis meses, corto tiempo, dados los preparativos y diligencias indispensables, para conseguir hacerme dueño y señor de una de las muchachas más encantadoras de Viena; y cuenta, que es aquella ciudad famosa por las beldades que en ella se ven.

Asistió á la boda, que fué de gran rumbo, escogida concurrencia, lo más noble y lucido

de la población. Hizo mucho ruido nuestro matrimonio, y todos á porfía solicitaban mi amistad y manifestábanme la suya con toda suerte de agasajos y ofrecimientos.

Once años disfruté de completa dicha con el cariño de mi tiernísima y seductora esposa; á lo cual algo contribuía también, si bien no lo necesitaba para mi felicidad, la opulenta vida que llevábamos y la realización de todos nuestros caprichos.

Pero mi suerte ó mi desgracia preparábase, sin yo saberlo, nuevas y borrascosas aventuras.

Grandes y nunca vistos sucesos conmovieron por aquel entonces el poderoso Imperio de Alemania en general, y el ducado de Austria, donde yo me hallaba, en particular.

Respecto al Imperio, ya desde 1257 andaba toda Alemania revuelta; pues en ese año, á la muerte del Emperador Guillermo de Holanda, y mientras los Príncipes electores Arzobispos de Colonia y de Maguncia elegían Emperador á Ricardo de Cornuailles, coronado después en Aquisgrán, designaban para tan excelsa soberanía á nuestro Rey (que santa gloria haya), Don Alfonso X, el Arzobispo de Tréveris, el Rey de Bohemia, el Duque de Sajonia, el Margrave de Brandemburgo, el Du-

que de Baviera y el Conde Palatino. Y en tanto, muchas ciudades de Alemania se ponían bajo la protección de Rodolfo, Conde de Habsburgo, que á la postre había de alcanzar la total victoria. Es verdad que dos años después el Pontífice Alejandro IV reconoció por Rey de Romanos, es decir, por Emperador, á Ricardo de Cornuailles; mas no consiguió que abdicara sus legítimos derechos el Rey de Castilla, fundado éste en varias y poderosas razones, siendo una de ellas el haber sido elegido dentro de los muros de Francfordia, lugar señalado de común acuerdo para aquella elección.

Pero como ni uno ni otro competidor al trono aparecían por Alemania, hallándose Ricardo en Inglaterra y Alfonso en Castilla, crecían y se propagaban el desorden y la rebelión por todo el Imperio. Así las cosas, llegó el año 71, y dentro de él la muerte en Londres de Ricardo de Cornuailles y el ofrecimiento de la corona por varios Príncipes al Rey de Bohemia, Otocar II, el cual la rehusó, siendo al año siguiente elegido Rodolfo, Conde de Habsburgo, y reconocido por todos, menos por el de Bohemia y por nuestro Rey, el legítimo Emperador.

La situación del Ducado de Austria, en cuya

capital me hallaba establecido, no era menos azarosa y difícil. Desde que, en 1246, el último Duque, Federico II *el Valiente*, murió, sin sucesión masculina, en la batalla del Leitha, combatiendo contra los húngaros, no estaba claro á quién pertenecía el derecho á la corona; pues si bien Ricardo de Cornuailles confirió la investidura del Austria y la Estiria al Rey de Bohemia Otocar II en representación de su mujer, á pesar de estar divorciado, tanto por la razón del divorcio como por otras que serían largas de referir, no gobernaba éste sin protestas ni levantamientos, hasta el punto de que, dueño ya del Imperio Rodolfo de Habsburgo, intimó á Otocar que renunciase al Austria, como feudo imperial que había usurpado, y por su negativa la Dieta de Augsburgo dictó contra él un decreto de proscripción, dando fin á la disputa el tratado de paz de 1277, por el que renunció para siempre Otocar al Ducado de Austria.

Durante el tiempo que estuve en Viena, ó sea desde 1264 al 77, fuí testigo de las disensiones, disturbios y aun batallas que dentro de la ciudad se produjeron.

Divididos en bandos, unos prestaban obediencia entusiasta al Duque reinante de hecho, Otocar el de Baviera, desde su investidura por

Ricardo de Cornuailles, mientras buen número de nobles se consideraban en interregno y libres de toda dominación en tanto que no se demostrase por alguno de los competidores su derecho al Ducado.

Todas estas discordias, unidas á las originadas por la sucesión al Imperio, traían en constante lucha á los alemanes; por lo que, mientras dentro de mi habitación gozábame de absoluta tranquilidad, en saliendo á la calle aparecían los rencores, odios y divisiones, cual si fuera verdadero campo de batalla.

Parece natural que tales sucesos, en los que Reyes y Papas, Emperadores y grandes feudatarios tomaban principalísima parte, dejaran permanecer tranquilo á un joven extranjero como era yo, y, sin embargo, ellos fueron la causa que dió fin á mi venturosa existencia.

Solicitado con empeño por unos y por otros, y si bien al principio rehusé todo compromiso, insensiblemente salieron á luz mis naturales inclinaciones á la soberanía de mi nativo Rey y Señor Don Alfonso, y á que fuese declarado feudo suyo el Ducado de Austria, pues según respetables pareceres, como feudo imperial debía considerársele.

Hasta que al fin mis preferencias lleváronme á uno de los bandos en que se dividían los

vieneses, y pasado algún tiempo, quizás por mi carácter fogoso y decidido, llegué á presidir una secreta junta que trabajaba en contra de Otocar II.

Los Príncipes electores que en la Dieta proclamaron á Alfonso X andaban en correspondencia con nosotros; y á tal punto llegó el peligro, que mi esposa, aunque compartía mis ideas como buena casada, aconsejóme muchas veces que me apartase de la conspiración; mas yo no le hice todo el caso que debiera, juzgando que el honor me prohibía retroceder.

Llegó el año de 1277, promulgóse el tratado de Otocar con el nuevo Emperador Rodolfo, y al poco tiempo supimos que salía éste en dirección de Viena, con el fin de imponer severo castigo á los partidarios de Alfonso de Castilla.

Asustóse mi esposa por el peligro de muerte en que me hallaba y cedí á sus ruegos marchando á sitio seguro, que era Hungría, donde á la sazón imperaba el Rey Ladislao IV, dejando á mi mujer en cinta de mi tercer hijo, en el que tenía puestas mis esperanzas, por haber muerto ya los dos primeros.

Para atender á mi salvación, pues ya comenzaban las prisiones de los míos, púseme un traje de mercader, y otro Tristán, y por el an-

churoso Danubio y en un barco de comercio marché á Buda, después de una cariñosa despedida de Matilde y de su padre, que se quedaron para no infundir sospechas, pero con el propósito de volvernos á juntar lo más pronto que se pudiera. ¡Cómo había de suponer entonces que me despedía para siempre de la que tanto amaba! Mas así fué; pues á los tres meses de comenzar mi destierro, cuando oculto en la capital de Hungría y creyendo pasado el peligro disponíame á retornar, vino un mensajero á anunciarme la mayor desgracia que pudiera sucederme, la muerte de mi idolatrada Matilde, efecto quizás de los sustos y desasosiegos que sufrió por culpa de mi malhadada conspiración.

Dejóme la dolorosa nueva desesperado y sin alientos para nada; grandes tentaciones me dieron de presentarme á mis enemigos y sufrir la muerte, que hubiérame sido entonces mil veces más grata que la vida; pero mi fiel Tristán me recordó que muy lejos, allá en un rincón de España, tenía seres queridos y no me era lícito morir aún.

Supe también que Baumgarten, á poco de la tremenda desgracia, se retiró á las asperezas del Semmering, no quedándome nada en Viena que reclamase mi vuelta; al contrario, cobré

aversión á una ciudad tan vacía ya para mi cariño. Después de pasados los primeros transportes de dolor, decidí alejarme más y más de aquellos lugares, para lo cual nos embarcamos en el Danubio con dirección á Belgrado, justamente á poco de recibirse la noticia de la batalla en el Markfeld, cerca de Viena, donde perdió la vida Otocar II.

Desembarqué en un pueblo miserable, casi desierto y arruinado primero en 1242 por las hordas de los mongoles, y más tarde, el año 70, por los húngaros, y vi delante de mí una desnuda y montuosa extensión de terreno. Aquellas colinas eran camino para Constantinopla, pero camino pobre y solitario, tan acorde entonces con mis tristes ideas. Compramos dos corceles, y sin apenas detenernos hicimos rumbo hacia el Sur, dando un adiós eterno á la Germania.

Veíanse á nuestro paso miserable conjunto de chozas con habitantes pobres y harapientos, aunque inofensivos al parecer; dormíamos donde nos cogía la noche, y, sin caminos ni indicación alguna, marchábamos por sendas apenas abiertas, llevando por único guía la ruta del sol.

Llegamos una tarde á la entrada de espesos y altísimos montes, solitarios y temerosos. Íba-

mos sobradamente cansados de la jornada, pero decidimos continuar adelante hasta que la obscuridad nos detuviera, cuando de pronto negáronse nuestros caballos á seguir, por más que los espoleábamos. Nos paramos á escuchar, pero ya era tarde para nuestra defensa. En un momento vímonos rodeados de diez ó doce hombres de aspecto feroz, armados de hachas y cuchillos, que con rudas voces nos decían algo, de lo que no comprendimos ni una palabra. Las señales no eran pacíficas, pero dolíanos rendirnos sin luchar. Sacamos nuestras armas, decididos á entablar tan desigual combate y á morir matando, mas antes de poder hacer ningún uso de ellas, saltaron unos cuantos sobre nuestros trotones con pasmosa agilidad, y arrancándonos de la silla violentamente, quedamos á merced de su codicia. En un santiamén aquellos bandidos nos despojaron de armas y dinero, y sin hacernos más daño, lo cual debimos agradecer, aunque no se lo agradecemos ni poco ni mucho, cogieron todo el botín, y además nuestros corceles, abandonándonos en seguida con asombrosa ligereza. Cuando pudimos recordar ya estábamos solos, sin una moneda en la bolsa ni un arma en el cinto.

Ya no teníamos nada que temer, porque nos

habían dejado tan pobres como el más pobre habitante de aquellos desconocidos países; así fué que, sin tomarnos el trabajo de seguir más adelante, resolvimos de común acuerdo pasar en el mismo sitio la noche, que se venía encima á toda prisa.

Cuando amaneció continuamos la marcha como dos peregrinos, ilusión á que contribuía nuestro traje, pues íbamos sin cota de malla ni nada que pudiera indicar nuestro origen. Para apoyarnos y defendernos aunque fuese á palos, desgajamos de un árbol dos gruesas ramas, y sin gran desconsuelo por nuestra última aventura, pues teníamos aún dos cosas que valen más que otras muchas, juventud y buen ánimo, íbamos despacio, á fin de no aumentar con la fatiga los obstáculos y riesgos de tan largo viaje.

De este modo, tan opuesto á mi anterior opulencia, anduvimos seis días, y á la séptima jornada llegamos á un gran pueblo, que por ser fundación del Emperador Adriano titúlase Adrianópolis. Descansamos allí algunas horas y seguimos la caminata, deseosos de llegar presto á Constantinopla, término por entonces de nuestros mayores trabajos.



CAPITULO IV

Donde cuenta lo que le ocurrió en Bizancio y las razones que tuvo para marchar al Asia.

Como á la otra semana después, descubrimos la magna é imperial ciudad, una de las metrópolis del mundo, y á su maravillosa vista quedóse nuestro ánimo suspenso y pasmado contemplando desde una altura su admirable situación y magnificencia.

Limítala por un lado un brazo de mar que une la Propóntide al Ponto Euxino; frontero se descubre en la asiática costa la gran ciudad de Chrisópolis, á la que en una barca se puede arribar en un cuarto de hora; del lado de acá Constantinopla se extiende entre colinas, dividida en dos partes, por lo que traducido del griego se denomina Cuerno de Oro, que es una entrada del mar en caprichosa forma. Hállase toda rodeada de grandísimos murallones, de

campos y bosques cultivados y frondosos, y animada la parte marítima por barcazas y naves de todos países y tamaños, y la tierra por una muchedumbre de gentes de todas las partes del mundo, conocidas é incógnitas, formando la metrópoli como la representación más completa y acabada de la grandeza natural y del humano poderío.

Dentro ya de ella atravesamos larguísimas calles y plazas con ricas y suntuosas moradas á sus lados, y monumentales fuentes y columnas en sus centros. Iban y venían por doquier confundidos bulliciosos guerreros, pertrechados de toda clase de armas, pecheros y villanos vestidos de distintas y bizarras maneras; moros y judíos, aquéllos arrogantes y alta la mirada, éstos humildes y la vista baja; mercaderes voceando sus mercancías, y como fin y remate de tanta pompa y bullicio, hermosísimas mujeres con pintorescos trajes ataviadas, risueñas y provocativas, como ofreciendo á unos y á otros los preciados dones que obtuvieron de la pródiga naturaleza.

Aquello era un paraíso delicioso en la forma y traza, aunque también el centro común de maldad y podredumbre; pues he observado que allí donde se reúnen mayor número de hombres, riquezas y poder, en seguida se cue-

lan y entremeten el vicio, la corrupción y el crimen, como natural retaguardia del dinero.

No quise alojarme tan mal trajeado, porque juiciosamente pensaba que los albergues donde nos admitieran así vestidos tendrían que ser mansión de gente ruin, y yo, á pesar de mi presente desamparo, conservaba mi orgullo en el mismo alto punto que cuando me vi en el Austria siendo de la principal nobleza.

Pero la estrechez era mucha y la salida del problema dificultosa, pues no presumíamos de alquimistas y el tiempo no daba treguas, ni tampoco el hambre ni el cansancio de nuestros zarandeados cuerpos. Deliberamos gravemente acerca de nuestra crítica situación, por ver si alguna idea salvadora brotaba de nuestro magín que nos sacase de apuros, y en efecto brotó, como ahora mismo se verá.

Y fué que concertamos ir en busca de un judío usurero de los que no debían faltar por allí. Para ello necesitábamos lo primero topar con su barrio, cosa no difícil, puesto que podíamos preguntarlo en una de las tres lenguas que ya sabíamos, romana, germana ó arábiga, y en tan inmensa población no habían de ser por todos desconocidas.

Hicimos la pregunta, diéronnos la respuesta, y poco después nos hallamos en una casa sucia

y obscura, pero donde el oro abundaba mucho más de lo que nos hacía falta, según pudimos colegir.

Presentéme al judío y le dije sin más preámbulos que le proponía un buen negocio. Abrió tanto ojo á la proposición el descendiente de Judas, que no dudé de su buen resultado, y eso que nuestros vestidos no eran los mejores testimonios de nuestra buena fe. Empero el olfato del avaro pocas veces se equivoca, y el negocio fué admitido, á pesar, ó quizás por nuestras trazas, que al pobre del momento no es fácil confundirle con el habitual.

El arreglo fué que nos llevase á una regular hostería, donde saliera fiador de nuestro gasto por un par de meses, y que al mismo tiempo enviase á Viena un mensajero con un pergamino por mí firmado, pues á firmarlo ya llegaba mi saber, descubriendo al buen padre de mi querida Matilde mi situación, y después, del dinero que me mandara se quedaría el judío con cinco veces más de lo que en todo hubiere gastado.

Dicho y hecho; se vino éste con nosotros, hallamos acomodo decente, redacté y firmé la misiva que me escribieron, y todos quedamos satisfechos. Conseguido el primero y más urgente asunto, y cuando se disponía á dejarme, le agarré por la grasienta vestidura, para no

tocar su mano, y le hice una segunda proposición, la del cambio de nuestros dos vestidos por otros nuevos, con las mismas condiciones de pagarle cinco veces su valor. Refunfuñó, insistí, y al cabo de muchas vacilaciones y dudosas negativas ofreció traerlos, pues ambos negocios eran tentadores, aun sin conocerme, que, si me conociera, no hubiese dudado.

Cumplió su promesa, y vestidos yo y Tristán decentemente, esperamos con tranquilidad lo que resultase de la misiva; la cual antes del plazo marcado ya fué contestada, y mejor de lo que yo podía presumir, pues en una galeota de esas que bajan el Danubio y atravesando el Ponto Euxino arriban á Constantinopla por mercaderías, llegó un criado de mi buen Baumgarten con tanto dinero para mí como jamás pude soñar, y un pergamino escrito, en el cual decía entre cariñosas frases que me enviaba todo lo que hubiera debido heredar de él su queridísima hija, pues á nadie mejor que á mí podía entregarlo, habiendo sido tan amante y bueno con ella durante nuestro feliz matrimonio, con otras palabras afectuosísimas llenas de sentimiento y de ternura. Agradecí en el alma su gran favor, y con el mismo criado le contesté manifestándole mi reconocimiento eterno; pagué en seguida mis deudas cinco

veces aumentadas al usurero, y corté de un golpe mis relaciones mercantiles con tal negociante, aunque á la postre me habían favorecido.

Pero la hermosa carta de Baumgarten hizo renovar en mi pecho el agudo dolor que experimenté por la pérdida de la que tanto amaba, y aunque ahora lleno de oro, eché de menos la anterior miseria, que me ocupaba lo bastante para atenuar algo mi profundo pesar.

Pasó mucho tiempo sin que nada me aliviase; el recuerdo de mi encantadora mujer lo llevaba siempre conmigo; volvíme melancólico y huraño, y vivía en Constantinopla con mucho dinero y rodeado de constantes seducciones, tan indiferente á todo cual si sombra sólo fuese de mí mismo.

Hubo un momento en que, dominado por la tristeza, pensé volverme á España, donde quizás podrían acallarse mis dolores, pero no me decidí. Aquella famosa tierra asiática, que se me presentaba enfrente como solicitando mi visita, parecíame cual la coronación de mis larguísimos viajes; mas por otro lado era tan grande el abatimiento en que había caído, que no me encontraba con ánimos de emprender nuevas aventuras.

Temeroso mi escudero de que la muerte,

después de haberme respetado en tantos combates y peligros, me arrebatase en plena paz valiéndose de mi dolor, hizo los mayores esfuerzos para conseguir que desechara mi profunda melancolía. Llevóme contra mi deseo á las fiestas y regocijos populares, que menudeaban en Constantinopla, y eso que el carácter del Emperador Miguel VIII, unido á sus continuas expediciones á Grecia y el archipiélago, y la preocupación que le producían sus tratos y componendas con turcos y búlgaros, á más de sus afanes por concluir con el cisma religioso, todo esto junto era bastante para detener, en cierto modo, el creciente anhelo de diversiones públicas que hacía largo tiempo se había apoderado de los bulliciosos habitantes de Constantinopla. Y, sin embargo, mientras Miguel se disponía á comenzar un riguroso ayuno de cuarenta días, durmiendo en el suelo y ceñido por un cilicio, en desagravio y penitencia de su crueldad, por haber destronado y sacado los ojos á su pupilo Juan Lascaris, sus alegres y viciosos súbditos pasaban los días y las noches en francachelas y orgías, al cabo de las cuales no era raro encontrar algún hombre muerto en una esquina, sin que fuera posible descubrir los matadores, caso de que se buscasen. Es verdad que,

más ó menos, lo mismo sucede en todos los países; que quien se encuentra con su espada á mano y frente á un enemigo ó á un rival, fácilmente se desliza á la venganza, y más ahora, que tan poco vale la sangre, por la frecuencia con que se vierte.

Pero allí no solía ser tan noble el vencimiento, á juzgar por las heridas, que á menudo resultaban hechas por la espalda, como de mano ruin y cobarde, siendo también cosa corriente encontrar á las víctimas sin armas ni dinero, lo que trascendía á asesinato, y no á desafío. Sobre todo de noche, las calles de tan magnífica ciudad eran más peligrosas de recorrer que los montes más afamados por sus bandidos, pues á tales horas salía á buscar la vida de cualquier modo, sin reparar en buenos ni malos medios, una turbamulta de malandrines de aquellos á quienes ofende la luz del sol por demasiado clara para sus nada honrados propósitos.

Cansado de contemplar tanto alborozado bullicio en las horas del día, estando yo tan triste, dí en la extravagancia de recorrer calles y plazas por la noche, y justamente cuando las gentes pacíficas descansaban en el seguro de sus viviendas.

Con la espada en la mano entrenárame con

Tristán en perseguir bellacos de aquellos que se dedicaban á buscar honrados transeuntes para arrebatárles la bolsa, y á veces la existencia. El pasatiempo era asaz peligroso, y, sin embargo, nos procuraba gran diversión el hacer correr dando trompicones entre las tinieblas á los pícaros que sorprendíamos en el curso de sus fechorías. Para librarnos de algún traidor ataque, llevábamos debajo de nuestras vestiduras fuerte y bien templada cota de malla, obra de los mejores forjadores, adquirida á no poco precio, y muy pronto pudimos darnos cuenta de su utilidad, pues no fueron una ni dos solamente las puñaladas que nos dirigieron, encaminadas á concluir con nosotros. Nuestra prevención hacíanos casi invulnerables á tales armas, reduciéndose á fuertes golpes, lo que llevaba peores designios.

Tan anómala ocupación tuvo distinto fin del que podíamos temer; pues una noche, persiguiendo á uno de aquellos bandidos, que huía y se paraba alternativamente, dirigiéndonos palabrotas, que no por no entenderlas podíamos negarles el calificativo de insultos, por el tono con que eran pronunciadas, le seguimos los pasos de calle en calle, hasta perder el hilo de nuestra vuelta. Extraviados andábamos á tiempo que desapareció el mal hombre, y cuando

quisimos retornar á nuestra hostería nos fué imposible reconocer el camino. Vuelta por aquí, vuelta por allá, no conseguíamos salir de tal laberinto, hasta el punto de detenernos sin saber qué partido tomar.

De pronto, al extremo de una calleja divisamos unos bultos negros que desaparecían como por encanto en un gran caserón. Ociosos por necesidad, dimos en seguir su rumbo, y apretando el paso nós colamos por el oscuro zaguán en pos de ellos, deseosos de saber lo que aquello significaba. Descendimos á tientas por una sucia y larga escalera, guiados sólo por un rayo de luz que del fondo procedía, y cuando concluimos de bajar nos encontramos en anchuroso salón abovedado, donde gran número de personas dedicábanse, alrededor de una larga mesa, á la tarea ó diversión del juego.

Ocupados en quitarse el dinero pacíficamente los unos á los otros, apenas fué advertida nuestra llegada, y así pude con toda tranquilidad formarme cabal juicio del sistema inventado para que todos á la vez jugasen sin gran barullo.

El juego era el tan conocido de los dados, formando todos los jugadores dos tandas, los unos de esta parte de la mesa, y los contrarios enfrente. Aventuraba cada cual su dinero, so-

naba el cubilete manejado por uno de los de acá, y en alta voz expresaba el número á que ascendían los tantos hechos; oíase después resonar el otro cubilete que los fronteros á su vez sacudían, arrojando sobre la mesa los dados, cuyo número total proclamaban; y según cuál fuese el bando ganancioso, recogía el dinero contrario uno de los dos presidentes que, por su aspecto ignoble y mala catadura, daban clara muestra de ser los representantes ó dueños del garito.

Acto seguido comenzaba su compañero por dejar aparte una regular suma, mayor ó menor, según fuese lo recaudado, como indiscutible derecho suyo, y el resto lo distribuía entre los gananciosos en relación á sus posturas y hasta donde llegara; pues si faltó en muchas ocasiones para satisfacer á los últimos en turno, jamás dejaron los directores de embolsarse su segura ganancia. Como después de cada golpe de dados comenzábase á pagar por distinto sitio, nunca eran los mismos aquellos á quienes tocaba la desdicha de no cobrar; y de este modo, ninguno perdía la esperanza de percibir lo debido á la siguiente ocasión.

Un rato hacía que allí me encontraba, cuando quedó un lugar vacío junto á la mesa y dióme la ocurrencia de ocuparlo. Saqué del bolsón

mi dinero, que no era mucho el que llevaba encima, y aventurándolo todo, gané otro tanto, y lo mismo me sucedió cinco ó seis veces más. Así, arriesgando mayores ó menores cantidades, hízose de día y mi bolsón se llenaba visiblemente, de tal modo, que juzgué haber hallado el mejor, más agradable y sustancioso recreo, y á mi salida del garito no dejé de tomar al pormenor la situación de la calle y casa, para volver á menudo.

Desde entonces abandoné toda otra persecución que la del dinero; aficionéme á esta vida, y todas las noches las pasaba en aquel recinto, alentado, no sólo por mi constante suerte, sino también por hallar el mejor olvido á mis penas. No me faltaron, en verdad, tropiezos, ya fuese por alternativas de la fortuna, ya por algún asalto al entrar ó salir del garito, cosa que se resolvía por estocada más ó menos; pero el caso fué que veíame en grande, con más caudal cada vez y mayor diversión que nunca.

Hasta que las diarias amonestaciones de mi buen Tristán, y la sucesión de ruinas y desastres que también cuotidianamente presenciaba, sirviéronme de provechosa advertencia y saludable ejemplo, que no desaproveché, pues decidí retirarme del tentador y peligroso juego tan pronto como perdiera una cierta cantidad,

lo bastante fuerte para motivar mi abstención, aunque muy pequeña si se comparaba con lo ya ganado.

Llegó el momento de probar la energía y eficacia de mi juicioso acuerdo al segundo año de mi entrada en Constantinopla, pues marchóse en pocas sesiones la suma calculada, y tuve la fuerza de voluntad bastante para detenerme en la pendiente de la pérdida, apartándome del garito con firme propósito de no volver.

Pasaron otros dos años, durante los cuales no pisé ni un solo día la fascinadora sala, y así llegó el 82, célebre en el Imperio bizantino por la muerte del Soberano, Miguel VIII, acaecida en una expedición contra los de Tracia, dándose la extraña coincidencia de que también muriera el mismo año el que fué su primer Ministro y Logotheto ó Canciller, Jorge Acropolito, entusiasta partidario de la unión de ambas Iglesias, abjurador del Cisma en el Concilio de Lyon en 1264 y autor de una crónica del Imperio griego, que comprende desde la toma de Constantinopla por los latinos hasta su reconquista por Miguel VIII Paleólogo, ó sea desde 1204 á 1261.

Sucedió á Miguel en el trono su hijo Andrónico II, á la edad de 24 años, y con tal motivo

hubo grandes fiestas, á parte de las cuales tuve la dicha de asistir, no según mi alcurnia exigía, sino mezclado con el pueblo, ya que por aquel entonces no me ocupaba en otra cosa que en divertirme, gracias al dinero que me había procurado la ciega fortuna, sin atender á darme á conocer de nadie, ni menos á ocupar puestos de preferencia en ninguna ceremonia.

Llegué á ver en Santa Sofía, magnífica catedral llena de riquezas, de mosaicos y de luces, al nuevo Emperador, en el día de su coronación, espléndidamente ataviado de riquísimo brocado y púrpura, con la imperial diadema en la cabeza y asistido por Príncipes, Condes y Duques, cuya magnificencia casi igualaba á la suya.

En cuanto á mis deberes religiosos, quedábanse sin cumplimiento, no por falta mía, sino del maldito Miguel Cerulario, que hacía más de dos siglos, según me dijeron, en el reinado de Constantino Monomaco, en 1053, lleno de soberbia, se había negado á aceptar los ritos y doctrina de nuestra santa Religión, de lo que resultó separado desde entonces el gran Imperio griego de la Iglesia romana. Dijéronme que al salir por última vez de Santa Sofía los Delegados del Papa, creyeron necesario sacudir sus

sandalias para que no quedase en ellas ni polvo de la cismática catedral. Y con este saludable ejemplo no había yo de convertirme en hereje, siendo cristiano rancio de nuestra cristiana Castilla, buscando para cumplir mis devociones á curas excomulgados, y allí no encontré, por desgracia, otros. Digo esto porque, á pesar de los buenos deseos de algunos de los siguientes Emperadores para acabar con el funesto Cisma, siempre el pueblo griego siguió cismático, así como sus sacerdotes.

Aquí hago alto en mi narración, pues veo que la cena se dispone á llegar; y aún me queda por decir lo más asombroso de mis aventuras, que han de parecer imaginarias, si no lo atestiguan las señales y duraderas muestras que he dejado á mi paso, como luego diré, y sobre todo, si no lo afirmase mi palabra de caballero, que, sin falsa modestia, más significa que todas las certificaciones esculpidas en mármoles y piedras. „

Llegaba, en efecto, la frugal cena, compuesta de un humeante guisado de tasajos de javalí, seguido por abundoso plato de legumbres. Apres-táronse las escudillas de madera, llenáronse los cubiletes de espumoso vino, no sabemos si infiel ó cristiano, pero fuerte y reconfortante; y bocado tras bocado y trago tras trago, finali-

zóse la comida media hora después, sin que el sueño ni el cansancio impidieran á los asistentes dejar de oír la continuación del entretenido viaje.

La mayor dificultad consistía en que la hora de acostarse iba á sonar presto, pues la regla de los hospitalarios monjes así lo determinaba; mas por transacción entre los deseos y los deberes de unos y otros, concedióse el permiso, raramente acordado, de que se retiraran los de la casa y quedasen los huéspedes hasta que diera fin la historia del viajero, ya que resultaba ésta muy sabrosa y entretenida; con lo que siguió explicándose el babilónico de esta manera:

—Quedábamos, pues, en el cuarto año de mi residencia en Constantinopla ó Bizancio, que ambos nombres lleva la que bien podría llamarse capital del mundo si Roma no existiese. Gracias á mi fortuna llevaba una vida de príncipe, permitiéndome la satisfacción de todos mis caprichos y tirando á manos llenas el dinero sin contar; y, sin embargo, faltábame mucho para mi completa dicha, pues la cotidiana contemplación de la asiática costa excitó en mi ánimo el vehementísimo y casi irresistible anhelo de visitar el misterioso y dilatado Continente, mas no sólo como pacífico peregrino, sino en són de guerra y de con-

quista, según correspondía á mi calidad y nativo carácter.

Pasé otro año entre dudas y reflexiones, y á fuerza de pensar en ello, llegó mi mente á concebir la nueva y temeraria expedición, no sólo como hacedera y gloriosa, sino hasta conveniente para arrancarme á mi egoísta é inútil holganza.

Resolví, pues, sin retorno de la voluntad, acometer la tentadora y difícil empresa; mas necesitaba detenido examen mi propósito, con el fin de no transformar un viaje, que pudiera ser origen de grandeza y poder, en loca y desatinada aventura.

Pensando noche y día en mi proyecto, dí con la idea de armar una mesnada de voluntarios aguerridos y valientes, resueltos, como yo, á acometer las mayores hazañas y á salvar las más grandes dificultades que pudieran detenernos, como un pequeño ejército á todo decidido, incluso á vencer ó morir.

Ninguno mejor que el olvidado garito podía proporcionarme el contingente que necesitaba. Volví á él, y en pocos días reuní, entre los más perdidosos y desesperados, una cincuentena de hombres que acogieron mi resolución con gran contentamiento y como la única esperanza de soñadas prosperidades.

Les cité para tomar las resoluciones más convenientes al rumbo que debíamos escoger, al capitán que había de elegirse y á los demás pormenores; reunímonos, y después de exponerles todos los problemas y darles entera cuenta de los riesgos que nos esperaban, por aclamación nombráronme su jefe, prometiéndome ciega obediencia todo el tiempo que durase la campaña. Respecto al itinerario más oportuno, se desechó la idea de introducirnos en aquella región que se denomina Anatolia, y esto por las siguientes y poderosas razones: por ser las plazas que habíamos de encontrar teatro de continuas luchas entre los diversos ejércitos de los Sultanes de Egipto y Trípoli, á más de los mongoles y persas, con lo cual, aquello que por ventura conquistásemos, muy pronto tendríamos que abandonarlo; y por los grandes desiertos que abundaban en aquellas tierras, impidiéndonos toda esperanza de triunfo; pues decididos á vencer en humanas lides, si en ello había posibilidad, no éramos tan insensatos que pudiéramos pretender luchar con los elementos, siendo tan pequeña tropa y tan escasos nuestros recursos.

Por suerte contábanse entre mis subordinados tres armenios del antiguo país del Ponto, los cuales fueron de opinión que nos dirigiése-

mos á Trebisonda, desde cuyo punto, siempre entre montañas, no nos sería difícil en la estación de verano llegar al gran pueblo de Erzerum, rico emporio armenio y único pasaje de las caravanas que de Persia y la India marchan al Asia menor.

La variedad de razas y religiones que en la Armenia, y sobre todo en Erzerum, viven mezcladas, aunque odiándose entre sí: armenios, cristianos cismáticos; musulmanes; yazidis ó adoradores del diablo, raza despreciada por todos, pero numerosa; kurdos; idólatras del sol; persas, griegos y mongoles, habría de favorecer nuestros designios, pues entre tal confusión de gente heterogénea y discorde, fácil sería que al aproximarnos se alzasen los más contra los dominadores del momento, si en conseguirlo nos dábamos maña, resultando en nuestro provecho sus divisiones.

Es verdad que Erzerum posee inmensa y bien fortificada ciudadela, y fuertes murallones; mas los resultados de su conquista habrían de compensar con creces los peligros del asedio, tratándose de una ciudad tan numerosa, como que cuenta más de cien mil habitantes, muchos de ellos poseedores de grandes fortunas.

Todo esto nos contaron los armenios, y cada palabra suya avivaba nuestro afán de acome-

ter la expedición: así fué que unánimemente decidimos encaminarnos hacia aquella parte y no cejar en nuestro propósito mientras nos quedase vida; pues tanto era mi entusiasmo por lo original y glorioso de la aventura, como la ambición de mis compañeros por adquirir las riquezas que soñaron,

A fin de no inspirar recelos que echaran abajo nuestras esperanzas, juramos guardar el mayor secreto en todo lo decidido; puesto que, si bien nos era fácil presentarnos al Emperador como auxiliares suyos para devolverle el dominio de aquel territorio que ya sólo en el nombre formaba parte del Imperio griego, juzgamos más provechoso conservar nuestra completa independencia, ya porque así no teníamos que sujetarnos al capitán que á Andrónico le pluguiera concedernos, ya también porque no entraba en nuestros cálculos marchar en su favor, sino atender á lo que nos conviniese según las circunstancias resolvieran.

Para encaminarnos á Trebisonda, pocos aprestos se necesitaban, ya que debíamos ir por mar y que la compra de caballos había de hacerse en esta última población, donde puede decirse que comenzaba nuestro aventurado y peligroso viaje.

Esperamos con impaciencia la salida, y en cuanto supimos que una galeota de dos remos por banco aprestábase á navegar por aquel derrotero, pedimos pasaje cada uno separadamente, y nos hallamos sobre cubierta á comienzos del mes de Mayo de 1284, en la salida del Cuerno de Oro, cuarenta y cinco de los cincuenta hombres que se me ofrecieron, considerando que era buen augurio al emprender nuestro viaje tan corta falta entre tantos convocados á peligros y aventuras.

Procedían mis compañeros de diferentes países, aunque la casi totalidad de tierras griegas, pues exceptuando tres armenios, un húngaro y un germano, el resto se componía de vasallos natos del Imperio, los cuales, en verdad, no me inspiraban completa ni aun mediana confianza, siendo de antiguo el griego tenido por disimulado ambicioso y de escasa lealtad en sus deberes y compromisos.

Supe también que la gente armenia era de más franco carácter y de más nobles procederes, y por tales razones resolví que en llegando á Trebisonda, y ayudado por mis tres armenios, reclutase Tristán otra cincuentena de hombres decididos y valerosos de aquel país, cosa no difícil en estos tiempos de guerra, que me sirviesen para reforzar mi corta hueste

y á la vez de ayuda y auxilio si, como fundamentalmente temía, pretendieran mis griegos por ambición ó mala fe jugarme alguna mala pasada.





CAPITULO V

De lo que le pasó en Trebisonda y en el camino de la gran Armenia, hasta llegar á Paipert.

Dímonos, pues, á la vela en la sencilla galeota, ocupada por moros y cristianos, revueltos entre mercancías, y cual si nuestro humilde destino se redujera á conducir objetos para vender en tierras infieles; salimos al Bósforo, navegamos por sus tranquilas aguas como unas cuatro horas entre asiáticas y verdes praderas y montecillos á la diestra mano, y pobladas y risueñas colinas por la europea parte, hasta dar en un recodo, más allá del cual todo eran altísimos peñones por ambos lados, divisándose enfrente por primera vez el Ponto Euxino.

Mientras pudimos distinguir atrás en lontananza las brillantes cúpulas de Santa Sofía y los negruzcos murallones del emporio del

mundo, no se apartaron nuestras miradas de contemplar tanta grandeza; y entre tanto, como despedida, para muchos eterna, de la gran ciudad, llegaban á veces traídos por el viento sordos rumores de su interminable bullicio, que resultaban más perceptibles en medio del silencio y soledad presentes. Dió media vuelta el barco, introdújose por aquel estrecho y perdimos de vista la tierra bizantina; aunque sin abandonar los Estados imperiales. Un par de horas después, la infinita extensión de agua que á nuestra izquierda se confundía á lo lejos con el horizonte, mientras que á derecha bañaba las encharcadas y frondosas costas de Anatolia, nos indicó que habíamos entrado en el Ponto Euxino, á cuya enseñanza correspondían el mayor balanceo del buque y el canturreo especial y monótono que á una entonaron con voces no muy afinadas los asiáticos mercaderes nuestros compañeros de viaje.

Seguimos adelante, y en las tres jornadas que tardamos hasta dar vista á Trebisonda, me enteré minuciosamente de varios pormenores muy útiles para la prosecución de nuestra temeraria empresa. Lo primero que urgía saber era la clase de enemigos con quienes tendríamos que combatir, á lo cual se me contestó por mis armenios que el antiguo país

del Ponto estaba al presente dividido en dos grandes regiones: la grande y la pequeña Armenia.

Respecto á la magna Armenia, hallábase sin dueño seguro; pues si bien el gran Khan de los tártaros ó mongoles, Kublai, señor de casi toda el Asia y de parte de Europa, la consideraba como sujeta á su inmenso poderío, también sostenían pretendidos derechos á su dominación el Khan de Persia, Ahmed, el Emperador de Trebisonda, Juan II, el XIII Sultán seldjucida de Iconio ó Konieh, Gaiat-eddin IV Masud, y hasta el Soldán de Babilonia, el cual había recorrido y arrasado el país armenio; sin contar con las pretensiones que los dos Reyes rivales de Georgia, David Lasca y otro David, vasallos de los mongoles, sostenían sobre la Armenia septentrional, ni las que pudieran reclamar el Rey de la pequeña Armenia, León III, y el Emperador Andrónico de Constantinopla.

Fáltame decir, para mayor claridad de mi relato, que á las dos Armenias les separa el curso superior del Éufrates, apellidándose grande la que se halla á su Oriente y confina con los altísimos montes llamados Cáucagos, y pequeña la que desde las orillas occidentales del gran río se extiende por las comar-

canas Galacia y Cilicia hasta dar con Anatolia.

Tocante á su naturaleza, la gran Armenia, que había de ser el teatro de nuestros esfuerzos, es un país en extremo montuoso y surcado por grandes y numerosas corrientes de agua que inundan sus fértiles praderas, convirtiéndolas en lagunas difíciles de atravesar. Críanse toda clase de frutales allí donde, por su mayor resguardo, no se deja sentir el frío al extremo á que llega en sus altos montes, los cuales, cubiertos de nieve durante ocho meses del año, sirven de eficaz defensa contra las invasiones enemigas, mientras dura el mal tiempo.

La estación en que nos encontrábamos era la más favorable para conseguir llegar á Erzerum y reducirlo á nuestra obediencia si esto fuera posible, antes de que el invierno, que allí principia en el mes de Septiembre, estorbara nuestro arribo. Una vez dentro de la populosa ciudad, las contras del frío y de los hielos trocábanse en ventajas para nosotros, puesto que imposibilitarían ó harían muy difícil la sorpresa de enemigos moros, cristianos ó idólatras por espacio de muchos meses.

Es cierto también que, por nuestro corto número de hombres, rudo tendría que ser el ataque y muy expuesto á quedar todos sin vida;

pero con dos elementos de mucha fuerza contábamos: primero, con lo poco que nos preocupaban los peligros, condición que vuelve valiente al tímido y arrojado al valiente; y después, con la ayuda que pensábamos nos prestarían los cristianos de Erzerum tan pronto como llegara á su conocimiento que, enarbolando el lábaro de la Cruz como ellos, veníamos á libertarles.

Bien calculados y discutidos todos estos detalles en el curso de nuestra feliz travesía, llegamos frente á Trebisonda, asentada, como en anfiteatro, al pie de un escarpado peñón y en forma de trapecio, circunstancia que dió origen á su nombre. Rodéanla gruesos muros almenados, en tan gran trecho, que tiene más de ocho mil pasos su vuelta entera; y la domina á su oriente, y sobre una roca, el fuerte castillo, provisto de anchos fosos, tallados, así como parte de su recinto, en la roca viva. Como á unas dos millas de la gran ciudad, que si no viniéramos de Constantinopla más nos hubiera admirado, tal es su animación y buen aspecto, se ve la iglesia de Santa Sofía, junto al mar, fundada, como la de Bizancio, por el Emperador Justiniano, gran edificador de templos en todas las comarcas imperiales.

Arribamos al puerto, por cuya escasa profun-

didad tuvieron que llevarnos á tierra en hombros de forzudos mocetones, pues su oficio consiste en desembarcar pasajeros y mercancías. Para entrar en Trebisonda aún hubo que recorrer mucho camino por áspero sendero, si bien recreándose la vista en la contemplación de tantos frutales, olivos y naranjos como rodean á la capital del Ponto; y ya dentro de su recinto, y conforme á lo que teníamos dispuesto, nos alojamos lo más cerca unos de otros, para no sufrir extravío y poder acudir fácilmente á donde fuera necesario. Luego me dediqué en cuerpo y alma á los preparativos de la arriesgada empresa; envié á mis fieles armenios á reclutar gente con el debido secreto, y, mientras tanto, hice buena provisión de turbantes, jaiques y albornoces, con el fin de llevarlos ocultos, por si acaso hubiera necesidad de disfrazarnos en nuestra defensa.

Faltaban todavía buenos caballos y repuestos de armas, mas no quise acudir á su adquisición hasta que el número de los armenios que se reclutasen me diese la medida de lo que era menester comprar.

Pasado un mes desde mi llegada á Trebisonda supe, con gran contentamiento, que sesenta hombres más de aquellos países se presentaban á acompañarme en mis aventuras; y aun-

que, de fijo, no serían de los mejores ni de los más juiciosos, con que fueran valientes y decididos me bastaba.

Reunida ya una pequeña hueste de ciento cinco hombres, me dediqué á la compra de armas y caballos, regateando el precio, como se hace siempre con los judíos y griegos, más que con los pontinos, porque aquéllos acostumbran á exagerar el valor de sus mercancías de un modo fabuloso; pero si en armas llegué fácilmente á adquirir cimitarras, ballestas, espadas, cuchillos, yataganes, mazas y hachas en número muy superior á lo necesario, atendiendo á que más vale sobra que falta en cuestión de armamento, costó mucho encontrar caballos á mi satisfacción para toda aquella gente, y yo no quería que ninguno marchase á pie durante tan largo y penoso viaje, ni tampoco era posible cabalgar dos hombres sobre un mismo corcel, á la antigua usanza de los guerreros romanos, puesto que las jacas que en Armenia se usan, aunque vivas y dóciles, no son muy resistentes.

Ordené, por último, que saliéramos de Trebisonda como caravana de mercaderes, ataviados los unos de moros y los demás con trajes del país, llevando bien ocultas las armas sobre los caballos, con todas las trazas de pacíficas

mercancías; y, fijando la marcha para una mañana del mes de Junio, apenas amaneció tan memorable día, uno tras otro nos encaminamos en dirección de Erzerum.

Ahora viene á punto el haceros saber la necesidad en que me encuentro de citar varios nombres bárbaros, no sólo para mayor exactitud de mi narración y como decisiva prueba de mi veracidad, sino también porque esos nombres representan el teatro de nuestras hazañas.

Abandonamos la capital del Ponto, conforme dispuse, pasando primero por el barrio que se llama de Zeitenlik-Mahalessi, siguiendo luego á orillas del mar bajo el fuerte monte de Bostepéh, y después entre desfiladeros sobre el curso del río Deghermen-dere. Allí ya, y libres de espías y curiosos, reuní mi tropa en la meseta de un montecillo y me dispuse primero á contar el número exacto de los llegados, después á equipar y armar á todos, y como remate á dirigirles una pequeña pero sustanciosa plática, manifestándoles sus obligaciones de estrecha disciplina, y mi resolución de castigar severamente al que á ella faltase.

Pero antes de poner en práctica mi proyecto, y apenas dada la voz de alto, vi llegar á dos de los más gigantescos y forzudos griegos, que

sin más preámbulos habláronme aparte, en las siguientes ó parecidas palabras:

—Venimos á decirte que, pues eres nuestro jefe, sin que en esto quepa duda ni discusión, ya que nos has reunido y equipado, debes tener en cuenta la calidad de los que te siguen, para no confundir en un mismo homenaje á nobles con plebeyos. Por jefe te acatamos, pero no reconocemos por iguales á los otros griegos que nos acompañan, siendo nuestra prosapia muy superior á la suya. No debes ignorar que las cuatro primeras familias de Bizancio son los Ducas, Paleólogos, Delassenos y Opis; pues bien, Delasseno soy yo, y Opis mi compañero, con lo cual comprenderás lo preciso que se hace el darnos un mando en tu tropa que nos coloque como corresponde en más alta categoría que los demás; y como tú lo has de hacer, á tí nos dirigimos, con la firme resolución de volvernos desde aquí, con varios otros, si á ello no accedes.

Ganas me dieron, ante su orgullosa petición, de despedirles sin más explicaciones; pero calculando que no nos sobraban combatientes para mermar su número tan pronto, y que acaso la mala voluntad ó soltura de lengua de los que se volviesen pudiera divulgar nuestro secreto, malográndose la heroica expedición, disimulé mi

enojo, respondiéndoles que, pues era mi voluntad, ante todo, no inaugurar nuestra campaña con discordias, convenía que los mandos recayesen en personas gratas á los que habían de obedecer, para que las órdenes se cumplieran siempre con agrado, base y fundamento de su mayor eficacia; y que así como, aun correspondiéndome por derecho propio la suprema jefatura, me sujeté á la elección, del mismo modo ahora procedía el asentimiento de los griegos á ser mandados por los dos patricios bizantinos.

De seguida, y sin más explicaciones, ordené á Tristán que contara mis tropas; faltaron dos griegos de los cuarenta y dos que salieron conmigo de Constantinopla, y siete armenios de los sesenta alistados en Trebisonda; de modo que ahora mis griegos eran cuarenta, y mis armenios, con los tres primitivos, cincuenta y seis; en total noventa y seis, que conmigo y Tristán faltaban aún dos para llegar á cien hombres. Después hice bajar de los caballos armas y pertrechos, distribuyéndolos entre todos, quedando equipados hasta no poder más.

Sólo faltaba la alocución, que en cortas y razonables frases vino á decir que, pues me habían nombrado su Capitán, estaba decidido á exigirles ciega obediencia, sin más réplicas

ni observaciones que aquellas que yo les pidiese, no por considerarme superior en mérito á ninguno, sino porque de la severa disciplina había de depender nuestra salvación en tantos peligros como nos aguardaban.

Con gritos y aclamaciones celebraron mi discurso, y blandiendo á una sus espadas, prometiéronme y juraron con gran ruido y gritería serme fieles en la obediencia y valerosos en los combates. Entonces, aprovechando sus buenas disposiciones, entré en el escabroso terreno de las capitanías subalternas. Nombré capitán de los armenios á mi digno servidor, después de ensalzar, como era justo, su valor á toda prueba y su hidalga condición, probada por su nacimiento y las heroicas acciones que había sellado con su generosa sangre en Germania. Díle por ayudantes á los tres armenios que vinieron desde Bizancio, y organizados ya los pontinos, volvíme á los griegos y les propuse como capitanes de sus huestes á Delasseno y á Opis, por aconsejar tal distinción lo ilustre de su prosapia. Era mi propósito, al responder con tan generosa nobleza á las altivas frases de los dos patricios, despertar su reconocimiento en lo porvenir; pero me equivoqué de medio á medio, como veréis. Hubo alguna aunque pe-

queña señal de protesta por sus nombramientos; pero los más los acataron, sobre todo después de escuchar mis últimas razones, consistentes en advertirles que serían interinos todos los mandos subalternos hasta reconocer en los combates quiénes resultaban con mayores dotes para dirigir; que si hasta aquel momento había acudido á la elección, desde entonces me reservaba en todos los casos el derecho de encumbrar ó abatir á unos y á otros, no quedando como seguro é indiscutible jefe otro que yo. Acabé de tan arrogante y orgullosa manera, porque con tales gentes, de lo más aventurero y arriesgado, no podía usar distinto lenguaje, seguro como estaba del mal efecto que hubieran causado expresiones humildes y contemporizadoras cuando se trataba de combatir y conquistar. Añadí, por último, que castigaría con la muerte todo acto de indisciplina ó de injustificada crueldad, pues no éramos bandidos, sino caballeros, y no se iba á robar y saquear, sino á vencer ó á morir.

Y sin más espera envié los armenios á vanguardia, guiados por dos de sus tres ayudantes, púseme con Tristán y el otro armenio en el centro, y tras de mí se colocaron los bizantinos en dos escuadrones, cada uno con su capitán. Continuamos nuestra marcha, subiendo

siempre entre montes cubiertos de robles y encinas, y á las tres horas dimos en un miserable pueblo, que mi guía dijo llamarse Mugurdji, y donde el valle del río ciérrase más entre desfiladeros en un lugar llamado Maturadji. Pasamos después por otra aldea, cuyo nombre, Djewilisk, lo toma de los muchos nogales que la rodean; mas como ya era de noche, allí resolvimos pernoctar, entrando sin miramientos en las casas de sus habitantes, que mejor pudieran llamarse miserables zahurdas, pues se componen uniformemente de una central habitación, que á la vez sirve de cocina, rodeada de establos, advirtiéndose la misma planta en todas las viviendas armenias.

Diéronnos, ó mejor dicho, tomamos para comer lo que pudimos: carne de oso, tan común en aquellos países, kaimack, ó sea costra de leche seca, y yahurth, ó leche agriada; y unos en cocinas, otros en establos y los demás al aire libre, nos echamos á dormir, con tanto descuido y tranquilidad cual si no esperásemos en los siguientes días más que bienandanzas y diversiones.

Mandé que al amanecer tocasen mis bocinas y trompas á llamada, dejamos al pacífico pueblo sin gran deterioro, cosa fácil, dada su ya miserable naturaleza, y marchando cada vez

más á nuestra izquierda entre montes espesos, corrientes de agua, desfiladeros y abismos, nos dirigimos lentamente al gran pueblo de Paipert ó Baibut, donde, según noticias, ofrecíase ocasión de aprovisionarnos.

Todavía tuvimos que andar una semana antes de alcanzarle, pues nuestra impedimenta, amén de lo áspero del camino y estrecho del sendero, daba poca facilidad á mayor presteza. Dormíamos durante este tiempo, unas veces en medio de los montes y otras en alguna mísera aldea, y ya mis escuadrones griegos comenzaban á impacientarse y á murmurar de lo mísero y salvaje del país, cuando al mediar el octavo día, y desde la cima de un alto monte, descubrimos en un valle próximo á Paipert, gran población, dividida en dos por el río Tschoroksu y rodeada de chopos y sauces, únicos árboles que allí se crían. Domina al pueblo y á los vecinos valles un formidable alcázar, defendido por una cintura de rocas y por el curso del río. A todos se nos alegró el alma ante aquel final de nuestro aburrimiento y miseria; pero al fijarnos más atentamente, nuestro gozo se transformó en asombro. Oíase confuso rumor de alaridos, ayes de dolor y gritos salvajes, y pudimos observar allá en el fondo gran tropel de personas que huían unas y perseguían

otras, y después, al poco tiempo, un humo, al principio blanquecino y luego rojizo, que comenzaba á elevarse, envolviendo la población entera; no había duda, alguna horda de sarracenos ó kurdos se hallaban saqueando é incendiando lo que juzgamos antes paraíso de nuestro descanso. Tal escena hizo montar en cólera á toda mi gente, y á mí el primero. Sin obedecer á otra inspiración que á la de nuestro coraje, di orden de descender por la ruda bajada del Kop-Dagh, cadena de montañas que hacía tiempo íbamos siguiendo; enardecidos todos por el ambiente de la batalla, apresuramos el paso, que no pudo ser tan veloz como nuestra indignación, pues cuando llegamos abajo, el silencio de la muerte reinaba en medio del incendio, en toda su fuerza. Sólo vimos cabalgando en fogosos, aunque pequeños corceles, y subiendo con prodigiosa facilidad las más ásperas cuestas, á muchos hombres que huían de nosotros, llevando sobre el arzón de la silla mujeres desmayadas y objetos y tesoros robados. Pedí á mi armenio la explicación de aquel desastre, y me respondió con palabras en las que á la vez se descubrían odio, ira y desprecio, que eran bandidos kurdos huyendo con su botín. Indignéme la crueldad y á la vez la cobardía de aquellos salteadores que, por remate al saqueo

de un pueblo indefenso, volvían la espalda á un puñado de hombres como éramos nosotros; pero más asombro me produjo la apatía de los del castillo, si, como natural era, fuese habitado, ante tal irrupción. Hícele notar al armenio mi extrañeza, á lo que me respondió, enfurecido como yo, que muy cobardes habrían de ser sus moradores, moros ó cristianos, aunque más cuerdo sería pensar que no hubiera nadie dentro de su recinto, pues se consentían tales desafueros.





CAPITULO VI

De cómo salvó á la encantadora Olinda, con los sucesos acaecidos hasta dar vista á Erzerum.

Tuve por un momento la idea de perseguir á los bandidos; mas la dificultad era grande y el peligro no pequeño, ya que cada kurdo marchaba por distinto lado, y quizás, si asistiéramos sólo á su persecución, fácilmente podríamos caer en oculta y mortal emboscada. Seguimos descendiendo hasta llegar á la llanura, y ya tocábamos á las primeras humeantes ruinas, cuando desembocó á mi derecha un kurdo rezagado que llevaba cautiva sobre su corcel á una joven armenia, debatiéndose con los esfuerzos de la desesperación y exhalando ayes lastimeros. Olvidé, al ver tal infamia, los deberes de prudencia que mi posición de jefe me imponía, y ardiendo en furioso deseo de castigar al raptor, eché al galope mi caballo en su seguimiento.

Bien pronto estuve lejos de mis tropas, acosando de cerca al ladrón, cuyo corcel, por la pesadez de su doble carga, corría menos ligero que el mío. Notó el kurdo mi presencia é hizo los mayores esfuerzos para escapar con su preciada conquista, hasta reconocer lo infructuoso de su deseo, pues cambió repentinamente de táctica, dando media vuelta á su caballo con admirable precisión, sin abandonar por esto su veloz carrera y blandiendo una larguísima lanza, que es el arma favorita de aquella gente, se echó sobre mí, dispuesto á quitarme la vida. Por un favor del cielo, que siempre me ha protegido visiblemente, prueba de que hay alguien allá arriba que por mi salvación pide, se apartó un poco mi trotón del fiero salvaje que sobre mí llegaba, y aprovechando el momento levanté el hacha que en la mano traía, y al pasar escapado junto á mí la descargué con sin igual fuerza sobre la cabeza del kurdo, el cual, abierto en dos el cráneo, cayó hacia atrás, y un instante después en el suelo, arrastrando tras sí su preciosa carga, mientras el noble bruto, al fuerte sacudimiento de las riendas, quedó parado. Detuve al mío en cuanto pude, eché pie á tierra, y acercándome apresuradamente, no me ocupé del kurdo moribundo, sino de la joven redimida, cuyo porte, juven-

tud y hermosura me fascinaron desde el momento en que la vi desmayada sobre el blando césped. Era un conjunto de perfecciones la encantadora armenia, y cuando vuelta de su desmayo abrió los ojos, pensé que la luz dejaba se multiplicaba.

Absorto, contemplando tan seductora huri, no sabía qué admirar más, si aquella cara blanca y sonrosada como capullo de rosa, aquella nariz modelo, aquellas negras cejas dibujadas á maravilla, las pobladas pestañas, los negros ojos, donde se hallaban refugiados como en su centro todos los fuegos y ensueños orientales, los blanquísimos y torneados brazos, los duros y marmóreos pechos, que aparecían como deliciosa tentación al través de las ropas desgarradas; todo, en fin, lo que de perfecto, de admirable, de soberbio encerraba aquella maravillosa mujer, que me miraba como sin darse entera cuenta de mi ayuda y de mi admiración.

Vi llegar en esto al fiel armenio y á mi buen Tristán, los cuales levantaron del suelo á la bellísima joven, pues en mi contemplación había olvidado tan hidalgo deber, y entonces pude admirar en ella un nuevo encanto: el negro y sedoso cabello que la envolvía entre sus hebras, cual el sol queda envuelto entre sus resplandores. Luego, comprendiendo la mucha-

cha lo ocurrido, arrodillóse á mis pies cándida y ruborizada, y de sus labios salieron palabras dulcísimas, para mí desconocidas, pero que sonaban cual un canto de ángel. Ordené al armenio que me las tradujese, y habéis de oír, pues no las he olvidado, cómo se expresó tan hermosa y tierna joven:

—Señor—dijo—me has salvado la vida y, lo que para mí vale aún más, el honor. He visto morir á mis padres y estoy sola en el mundo, sin más amparo que el que tú, enviado del cielo, me concedes. Antes ha de apagarse la luz que nos anima y hundirse la tierra que nos sustenta; antes todos los árboles han de convertirse en cenizas, las aguas en rocío y las rocas en polvo, que yo olvide tu milagrosa protección. Soy tu sierva y cumpliré tu voluntad en todo, no sólo como obligada, sino como agradecida. Mi corazón puede olvidar las injurias, pero nunca los favores; y como los mayores bienes del mundo, que son la honra y la vida, á tus esfuerzos y generosidad los debo, sólo puedo pagarlos haciéndote dueño de mi alma hasta morir.—Y cogiéndome una mano, se la llevó al corazón y luego me la besó tímidamente. Estas palabras y este acto de humildad y agradecimiento acabaron de fascinarme, y tuve que hacer uno de los más violentos esfuerzos de ánimo

para no manifestar mi turbación, pues tengo por impropio de un guerrero, no la cortesía con las damas, á la que todos estamos obligados, sino la sobrada ternura por una desconocida en tiempos de combate y conquista.

Para mejor ocultar mi estado volvíme al kurdo, ya muerto, y examiné su extraño traje y sus fuertes armas. Componíase su vestimenta de ancho pantalón de piel de cabra, que llegaba al tobillo, y de túnica abierta por delante y por los lados, cuyas mangas, ensanchadas á partir del codo, dejaban pasar las de la camisa, caída hasta cerca de los pies. Por encima llevaba una pequeña chupa ó chaqueta bordada de lana negra, con mangas casi sueltas pendientes por la espalda. Ceñía su cintura amplio chal, entre cuyos pliegues asomaban cuchillos y yataganes, y su calzado consistía en grandes botas de cuero rojo, plegadas por la parte superior. Su cabeza estaba cubierta por alto bonete de fieltro, en forma cónica, alrededor del cual se enlazaban, arrollados en muchas vueltas, chales de lana de vivos colores, y debajo se hacía aún temible por su aspecto feroz una cara ancha, de nariz aguileña y ojos grandes y profundamente hundidos en sus órbitas; un fuerte bigote y una fiera expresión de bestia salvaje completaban su horrendo aspecto. A corta dis-

tancia se veía rota en dos pedazos su larguísima lanza de bambú, con afilada punta de hierro, adornada con cintas, y junto á ella un ancho escudo de piel de rinoceronte.

Colocado entre dos seres tan opuestos: de la una parte, ya sin vida, el tipo más fiel de la ferocidad y de la barbarie, y de la otra el de la más perfecta y original belleza, aparté para siempre con asco y desprecio la vista del primero, y parecióme que la gloria se abría al volver á la contemplación de la sin par criatura. Hice al armenio que la preguntase su nombre, resultando dulce y hermoso como su cuerpo y su alma, pues llamábase Olinda, y al levantarla y hacerla comprender que yo me constituía desde aquel instante en amigo y protector suyo, un espontáneo movimiento de gozo y una mirada de agradecimiento recompensaron con creces mi buena acción. Entretanto mis bizantinos hallábanse dentro del pueblo, sin importárseles nada de mi ausencia, que de tales gentes sólo se puede esperar ingratitud, y acaso soñando con mi muerte, para mayor libertad de todos y mayor encumbramiento de algunos.

Volvimos los tres, acompañados de Olinda, y después de visitar la incendiada población me propuse subir al silencioso castillo, donde quedaríamos mejor y más seguros, pues ya me

figuraba había de estar abandonada fortaleza tan indiferente á las mayores desdichas.

Convoqué á són de trompa á mi gente; pero andaba tan afanosa en buscar lo que de valor hubieran dejado los kurdos, que pasaron largas horas antes de conseguir reunirla; y cuando á duras penas vi puestos en orden á mis soldados, traía cada uno lo que pudo alcanzar. Subimos poco á poco el áspero sendero de la fortaleza; con las debidas precauciones para que no se convirtiese en prisión lo que como seguridad buscábamos; mas cuando dimos frente al férreo puente levadizo, encontrábase echado sobre el foso, permitiendo entrada libre. Lo pasamos con cautela por si acaso, y dimos tras la poterna en ancha y solitaria plaza de armas. Luego recorrimos uno á uno los almenados torreones y pasadizos, y los abovedados y desnudos aposentos, sin topar por ninguna parte con alma viviente.

Una vez dentro todos, incluso Olinda, que á mi lado marchaba, mandé que alzasen el puente levadizo; pero al procurarlo no lo consiguieron, tan enmohecidas y rehacias andaban las cadenas y poleas por un largo abandono, y tuve que reducirme á guarnecer la puerta con gran pelotón de guardia, distribuyendo lo restante donde mejor se pudo.

Elegí para mi estancia una habitación que daba paso á otra sin salida, colocando en esta última á Olinda, por mayor seguridad de su recato, y no muy lejos de mis fieles acompañantes el armenio y Tristán.

Así llegó la noche; mandé tocar á queda y retiráronse unos y otros á sus respectivos puestos, yéndome yo á tender en rústico camastro formado de pieles de oso sobre un lecho de hojarasca igual al que hice colocar para la joven en la sala contigua. Mas pasaban las horas, y hacíame imposible el sueño la consideración del tesoro de hermosura que cerca de mí se cobijaba; y á tanto llegó mi desasosiego, que medio loco levantéme hacia la media noche, y encendiendo con yesca una linterna sorda, con paso quedo y conteniendo la respiración dirigíme al aposento de la encantadora sirena. La descubrí medio incorporada, abiertos los negros y seductores ojos y advirtiendo inquieta y temerosa el peligro que se le acercaba, hasta que al verme, sin dar un grito ni demostrar su azoramiento más que por el rubor que asomó á sus blanquísimas mejillas, tendióse de repente, acurrucado el airoso cuerpo, ocultando su hermosísimo semblante entre un bosque de cabellos sueltos y quedando en la más completa inmovilidad.

Llegué á su lado, y con voz insegura por la emoción pronuncié su nombre, única palabra que podía entenderme; y como no me contestase, ni tampoco al repetirlo, alargaba ya mis trémulas manos, cuando el recuerdo de aquellas frases con las que había agradecido mi socorro: *señor, me has salvado la vida y, lo que para mí vale aún más, el honor*, acudió á mi acalorada mente, y al recordarlas me juzgué un ladrón que ataca el más preciado tesoro; toda mi noble sangre se alzó contra mi afán, y acalláronse los inconsiderados deseos ante la voz de la hidalguía. Indignado contra mí mismo, corrí á mi estancia, y para evitar nuevas tentaciones llamé á Tristán, díjele que durmiese á mi lado, y así pasé lo restante de la noche, satisfecha mi voluntad más que mis instintos. Llegó el día, toqué á llamada, y luego di orden de marcha, inquieto por lo que había de decidir respecto á Olinda; pues ni podía abandonarla en la incendiada población, ni era menos peligrosa la continua presencia de su prodigiosa hermosura entre tanto aventurero. Procurando dar con la resolución del problema difícil que había de resolver en su seguridad, y consultado el caso con mis dos más fieles compañeros, concertamos á la postre procurar un traje de armenio á mi protegida, con objeto

de disfrazarla en lo posible y disminuir de este modo el peligro de su deshonra. Su compatriota, á quien desde ahora designaré por su nombre, Vartan, fué el encargado de prevenirla de mi resolución y de encontrar el traje, y no fué muy difícil lograrlo entre las casas saqueadas y los efectos esparcidos.

Nadie protestó de nuestra pronta salida, dado que el saqueo de los kurdos, y su acabamiento por los míos, había dejado á Paipert sin riquezas, ni vituallas, mientras que Erzerum era el principal objeto de nuestras miras.

Un poco antes de partir vi llegar á Olinda, vestida de hombre y armada con tizona y cuchillos, tan satisfecha de seguir mi rumbo, que me consideré dichoso con su alegría; porque hubiera sentido gran contrariedad, lo confieso, de abandonarla ó de que me siguiera como á la fuerza. La coloqué á mi lado montada en el mismo caballo de su raptor, y al dar á mi tropa la orden de partir por el camino, ó mejor dicho, sendero que conduce á Erzerum, dije á Vartan que, pues no le era desconocida la ruta, nos guiase al través de tal laberinto de montañas. Contestóme que, aunque por dos distintas partes pudiéramos ir, bien fuese por el collado de Kochapunar, ó por la vía que el Kop-Dagh remonta, creía preferible esta última, que, aun

siendo algo más larga, evita pasajes nevados de difícil acceso.

Salimos, pues, de Paipert, siguiendo la corriente del río Tchorok-su hasta llegar á Madenkhan. Vadeamos luego el torrente, y sin encuentro digno de recordarse fuimos subiendo el Kop-Dagh, pernoctando en la cima del Kop seis días después.

Bajamos luego la montaña y saludamos la llegada á orillas del Éufrates, que allí se denomina Meimansur-su, con grandes aclamaciones en honor del famoso río que mucho más adelante riega á Babilonia. Encuéntrase á su derecha la aldea de Chaordorik, y en este punto vímonos encerrados entre dos enormes rocas, paso que era temeroso é imponente. A la salida nos encontramos en una gran llanura, vadeamos el río y allá á lo lejos distinguimos alborozados á Erzerum, aunque todavía faltaban ocho horas de camino para llegar á él.

Consideré prudente detenernos hasta averiguar cuáles eran los enemigos que en la capital imperaban, y, según ellos fueran, emprender las medidas que nos condujesen á su difícil vencimiento y conquista; mas como el asunto era grave y de mucha responsabilidad, reuní en consejo á los capitanes Delasseno, Opis, Vartan, Tristán y los otros dos armenios,

llamados el uno Diran y el otro Sembat, conservando también á mi lado á la hermosa Olinda.

Antes de comenzar nuestra conferencia vimos desarrollarse á lo lejos y en dirección á nosotros, larga caravana de comerciantes que salía de Erzerum, compuesta de muchos camellos y caballos con grandes fardos y mercaderías. Alborotóse mi tropa al verlos, siendo los griegos, como levantiscos y codiciosos, los que más se recreaban ante la oportunidad del saqueo que se nos ofrecía; pero yo, que más altas miras llevaba, considerando la empresa, no solamente dificultosa, pues los comerciantes irían armados y no se dejarían arrebatar sus tesoros sin lucha, sino indigna de caballeros, me apresuré á hablar del siguiente modo:

— Os he alistado con el decidido empeño de acometer empresas dignas de gente bien nacida, y no de bandidos, puesto que la nobleza de sangre nos veda acometer hazañas de kurdos. Grandes riesgos tenemos que afrontar, peligros de muerte nos esperan, y la recompensa á nuestro valor ha de ser tanto más grande, cuanto más caballerosa sea nuestra conducta; y si aspiramos á señoríos y principados, no podemos ni debemos comenzar mereciendo la infame nota de salteadores. Mientras

la vida no se me concluya, he de conducir os á la victoria como ejército, nunca cual hordas salvajes, y ni por pienso creo haya entre nosotros quien otra cosa pretendiere. Esa caravana que en breves horas ha de llegar adonde estamos, reúne, de seguro, tanta ó más gente armada que nosotros, y sería un desatino, á la par que una felonía, buscar en ella víctimas, cuando podemos encontrar auxiliares. Como somos pocos, aunque decididos, y fuera temeridad insigne pretender sólo con la fuerza de nuestro brazo conquistar á Erzerum, es preciso acudir á otros medios, y los traficantes que vienen pueden servirnos de auxilio provechoso. Descartando, pues, como torpe y contraproducente la idea de próximo saqueo, os he convocado á fin de discutir la mejor manera de alcanzar nuestro propósito. Los medios pueden ser muchos, aunque ninguno sin riesgo de muerte. Hay que procurarse ayuda entre la población cristiana, si es que son sarracenos ó mongoles los hoy imperantes, lo cual no me desagradaría, pues el auxilio en tal caso no podría faltarnos, amén de ofrecernos de más contentamiento la lucha y la victoria sobre los enemigos de nuestra fe. Ahora falta que cada uno manifieste su opinión, para decidirme por lo mejor; que tiempo tenemos delante, y las

empresas guerreras han de ser tan meditadas al tratarlas como rápidas al emprenderlas, para que el resultado corresponda á los esfuerzos.

Después de oídas mis palabras hablaron los otros, y, como era de esperar, abandonóse la idea del saqueo, que un momento antes parecía ser el fatal destino de la pacífica caravana. En fin, y como consecuencia la más prudente de nuestra discusión, acordóse que partiesen en seguida los tres capitanes armenios al encuentro de los traficantes, y después de asegurarles de nuestras buenas disposiciones, que se enterasen con toda exactitud y detenimiento del estado y situación actual de Erzerum, volviendo lo más pronto posible á darnos entera cuenta del resultado, para formar el plan de ataque á la ciudad. Hízose así, y al cabo de tres ó cuatro horas, reunidos de nuevo los capitanes, supimos por boca de los tres armenios, de vuelta ya, la estupenda noticia. Hallábase entregado Erzerum á las tropas del Soldán de Babilonia, que pocas semanas antes entraron á sangre y fuego en su amurallado recinto, degollando ó aprisionando en las oscuras y subterráneas mazmorras de su fortaleza á las tropas georgianas y mongolas de David y de Kublai. Este ataque, incendio y degüello, era ya el segundo que

había sufrido la infortunada ciudad, pues años antes, los turcos de Konieh, ó Iconio, al mando del formidable Gaiat-eddin Massud, cometieron igual atropello, con la diferencia de que ahora las huestes vencidas habían sido las de Georgia y Tartaria, también invasoras; con lo que, ya fueran unos ú otros los combatientes, los resultados seguros eran el saqueo y la matanza de los desgraciados armenios. Los de la caravana la componían en parte gente persa, que atravesaban, según costumbre, el territorio de Erzerum con mercaderías para Trebisonda, completada por los habitantes de la capital armenia, aprovechando aquella feliz coyuntura, á fin de substraerse á las tropelías y desafueros de los mahometanos.

Nos dijeron también que la guarnición sólo se componía de cinco ó seis mil hombres, habiendo marchado hacía poco lo restante del victorioso ejército en dirección á Thurtum, con intentos de conquista, presumiendo bastasen la fortaleza del castillo y la falta de enemigos para la seguridad de los que se quedaron.

Con tales antecedentes proseguimos la deliberación. Alguno halló sobrado temeraria la empresa, á pesar de la partida del ejército sarraceno, por la probabilidad de que volviese tan pronto como corriera la noticia de que peli-

graba Erzerum, siendo entonces segura nuestra pérdida; en esta desconsoladora perspectiva fundaban los griegos, pues ellos eran los de tal opinión, su dictamen, otra vez renovado, del saqueo de la ya próxima caravana, y nuestra vuelta á Trebisonda, dueños del botín. Opúseme con todas mis fuerzas á tan indigno propósito, pero ya todos mis griegos, soldados y capitanes, á gritos pedían otra vez saqueo, mientras la tropa armenia permanecía callada é indecisa.

Mal aspecto iba tomando el asunto, y era precisa una pronta resolución, que no se hizo esperar, pues mandé reunir la mesnada, y colocándome en el centro les dirigí la palabra con voz enérgica en estos términos, jugándome la vida deliberadamente:—Á pesar de vuestro juramento de obedecerme, al que nadie que de hidalgo y de creyente se precie debe faltar, veo en vosotros las señales de una insensata rebelión contra mis mandatos, que no toleraré mientras quede sangre en mis venas. Pensáis adquirir riquezas con el saqueo de pacíficos viajeros, sin que os importe nada cobrar fama de bandoleros; pero si tal creéis, vive Dios que estáis engañados, pues son más que vosotros los de la caravana, y no menos valientes ni precavidos. Si les atacáis

moriréis á sus manos, y la justicia de Dios estará satisfecha, alcanzando vuestra inicua hazaña el resultado de una vergonzosa tumba. Yo os propongo, en vez de tal ignominia, mayores tesoros, conquistados como á caballeros corresponde, frente á frente, y dejando, no sólo á salvo, sino en el más alto puesto el honor de guerreros. Habéis, pues, de elegir aquí mismo, ó mi muerte, como preliminar de vuestra derrota, ó el camino de la victoria y de la conquista bajo mi mando; pero tened entendido que si en este momento no dais fin á mi vida, yo he de condenar á morir, y haré cumplir en el acto la sentencia, al que arrebate cualquier cosa á la caravana, que ya llega.

Un profundo silencio acogió mis últimas palabras, á tiempo que los trajinantes pasaban por nuestro lado. Mandé dejarles franco camino, y todos lo hicieron sin protesta, á cuyo feliz resultado contribuyó bastante el notar los griegos cuán poco dispuesto quedaba á secundarles el escuadrón de armenios después de mi discurso. Pasó la mitad de los camellos y caballos sin estorbo, pero cuando vi llegar á los que parecían directores, mandé á Vartan les dijese que deseaba conferenciar con ellos. Recelosos de nuestras intenciones se me acercaron; pregunté en alta voz quién sabía la lengua

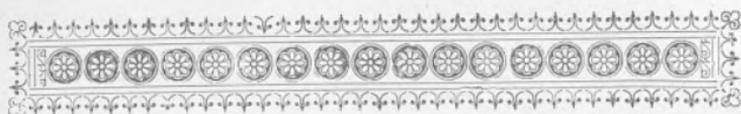
griega, y ninguno de los cinco ó seis que vinieron á mi lado la ignoraba, por lo cual con facilidad pude expresarles mi determinación. Era ésta que siguiesen libremente todos aquellos que llevaban consigo mercaderías y no fueran paisanos de Erzerum, pues, tocante á éstos, hacíase me preciso el detenerlos, no por considerarles enemigos, sino para que secundasen y auxiliaran mis planes. Como eran estos armenios más bien una carga que un beneficio en la caravana, prontamente sus jefes accedieron á mi deseo, muy contentos de librarse de nosotros á tan poca costa. Algo más rehacios anduvieron los fugitivos de Erzerum; pero con las seguridades que les di de mi buena intención, pusieron á mis órdenes.

Marchó la caravana, quedéme con veinte hombres más, armados, conocedores del país, puesto que en él moraban, y decididos á ayudarme en contra de los mahometanos; y concerté el principio de mi plan de campaña, que consistía en enviar parte de los recién venidos á Erzerum con encargo de avisar secretamente á sus vecinos del socorro cristiano que cerca tenían, exagerando mucho nuestras fuerzas para animarlos; y cuando la población armenia entera estuviese decidida y pronta, que volviesen algunos á prevenírmelo, dejando

para entonces, y según las circunstancias, el arreglo del ataque definitivo.

También decidí esperarles, no en la llanura, sino en la montaña, para mayor defensa; y de esta manera concertado todo, los emisarios, en número de cinco, marcharon adelante, y nosotros retrocedimos al punto donde descansamos anteriormente, en lo más alto del Kop-Dagh y envueltos por espeso bosque de encinas, robles y nogales.





CAPITULO VII

De las inauditas aventuras que le pasaron en la cima del Kop-Dagh, y otros interesantes sucesos.

Llegó la noche, fría, á pesar de la estación, y tendíme sobre pieles bajo un árbol corpulento, preocupado con el plan de ataque contra tan formidables enemigos como eran los babilónicos.

Allá á poco oí no lejano un penetrante grito que me llegó al alma, pues conocí al momento que procedía de la hermosa Olinda. Mi desvelo la salvó, pues alzándome de un salto y cogiendo mi hacha que al lado tenía, eché á correr en dirección al ruido. Grande era la obscuridad, pero los gemidos de Olinda guiaban mis pasos, y gracias á ellos pude alcanzar al raptor muy pronto, pues que, en efecto, rapto había, dispuesto á castigar su infamia con la muerte; pero detuvo mi mano la reflexión de que del

mismo hachazo podría arrebatarse dos existencias, una de ellas tan preciosa para mí. Arroqué el hacha, empuñé un cuchillo, arma menos expuesta á dirigirse en contra de la voluntad, y lleno de ira echéme encima del grupo fugitivo. Rodamos los tres por el suelo, buscaron mis vengativas manos el cuerpo del hombre, y al tropezar con una cota de malla, no quedóme duda de mi elección. Agarré el cuello de mi enemigo con fuerza invencible, y poco faltaba para dejarle ahogado, cuando oí la voz de Delasseno, que debajo de mí y con voz ya moribunda me llamaba cobarde. Entonces, y en lugar de vengar tal afrenta con su muerte, cosa ya bien fácil para mí, levantéme de golpe, y ayudándole á incorporarse, le dije, una vez que le vi en pie, gracias á la nueva luna que aparecía ante nosotros como testigo de la contienda:—Defiéndete, miserable, que cara á cara y frente á frente he de arrancarte la vida.— Sacamos ambos las espadas, y entablóse el combate sin tregua ni perdón; echaban chispas las tizonas al chocar con el hierro de las cotas, buscábanse los puntos vulnerables y resonaban las estocadas cual si no fueran dos hombres, si no dos compañías los que combatiesen. Los plateados reflejos de la luna daban de lleno en el rabioso semblante de mi adversario, y

menudeaba éste sus golpes con extraordinaria presteza; pero yo no le iba en zaga, y aprovechando un momento de descuido, dirigí mi espada á su cuello, y rápido como el rayo se lo atravesé de parte á parte, con lo que dió fin al desafío la muerte casi instantánea del traidor.

Vi entonces á Olinda, que de rodillas asistió horrorizada al tremendo combate, levantarse de pronto, y con expresión de enajenado gozo venir á mí, enlazándome como loca entre sus hermosos brazos. ¡Qué más os puedo decir, sino que al anunciar el sol su nueva jornada contaba ya mi corazón, á más de su profundo agradecimiento, con su tiernísimo cariño!

Aquella tarde presentóseme Opis, seguido de unos cuantos, diciéndome que, inquietos los bizantinos por la desaparición de Delasseno, y acudiendo á registrar el monte en su busca, le hallaron cadáver; que su sangre pedía venganza y era precisa una pronta averiguación de quién fué el matador, para que sufriese en el acto la pena merecida.

Contesté que si la desgracia hubiera sucedido cerca de los suyos, que á la contraria ladera se hallaban acampados, más fácil sería la sumaria; pero que estando en país desconocido y rodeados de gente cruel y salvaje, la pena de todo aquel que voluntariamente se apartara del cam-

pamento había de ser la muerte, sin que esto entrañase responsabilidad nuestra, y sí solamente castigo por la falta de precauciones de la víctima, puesto que en tiempo de guerra hay que cuidar de no extraviarse en busca de aventuras ó de lo què fuese. Que pues ya no había remedio, les sirviera para el porvenir de lección provechosa. Y con esto, sin saber qué contestar, aunque refunfuñando, se retiraron á su acantonamiento, quedándome yo todavía no repuesto de las impresiones experimentadas.

Pasaron otros tres días sin novedad, esperando con impaciencia alguna noticia de Erzerum, que no llegaba, mas á la cuarta noche acaecióme un raro, aunque no impensado suceso, que puso en grandísimo peligro mi vida y el buen éxito de nuestra expedición.

Apenas habría pasado media hora después de inspeccionar los centinelas y la buena disposición de las tropas, como lo verificaba todas las noches, con el fin de evitar una sorpresa, cuando hete aquí que se me presentó Opis, diciéndome al oído, y con aire misterioso, que deseaba hablarme á solas. Apartéme un tanto con él para escucharle, pero me cogió del brazo y siguió andando largo trecho antes de añadir una sola palabra: de pronto me vi rodeado como de unos veinte de los bizantinos,

que estorbándome toda defensa me apresaron, llevándome casi en volandas al mismo lugar en que murió Delasseno. Allí, alzando Opis la voz, dijo que había llegado la hora de juzgar al asesino del capitán, y que varios indicios mostraban quién fuese. Luego preguntó solemnemente cuál era la pena que el matador merecía, y los veinte bribones contestaron á una, y cual si llevaran la lección aprendida, que la muerte. Volvió á preguntar Opis que quién fué el asesino, y volvieron á responder con la misma unanimidad que Rui González. Rui González, señores, es mi nombre; de forma que no me quedó la más pequeña duda de la suerte que me esperaba. Luchar era imposible, teniéndome cogido y desarmado, y pedir socorro juzgué, no sólo inútil, sino hasta contrario á mi salvación, pues aceleraría mi muerte; así es que escogí el único medio que me restaba, el de imponerles miedo haciéndoles ver la total ruina de todos si me quitaban la vida.

Iba, pues, á comenzar mi discurso, cuando, tapándome la boca uno de ellos, dijo que mi apelación era ya tardía, habiéndose pronunciado la sentencia; con lo cual, y sacando largo cordel, que precipitadamente colgaron de un corpulento roble, dispusieronse á echarme incontinenti el lazo corredizo al cuello, y en-

viarme sin tardanza al otro mundo. Para ganar tiempo díjeles, en cuanto me dejaron la boca libre, que, como buen cristiano, no me matasen sin antes concederme el tiempo de rezar el Credo. Viéndome tan sumiso y resignado en apariencia, apartáronse, dejándome, sin embargo, dentro de un estrecho círculo de enemigos y verdugos: juzgué entonces el momento favorable, y como un tigre acorralado se lanza á morir matando, lancéme de un salto en medio de los griegos, y dando con toda la fuerza de mis pulmones un terrible alarido, que resonó á lo lejos en medio del silencio nocturno, de un tremendo puñetazo arrojé por tierra al más próximo traidor, y abriendo una impensada brecha, eché á correr cuanto podía en dirección al campamento. Mas á poco otra vez fuí cogido, y ya no esperaba remedio, cuando muy cerca resonó una trompa, y luego más lejos otra, que contestaba á su señal. Quedaron atónitos los griegos, apareció de repente Olinda, arrojóse blandiendo un puñal entre nosotros, y tras ella llegaron un buen golpe de armenios con Tristán y Vartan á su cabeza, con cuyo auxilio cambiaron las tornas, quedando los veinte griegos aprisionados y sujetos á mi voluntad dentro de un apretado círculo de mis leales pontinos.

Hubo conato de refriega, pues á la vez desembocaron los restantes griegos, que todos ellos se conoce estaban avisados y en espera de las resultas; pero venciendo la prudencia en el ánimo del taimado Opis, alzó la voz y dijo estas palabras:—Alto todo el mundo, y escuchadme unos y otros. Abajo en la llanura tengo apostados tres de los míos, dispuestos á correr á Erzerum y á enterar á los sarracenos de nuestra presencia y escasas fuerzas, tan pronto como se atente contra nuestra seguridad; podéis matarnos, pero en tal caso vuestra ruina es segura, pues no habéis de pensar en la vuelta á Trebisonda, acosados por enemigos durante tan áspero camino. Todo ha sido una broma para probar la fortaleza de ánimo de Rui González; y si como á broma lo tomáis, aquí no habrá pasado nada; mientras que si en serio lo juzgárais, moriremos unos y otros: ahora escoged.

Acogieron con acento de indignación los armenios estas palabras, dispuestos á la pelea con tales traidores; pero yo, que en el acto comprendí las fatales consecuencias que resultarían de nuestra división, y el fracaso de toda conquista si nos dejábamos arrebatrar por el ímpetu de venganza, reprimí mi rabia y aparenté quedar engañado con las inverosímiles

explicaciones de Opis. Mas el astuto griego no se fió de mi aparente mansedumbre y volvió á tomar la palabra, con exigencia de completo olvido y sagrado juramento por todos los presentes de no atentar en contra suya, ni ahora ni nunca, lo mismo en los futuros combates como después de ellos; pues no se le ocultaba —dijo— que si ahora se accedía al perdón, muy bien podría suceder guardar el castigo de la afrenta para épocas menos arriesgadas, y no podían los griegos seguir con nosotros sin entera seguridad para lo futuro.

Dispuesto ya á transigir, pues no es mi condición rencorosa, y puesta la mira en hazañas más nobles y levantadas, conseguí, aunque á duras penas, el juramento exigido, si bien prestándolo, no sólo los míos en favor de los griegos, sino también éstos para garantía de mutua reconciliación, como era justo.

Quedamos en apariencia por buenos amigos, pero recelosos de tales compañeros, y así pasaron otros ocho días sin noticias de Erzerum.

Durante este tiempo nos dedicábamos á la caza de venados y osos, allí muy abundantes, para atender al sustento de tanta gente, y además racionábamos la tropa á costa de las vecinas aldeas. El frío era mucho, pero nos guarecíamos de sus rigores con todos los abrigos y

pieles que de Trebisonda traíamos, además de las que nos proporcionaban los animales que conseguíamos matar. Nuestros caballos encontraban abundante pasto en el monte, de manera que podíamos sostenernos sin grandes apuros.

Presentáronse al fin una mañana los enviados á Erzerum, de vuelta ya, con la confirmación de todas las noticias dadas por los traficantes, y añadiendo que el lugarteniente, gobernador á la sazón de la ciudadela y plaza en nombre del soberano babilónico, llamábase Ayub, siendo hombre famoso por su valentía, sagacidad y grandes dotes de mando.

Dijéronme también que al cabo de muchos días de secretas conferencias quedaron acordes los habitantes cristianos de la gran ciudad en favorecer nuestra conquista con determinadas condiciones: primera, que habría de ser duradera la ocupación de Erzerum por nosotros, pues no era cosa de atraerse el odio de los musulmanes, alzándose contra su dominio, para que después los dejásemos expuestos á sus represalias; y segunda, que prometiéramos con juramento no entrar á saco y respetar vidas, honras y haciendas, ya que como cristianos salvadores se nos recibía, y no como infieles ni salvajes.

Muy fundadas y justas encontré tales cláu-

sulas: prometí la segunda, y tocante á la primera les expuse mi resolución de permanecer todo el mayor tiempo posible en la ciudad, si es que lográbamos conquistarla. Quedamos, pues, aliados, concertando que de allí á cuatro noches, si no hubiera contraorden, nos acercásemos en gran silencio á los muros de Erzerum, y que al divisar una luz movida en determinada forma respondiéramos con otra, dirigiéndonos seguidamente al portillo más cercano, mientras los de dentro atacarían á sus guardianes, para dejarnos franca la entrada; y á fin de evitar toda equivocación, quedaría uno de los comisionados con nosotros, que nos sirviera de provechoso auxiliar.

Volvieron á marchar los enviados, que vestían de pastores con sus zamarras de piel de oveja, á fin de poder entrar y salir libremente, quedándose uno de ellos, al cual pregunté varios pormenores acerca de la posición de Erzerum y medios de ataque y defensa.

—Erzerum—me dijo—se divide en tres partes distintas: la formidable ciudadela, á su alrededor la ciudad amurallada, ó sea la antigua Teodosiópolis, y la población extramuros, que lleva el nombre, muy común en Armenia, de Herten.

Fácilmente podríamos introducirnos en esta

última, bien fuese llegando en forma de caravana, ó bien divididos en pequeños grupos, para mejor disfrazar nuestros propósitos. Allí ya, se esperaba á que llegase la noche señalada, y entonces acometeríamos ó dilataríamos el ataque, según el aviso de los de adentro.

La toma de la fortaleza hacíase más difícil, y me propuse acudir para su rendición antes á la astucia que á la fuerza, por ser menos sangrienta la victoria y el medio admitido en toda clase de guerras, y más tratándose de rescatar para la Cruz un pueblo dominado desde hacía poco por los bárbaros sectarios de la media luna.

Para dar cumplimiento á mis planes, dispuse que al día siguiente emprendiéramos la caminata á Hartzen; que primero marcharan los armenios con su traje habitual, pero ocultas las armas, y yo en su compañía; y que como á las dos horas después nos siguieran los bizantinos con mantos y turbantes sarracenos de los comprados en Trebisonda, unos y otros con expreso mandato de no aventurar ni un grito de guerra, ni cometer el más pequeño desliz, hasta tomar la fortaleza, pues que de nuestra apariencia humilde y pacífica había de depender el éxito.

Llegó el amanecer, y en la disposición mar-

cada fuimos bajando la montaña de Kop-Dagh por sus vueltas y revueltas, hasta dar en la llanura, y luego en la ya por nosotros conocida aldea de Chaordorik. Pasamos de largo por entre sus casas medio enterradas, y seguimos por un camino cubierto todo él de cieno pegadizo y compacto, donde á cada momento perdían los caballos sus herraduras, llegando de tan fatigosa manera al cabo de cinco horas de Chaordorik á Hidja, pueblo renombrado por sus aguas minerales, que dicen curan la sarna, enfermedad muy común en toda Armenia.

Ya distinguíamos perfectamente desde mucho antes á Erzerum allá en el fondo, al pie de varias colinas bastante elevadas, que se llaman el Oghlanderem y el Cop-Dagh, y que son los contrafuertes de los montes Palan-Tenken y Eyerle-Dagh.

Tres horas después de Hidja entrábamos tranquilamente los que formábamos la vanguardia en los arrabales abiertos de Erzerum, ó sea en Hertzen, encontrándonos en medio de una abigarrada población de casas pequeñas y miserables las más, y de una confusión de gentes moras y cristianas, con trajes distintos y nada cuidados.

Nuestro guía nos repartió en varias vivien-

das de amigos suyos, cercanas unas de otras y casi pegadas á la muralla de la villa militar. No quise separarme de mi adorada Olinda, y moró conmigo cual si fuese mi mujer, decidida á arrostrar todas mis aventuras y peligros, pues me había entregado sin retorno su voluntad y su amor; siendo lo más extraño que, ignorante ella de las lenguas arábica, griega y latina, y desconociendo aún yo la armenia, nuestros coloquios forzosamente habían de traducirse en forma mímica, no ignorada por ningún amante del mundo.

Llegaron á las pocas horas los fingidos moros nuestros compañeros, de forma que, al tocar á queda en lo alto de las murallas de Teodosiópolis, estábamos ya todos presentes y dispuestos.







CAPITULO VIII

En que se describe el asalto y toma de Erzerum
y los principios del nuevo señorío.

Pasáronse tres días en preparar la difícil y arriesgada sorpresa, comunicándonos, según pudimos, con los armenios de la ciudad fortificada; y al llegar la noche convenida, esperamos que, en el ángulo marcado de un altísimo bastión, apareciese la luz reveladora del próximo ataque.

Vímosla brillar hacia las dos de la mañana; corrimos todos á la vecina poterna; luego se sintieron allá dentro ayes de dolor, y á poco se entreabrió la pesada puerta de hierro para dejarnos paso franco.

Debo ahora decir que unos minutos antes, y para reconocernos, hice distribuir entre los míos rojas cruces de paño que se colocaron sobre el pecho.

Penetramos en tropel, pero no sin que la voz

de alarma dada por el babilónico centinela al caer moribundo, herido por los armenios de adentro, dificultase en mucho la sorpresa.

Saliéronnos al paso, primero gran pelotón de auxiliares, pero después, y detrás de ellos, una nube de mahometanos, armándose al punto sangrienta y descomunal batalla entre unos y otros.

Peleábamos con la furia de la desesperación por las estrechas y desconocidas callejuelas, y hubiéramos todos perecido á no ser por los muchos erzeruanos que con gran empuje nos ayudaban, sabiendo que en ellos consistía la libertad ó la ruina de todo el gran pueblo.

Unos y otros me secundaron de tan admirable manera, que al salir el sol ya los agarenos, ante la insurrección general de los habitantes cristianos, fuéronse replegando por el áspero camino de la fortaleza, situada en el centro de la ciudad, después de abandonar, entre los puentes de que la población está llena, número grande de muertos y heridos.

Si el ataque y defensa en las sombras de la noche fué rudo y sangriento, no lo fué menos el que se desarrolló á los primeros rayos del sol entre los musulmanes, que buscaban su salvación en la fortaleza, y el pueblo amotinado y por mí dirigido. Trepaban luchando infie-

les y cristianos por la pendiente, sucediendo con frecuencia que unos y otros rodaban juntos á impulsos de los pedazos de roca arrojados por los mahometanos, que dentro del castillo se lanzaban á la defensa, sin permitirse hacer una salida para ayudar á los compañeros que pretendían con ellos guarecerse; y resultó que pocos de los que guarnecíán antes las murallas y poternas de Teodosiópolis quedaron con vida, reduciéndose al llegar la tarde el número de nuestros enemigos á unos tres mil hombres, defensores de la fuerte ciudadela.

A dicha hora, y dueño en absoluto del recinto amurallado, menos de su castillo, toqué á llamada, y en la gran plaza reuniéronse mis tropas, aumentadas considerablemente con todos los habitantes de Erzerum en disposición de manejar armas de combate.

Mandé primero presentarse á los griegos, y sólo veintidós con Opis á su cabeza, pudieron acudir; los otros yacían muertos ó mal heridos por las calles, puentes ó riachuelos que cruzan por la ciudad. De mis armenios de Trebisonda vivían sólo treinta y cinco, alegrándome sobremanera al ver llegar á Tristán y á Vartan con ellos. Yo hallábame contuso, aunque no de cuidado, en el brazo izquierdo, de un fuerte golpe de cimitarra que hendiendo la

malla, llegó á lo vivo. En cambio, y sin que esto me sirva de alabanza, muchos sarracenos envié al otro mundo en aquel día memorable á impulsos de mi férrea maza.

Puesto en medio de todos mis guerreros, les dirigí un discurso, que tradujo Vartan á la multitud, alborozada por el triunfo, diciéndoles que pues como valientes y arrojados se habían conducido hasta allí, era menester completar la victoria apoderándonos de la temible fortaleza; pero añadí que, deseoso de evitar, en cuanto fuese posible, mayor derramamiento de sangre, antes de acudir al asalto, cosa de difícil y dudoso éxito, era preciso enviar un ultimatum á los agarenos, y de ello podían encargarse tres ancianos de la ciudad, de los que más autoridad y prestigio tuvieran. Que se buscasen y me enviaran al punto los emisarios, para darles las instrucciones convenientes acerca de lo que habían de decir á los babilónicos, y que su vida no peligraba, siendo de derecho natural en todo el mundo el respeto á los parlamentarios, aun tratándose de gentes infieles ó salvajes.

Acogida mi previsorá idea con grandes muestras de aprobacón, no tardaron mucho en presentárseme los que de buena voluntad se comprometieron á cumplir la embajada. Eran tres

viejos armenios de larga y blanquísima barba, que ya en otro tiempo habían asistido á la entrada de Gaiat-eddin de Iconio y conferenciado con él mismo una vez pasadas las primeras terribles escenas del antiguo asalto.

Solo con ellos, y Vartan como intérprete, les manifesté de qué modo tenían que hablar con Ayub, ponderándole exageradamente nuestras fuerzas y anunciándole que éramos la vanguardia de un numeroso ejército cristiano que de un momento á otro debía llegar; gran mentira esta, pues á nadie esperábamos, pero muy útil para mis planes, excusándose lo descarado de la falsedad con los humanitarios fines á que iba conducida. Díjeles que no se olvidasen de terminar su plática exhortando al sarraceno á una rendición pronta, diciéndole que, pues de todos modos su defensa había de ser estéril, más le valía someterse, garantizándoles entonces á todos la vida y la libertad; en tanto que, si no admitía nuestro arreglo, á sangre y fuego estábamos decididos á tomar la fortaleza, costase lo que costara, exterminándolos, en justa pena de su tesón.

Aquella misma tarde cumplieron su cometido los embajadores, y, según costumbre en tales casos, subieron solos, con una bandera blanca por divisa, después de los toques

de parlamento, hechos con cuernos de campaña.

Vímosles desde abajo penetrar en el primer recinto, y ansiosos todos esperábamos la respuesta de Ayub, pues se hacía indispensable la pronta toma del castillo antes de que alguno fuese á prevenir al Soldán de los sucesos de Erzerum y á marchas forzadas acudiese en auxilio de los sitiados, haciendo inevitable nuestra esclavitud ó muerte.

Pronto volvieron con la siguiente lacónica y altanera respuesta, única que pudieron conseguir saliese de sus labios: "Decid, perros cristianos, á vuestro señor, que Ayub sabe luchar y sabrá morir, pero no sabe rendirse;" y sin más palabras ni admitir nuevas explicaciones, les obligó á retirarse.

No me quedaba más remedio que acudir al asalto: preparamos en el siguiente y esotro día muchas escalas de cuerda y de madera, terminadas en garfios, para trepar por las murallas, y gruesos maderos que sirviesen como puentes para acercarnos á ellas, al mismo tiempo que requisaba y reunía las armas que pude encontrar, tanto de los sarracenos y cristianos muertos ó heridos en las calles, como de antiguos y retirados combatientes, y distribuyéndolas entre los que podían empuñarlas, me

hallé con diez mil hombres resueltos á todo y ardiendo en deseos de combatir.

Acaeció al fin la famosísima noche del 23 de Julio, que jamás he de olvidar, aunque viviera cien años, y así que la hora de las doce hubo llegado, en gran silencio y sin luz alguna que avisase de nuestra presencia, divididas mis huestes en cuatro cuerpos, mandados por mí, Tristán, Vartan y Opis, subimos por los lados más accesibles, llevando en hombros los útiles de guerra.

Una vez al bordé del murallón, fabricado en la misma roca, corrímonos de forma tal que por cuatro puntos á la vez emprendiéramos el asalto, y de seguida y sin darnos punto de reposo aprestamos las escalas. Pero ya habíamos sido descubiertos, y con gran vocerío acudieron los defensores por los caminos de ronda, arrojándonos un diluvio de flechas. Sirviéronnos los escudos de resguardo; y como no había medio de retroceder sin mengua, di la voz de ¡arriba!; á su vez la repitieron los capitanes de los otros tres cuerpos, y comenzamos á trepar por las escalas como Dios nos dió á entender. Muchas cayeron á tierra, rotas las unas por el peso de los asaltantes, y las otras por el esfuerzo de los sitiados; y aun hubo varias que no llegaban á la altura de las almenas, pero

también las más largas y fuertes, consiguieron servirnos á maravilla.

Yo trepé por una con cinco ó seis armenios decididos; tras de mí subieron otros y otros, y en un santiamén vímonos arriba una docena de cristianos acorralados por gran número de infieles en estrecho camino de ronda, cuyo costado interior carecía de pretil y daba sobre un gran patio. Mas aquella misma angostura nos servía de salvación, ya que, habiendo conseguido los que antes subieron arrojar en el fondo de la plaza de armas á los que primero se les presentaron de frente, resultábamos defendidos, por el riesgo de caer en que estaban nuestros contrarios, los presentes defensores del peligroso sendero.

Sin embargo, aquella situación no podía durar, y todo dependía del auxilio que consiguieran prestarnos los otros tres cuerpos de ataque, ó del mayor empuje de los sarracenos. A muerte ó á vida, prorrumplí en grandes voces, y á lo lejos me respondieron ya entre las almenas gritos de amigos que cual yo consiguieron trepar, y á cuyo esfuerzo se debió el que, arrojándonos los doce impetuosamente á su encuentro por el estrecho pasadizo, y viniendo ellos hacia nosotros con igual coraje, obligáramos á precipitarse como una masa

compacta desde el camino al fondo del patio á todo aquel enjambre de agarenos que nos separaba.

Dueños ya de un buen espacio de murallón, ayudamos á subir por allí á mucha gente, y en cuanto nos encontramos en gran número reunidos, descendimos con irresistible ímpetu por estrecha bajada que al patio conducía, y allí se entabló á la pálida luz de las estrellas un feroz combate cuerpo á cuerpo, sin tregua ni cuartel.

Libres ya las murallas, cada vez nos veíamos con nuevos auxiliares que bajaban en nuestra defensa, y así no tardamos mucho en hacernos dueños del primer recinto. Pero todavía teníamos que forzar un segundo murallón, por encima del cual nos asaeteaban á mansalva. Hice formar entonces la tortuga, ingenioso medio de que se valían los romanos en sus ataques, que consiste en hacer una pirámide de hombres, subidos los unos sobre los otros y resguardados por sus escudos. Mandé reunir ocho de esos artificios, que consiguieron alcanzar las segundas almenas, y aunque los primeros que á ellas llegaron cayeron maltrechos, no faltaron quienes les sustituyesen, resultando que, á fuerza de renovarse cuerpos sobre cuerpos, alcanzamos el otro recinto, el cual por la

contraria parte daba entrada á las habitaciones del alcázar.

Entre montones de muertos me precipité, seguido de armenios y bizantinos en confuso pelotón, dentro del último baluarte, peleando sin tregua, y eso que la herida me impidió valerme de un brazo. Cien veces debí morir en aquel temerario ataque, porque tantos fueron los obstáculos, que vencer parecía imposible; y, sin embargo, al rayar la aurora ya éramos dueños de la ciudadela.

Discurríamos por aquel laberinto de habitaciones repletas de armas y rico botín, cuando llegaron á mis oídos los últimos ecos de la lucha que tenía lugar entonces en uno de los patios; allí acudí y encontréme con un musulmán alto y fornido, cubierto por rico traje, que denotaba su alcurnia, y revestida la cabeza de ancho turbante sobre férreo capacete. Auxiliado por una veintena de sarracenos daba frente á un número mucho mayor de cristianos que les acosaban sin descanso. Blandía con sus velludas manos formidable hacha de guerra, con la que se defendía y atacaba como león acorralado, con gran furia y heroísmo superior á todo encomio. Gritábanle los armenios que se rindiese; pero en vez de contestar, arremetía en sus terribles hachazos, que á cada

golpe abrían sangrienta brecha entre sus numerosos enemigos.

Contemplé un momento admirado tanto coraje y tan desesperada defensa, y adivinando en aquel héroe al arrogante Ayub, no quise que la muerte diese término infeliz á su valentía; por lo cual dispuse la retirada, y obedientes á mi voz fueron abandonando el patio los míos por su única salida, no sin sufrir antes muchos de ellos los fieros ataques del vencido Gobernador.

Quedaron Ayub y los suyos dueños de aquel recinto, aunque cautivos en la fortaleza: fuíme en seguida á recorrer todos los puntos del feroz combate, y hallé la victoria sobrado sangrienta, pues sólo como unos quinientos sarracenos quedaban con vida, y de los cristianos montones de cadáveres ocupaban todo el castillo, sin contar el gran número de ellos que yacían al pie de los muros, sorprendidos por la muerte antes de conseguir escalarlos.

Hallé de los capitanes á Vartan y á Tristán heridos, aunque no gravemente, y sólo á Opis ileso; hice conducir los quinientos cautivos á buen recaudo, y empleé todo el curso de aquel día en desembarazar de cadáveres la ciudadela y reunir los heridos donde mejor pude,

haciendo que viniesen mujeres para cuidarles y atender á su problemática curación.

Reuní al día siguiente á todos los míos en la gran plaza de la ciudad, hice su recuento, y presentóse Opis al frente de sólo quince griegos que sobrevivieron á la refriega; Vartan, con el brazo izquierdo descoyuntado, seguido de veintiuno de Trebisonda, y mi buen Tristán, que llevaba como trofeo ancha cuchillada cruzándole la frente, mandando como unos seis mil guerreros de Erzerum.

Volvimos al castillo, visitámosle con detención, y allá abajo en las mazmorras, que á hachazos hicimos abrir, pues las llaves habían desaparecido, nos hallamos con gran sorpresa y lástima á unos seiscientos cautivos, escuálidos y casi desnudos, procedentes de las tropas georgianas y mongolas.

Díles libertad, alimento, vestidos y armas, con lo que aumenté el número de mi ejército, dedicándome luego á guarnecer los muros y poternas de Teodosiópolis, así como los de la fortaleza conquistada, de bien armados y decididos centinelas.

Empleáronse los siguientes días en grandes fiestas y jolgorios y en distribuir las riquezas que en el castillo había, que fueron muchas, entre mis guerreros y los de la ciudad, con lo

cual evité algunos robos, á que estaban muy predispuestos los asaltantes.

Vino después mi solemne proclamación como señor de Erzerum, acompañada de majestuosas ceremonias y con el unánime contentamiento de sus habitantes, dedicándome á formar un ordenado gobierno y á proveer á las necesidades de mis súbditos; y pues se acercaba el mes de Agosto, último de verano por aquellas frías regiones, se hizo preciso prepararse á resistir las nieves y los desbordamientos de los ríos.

Chocóme sobremanera el ver, como cosa corriente, sobre las azoteas de la mayoría de las casas, cubiertas por un manto de tierra, pastar con entera libertad carneros y cabras, mientras que dedicaban otros terrados á secar el telek, que resulta de amasar excremento de bestias mezclado con lodo, en forma de ladrillo, y es el único combustible que allí se usa. Los pobres hacen bolas de estiércol, que arrojan á los muros de sus viviendas para prestarlas mayor abrigo; extraña costumbre que produce muy desagradable olor en las calles.

Nuestra conquista dió ocasión á un considerable aumento en la ciudad de gentes de todas las vecinas comarcas, como eran kurdos, lazos, kizil-irmak, ferah-sonderán ó apagadores de

luces, llamados así por sus fiestas y bacanales nocturnas, yasidis ó adoradores del diablo, además de muchos persas, georgianos, tártaros y aun de más lejanos países.

Traíame preocupado la probable vuelta de los sarracenos en cuanto tuviesen noticia de la pérdida de Erzerum, consideración que me obligó á retener cautivos á Ayub (que al fin dióse á prisión) y á sus secuaces, para que no fuesen á contar al Soldán de Babilonia lo sucedido, y contra mi deseo, que consistía en darles la libertad como premio á su valor. En pasando Agosto, cabía la esperanza de no sufrir asedio alguno hasta Mayo siguiente, pues los senderos se hacían impracticables á causa de las nieves, las llanuras se llenaban de agua y hielo, y los ríos eran muy difícilmente vadeables, y menos para un ejército numeroso. Tuve la suerte de que pasara el mes temido, y aun el de Septiembre, sin novedad, y al llegar Octubre vímonos bloqueados, primero por grandes lluvias y vientos, que convirtieron todo el llano en un barrizal imposible de franquear, y luego por la nieve, con una temperatura el doble de fría que la de aquí en tierra de Burgos durante los más rigurosos inviernos, y cuenta, que ésta no es floja en tal estación.

Suspendióse el tráfico de caravanas por

muchos meses, y aun el paso por las calles de Erzerum, y la bajada del castillo se hizo muy dificultosa; mandé construir garitas en favor de los centinelas, y obligué á los habitantes á limpiar de nieve los más frecuentados pasos; con lo que, y una severa disciplina militar, fuimos pasando como mejor se pudo aquel larguísimo invierno.





CAPITULO IX

Que trata del gobierno de D. Ruy González en Erzerum, y demás noticias y sucesos interesantes.

Ya era considerada la bellísima Olinda como la compañera inseparable del señor, esperando ella con gran ansia casarse conmigo, á lo cual también estaba yo dispuesto, por ver juntos en aquella incomparable muchacha el amor, la hermosura, la bondad y el entendimiento en nada común maridaje, consistiendo la única dificultad de nuestro matrimonio en la poca conformidad de mi religión (á la que siempre he sido fiel) con la suya, pues aunque cristiana, lo era al modo armenio. Siguen allí la falsa doctrina de un hereje que vivió en el siglo v, denominado Eutiques, y conforme á su enseñanza niegan el respeto debido á lo que dispuso el gran Concilio de Calcedonia: piensan que Nuestro Señor Jesucristo tuvo una sola naturaleza; bautizan sumergiendo tres veces en el agua al

recién nacido, y confirmanle de seguida; comulgan con vino, sin mezcla de agua, y pan fermentado, que mojan en él; sólo dan la Exremaunción á los eclesiásticos, y eso después de muertos; mas á pesar de tales supersticiones, son muy devotos y ayunan muchísimos días del año, y con gran rigor.

La precisión en que me encontraba de entender la lengua de mis siervos decidiómeme á aprender el armenio, lenguaje de los más antiguos y que se habla por todo el Oriente. Servíame de maestro la misma Olinda, adelantando con presteza, y en pocos meses aprendí lo bastante para comprender sus más usuales términos. Es de ronca entonación, como lengua de montañas; se pronuncia tal como se escribe, se lee de izquierda á derecha, según pasa con el latín; no tiene géneros y se coloca el artículo al final de las palabras. Muchos son los dialectos en que se divide, pero Olinda me enseñó el de su tierra, que es también el comunmente usado en Erzerum.

Al mismo tiempo aprendí también á leer y escribir en griego y en árabe; pues aunque ni las letras son las mismas ni tienen parecido alguno, una vez comenzado el estudio sirve de distracción, y más durante tan largo invierno y siendo tan pocas las ocupaciones.

Por entonces hice colocar en lo más alto de las torres de Erzerum y de su fortaleza grandes banderas, en las que sobre fondo blanco se veía un águila negra con las alas extendidas; escudo que elegí como emblema de mis lejanas peregrinaciones y hechos guerreros, entendiendo que, así como el águila recorre las mayores distancias y los más remotos países y en todos ellos se erige en reina y conquistadora, sin que nadie la dispute su indiscutible soberanía, asimismo yo reinaba como señor y sin rival en parajes tan lejanos de mi patria. Tal enseña ha de formar parte principal de mis armas, para que de este modo se eternice el recuerdo y aprecio de mis extraordinarias aventuras.

Una vez conocida la lengua del país, por extremo dificultosa para nosotros, me dediqué á la conversión de Olinda, sirviéndome de nuestro amor y de mis razonamientos; y no se tomen á mal mis palabras, pues es cosa sabida que las creencias religiosas suelen entrar por el sentimiento y el corazón antes de fijarse en la mente, y es el amor su base y fundamento más seguro.

Convertida á nuestra santa fe Olinda, era muy difícil descubrir por aquella tierra un eclesiástico católico que santificase nuestra unión, y yo no quería ni por pienso que lo hiciera un

hereje; pero la Providencia, que siempre ha velado y vela por mí, á pesar de mis pecados, me lo deparó cuando menos lo esperaba, y fué de la siguiente manera. Ya llevo dicho que, entre mis guerreros venidos de Constantinopla, uno de ellos era germano, y como tal católico.

Entre los quince que sobrevivieron á la toma de la población y del castillo contábase él, y varias veces me relataron su extraño comportamiento en los momentos de mayor peligro, que consistía en dedicarse, en vez de luchar, á bendecir á sus compañeros, pronunciando entre dientes largas pláticas ú oraciones que nadie entendía, pero que á todos asombraban. Llaméle una tarde, y al inquirir la causa de tal proceder me respondió que, si azares de la suerte le trajeron con nosotros, nunca pudo olvidar que era clérigo, y que su misión, más que ceñir la espada, era enarbolar la Cruz.

Satisfízome en extremo tan singular hallazgo cuando más lo necesitaba, y desde aquel día le nombré con toda pompa y solemnidad Vicario de nuestro ejército, esperando que llegase el momento propicio de enviar emisarios al Papa en súplica de su regular confirmación. Como entendían poco mis aventureros de asuntos religiosos, no opusieron dificultad alguna, quedando de tan extraña suerte sujetos mis

heréticos vasallos á la autoridad espiritual de un sacerdote católico, aunque de ello se enterase el Patriarca de la gran Armenia, que reside en Edchmiadzin, al pie del monte Ararat: y tal resultado me fué hacedero, por la circunstancia especial de que, desde el momento de la toma de Erzerum por los babilónicos, habían desaparecido de la ciudad y sus contornos todos los sacerdotes herejes, cosa que supo bastante mal á los habitantes y facilitó grandemente la buena acogida á mi elegido.

No mucho después, y resuelto el principal obstáculo, celebré con gran pompa y lucidos festejos mi boda con Olinda, ocupando su legítimo puesto de señora de Erzerum, como ya lo era de mi corazón.

Poco á poco fué desapareciendo la estación más fría, ocupado yo en grandes proyectos de mejoras en mi señorío y de futuras conquistas en los comarcanos, creyendo que, pues tan bien salióme la primera y difícil empresa, igualmente favorecido habría de ser en las demás; achaque común en los victoriosos, que no se inquietan de los cambios que sufre la fortuna sino al encontrarse presos de la adversidad.

Tan pronto como el tiempo se hizo menos riguroso, á la venida de la llamada primavera, que allí con pocas señales se da á conocer,

emprendí una obra de magna importancia, cual fué la construcción de una segunda muralla que envolviese á la ciudad militar con doble circuito fortificado, y al emprender tan gigantesca obra hice esculpir sobre la primera porterna una Cruz, y debajo mi nombre y apellido, Rui González, en caracteres griegos, como fiel y permanente testimonio de mi dominación para los venideros siglos. Allí está, y cualquiera puede leer la inscripción labrada en la dura piedra; y si no hoy, no faltará en las futuras edades algún español viajante, sea pacífico ó guerrero, que la lea y dé fe de mi estancia en Erzerum.

La obra era de tal grandeza, que aun había de durar su construcción hasta tres años más tarde, sin que el gran número de gente que hice emplear en ella sirviese para concluirla más pronto. También aumenté en gran manera la defensa del castillo, fijos siempre los ojos en la venida de ejércitos enemigos, ya fuesen mahometanos ó mongoles, que creía inevitable; y mientras me ocupaba en tales obras y proyectos llegó el deshielo, y con él comenzaron nuevos aprestos militares para la defensa.

Pero ya en el mes de Abril, las caravanas que, tanto de Mongolia como de Persia, llegaban, tan pronto como el tiempo lo permitía, de

paso á Trebisonda, trajeron grandes y estupendas noticias que modificaron sobremanera mi situación, disminuyéndose, por azares de mi suerte, los riesgos que creía correr.

Y fueron tales nuevas, las de Persia, que su Khan Argun, hijo de Abaka y sucesor de Ahmed, envió por aquella fecha embajadores al Pontífice Nicolás IV, notificándole su determinación de ser bautizado, para lo que sólo esperaba apoderarse antes de Jerusalem; y al mismo tiempo le comunicaba que dos Princesas de su familia, así como varios Obispos cismáticos, habían abjurado sus errores por mediación de los heroicos misioneros Franciscanos.

De Mongolia las noticias eran aún más extraordinarias y sorprendentes, pues se referían á la derrota y dispersión del ejército babilónico, que en mal hora osó penetrar en el distrito de Thortum, al Norte de Erzerum, y que había sido deshecho por las tropas del Khan Kublai, hacia el territorio de los Lazos, cerca de Georgia. Pero aquello que más regocijo me causó, por tratarse especialmente de mi seguridad y dominio, fué el correrse la voz al mes siguiente por todo Erzerum de la próxima venida nada menos que de una embajada mongola para tratar conmigo de importantes y

secretos asuntos, dándose mayores detalles á tan sorprendente noticia, pues se añadía que el poderosísimo Kublai pretendía formar estrecha alianza con todos los Príncipes cristianos del Asia, en contra de los musulmanes, y solicitar el apoyo del Pontífice en pro de su meritoria empresa.

Tan justo y prudente deseo hacía verosímil lo de la embajada; pues si bien el terreno de Erzerum podía considerarlo el gran Khan como de su propio dominio, el caso era que estaba de hecho expuesto á las correrías y asaltos de unos y otros, siéndole acaso más provechoso y útil á Kublai que fuese yo, cristiano, su dominador, que no un babilónico ó un seldjucida, dado su proyecto de unirse á los cristianos, quizás porque la tierra armenia es cristiana.

Pero si la situación exterior había cambiado tan favorablemente para mis esperanzas y ambiciones, halléme en cambio de pronto, y cuando menos podía esperarlo, sujeto otra vez á la envidia, rencor y malas artes de los fementidos griegos y de su no menos odioso capitán Opis.

Antojóseles, justamente en los momentos en que todo debiera ser regocijo y perseverancia, dar á entender su disgusto y deseo de abandonar á Erzerum, pretextando su desilusión al

no encontrar en él las riquezas y tesoros que pretendían.

Y así, una mañana se atrevieron los griegos á decirme por boca de Opis que había llegado el momento de partir con las riquezas adquiridas en busca de otras mayores, abandonando un territorio tan pobre é inclemente. Entonces yo, que juzgué un desatino y una deshonra su propósito, le alegué primero el compromiso solemne que había contraído con sus habitantes de no abandonarlos, y si esta razón no le bastaba, la muy importante para su vida y seguridad del larguísimo y peligroso camino que tendríase que recorrer, bien en la vuelta á Trebisonda, y aun mucho más si tuviéramos, como era probable, que tomar por los desiertos asiáticos en busca de nuevas lides. A tal empresa no habrían de acompañarnos los armenios, y viéndonos reducidos á diez y ocho hombres, cualquier partida de kurdos acabaría con nosotros aun antes de abandonar las tierras pontinas.

Hiciéronle efecto mis reflexiones, porque, en verdad, eran convincentes; mas como viese que su salida de Erzerum se hacía muy difícil por el momento, dieron su ambición y soberbia en minarme el terreno de mi señorío, pensando sería posible hacer que se cambiaran las tornas

y sustituirse en mi daño como señor feudal de aquel país. Desde entonces comenzaron sus cábalas y conspiraciones, á las que ayudaron no poco los catorce griegos, mientras que mi fiel Vartan me tenía enterado de lo que pasaba; y yo, aparentando confianza y descuido, dejaba correr el tiempo hasta sorprenderle en infraganti delito de traición.

Todo aparecía tranquilo en la superficie de las cosas, en tanto que se preparaba secretamente el levantamiento, cuando una mañana dijéronme que varios guerreros venidos del Norte querían hablarme para tratar asuntos de mucho interés. Recibíles con gran aparato, pues resultaron ser la embajada mongola que el gran Khan Kublai, cuyo nombre quiere decir Señor de señores, me enviaba.

Venían vestidos al estilo tártaro, con armaduras de cuero de búfalo, el cual cuecen en su país y ponen durísimo, trayendo por armas arcos, espadas y mazas, y como salvoconducto para el viaje y enseña de su autoridad comenzaron por presentarme una tabla de oro y en ella cincelado el escudo real. Con tal diploma, la persona que lo lleva y sus acompañantes han de ser conducidos con toda seguridad de pueblo en pueblo, permanecer donde quieran y por el tiempo que gusten, debiendo proveér-

seles, sin exigirles nada, de todo lo necesario.

Una vez en mi presencia, y valiéndome de un tártaro que conocía y hablaba ambas lenguas, armenia y mongola, pude enterarme de la comisión que traían los embajadores. Era ésta exponerme como preliminar de su relato los derechos, según Kublai indiscutibles, que le asistían al dominio de toda la comarca de Erzerum, pues tomaban su origen de la victoria, base y fundamento, según él, de todos los imperios en todas las edades y naciones, en lo cual, á la verdad, no le faltaba razón.

Si después Erzerum había caído, primero en manos de los babilónicos y después en las mías, tales sorpresas no podían significar indiscutible conquista, según el criterio del gran Khan, mientras no se conformase su anterior dueño y señor ó una guerra perdida le hiciera abandonar su dominio. Y como, al contrario, acababan de ser deshechos los babilónicos en el Norte de Armenia, sólo quedaban frente á los derechos claramente manifestados del gran Khan los que yo pretendiera atribuirme sobre Erzerum.

Añadiéronme los embajadores que, según fuese mi respuesta, así serían las consecuencias de su embajada; pues deseoso Kublai de evitar, en cuanto pudiese, toda discordia con

gente cristiana, ya que su deseo mayor era el exterminar á los mahometanos asiáticos, enviábame emisarios en son de concordia y de paz, á fin de sostenerme con su augusto poderío en mi gobierno de Erzerum, siempre que, jurando pleito homenaje á su autoridad, me declarase voluntariamente feudatario suyo. Si con esta irrevocable condición del Señor de los señores no me conformaba, en tal caso los poderes que traían los embajadores extendíanse á declararme la guerra, cuyas consecuencias muy pronto habrían de ser mi total ruina, siendo disparatada ilusión la que se fundara en luchar mi pequeñez con el extraordinario poderío de Kublai.

Con parecidas razones acabaron de exponerme los embajadores su misión, esperando mi respuesta; pero antes de dársela necesitaba reflexionar y consultar á los míos con detenimiento y á sangre fría, para mayor garantía de acierto, y con el fin de que mi resolución no pecase ni por falta de dignidad ni por sobra de imprudencia; asimismo se lo dije, quedando ellos en esperar lo que fuese necesario á mi bien meditada determinación; y con esto terminóse la conferencia, haciendo alojar á mis huéspedes lo mejor que me fué posible.

Reuní luego en consejo á los principales

capitanes Tristán, Vartan, Opis, Diran y Sembat, además de otros dos bizantinos y de cuatro jefes de Erzerum, resultando de diferente opinión Tristán, Vartan y los dos armenios, que sólo atendían á mi mayor gloria y poder, de los que, como los griegos, aspiraban á rebajar mi soberanía, y de los erzeruanos, que, una vez libres de sarracenos, no tenían preferencia marcada ni por mi dominio absoluto ni por mi sumisión al de Mongolia.

Opinaban con gran brío Tristán y los suyos que era preciso no rendir nuestra independencia á una autoridad sin justos derechos para imponerse en aquel territorio; puesto que si fuéramos á buscar el verdadero Príncipe de Armenia, antes podía sostener tal título el Emperador griego ó el Señor de la pequeña Armenia que el Khan tártaro; pero que en realidad ni á uno ni á otro correspondía ésta preeminencia estando el país en estado de conquista, sino al último poseedor; por lo cual mi señorío de Erzerum, libre de todo feudo y homenaje, traía por justo título la victoria, debida sólo á nuestro esfuerzo y sin mezcla de extranjero auxilio. Respondía Opis á grandes voces, quizás con el deseo oculto de que sus palabras llegasen á oídos de los embajadores y le fuesen agradeci-

das y premiadas, que, sin género de duda, le correspondía á Kublai el título de Rey de Armenia, por ser conquista de los tártaros, no sólo el territorio de Erzerum, sino gran parte del asiático continente.

Oídas unas y otras opiniones, expuestas con tanto calor y energía que fué necesario interponer mi autoridad para impedir que vinieran á las manos sus sostenedores, dí por terminado el consejo y retiréme á reflexionar con toda madurez en la resolución de tan dificultoso compromiso. Inclinábanme mi natural condición y los fueros de mi conquista á no conceder primacía alguna en mi territorio al mongol; pero al mismo tiempo la situación para los míos se hacía aún más comprometida que si fuera la embajada procedente de los babilónicos, pues al asedio de éstos podía oponer como defensa resuelta y decidida á todos los habitantes de Erzerum; mientras que si Kublai llegara á bloquearnos, fácil sería que algunos de los de adentro le abriesen las puertas haciéndome traición.

Esta probable contingencia, unida al deseo de evitar á mis súbditos un nuevo asalto, hizo-me al día siguiente prestar, como respuesta á los embajadores, el pleito homenaje solicitado, aunque manifestándoles lo dudoso del derecho

del solicitante, y el favor, más que el deber, de que daba voluntaria muestra al obligarme á tal feudo. Partieron los emisarios satisfechos de la buena acogida y del feliz resultado, y yo, que á la postre tan señor quedaba como antes y en menos riesgo y más esperanzado de ayuda, dado el caso de que volviesen los mahometanos, juzgué con sangre fría la situación, congratulándome también de la avenencia, pues á poca costa recobraba mayor tranquilidad por largo tiempo.

Pero antes de volverse los embajadores, entregáronme con gran ceremonia y solemnidad la prenda ó nombramiento que Kublai les dió para que fuese á mi poder en el caso de admitir sus condiciones.

Consistía la tabla de mando en una plancha de oro de cuatrocientas dracmas de peso, donde había escritas estas palabras: "Por la fuerza de Dios y por la gracia que ha concedido á nuestro Emperador, sea bendito el nombre del gran Khan, y los que no le obedezcan muertos y exterminados;" y después seguían las atribuciones que se me otorgaban. En la extremidad inferior de la tabla había grabado un león, y sobre éste el sol y la luna. Dijéronme los comisionados que esas tablas con tales atributos sólo las obtienen como grandísimo galardón y

honor aquellos Capitanes que mandan grandes ejércitos, lo menos de cien mil soldados, y que con su posesión se adquiere mucha autoridad y grandes preeminencias, entre otras las de que le cubran con una sombrilla mientras cabalga, y la de sentarse en silla de plata ¹.

Más tarde, aquel mismo año, ó sea el 1288, llegaron tristes y conmovedoras noticias de Erzingan, población situada á unas tres jornadas al Suroeste de Erzerum y ocupada aún á la sazón por los guerreros mahometanos. Se referían al martirio sufrido en el viernes cuarto de Cuaresma por los misioneros Francisco de Pitriolo ó de Tormo, Monaldo de Ancona y Antonio de Milán, los cuales, excitados días antes por el cadí sarraceno á que dieran fe de la verdad de su doctrina con algún milagro, éste se verificó devolviendo la vista á un ciego, maravilla certificada por muchos testigos, pero que en lugar de convertir al cadí excitó su cólera y le llevó á mandar cortar la cabeza de los misioneros, como se verificó al instante.

Este bárbaro atentado hecho á la justicia y caridad humanas, y del que fueron inocentes víctimas tan santos y venerables misioneros, excitaron en gran manera la indignación de

¹ *Viajes de Marco Polo.*

todos los habitantes de Erzerum, y á ser mayores mis fuerzas, no hubiera quedado impune tamaña crueldad; mas tuve que reprimir los bélicos impulsos de mis gobernados, temiendo que los pérfidos griegos se aprovecharan de mi partida para armarme una revolución en Erzerum, y por arreglar lo ajeno perdiese lo propio.

Quedéme, pues, en mi fortaleza, que allí llaman Ark, y pasé el estío sumamente ocupado en la construcción de la muralla, así como en otras varias obras útiles y beneficiosas al país, sin perder tampoco de vista las maquinaciones y villanías de Opis, las cuales se manifestaron al descubierto en el mes de Septiembre de aquel mismo año.

Paseábame una tarde solo por las estrechas callejas de Erzerum, cuando al pasar bajo el primer piso de una casa que, como en muchas otras de aquella ciudad, avanzaba sobre la calle, deparóme mi suerte oír fuertes voces y gemidos, y apenas un minuto pasado abrióse la puerta que á mi lado estaba, precipitándose fuera una linda armenia, que loca de terror se echó á mis pies pidiéndome entre sollozos y suspiros que le salvase la vida.

Tras de ella apareció por la misma cancela un hombre con la espada desnuda, y al sacar

la mía y echarme á su encuentro reconocí en él al mismísimo Opis, hecho una furia y centelleándole los ojos de coraje.

Verme y quedarse parado, todo fué uno; con tal asombro, que por un momento dominó su sorpresa al ímpetu de su ira, siendo ésta tan grande; mas acto continuo, y aún no he logrado averiguar si instintiva ó deliberadamente, me tiró una tan tremenda estocada, que á no valerme de mi agilidad y destreza, allí hubiera terminado de una vez el curso de mis aventuras.

Perdióse la estocada en el aire, y en cambio, ardiendo en justa cólera, hundí mi tizona en el pecho del traidor, quien cayó al suelo mal herido.

Y aquí se dió á conocer nuevamente como hombre astuto y de gran dominio sobre sus sentimientos; porque, en medio de sus angustias, aun tuvo ánimo para rogarme, entre suspiros y congojas, que no le rematara y le perdonase la vida.

No quise acabar de matarle, á pesar de que bien lo merecía para escarmiento de pícaros; allí le dejé, y en compañía de la que, á no ser por mí, mal lo hubiera pasado, encaminé mis pasos á la fortaleza, donde acto continuo hice formar una minuciosa sumaria, que dió el si-

guiente resultado, según confesión de la triste armenia:

Era ella amante de Opis, y sus relaciones comenzaron á principios de Enero, gracias á una singular costumbre, tradicional en Erzerum, la cual consiste en asomarse á la azotea en tal día las muchachas que aspiran á casarse en el año, llevando una cierta torta por ellas mismas elaborada.

Déjala caer en el suelo la joven, y, ocultándose, espera con impaciencia que lleguen unos pajarracos á modo de cuervos, muy comunes en la ciudad.

Aparece el ave, coge el pan y se lo lleva en el pico, siguiéndole con los ojos la aspirante á casada, porque en la vivienda donde se posa el animal debe morar el futuro marido; sucediendo á veces que el pájaro marcha al campo, y es señal infalible de que por aquel año no hay casorio. Pues bien; hizo la casualidad ó el mal sino de la infortunada joven que su torta fuese á parar donde Opis vivía; y con la esperanza de que el vaticinio se cumpliese, dió la muchacha en hacerse visible; y como era hermosa y Opis aficionado á galanteos, sucedió que á la postre, si no hubo casamiento, resultó unión en mal de la armenia, y á poco más en mi ruina. Porque Opis, luego de aceptarla por amante,

pretendió convertirla en instrumento de mi muerte, obligándola, primero con halagos y últimamente con amenazas y golpes, á que hiciera todo lo posible para conseguir entrar á mi servicio, con el infame propósito de envenenarme en cuanto hubiera ocasión de hacerlo.

Negóse la muchacha al crimen, muchas veces propuesto, y á tiempo quizás de la más grave disputa acerté á pasar por donde contendían, salvando la vida de la pobre mujer y descubriéndose en un punto la trama toda.

Gracias á su robusta naturaleza, Opis logró curarse de su gravísima herida; y cuando después de algún tiempo presentóse ante mí, era opinión general que su cobarde traición debía castigarse con la muerte; pero tantas fueron sus exclamaciones de pretendida inocencia, y tan grandes sus fingidas muestras de amor y respeto á mi persona, que le perdoné, aunque ordenándole saliese de Erzerum para no volver nunca. Viéndose perdido en mi estima, me hizo una proposición, que acepté de buen grado, pues por ella, á la vez que me libraba de sus maquinaciones, acrecentaba mi poderío. Ofrecióme marchar á un pueblo importante que como á distancia de unas quince horas hállase situado, y que se llama Olti.

Estableceríase allí, dijo, con sus griegos al

frente de sus habitantes, bajo mi obediencia y jurándome pleito homenaje, con las obligaciones todas del vasallo á su señor, comprometiéndose como caballero á venir en mi ayuda tan pronto como se la pidiese, á lo cual, añadió, le obligaba, no sólo mi reconocida jefatura, sino también el agradecimiento, por haberle dos veces perdonado la vida. Aceptados sus juramentos y ofertas, rogóme enviase emisarios, para conocer la disposición en que se hallaba el pueblo antes de aventurarse en el camino. Hícelo así, y la respuesta fué que, teniendo conocimiento sus habitantes de mi acertada justicia en Erzerum, admitirían gustosos al gobernador que les enviase y defendiera de las acometidas musulmanas.

Salió Opis con los catorce griegos, dejándome sosegado y libre de sus malas artes, y al pueblo mío satisfecho, tanto ó más que yo, de su partida, con la que acababan de una vez los escándalos y desafueros por ellos cometidos desde el punto que en Erzerum entraron.

Mas antes que se fueran les exhorté á portarse bien con sus nuevos gobernados, amenazándoles con trocar mi mansedumbre en rigor tan pronto como tuviera conocimiento de algún desmán cometido por su parte, y haciéndoles ver el peligro que corrían sus vidas, aun sin

contar con mi enojo, desde el punto que se convirtiesen en tiranos, siendo un puñado de hombres al frente de una ciudad tan poblada, circunstancia que aconsejaba grandísima prudencia y justos procederés.

A poco recibí noticias de su arribo y buen recibimiento é instalación en la fortaleza, de lo que mucho contento tuve, quedándome tranquilo y dispuesto á pasar la segunda invernada en mi señorío.





CAPITULO X

Donde continúa el señor de Erzerum manifestando lo que allí pasó hasta acercarse el fin de su soberanía.

Llegó y pasó otro invierno sin cosa digna de memorarse, viéndome bloqueado, como en el anterior, por las heladas y las nieves. Volvió la primavera, y al comenzar el mes de Abril vi un día llegar, con gran sorpresa, harapientos y miserables á ocho de mis incorregibles griegos, que me contaron la muerte de Opis y de seis de los suyos en una sublevación acaecida en Olti, y durante la cual á duras penas pudieron salvarse los ocho ante mí presentes, apelando á la huída por el más escabroso camino entre ambos pueblos.

Monté en cólera, adivinando quiénes habrían sido los culpables del levantamiento popular que dió al traste con la nueva y pacífica conquista; y así como yo suponía había pasado,

efecto de los desmanes y excesos cometidos por los pícaros de Bizancio; mas como los muertos no pueden defenderse, á ellos achacaron toda la culpa los recién venidos; y como éstos me pidieron humildemente que volviera á admitirles en mi confianza, parte por compasión á su triste estado, y parte debido á que su exiguo número me aseguraba su obediencia en el porvenir, dí al olvido sus torpezas y tornaron á guarnecer las murallas de Erzerum.

Pasaron tres años más y concluyóse el doble recinto amurallado, quedando la ciudad militar convertida en fuertísima y terrible fortaleza. Dedicuéme luego á mejorar los templos bizantinos, y con mucha pompa y aparato instalé como jefe espiritual de Erzerum al sacerdote germano, después de solicitar y obtener la correspondiente confirmación del Pontífice por conducto de su Legado Apostólico en Chipre, Siria y Armenia, el Dominico Nicolás de Hanajes, quien se hallaba entonces en San Juan de Acre, ó sea Tolemaida, donde por cierto el año 91 murió ahogado cuando el asalto de los sarracenos.

Pero ya, en contestación á mis celosas diligencias, varios curas cismáticos, de los mismos que cobardemente huyeron cuando el asalto y toma por los babilónicos, habían tornado á la ciudad,

proporcionándome serios disgustos, que por fin atajé con mano fuerte, disponiendo las cosas de manera que quedase como religión oficial la Católica Romana. Seguí permitiendo, sin embargo, el culto cismático en alguna iglesia; pues aunque mi ejemplo atrajo á la verdadera Religión parte no pequeña de los habitantes, muchos otros, y aun la gran mayoría, permanecieron fieles á sus errores, y hubiera sido mucha torpeza por mi parte, dada mi poco segura situación, obligar á todos á la obediencia espiritual debida.

Reclamó varias veces desde Edchmiadzin, célebre monasterio de las tres iglesias, á dos millas de Eriván, el Patriarca herético; pero ni él se atrevió nunca á presentárame, ni yo hice gran caso de sus reclamaciones; y si hoy, después de mi abdicación, queda una parte de Erzerum sujeta á la verdadera fe, sin vanagloria puedo decir que á mí principalmente se debe.

A poco tiempo llegó á mi noticia lo que ocurría en la pequeña Armenia, y fué el advenimiento al trono en 1289 de Haytón II, hijo de León III, y los belicosos designios del nuevo Príncipe, que se proponía nada menos que unir la Armenia toda bajo su dominio; sueño al que bien pronto tuvo que renunciar, una vez que

conoció el apoyo que me prestaba el Señor de los señores y la oposición de sus poderosos vecinos los seldjucidas de Iconio, los cuales no le hubieran permitido tal acrecentamiento de sus Estados.

A la llegada del verano mandé disponer una piadosa expedición al lugar en que nace el Éufrates, y donde la tradición armenia asegura fué descubierta la verdadera Cruz, y de allí llevada á Constantinopla, sitio del cual brotó un gran salto de agua, formando las primeras fuentes del famoso río una vez que la sagrada reliquia dejó libre aquel espacio. Fué mi idea levantar y unir los sentimientos cristianos de mis súbditos en aquellos tiempos de gran entusiasmo religioso por toda la Cristiandad, mostrarles el mucho respeto que me inspiraban los recuerdos sacrosantos de la Pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, y también perpetuar en su memoria que, sin salir de mis Estados, había allí mismo un lugar elegido por Nuestro Señor como descanso y refugio de la Cruz en que su Santísimo Cuerpo sufrió el martirio para la universal redención humana.

Una vez la expedición decidida, y todo dispuesto, salimos de Erzerum con dirección al Norte en religiosa caravana, compuesta de mis

capitanes y guerreros y de gran muchedumbre de habitantes. Tomamos el camino de las montañas á cuyos pies la gran ciudad se asienta y resguarda, en dirección al Ghiaur-dagh, ó monte de los infieles. Atravesamos muchos volcanes apagados, algunos de los cuales muéstranse á las mismas puertas de Erzerum, y después de larga y penosa caminata fuimos á parar á las mismas pendientes del Dumli-Dagh, contrafuerte del monte de los infieles, y remontando á gran altura hallámonos con la fuente madre del Eufrates y en el lugar venerado por cristianos y agarenos. Como estos últimos pretenden que aquellas aguas lavan los pecados veniales, pero matan al que persigue la cólera de Alláh, y entre mis acompañantes venían varios de religión mahometana, dime prisa á meter mis manos en aquel manantial, hallando el agua fría como la nieve; y esta muestra de mi limpieza de conciencia, pues ningún castigo recibí, sirvió no poco para que me confirmasen por hombre justo y honrado. Cerca brotan otras veinte fuentes, y todas ellas, juntándose á la bajada con otro torrente de gran fuerza y caudal, forman el Éufrates, que hasta muy abajo, ya casi en tierra de Babilonia, no lleva tal nombre, sino los de Frat y Murad-Schai.

Arrodillámonos todos ante la roca que, según piadosa tradición, guardó el tesoro sacrosanto de la Cruz por más de dos siglos, y después de entonar el Vicario algunos cánticos religiosos, que fueron devotamente repetidos por la multitud, antes de partir hice levantar un madero en forma de cruz sobre una cercana roca, como recuerdo de nuestra peregrinación. No quise marcharme sin visitar de paso, más al Norte, el famoso monte de los infieles, de cuyo flanco nace el Thortum-su, que se deja caer en admirable y sorprendente cascada antes de introducirse en profundísimo desfiladero de prodigiosa altura.

Dimos luego la vuelta á Erzerum, quedando maravillados todos de mi piedad, pues hice el camino de ida y venida á pie, cual simple romero, y eso que su rudeza era grande y la fatiga no menor. Acompañóme Olinda por tan áspera vía, con gran contento de mostrarme su cariño y á los demás su devoción, y tal viaje valióme tanto prestigio y respeto como otra victoria, con la ventaja de afianzarme en el amor de mis súbditos sin derramamiento de más sangre.

Tan pronto como me vi de regreso y sin temor á enemigos, solemnité mi dichosa vuelta dando libertad á todos los prisioneros que

guardaban mis mazmorras, comenzando por el valeroso Ayub, aunque ordenando saliesen en seguida de la población y no volviesen á ella.

Todos ellos quedaron tan sorprendidos como obligados á mi generosidad, y pagándome Ayub antes de salir mi favor con su agradecimiento, hízome formal promesa de no empuñar nunca más sus armas en contra mía; rasgo nada común en gente infiel, y buena muestra de la hidalga condición del capitán y de la nobleza de su sangre.

Fuéronse hacia el Sur, camino de Babilonia, y como jamás he vuelto á saber de él ni de su tropa, ignoro adónde llegaron ni cómo fué recibido el noble liberto.

Quedéme tranquilo, sin sospechar las consecuencias que más tarde resultarían en mi contra de su liberación, y no por su culpa, sino por la mala voluntad con que acogieron los georgianos, antes cautivos y ahora soldados, mi buena obra, sin que lograra hacerles olvidar nunca la inutilidad de sus deseos de venganza contra sus opresores. Y seguramente su rencor para conmigo hubiérase trocado en alabanzas y plácemes si, en vez de dar suelta á los babilónicos, los hubiera hecho decapitar ó colgar; así mi compasión me ha costado un

señorío, y, sin embargo, no me pesa de lo que hice, pues obré como caballero cristiano.

Llegó al año siguiente, ó sea el 90, la fausta noticia de haber renunciado al rito griego el Rey de la pequeña Armenia, Haytón II, y de la aceptación por él y su pueblo de la comunión romana á instancias de los frailes Franciscos, enviados por el Pontífice Nicolás IV; y tanto esta nueva como la de los tratos y comunicaciones en que andaban el Papa y el gran Khan, todas ellas tan favorables para la concordia entre los Príncipes cristianos y los mongoles, alentaban mi creencia en la paz y hacíanme esperar largos años de pacífico y tranquilo gobierno en mi territorio.

Varias veces pensé en extender mis conquistas al Sur, donde se encuentra la famosa provincia de Van, cuya capital ostenta como una de las maravillas del mundo el portentoso palacio edificado y enriquecido por la renombrada Reina de Nínive, Semíramis, con el fin de pasar los veranos en clima más soportable que el de la rival de Babilonia; pero bien calculado el riesgo, juzgué más prudente atenerme á mi Erzerum, pues el resultado maravilloso obtenido no era fácil que se volviese á cumplir, pudiendo la sobrada ambición ser causa de la pérdida de todo. Era probable que

la buena voluntad para conmigo del gran Khan se trocase en celoso recelo al verme codiciando nuevos países, aun dado el caso que lo lograra; de forma que resolví quedarme en Erzerum, dedicándome á administrar mi señorío de la mejor manera que pude.

Establecí lo primero la más severa disciplina militar, no sólo para la soldadesca, sino para todos los que residían dentro del recinto amurallado; de modo que, al sonar el toque de queda, á nadie, ni aun á mí mismo, se le permitía la salida ni la entrada. Promulgué edictos, que hice cumplir sin privilegio alguno, en los que cada culpa tenía su castigo; establecí derechos fijos de pasaje para las numerosas caravanas que con gran frecuencia llegaban y salían, consistiendo en la vigésima parte de sus mercancías si atravesaban y pernoctaban en la ciudad, y la trigésima parte si sólo cruzaban por sus alrededores, llamando de peaje aquéllos y de pontaje éstos. Hice edificar una gran iglesia y aumentar las fortificaciones del castillo, renovando los muchos puentes que cruzan por la población y sus cercanías y permitiendo construir nuevas casas mediante el pago de ciertas alcabalas; ocupándome en tales obras, y otras muchas que fuera ocioso enumerar, todo el tiempo que duró mi señorío.

Logré reunir en el fuerte grandes sacos de dinero y otras riquezas, como producto de todos los derechos y contribuciones, cuidando en extremo de tal tesoro, que había de servir en caso de imprevistas calamidades ó de gravísimos sucesos; y así el tiempo y los años corrían figurándome que mi prosperidad habría de durar lo que mi existencia, en lo que resulté muy engañado, como muy pronto veréis.

Puse á mi hermosísima Olinda gran servicio de mujeres principales, siendo una de ellas aquella misma que, como ya os he contado, no quiso ser causante de mi muerte; y compré para la Señora de Erzerum todo lo más lujoso que las caravanas aportaban, realzándose así su peregrina hermosura con las riquezas de su atavío.

En tales bienandanzas y venturas transcurrió el año anterior á mi marcha, y pasaron los primeros meses del siguiente, hasta llegar, durante la primavera, un gravísimo rumor á mis oídos. Corrió por todo Erzerum, con la velocidad del rayo, la para mí fatal noticia; y era ésta tan sorprendente como inesperada, pues tratábase nada menos que de la venida, mandando formidable ejército tártaro, de un jefe mongol con poderes para sustituirme en el mando de Erzerum.

Era dicho caudillo uno de los hijos del propio Kublai, llamado Nomogan, y tan famoso guerrero, como que fué el vencedor del renombrado Caidú, sobrino del gran Khan.

Desde el punto en que hallé confirmado tal rumor por varios y formales conductos, perdí las ilusiones que por tanto tiempo acariciaba de asegurar mi dominio, ante la fuerza de la razón, que á las claras me descubría el poder inmenso de Nomogan, por traerle la voluntad de Kublai y por su estrecho parentesco con éste.

Disimulé, sin embargo, mis tristes previsiones, aprestéme á la defensa y esperé con el natural desasosiego la venida del buen tiempo, que tan malo había de resultar para mí. Y cuando llegado el mes de Junio supe que la proyectada expedición hallábase ya en camino, dirigida por Nomogan en persona, hice redoblar la vigilancia, á la par que procuré animar á mis súbditos para la defensa. Pero muy pronto mis augurios tuvieron principio de realización, aun antes de aparecer el ejército enemigo, que venía numeroso y bien armado, puesto que visiblemente noté gran divergencia de miras y propósitos en los ciudadanos de Erzerum.

Halláronse desde el primer instante resueltos y decididos en mi favor los armenios venidos

conmigo desde Trebisonda, por cariño y fidelidad, siendo cabeza de ellos mi leal Vartan; los católicos de la ciudad, por la religión que conmigo les unía, y por agradecimiento á mis continuos beneficios; los ocho griegos, por temor á lo que pudiera sucederles en faltándoles mi apoyo, y crecido número de habitantes por lo satisfechos que estaban con mi buen gobierno; pero en cambio, mucha parte de los cismáticos comenzaba á dar ejemplo de indecisión, ó más bien de flojedad en mi defensa, ayudados por los mongoles y georgianos á quienes liberté de las mazmorras, descontentos desde que también dí franca salida á sus opresores.

Formáronse, pues, dos bandos, entre los que se hicieron casi diarias las disputas y riñas, seguidas de desafíos y muertes; comencé, es verdad, á castigar con mano dura los primeros síntomas de insubordinación; pero ni las severas penas, ni las exhortaciones y discursos de que tan pródigo fuí entonces, bastaron á contener el alborotado regocijo con que veían los sublevados aproximarse al hijo del poderosísimo Señor de los señores, por aquello de que siempre el más poderoso es el que priva en los ánimos desagradecidos.

Gran contrariedad me causaba, por otra parte, tener que rendir mi justicia ante la

fuerza, puesto que, si bien voluntariamente me declaré feudatario del gran Khan, mi conquista dábame el derecho á la soberanía, más que la confirmación de Kublai, y la sinrazón de mi relevo autorizaba mi protesta. Pero no se trataba ya de legalidad, sino de poder, y, por mi desgracia, el mío no tenía punto de comparación con el del mongol, pues entre mis súbditos sólo contaba yo con aquellos que sobreponían á toda otra idea la del juramento de fidelidad que me prestaron, viéndome en la alternativa de optar por la guerra civil dentro de la población, ó por el abandono voluntario de mis derechos feudales.

Quedábame el recurso de pedir ayuda al Rey de Armenia, obligado, más que nadie, á prestármela, como cristiano y caballero; mas para solicitar su protección, el viaje era largo y el tiempo se hacía corto. Envié, no obstante, emisarios al territorio de Cilicia y á su ciudad de Six, donde se hallaba Haytón II, sin más resultas que volver con respuesta nada favorable, pretextando en ella la pequeñez de sus ejércitos y la necesidad de no desguarnecer aquellos pueblos por acudir en mi apoyo. En resumen, quedé reducido á mis cortas fuerzas, y así llegó una mañana del mes de Julio del 93, hace dos años, en la que desde lo alto de mi

castillo pude ver las avanzadas primeras del ejército tártaro acercándose lentamente.

Suscitóse á su vista gran alboroto en el pueblo, y aquellos que más me debían, pues debíanme la libertad, los cuatrocientos ó quinientos mongoles y georgianos, fueron los cabezas del motín, ensangrentándose las calles de Erzerum con las feroces luchas de unos y otros.

Llegada la noche, víspera del para mí terrible y aciago día, coloqué en las almenas y puertas de la ciudad amurallada gente segura, y sin descansar un punto me dediqué con gran número de los más fieles á recorrer los lugares expuestos á un asalto; y cuando los primeros albores de la mañana disiparon las tinieblas, hallé cercada estrechamente la población por el ejército enemigo, fuerte de más de treinta mil hombres.

Dejando bien resguardadas puertas y murallas, corrí al castillo, donde reuní en consejo á los principales capitanes y notables jefes de la ciudad embestida, ordenando antes á los habitantes, á són de pregón, que nadie se moviese de mi obediencia hasta conocer el acuerdo de los congregados, pues al convocar para la magna asamblea todos los intereses y opiniones, daba buena muestra de mi lealtad, á la

cual había de responder el pueblo con la suya. Y, en efecto, cesaron las disputas y discordias como por arte de encantamiento, esperando el resultado de la conferencia con tanto respeto como ansiedad.





CAPITULO XI

Que pone de manifiesto el conjunto de desgracias y traiciones que dieron fin al mando de nuestro héroe.

Reunidas hasta cuarenta personas en uno de los más grandes salones del castillo, comencé por exponerles francamente la situación, y mi anhelo por salir del apurado trance con honra y con el mayor beneficio para los ciudadanos todos. Luego pregunté á cada cual lo que opinaba, y aquí se armó el gran tumulto, saliendo á luz en un momento todos los rencores, odios, codicias y pasiones ocultas hasta aquel entonces. Cruzáronse los insultos, retos, amenazas y airadas frases, recordando unos y otros los agravios sufridos, en forma tan destemplada y fuerte, que parecía aquello preliminar de pelea más que junta de salvación, y sólo interponiendo mi reconocida autoridad pude, aunque

mucho me costó, establecer un poco de orden entre tal discordia de pareceres.

Dispuse, después de no pequeño trabajo, que cada cual hablase por turno, empezando por Vartan, que, animoso y decidido, expuso enérgica y brillantemente los grandes beneficios de que el pueblo me era deudor, y la vergüenza y baldón que había de resultar para todos si dejaban abandonados mis derechos en los momentos de prueba, siendo así que á mí se debía la conquista y libertad de Erzerum. Replicóle después colérico y destemplado un tártaro, diciendo que, aunque mi personalidad era respetable y respetada, preciso se hacía, ante todo, atender al bien del pueblo; y éste exigía, puesto que se presentaba un ejército mandado por el famosísimo Nomogan, abrirle las puertas, para no confundir nunca el ataque de la media luna con las solicitudes del gran Señor; añadiendo que fuera temerario é imprudente jugar la prosperidad y porvenir de tan gran capital por defender á unos extranjeros como éramos nosotros. Aunque los cismáticos presentes nada replicaron, muchos dieron buena muestra con murmullos de aprobación de su conformidad con el tártaro.

Levantóse un erzeruano católico entonces, y con gran vehemencia le reprochó su desagra-

decimiento, diciéndole que si sus palabras pudieran ser comprensibles en boca de un indiferente, estaban fuera de lugar dichas por quien me debía la libertad y la vida, pues la justicia y gratitud obligaban á mongoles y georgianos, más que á nadie, á ser mis defensores, y no mis enemigos. Dirigiéndose después á los de Erzerum en más templados tonos, les puso al vivo las obligaciones que á todo caballero impone su juramento de fidelidad, acabando por decir que el honor de la ciudad entera exigía la resistencia, ya que no era á un tirano, sino á un padre justo y benéfico á quien tratabase de defender.

Pusiéronse á su lado todos los católicos armenios, con algunos cismáticos, los de Trebisonda, y los guerreros bizantinos, celebrando con aclamaciones el anterior discurso, mientras los otros armenios, con los de Mongolia, mostraban á las claras su enojo, si bien no conseguían desvirtuar las razones caballerescas de mis amigos. Ya se agotaba mi paciencia, cuando uno de los mongoles acabó por echar á perder todo conato de arreglo, y sobrevino un gran desastre, pues de repente acercóse á mí, desenvainando un largo puñal, con el que pretendió asesinarme, á tiempo que exclamaba: "Tú, Don Rui, eres el único estorbo."

Rápido como el rayo interpúsose el valiente Vartan, y recibió en el pecho la puñalada á mí dirigida, cayendo al suelo moribundo. Furioso yo ante traición tan manifiesta, desenvainé mi acero, atravesando con él el cuerpo del asesino, y armóse en tan pequeño espacio lucha sangrienta y sin cuartel entre unos y otros.

Presto declaróse por los míos la victoria, huyendo los contrarios en tropel por la poterna abierta del castillo. Perseguímoslos cuesta abajo, y de aquí resultó mi mayor desgracia, pues uno de los fugitivos volvióse de pronto, y apuntando, no á mi cuerpo, sino á la principal de las torres, envió rápida y aleve flecha, que dió por mi desdicha en su blanco. Oí un grito de mujer, sospeché que procediera de mi adorada Olinda, y abandonando la persecución, volví á entrar en el castillo, subí apresuradamente á un bastión que sobre la poterna se alza, y me encontré ¡oh dolor! á mi Olinda tendida y traspasada por el feroz venablo, víctima inocente de su anhelo por seguir con la mirada el éxito de mi desgraciado triunfo.

Cogíla desesperado entre mis brazos, y loco de dolor procuraba reanimarla y volverla á la vida con mis caricias y con palabras de la mayor ternura; pero fué más poderosa la muerte que mi pasión, y al cabo de pocos minutos

abrió los ojos, estrechóme con fuerza convulsiva, dió un suspiro y quedó muerta. Mi desesperación y mi deseo de venganza llegaron entonces á su mayor extremo. Cobré odio á Erzerum y á sus habitantes, habiendo sido ellos la causa de tan irreparable desgracia; y aunque me pareció que de repente las tinieblas de una noche sin fin envolvían todos mis pensamientos y mi alma entera, tuve que sobreponerme con heroico esfuerzo á mi extraordinaria angustia, y después de depositar en lugar seguro el cuerpo de mi amadísima Olinda y volver á contemplar un instante el cadáver aun caliente de mi fiel Vartan, bajé á la ciudad, resuelto á abrir las puertas de Erzerum á Nomogan, pero antes á matar por mi mano al asesino de mi inolvidable compañera.

Todo andaba revuelto por la ciudad; presentéme de pronto en la gran plaza, y á mi vista los numerosos grupos que la invadían abrieronme paso respetuosamente, trocándose por el mayor silencio la confusa gritería que antes atronaba los oídos.

Dí luego con mi bocina señal de atención, acudieron al punto por calles y callejas guerreros y paisanos en grandísimo número, y una vez escuchado de todos alcé la voz y les expuse mi firme propósito de abandonar, no sólo

á Erzerum, sino á la tierra armenia, libertándoles del juramento de fidelidad que hacía nueve años me prestaron. Pero como antes quería vengarme y no podía expresar á la muchedumbre convocada mi terrible deseo, les dije que me reservaba la soberanía hasta el día siguiente, para tomar mis medidas de marcha, dándoles mi palabra de caballero de que pasadas veinticuatro horas yo mismo en persona abriría las puertas al ejército invasor.

Acogieron los más con visibles muestras de sentimiento mi grave determinación; pero yo, sin vacilar, subí acto continuo á uno de los cubos almenados, y desde su altura enarbolé bandera de parlamento, señal que fué comprendida por los de Nomogan, acercándose poco después varios de sus capitanes á oír mis palabras.

Les dije lo mismo que poco antes expuse en la plaza, añadiendo que, pues era tan corto el plazo pedido y tan segura mi palabra como inquebrantable mi resolución de abdicar, pidiesen en mi nombre á su señor que me concediese como último plazo esas veinticuatro horas antes de darle franca entrada.

Accedió Nomogan á mi solicitud, satisfecho de apoderarse á tan pequeña costa de tan gran pueblo, sin haberse derramado ninguna

sangre de sus soldados, y con esto quedé libre por aquella noche y decidido á emplearla exclusivamente en dar satisfacción á mi venganza.

Antes, sin embargo, de acudir á mi deseo, juzgué deber mío asegurar la salida de aquellos que quisieran acompañarme. Subí, pues, al fuerte, reuní á mis compañeros de aventuras y les dí cuenta de mi propósito, que era dirigirme al siguiente día hacia la Mesopotamia, vasta región entre el Éufrates y el Tígris, ya en la llanura babilónica, y donde á la sazón pensaba hallar gran guerra emprendida por los persas contra los sarracenos.

Decidíome á tomar este itinerario, aunque largo y fatigoso, mi anhelo de franca y leal pelea con los enemigos de mi fe, anhelo que volvió á despertarse en mi mente cuando la horrible desgracia que me aquejaba hízome sentir el más absoluto desprecio á la vida y el mayor deseo de meterme en nuevas y peligrosas aventuras de guerra.

Hallé discordes y contrarias las opiniones, pues ninguno de los armenios quería salir de su país; y aunque por obediencia y cariño me ofrecieron muchos ir conmigo adonde fuese, vi tan manifiesta su inclinación, que me decidí á prescindir de su ayuda y á dejarles en Erze-

rum, libres de tomar después el derrotero que más les acomodara.

Respecto á los ocho griegos, temerosos de las represalias que á costa suya era muy probable tomasen los de la ciudad, si en ella se quedaban huérfanos de mi protección, prometieronme, con grandes muestras de respeto y cariño, acompañarme adonde los llevara, con juramento de completa y ciega obediencia, por lo que decidí ir en su compañía, pensando que, pues ya no vivían los más revoltosos, era de suponer lealtad en tan favorecidos y á la vez escarmentados sujetos.

Luégo me pidieron que de las riquezas acumuladas en el fuerte les distribuyese aquellas que pudieran llevar consigo, pues me correspondían de derecho y era justo su reparto entre mis antiguos compañeros antes que abandonarlas á los enemigos, y que en aquella misma noche, con el fin de evitar codicias ajenas, les diese permiso para salir de la ciudad y esperarme en un monte apartado dos horas, al Sur, desde donde continuaríamos nuestra caminata adonde yo quisiera.

Accedí á sus pretensiones para quitármelos de encima por algunas horas; ordené á Tristán que abriese el tesoro, compuesto de telas de precio, colmillos de elefante, oro en polvo y

monedas romanas y bizantinas; que repartiera entre ellos lo que pudieran llevar, quedándose él, como era justo, con su parte, y renunciando yo á la mía, y que acto seguido vinieran todos á esperar mis órdenes. Entretanto pasé lo que restaba de tarde junto al cuerpo de mi pobre Olinda, á cuyo lado hice depositar el de mi fiel Vartan, esperando al día siguiente para darles cristiana y honrosa sepultura.

Así, cuando volvieron á mi presencia los bizantinos, cargados ya de repletos sacos donde cada cual ocultaba sus riquezas, halláronme transido por el dolor y meditando vengativos planes para aquella misma noche, de los que, por supuesto, no les dí la más remota cuenta. Solamente dispuse que bajaran todos á la ciudad y que los armenios se quedasen en sus casas, con orden expresa de no salir de ellas, pasara lo que pasara, hasta llegar el nuevo día, mandando al mismo tiempo á los griegos que bajo la dirección de Tristán se procurasen buenos caballos y saliesen á la mayor brevedad por la poterna llamada de Persia, haciendo alto á las dos horas en el sitio convenido; añadiéndoles que allí habían de aguardarme un día entero, y al cabo de él, si yo no aparecía, quedaban en absoluta libertad, pues señal era de que había muerto.

Sorprendido Tristán por mis palabras, no quería de ningún modo abandonarme; pero mi resolución de atender yo solo á la secreta venganza me obligó á exigirle severamente que cumpliese mis órdenes, y como buen escudero, no tuvo más recurso que obedecer; así, todos en silencio, bajaron del castillo con su preciada carga, ya de noche, perdiéndose bien pronto entre las tinieblas.

Como á toda la población importaba cumplir fielmente las capitulaciones, dábame poco cuidado la defensa de muros y poternas, y ni el enemigo pretendía la entrada, ni aun los más impacientes se la procuraron aquella noche. Desatendiendo, por lo tanto, toda precaución, excepto la de tener á mano mis fuertes armas, esperé ansioso que llegase la hora del sueño; y cuando al fin calculé fuese la propicia, allá antes de la madrugada, me proveí de cuchillo y hacha, y bajando la áspera cuesta engolféme por las solitarias calles de la ciudad dormida.

Hallé por fin lo que buscaba en una calleja de las más ocultas y tenebrosas, y fué la mansión del tártaro homicida, muy conocido mío por los favores que en varias ocasiones le había otorgado, y que el miserable pagó de tan traidora manera. Llegado al término de mi viaje, dí con el astil del hacha fuertes porrazos en la

vetusta puerta. Nadie acudió al principio, pero yo no me harté de dar golpes hasta que oí ruido por dentro y una bronca y desabrida voz preguntando con malos modos que quién llamaba. Disfrazando la mía contesté que era caso muy urgente, preguntóme cuál, y al responderle que en ello le iba la vida (y no mentí, cual veréis) abrió refunfuñando el asesino.

Cogíle violentamente de un brazo tan pronto como al débil resplandor de las estrellas pude verle; pero el pícaro conoció la asechanza, y de un fuerte tirón desasióse, volviéndose adentro y con la pretensión inútil de cerrar la puerta; y digo inútil, porque mi hacha de armas hallábase ya en medio impidiendo el cierre, con lo cual y un ímpetu furioso é irresistible de mi cuerpo volvió la puerta á abrirse de par en par medio desvencijada.

Apeló entonces á la huída el cobarde por sitios para él conocidos y para mí incógnitos, en medio de la obscuridad, viéndome en uno de los más graves aprietos de mi vida y esperando á cada instante recibir la muerte; pero Dios lo dispuso de otra manera, y fué que, marchando á tientas, con el cuchillo desenvainado en una mano y el hacha en la otra, halléme al principio de una escalera, y por ella subí, tropezando al final con otra puerta cerrada. De un formi-

dable golpe saltó la cerradura, y me encontré á la débil luz de una linterna en un desván y á mi enemigo enfrente, que armado de gran cuchillo, y como furioso tigre, se arrojó sobre mí, intentando traspasarme de parte á parte.

Milagro fué que al tropezar con violencia en mi acerada cota fuese su arma destrozada y no mi armadura; pero así sucedió, y al punto, de un fuerte hachazo le tendí por tierra, tan bien dirigido, que fué suficiente para arrancar el alma del cuerpo, dejando satisfecha mi venganza.

Volví al castillo, y hallóme el nuevo sol junto á mi malograda esposa, insensible por primera vez, desde que nos casamos, á mis tiernas palabras de amor.

Llegaron con el día los preparativos de su cristiana sepultura, é hice trasladar primero sus despojos y los de Vartan al gran edificio llamado Djeb-Khané, que fué construído en el siglo x para alojamiento de los sabios y letrados, y cuyas dos torres están revestidas por piezas de loza azul y encarnada.

Elegí tal construcción á fin de tributar los últimos honores á mis dos queridos seres, tanto por ser el más suntuoso edificio del pueblo, como por consentir su capacidad gran número de visitantes. Allí, y en su principal aposento,

que lleva el nombre de Imarat, y dicese que antes se hallaba incrustado de piedras preciosas, les deposité é hice les prestara homenaje la población entera.

Luego, bajo mi presidencia y la del germano Obispo, á quien dejé á mi marcha en Erzerum, y no sé lo que ha podido acontecerle, pasamos á la basílica por mí mandada construir, y al pie de su altar mayor quedaron sepultados Olinda y Vartan, esperando la resurrección de la carne.

Por cierto que en saliendo de la fúnebre ceremonia aumentóse mi emoción al contemplar las grandes muestras de cariño que la muchedumbre me prodigaba, hasta el extremo de acercárseme muchos y ofrecerme su incondicional ayuda y la de la mayoría de los erzeruanos, si, volviendo de mi acuerdo, consentía en resistir al ejército enemigo. Acompañaban á tales ruegos vítores incesantes y manifestaciones repetidas de dolor por mi marcha, y aunque no alcanzaron hacerme desistir de mi bien meditada resolución, sirviéronme de gran consuelo.

Habiéndose terminado mi misión en la capital armenia, hice franquear todas las entradas, adelantándome yo el primero á caballo para recibir á Nomogan al són de muchas bocinas y

atabales. Prevenido éste desde por la mañana, acercóse, también montado, y echando pié á tierra al reconocermé por mi galano traje y lucido acompañamiento, llegó y me abrazó con muy aparente amistad, dándome en lengua armenia las gracias por la discreción y prudencia con que yo había procedido.

Era Nomogan, según me dijeron, el vivo retrato de su padre; de mediana estatura, fornido y bien conformado, de blanco y sonrosado rostro, de negros ojos y de nariz regular.

Respondíle de la mejor manera, y aunque pretendió con muy buenos modos mi vencedor sin lucha que con él volviese á la ciudad, no lo consentí; antes bien, le pedí me diera su venia, y concedida ésta, y después de haberle entregado solemnemente la tabla de oro que me envió Kublai, y que una vez el feudo concluído no me correspondía retener, despedíme de todos en medio de grandes aclamaciones, y echando mi caballo á galope, sin consentir que nadie me acompañara, no abandonó este paso mi corcel hasta acabarse la llanura y comenzar la penosa subida de la sierra.

Cuando ya muy lejos, desde la altura, volvíme á contemplar por última vez el obscuro conjunto de aquel gran pueblo que goberné en paz nueve años, y donde quedaba oculto bajo

una losa el sér tan amado y tan amante, sentí un gran vacío en el corazón, cual si desaparecieran repentinamente todos los deseos, esperanzas é ilusiones que hasta entonces ocuparon mi fantasía.

Después, al paso ya, me interné entre altos y ásperos montes hasta dar con mis compañeros, que me esperaban en el punto mismo designado y me recibieron con grandes muestras de alegría.





CAPITULO XII

Que trata de los grandes riesgos y fatigas que sufrieron D. Rui y sus acompañantes hasta salir de la gran Armenia.

Antes de continuar la marcha estudiamos cuál sería la ruta menos expuesta y más corta; pues si bien de allí en adelante me era desconocido el camino, durante los años que en Erzerum estuve aprendí, por boca de unos y otros, lo suficiente para conocer la situación de ríos, pueblos y montañas en la región armenia.

Nos era dable tomar la dirección del Mediodía, hasta que después de pasar por el pueblo de Kinnis diésemos con el brazo Sur del Éufrates, y continuar luego su curso al Occidente sin separarnos de él, en cuanto fuera posible, ó bien podíamos volver por la llanura que riega el Éufrates superior, y cuyo camino ya conocíamos desde la bajada del Kop-dagh.

Este último derrotero nos ofrecía las venta-

jas de haberlo recorrido en su primera parte, y de contener mayor número de poblaciones; pero en cambio, si lo elegíamos, forzoso nos era pasar por Erzingan, y allí dominaban todavía los mahometanos, con los cuales no podíamos luchar diez personas en el caso probable de que me reconocieran y como á cristianos enemigos nos trataran.

Por esta poderosa razón escogimos el camino más dificultoso, convirtiéndonos de guerreros en cazadores para atender al necesario sustento.

Dimos, pues, una batida, y cayeron dos corzos, con cuya carne cobramos nuevas fuerzas, y después de manifestar á los nueve amigos, pequenísimos restos de mi anterior mesnada, lo absolutamente necesario que era sostener, en bien de todos, la más perfecta unión y concordia hasta llegar al término de nuestro viaje, haciendo la señal de la cruz y rezando una oración, emprendimos la peligrosa caminata al través de montañas, desfiladeros, bosques y torrentes, guiándonos sólo la marcha del sol y los senderos apenas visibles de alimañas y fieras.

Al término de la siguiente jornada, y cuando ya el sol encubría sus últimos rayos, notamos á menos de una milla alzarse algunas ráfagas

de humo. Alegráronse mis acompañantes por aquellos indicios de próximas habitaciones humanas; mas si grande fué su contento, mayor fué mi recelo, pensando, y no iba descaminado, que más apariencia presentaba aquello de peligro que de ayuda, pues temía, y con razón, hallarnos frente á un campamento de kurdos, y como éramos tan pocos, expuestos á su codicia y crueldad reconocidas. Manifesté á los míos los temores que me asaltaban, y aquellos griegos, tan valerosos mientras estuvieron miserables, se habían convertido en gente prudentísima ahora que conducían sus caballos sacos repletos de riquezas, por lo cual se detuvieron aguardando mis órdenes.

Esperé á que se hiciera bien de noche, y queriendo cerciorarme por mí mismo de nuestra situación, solo yo con Tristán, á pie y bien armados, nos dirigimos con gran prudencia al misterioso pueblo guiados por los resplandores de sus fogatas.

Llegamos al fin á orillas de una explanada, donde se veían de cuarenta á cincuenta grandes tiendas, terminadas por arriba en forma de cúpula y cubiertas por espeso tejido de lana oscura. Hallábase la parte inferior rodeada por una especie de encañado ó seto, dentro del que se guardaban los caballos, y por la forma

y disposición de las viviendas colegí, y no me engañé, quiénes eran sus moradores, gente kurda, guerrera y codiciosa.

Ocurrióseme de pronto el pensamiento asaz temerario de visitar tan extrañas habitaciones; y como ni la vida me importaba gran cosa, ni jamás he esquivado el satisfacer lo que me propuse á costa de un nuevo peligro, quizás por haber logrado salir bien de todos, dije á Tristán que se fuese y que sólo acudiera con los griegos si oía resonar mi inseparable bocina.

Contra toda su voluntad obedeció mi escudero, y yo en seguida busqué con los ojos la mejor tienda, acerquéme á la estrecha abertura que servía de entrada y penetré sin aprensión ni reparo.

En un aposento de los tres en que por costumbre se dividen las viviendas de aquella gente, hallé acurrucado junto al fuego á un hombre vigoroso, de hundidos ojos y penetrante mirada, de nariz aguileña, rasgos característicos de la raza kurda, y aun más moreno que los de su estirpe, que lo son mucho, acompañado por dos mujeres, también de rostro tostado y de facciones hermosas, y de tres arrapiezos, todos los cuales comenzaron por mirar con gran sorpresa mi imprevista aparición. Díles las buenas noches en lengua armenia,

pues la kurda me es desconocida, y pedí en corteses formas hospitalidad, añadiendo que iba caminando y hallábame aun lejos del punto de mi destino,

Escuchaba mi perorata el kurdo que parecía ser jefe, á juzgar por el enorme turbante que al lado tenía, pues su tamaño es lo que denota entre ellos la importancia y calidad del que lo lleva; escuchábame, digo, sin hablar palabra, mostrando en su semblante tanta sorpresa como disgusto, y cuando concluí volviéndose á las mujeres, y, en lengua kurda, les dirigió no sé qué frases, debiendo ser la orden de que se fueran á otro departamento, pues acto continuo se levantaron, y con ellas los chiquillos, ocultándose tras una tosca tela que servía de tabique. Antes de marcharse pude darme cuenta de sus adornos, que consistían en muchos collares de monedas de plata cruzándoles el pecho, engarzadas en cadenas de metal, y en la parte izquierda de la nariz un botón de plata con turquesas. El traje era obscuro y sin nada de extraño, y sobre la cabeza lucía un velo blanco de muy pequeñas dimensiones.

Quedéme frente á frente con el kurdo, el cual me preguntó de allí á poco en armenio chapurreado que si era del país. Contestéle que mi

patria hallábase lejos lo menos doscientas jornadas, y maravillóse mucho de ello. Invitóme á tomar un vaso de leche agria, que en Armenia constituye gran regalo, y de tal obsequio deduje lo pacífico de sus intenciones, recordando que, como todo pueblo oriental, el kurdo considera al huésped que á su salvaguardia se acoge como sér inviolable y sagrado.

No dejé, sin embargo, ni un momento de tener á mano mis armas, por si acaso, que la experiencia demuestra el engaño de fiarse en demasía de los desconocidos; pero al mismo tiempo, y como la ocasión se presentaba, enderecé la plática hacia los asuntos de Erzerum, deseoso de saber qué concepto tenían formado de mi persona aquellos semisalvajes.

No estaba aun enterado el kurdo de mi partida, y si sólo de la próxima llegada del ejército de Nomogan. A fuerza de rodeos logré saber su opinión acerca de mi gobierno, resultando que aquellas tribus, que de tiempo inmemorial odian á los cristianos de Armenia, consideraban á Rui González como un personaje superior, una especie de héroe de la mitología, hijo de hombre y de diosa, pues había realizado la extraordinaria empresa de dominar durante varios años un pueblo tan considerable con tan pequeña mesnada. No quise contrariar su falsa

idea, y en estas pláticas pasaba el tiempo, hasta que comprendí la necesidad de volverme con mis amigos.

Pero si la entrada en aquel campamento parecía al principio expuesta, más lo era la salida, y no podía dudarlo al ver las codiciosas miradas que el jefe kurdo dirigía á mis fuertes armas, á mi traje, y, sobre todo, á mi preciada cota, de tan gran defensa y utilidad. Comencé, para aplacar sus instintos, por regalarle la bordada y rica sobrevesta que encima de la cota traía; pero no le bastaba, pues con toda franqueza me pidió le diese la cota; y como tal exigencia no era de mi gusto, le respondí ásperamente que contuviese sus deseos, porque ni á él ni á mí convenía tal dádiva.

Mostróse descontento, y entonces se me ocurrió una idea, que creí salvadora, y fué decirle en tono misterioso que aquella cota hallábase encantada y había causado la muerte á todo el que se la puso no siendo yo. Sobresaltóse algo, mas el astuto kurdo no dió entera creencia á mi embuste hasta que me resolví á descubrirle que yo era Rui González, por cuya revelación mostróse estupefacto, como si viese delante de sí un sér extraordinario y sobrenatural.

Aproveché aquel oportuno momento para mandarle imperiosamente, medio eficaz de ser obedecido, que trajese en seguida ante mí á quien me conociera de los suyos y pudiese dar fe de mi veracidad.

Marchó el hombre, y pocos minutos habrían pasado cuando oí fuera gran vocerío. Con las armas en mano salí, viendo fuerte pelotón de kurdos alrededor de la tienda, todos armados con larguísimas lanzas.

Cesaron los murmullos en cuanto me vieron á la claridad de la luna presentarme á su frente, y alzando la voz, mandé se aproximase aquel que en Erzerum me hubiese conocido, á cuya orden obedeció al punto uno de ellos. Quedóseme mirando, y luego de pronto echóse de rodillas, pronunciando unas palabras en lengua kurda, que por su tono supuse querrían decir: “es efectivamente el señor de Erzerum;” y como un eco repitieron todos con gran sorpresa y respeto las mismas frases.

La aventura no se presentaba mal para mí y no quise desaprovechar la ocasión; les mandé que callasen todos y les eché una perorata, mezclando en ella lo cierto y lo falso con gran aplomo, diciéndoles que un ejército de mil hombres me esperaba á poca distancia, acabando de convencerlos cuando hice sonar con mucha

fuerza mi bocina y á lo lejos oyeron varias otras que me contestaban.

Luego de pronto sintióse nuevo ruido, apareció mi buen Tristán, abriéndose paso por entre la gente, y se puso á mi lado, empuñando su maza con aire amenazador. Alegróme su pronta vuelta, al par que extrañé no le siguiera ningún griego; pero tomando mi partido, ordené á los kurdos que franquearan la salida y que ninguno de ellos osase abandonar su campamento hasta salir el sol, so pena de incurrir en mi cólera; y acto continuo, aprovechando su primer movimiento de obediencia, al cual pudiera muy bien suceder, si me retardaba, otro menos respetuoso, sin apresurar el paso, pero á la vez sin vacilación alguna, pasamos los dos entre las filas kurdas y nos perdimos á sus ojos en la obscuridad del monte.

Apresuramos luego nuestra marcha, y conforme íbamos andando me contó Tristán la desobediencia de los griegos al oír mi toque de bocina, pues se negaron á acudir en mi auxilio, contentándose con responderme por medio de las suyas. Encolerizóme sobremanera su traidora conducta, y tan pronto como llegué hasta ellos les increpé por su egoísmo con palabras de las más fuertes y enérgicas.

Sólo uno se atrevió á contestarme, aunque humildemente, que se reconocían mis subordinados, pero que juzgaban su pérdida segura, siendo tan pocos, frente á tantos kurdos, y creyendo me fuera más fácil salir de la aventura con el discurso que con la fuerza, decidieron no acudir, por no dar á conocer su debilidad, haciendo visible su pequeño número.

Repliquéles ásperamente que á ellos no tocaba juzgar, sino obedecer, augurando la ruina de todos si antes de auxiliarme se entretenían en oír la voz de la prudencia, muy semejante á la del miedo; y la cosa hubiera llegado á mayores á no recordarme Tristán nuestra nada segura situación, con lo que corté el hilo de mis justas quejas, y dando orden de marcha, cargáronse de prisa los caballos, y en gran silencio, para no volver á tropezar con los kurdos, seguimos la caminata, encontrándonos al rayar el día fuera de su alcance.

Pasamos luego por cima de una profunda barranca, en la cual corre un torrente cuyas aguas proceden de un pequeño lago que es uno de los manantiales del Araxes superior, y al encontrarnos después á la entrada de una gran llanura, en la que este río se divide en varios brazos, hízome observar Tristán que él ya conocía aquellos sitios por haber estado de cacería

más de una vez durante los años que ocupé á Erzerum, y que si sus recuerdos no le engañaban, nos hallábamos distantes solamente pocas horas de la gran ciudad. Habíamos, pues, perdido el tiempo durante la anterior jornada, cosa muy fácil entre tan enriscados montes, y este retraso hízome poner más memoria en la necesidad de procurarnos un buen guía, so pena de hacer nuestro viaje interminable.

Y como ya en el fondo de aquella llanura distinguíase perfectamente la villa de Hassan Kalé, á pesar de hallarse aún cuatro horas distante de nosotros, hacia ella encaminamos nuestros pasos, á fin de buscar víveres y el indispensable guía.

Antes de llegar atravesamos muchas veces el Araxes, dando al fin en el pueblo, edificado sobre el contrafuerte del monte Kiretschli-Dagh, pueblo cuya posición admirable para la defensa, exige grandes fortificaciones que hoy le faltan, y que ha de ser, tan pronto como caiga en manos hábiles, inexpugnable fortaleza, ó mucho me equivoco.

Pedimos y pagamos las necesarias raciones, pues teniendo dinero fuera locura malquistarnos por adquirir á viva fuerza lo que de voluntad nos vendían; mas en cuanto á dirigirnos, ninguno se prestó á ello, no pareciéndoles nues-

tro aspecto, se conoce, digno de inspirar confianza.

Seguimos adelante hasta parar dos horas después en Ertéf, al final de otra llanura, y allá tropezamos con un rapaz de unos quince años que, aventurero como nosotros, prestóse á servirnos de guía mediante un módico sueldo, pero solamente hasta dejarnos frente al Murad-Tchaí, que así se llama por aquella tierra el Éufrates inferior. Volvimos á caminar por terrenos montañosos y anchísimas é interminables mesetas áridas y desnudas, atravesamos el Pazin-su, río torrencial que se despeña entre altos montes, y descendiendo al valle pernoctamos junto á la aldea de Medjili.

Al día siguiente seguimos por el encajonado río hasta que el valle se ensancha y dilata; atravesamos la corriente y penetramos en un país de llanura con ricas praderas, terminadas en la subida del Teghtap, pico de la cadena de Kasbeldagh, desde cuya cima descubrimos un inmenso horizonte, viéndose á nuestra diestra los altísimos y nunca pisados montes de Bingel, coronados de perpetua nieve. Descendiendo al llano, y entre nuevos fértiles valles, hallamos la aldea armenia de Haghveran, y luego pasamos por la de Paramaksis, siendo desde allí el camino gran llanura, atravesada por profundas

torrenteras, cuyos lados hállanse cortados como á pico.

Alcanzamos, después de mucho andar, la villa de Kinnis, pueblo antiguo, edificado sobre un islote de durísima peña, alrededor del cual ruge el río precipitándose en el fondo de una garganta erizada de rocas. El lugar es de lo más salvaje y pintoresco que se puede concebir, y en la cúspide del peñón encuéntrase la fuerte ciudadela, sin guarnición alguna cuando yo pasé. Por el contorno hay grandes barrancos, y á orillas del río muchos álamos y frutales.

Seguimos adelante por montes y llanos hasta dar en la gran aldea armenia llamada Tcherve-melf, al pie de los contrafuertes del Ak-dagh, en cuyas casas, verdaderos subterráneos, de acceso tan mezquino que es necesario agacharse para penetrar, tuvimos que hacer noche. El aposento que nos destinaron á mí y á Tristán era el reservado á los huéspedes, con entera separación del resto de la casa por medio de una balaustrada de madera primorosamente esculpida. Hallábase el suelo cubierto con tapices de fieltro, y las paredes adornadas por trenzados de junco. Diéronnos para colación kaimack y yahurth; y apenas el día empezó á clarear continuamos nuestro viaje por medio

de las magníficas praderas que riega el Kinnis Kalerm, donde vimos á lo lejos manadas de búfalos, que tanto allí abundan.

Vadeamos después dos riachuelos, y remontando la gran cadena del Chamur Dag, desde su altura se nos ofreció un magnífico horizonte sobre todo el distrito de Bulanbik; de un lado, y á lo lejos, el nevado pico de Lipan Dag, y del otro las blancas cimas del Bingel Dag, ó monte de los mil lagos.

Tropezamos luego con una pequeña laguna salada, en lo alto de un cerro, debajo del cual se extienden varias aldeas y campos kurdos, donde pastan numerosos rebaños de caballos y bueyes. Bajando la montaña dimos en otro lago de agua dulce, el cual presta su nombre á la vecina aldea armenia de Karageul, situada en el flanco del monte, y al pasar por ella díjnos nuestro guía que ya faltaba poco para llegar al Murad-Tchai, nombre que allí toma el Éufrates, y en efecto, muchos pájaros acuáticos señalaban la proximidad del gran río.

Llegados á las pedregosas orillas de su impetuosa corriente, negóse á continuar más adelante el muchacho que hasta allí nos guió, por más ofrecimientos ventajosos que le hicimos. Paguéle su soldada, á pesar del consejo de los griegos, que, una vez hecho el servicio, le ne-

gaban la recompensa; pero no quise dejar el territorio de Armenia cometiendo una estafa, pues tal se me hacía no pagar lo debido.

Y hétenos desde entonces entregados á nuestro instinto en una tierra completamente incógnita, teniendo por único guía el torrencial Éufrates, cuyas ásperas, y algunas veces inaccesibles márgenes, habían de conducirnos á las llanuras mesopotámicas, á pesar de que la marcha del río, durante varias jornadas, es al Occidente, mientras Babilonia hállase al Mediodía; pero, so pena de completo extravío, no teníamos más remedio que seguir su curso, el cual, más tarde, vuelve rápido al Sur, para no abandonar ya este derrotero.

No acabaría nunca si hubiera de relataros los continuos trabajos y fatigas que nos costó el viaje á orillas del Éufrates hasta salir de la gran Armenia. Era casi imposible sostenerse á la vista del río, por lo abrupto é intrincado del terreno, por las corrientes de impetuosas aguas que teníamos precisión de atravesar y por la absoluta carencia de aldeas y pueblos donde buscar descanso y alimento. Tampoco podíamos abandonar la dirección del río, para no perdernos, y entre tantas dificultades marchábamos lentamente, avanzando cada día muy poco espacio, á pesar del corto reposo que

nos permitíamos, y manteniéndonos de caza y pesca ó apelando á todas las estratagemas que la necesidad, como la mejor consejera, nos sugería.

Murmuraban mis griegos, arrepentidos ya del derrotero tomado; pero lo absolutamente precisa que les era mi guía encadenaba sus resoluciones, ya que no su boca, á la obediencia, y pasaban los días, y aun corrían las semanas, sin que la dirección occidental de las aguas del Éufrates cambiase de rumbo, prueba manifiesta de marchar aún por el país armenio.

A cada momento aumentábanse las dificultades; encontrábamos más ásperos los montes, y más frecuentes las corrientes de agua, que interceptando el camino, hacían preciso dar grandes rodeos por el territorio más desierto de toda la Armenia.

Añádase á tanto obstáculo y fatiga la vecindad de voraces osos y lobos, á más de algún fiero león ó terrible pantera, y no exagero nada al decir que cada paso era un nuevo peligro y un mayor desaliento. Y, sin embargo, no nos era posible retroceder, porque tantos azares dejábamos atrás como adelante, y aquella endiablada ruta alguna vez había de acabar, aunque eterna nos parecía. Sólo pasamos desde la llegada al río por tres poblaciones;

una mísera aldea, el pueblo de Palú, cuyo castillo dícese fué construído por los genios, y la villa fuerte, llamada Kharput, á la sazón ruínosa y medio abandonada, que se halla en la opuesta orilla.

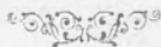
Al finalizar la cuarta interminable semana, tropezamos con un nuevo afluente del río, el mayor hasta entonces descubierto por nosotros en aquellos andurriales; y como á nuestra izquierda hallábase la corriente que seguíamos, supusimos, y con razón, que estábamos junto al brazo superior del Éufrates, donde llega á unirse con el inferior. Buscamos un vado que á la orilla opuesta nos condujera, y después de varios tanteos, rodeos y ensayos, dimos con uno que nos facilitó atravesar el río, límite entre la grande y la pequeña Armenia. Nos hallábamos ya, por lo tanto, en territorio del Rey cristiano Teodoro II, que acababa de suceder, según entonces supimos, á Haytón II por renuncia de éste, y volvimos á ver habitaciones humanas en un pueblo que al presente se denomina, si mal no recuerdo, Argaban.

Mas para mayor satisfacción y después de pasar la noche en aquella pobre aldea, cuyas míseras chozas se nos figuraban palacios, y sus groseros manjares preciados alimentos, vímo-

nos el día después cómodamente marchando por la vía romana, que conduce á la antigua Melitena, hoy Malatia, vía que, á pesar de su completo abandono hace más de nueve siglos, todavía era de gran ayuda para los que, como nosotros, cruzábamos antes al través de los montes, sin camino y casi siempre sin senda que nos guiara.

Pero resultó que, una vez en terreno, si bien montuoso y desconocido, ya no desierto ni tan salvaje como el anterior, dieron mis incorregibles griegos en querer obligarme á que les condujera á orillas del Mediterráneo, donde poderse embarcar con sus tesoros hacia las europeas comarcas; pero no era esa mi intención, sino la de internarme más y más en busca de aventuras, pues después de mis recientes desgracias ardía en deseos de olvidar, entre el estruendo de los combates, mis muchas penas.

Y fuera por su antiguo renombre, ó por el prestigio que adquiere lo que está más distante á nuestros ojos, atraíanme de tal suerte las llanuras babilónicas, que decidido estuve, desde que salí de Erzerum, á que ellas fuesen el teatro de mis futuras hazañas.





CAPITULO XIII

De la increíble traición de los griegos, que acabó con su providencial castigo, y de la continuación del viaje hasta Mosseib.

No se descuidaron los bizantinos en preguntar, tan pronto como pudieron, por el camino más corto para el embarque; y esta ruta era la de la sultanía de Alepo, en Siria; así fué que, apenas habíamos andado un par de millas después de Argaban, cuando previamente convenidos entre sí, detuvieron sus corceles, y rodeándonos á mí y á Tristán, me preguntaron, de no muy tranquilizadora manera, que adónde les llevaba. Contestéles que camino de Edesa, ciudad intermedia y populosa, y entonces, desenmascarando su propósito, respondiéronme los ocho tunantes que tal ruta no era la que debíamos tomar, y sí la de Alepo, como más cercana al mar interior.

Ganas me dieron de responderles como mere-

cían su audacia é ingratitud, ya que, debiéndome todo lo que habían conseguido, justo era manifestarme su deseo en más corteses formas; pero creyendo mejor apelar á medios pacíficos, en bien de todos, juzgué disculpable, por rigor de las circunstancias, acudir al engaño, y así les respondí que, si no les importaba la muerte, á Alepo iríamos, pues su Soldán, en estrecha alianza con el de Babilonia, tenía conocimiento de nuestra partida de Erzerum y juró matarnos á todos tan presto como cayéramos en su poder por castigo de nuestro asalto y toma de la capital armenia.

Gran efecto les causaron mis palabras, y más cuando añadí que todos los caminos, menos el de Edesa, nos estaban cerrados, pues los ejércitos sarracenos de Egipto y de Konieh andaban por la pequeña Armenia y por la Siria, siendo todos ellos enemigos nuestros, ya que lo eran de nuestra fe.

Pero antes de volver los griegos á mi obediencia, el más osado, el que llevaba la representación de los otros y que en cierto modo pretendía suceder á los difuntos Opis y Delasseno como capitán de la mermada hueste griega, pretensión á la que siempre me había opuesto, porque lo escaso de la tropa no consentía más que un jefe, y ese lo era yo; aquel hombre,

digo, llamado Eudromo, no satisfecho aún de mis explicaciones, me dirigió otra vez la palabra en tono arrogante y altanero, como quien conoce la ayuda con que puede contar en caso de disputa, interrogándome con sobrada curiosidad.

Respondí á sus primeras demandas, en mi deseo de sostener la concordia, tan necesaria entre nosotros; pero agotóse mi paciencia ante el cúmulo de preguntas que me dirigía acerca de mis planes, cual si se tratara del interrogatorio entre un juez y un acusado. Y cuando logró su intento, si es que pretendía despertar mi poco sufrido carácter, acabé por mandarle noramala como última respuesta; no parandó ahí el suceso, puesto que tan pronto como le ví llevar la mano á la espada ya estaba mi maza en el aire y caía magullándole el brazo.

Aturdido por el dolor dejóse caer sobre el caballo, más cuerdo que su jinete, pues ni se movió siquiera, dando tiempo á su dueño á desechar el desvanecimiento; pero, contra mi cálculo, volvió en sí el griego con más prudencia que valor, y sosteniéndose el brazo como mejor pudo, echó á andar sin decir palabra, y todos en silencio seguimos la vía adelante. La lección, por el pronto, había

sido provechosa, pero hacíase preciso ejercer gran vigilancia, quizás mayor que si entre sarracenos marchase. Desde entonces tomé la precaución de ir con Tristán y el último, para evitar sorpresas y traiciones, aunque no hubiera podido, lo reconozco, salvar la vida si mis acompañantes no siguiesen creyéndome necesario á su salvación, hasta dar en la aventura que muy pronto os contaré.

Llegamos después de larga caminata á Malatia, antiguamente Melitena, gran pueblo y patria del famoso historiador y Obispo que fué de Alepo, Abul Faradj, el cual hacía cerca de siete años que había muerto cuando por su patria pasé. De Malatia á Samsat, la Samosata romana, hay noventa millas justas, y en la primera mitad del camino están las famosas cataratas del Éufrates, las cuales son alrededor de trescientas, y en extremo grandiosas, imponentes y dignas de ver, aunque para ello es preciso separarse bastante del camino hacia la izquierda.

Sin tropiezo llegamos al acabarse la segunda jornada desde Malatia al ya nombrado pueblo de Semisat ó Samosata, antigua capital de la región llamada Comagena y patria del famoso latino Luciano, donde descansamos dos días y recibimos confidencias que nos obliga-

ron á modificar el itinerario propuesto. Y fué su causa el referirnos algunas buenas almas que los sarracenos, imperantes en Edesa, perseguían con tal furia á los hijos de Cristo, que los que no eran sacrificados estaban presos, contribuyendo tal estado de cosas á suspender el tráfico de las caravanas y á despoblarse Edesa de los cristianos, que habían sido dueños de la ciudad desde los tiempos de la primera Cruzada.

Después de tales noticias, obligar á mis griegos ahora, que llevaban consigo sacos llenos de oro y plata, á seguir la ruta de Edesa, era pretender lo imposible, y ni siquiera se me pasó por la imaginación, puesto que, además, para seguir el curso del Éufrates, que había de conducirnos á tierra de Babilonia, no era preciso pasar por Edesa, que se halla sobre el Belik-su, afluente del gran río, y más á su izquierda.

Podía también seguir la vía romana, que por la antigua Germanicia marcha á la vetusta Zeugma, situada ésta sobre el Éufrates, pero era preciso andar cien millas para recorrer un trayecto entre estas dos poblaciones, que, siguiendo la orilla del río, reducíase por lo menos á la mitad; decidíme, pues, á dejar la vía y seguir el curso de la corriente, con intención de

embarcarme tan pronto como fuera posible.

Conformes todos mis compañeros, al menos en apariencia, salimos de Samosata, pasamos por Rum Kaleh, y por medio de las ruinas de Zeugma, frente á Biredjik, á cuya salida volví á tomar, aunque por corto tiempo, la vía romana. En ella, y como á pocas millas después de vadear un río llamado Sajur y pasar por Menbidj, la antigua Hierópolis, sucedióme la extraordinaria y peligrosa aventura que voy á referir.

Fué el caso que fronteros á nosotros, y cuando nos hallábamos costeando un espeso monte, descubrimos lucida tropa de sarracenos, en cantidad de unos trescientos jinetes. Detenida nuestra marcha y como aún se hallaban lejos, hubo tiempo de conferenciar acerca de lo que debíamos hacer, opinando todos que lo mejor era ocultarse, pues la pelea se hacía imposible, dada la enorme desproporción de fuerzas.

Nos apartamos, pues, de la vía, emboscándonos apresuradamente entre los altos árboles, de manera que parecía alejado todo peligro, cuando al pasar los sarracenos cerca de nuestro escondite apercibí con grandísima sorpresa é indignación señalar su presencia mis bizantinos con grandes voces, mientras bajaban á unirse con los mahometanos, que al oír tal gritería habíanse parado de repente.

Gracias á que, ante la cobarde traición de los griegos, sin perder ni un segundo llamé á Tristán, y espoleando á nuestros corceles, echamos á correr por entre aquellos vericuetos, á riesgo de rompernos la cabeza con las ramas que se cruzaban sobre nosotros, ó de rodar caballos y jinetes por los barrancos que obstruían la marcha. Para mayor facilidad, pues notaba cuán difícilmente me seguía mi fiel escudero, por el peso de sus riquezas, le mandé las tirara á tierra; y como su obediencia es tan grande como su fidelidad, obedeciíme en el acto, con lo que adquirió mayor ímpetu la huida, haciéndose más probable nuestra salvación.

Estaba dispuesto el monte en escabrosa cuesta, por la que subimos hasta donde nos fué posible á caballo. Más arriba, la ascensión tenía que hacerse á pie y con no pequeña dificultad para vencer las asperezas de la montaña. Desmontamos y por un claro del bosque vimos á los griegos en medio de los musulmanes, explicando con gran calor lo que, á causa de la distancia, no se lograba entender, ni aun sabíamos si los mismos sarracenos comprenderían, aunque colegimos que sí por lo que luego pasó. Señalábanles los griegos, al tiempo que hablaban, el monte donde nos refugiábamos, como denunciando nuestra presencia; y así debió ser por-

que luego vimos diseminarse la tropa y en forma de media luna comenzar la ascensión hacia nosotros.

No había más remedio que abandonar las cabalgaduras para ocultarnos en lo más alto, ó echar á escape huyendo del círculo que pretendía envolvernos; pero este último recurso se hacía muy difícil, ó casi imposible, pues no podíamos marchar tan de prisa que burlásemos la estratagema enemiga. Atamos, pues, los corceles á unos árboles, por si acaso pudieran después recogerse, y, empleando toda nuestra agilidad y destreza, sin abandonar las armas, como último recurso para vender caras nuestras vidas, fuimos ascendiendo, ayudándonos con pies y manos, hasta llegar á la cumbre, después de mucho tiempo, esfuerzos y fatigas.

Desde allí nos juzgamos los dos ya en seguro, no porque fuera imposible descubrirnos, sino porque no ofrecía tal importancia nuestra captura que mereciese vencer todas sus dificultades. Preparamos, sin embargo, la defensa, dispuestos á comenzar arrojando pedazos de roca á los asaltantes, para concluir, si el caso urgía, por defendernos con nuestras férreas armas; pero no hubo necesidad de acudir á uno ni á otro medio.

Subieron, se conoce, los infieles hasta donde

se pudo hacerlo á caballo, y nadamás, juzgando, con razón, más útil continuar su camino. Luego oímos ayes de dolor y gritos como de socorro, aunque muy pronto todo quedó en silencio, y nosotros sin pretender salir de nuestro escondite, por si acaso.

Llegó y pasó el crepúsculo de la tarde; las tinieblas nos rodearon, y con ellas un nuevo peligro, el de las fieras, que tanto abundan por aquellos países. Pusimos nuestras vidas en manos de Dios, y recostándonos sobre la hierba, transcurrió la noche entre los aullidos y rugidos de animales feroces, que, por fortuna, oíamos desde lejos.

Tan pronto como se hizo de día bajamos cautelosamente en busca de nuestras cabalgaduras, pero éstas habían desaparecido, á pesar de dejarlas atadas. Seguimos descendiendo, aunque con prudencia, hasta descubrir entre los árboles el camino romano; desierto estaba, ó tal parecía. Este silencio nos alentó en nuestras pesquisas, y cuando, ya muy cerca de la vía, pudimos descubrirla en toda su extensión, nos detuvimos aterrorizados frente á un sangriento espectáculo. Tendidos en el suelo, y á corta distancia unos de otros, yacían los ocho cadáveres de mis griegos, casi desnudos y despojados de sus riquezas, y

aun de sus armas. Bien cara habían pagado su traición; tan cara que, olvidando en un instante sus fechorías y recordando sólo los muchos años que vivimos juntos, quedé realmente entristecido ante sus míseros restos.

No era dudosa la causa de aquella hecatombe. Creyeron los griegos que entre seguirme camino abajo ó volver en gran compañía hacia países más próximos al mar interior ó Mediterráneo, era más seguro esto, y para conseguir la benevolencia de los musulmanes no habían titubeado en sacrificar mi vida, delatándome con palabras y signos como enemigo peligroso, de quien era necesario desembarazarse matándole. Entendieron los sarracenos las palabras ó los signos y dieron en mi busca con mi desagradecida mesnada; pero al comprender los musulimes que no habían de alcanzarme sin gran fatiga, juzgaron más útil y más descansado matar á los bizantinos para cogerles sus riquezas; y poco tiempo y trabajo les costaría á trescientos jinetes degollar á ocho, con lo cual la horrible hazaña quedó concluída y los mahometanos prosiguieron su marcha provistos de abundante é impensado botín.

El caso fué que, después de tantas penalidades, esfuerzos y peligros, volvimos á encon-

trarnos amo y escudero como cuando años atrás, al atravesar los Balkanes, nos robaron unos facinerosos todo cuanto traíamos encima, con la diferencia, en contra, de hallarnos ahora en aún más apartadas regiones, gobernadas por enemigos de la Cristiandad, si bien, en cambio, con la ventaja de conservar nuestras armas y armaduras.

No era ocasión de lamentaciones, pues aun había que evitar grandes riesgos, como la repentina vuelta de los infieles, ó el ataque de las fieras, que hasta entonces nos habían respetado. Mas, antes de abandonar aquel improvisado cementerio, se me ocurrió la salvadora idea de buscar el saco que Tristán dejara caer para huir más aprisa; y aunque por más vueltas que dimos no apareció, registrado minuciosamente el terreno donde cayera topamos con un centenar de piezas de oro y plata que, habiendo rodado por el suelo, quedaron ocultas bajo la hojarasca. Este feliz hallazgo lo debimos, no á la casualidad tan sólo, sino á que Tristán, al desprenderse de la preciosa carga, desgarró la tela con su cuchillo, rabioso de abandonar su tesoro en manos enemigas.

Rezamos una oración por los muertos, perdonándoles su ya bien castigada fechoría, y después, en lugar de seguir camino adelan-

te, torcimos á la izquierda, con el propósito de llegar presto á orillas del Éufrates y embarcarnos si podíamos, ó si no, salir por lo menos de aquella vía tan peligrosa. Necesidad tuvimos de andar una larga jornada antes de descubrir una población á la orilla derecha del ya caudaloso río, llamada Kara Bambedj, toda ella mahometana, y donde nos hicimos con jaiques y turbantes bastante usados, que sirviesen para ocultar nuestra procedencia cristiana mientras anduviéramos errantes y solos por tierra agarena. Tal disfraz lo juzgamos ardid, y no miedo; que si el huir de peligros que la fortaleza de nuestro brazo puede vencer es insigne cobardía, debe tenerse por grande y meritoria prudencia precaver aquellos riesgos contra los cuales la lucha armada se hace imposible, no tratándose de puntos de honra, de deber ó de disciplina.

Otra jornada, y no pequeña, nos costó llegar á Meskené, miserable villorrio compuesto de chozas de tierra y cuya sola importancia consiste en ser el punto en que se cruza el río para ir de Alepo á Bagdag. Descansamos allí un par de días hasta que llegó y se detuvo para el embarque y desembarque una de las balsas que marchan río abajo, llamadas keleks, y donde se amontonan, cuantos más caben, los

viajeros que prefieren tal modo de locomoción, revueltos entre mercancías de toda especie.

Son los keleks especie de almadías ó balsas que flotan con toda seguridad, merced á llevar suspendidas, bajo el agua, filas enteras de botos vacíos é inflados. Unos cobertizos de madera sirven de habitación para aquellos que durante el largo viaje por el Eufrates no pueden resistir el calor de los días y el frío de las noches, pues la expedición, desde donde el río comienza á ser navegable hasta su desembocadura en el golfo Pérsico, se cuenta, no por días, sino por meses, á pesar de la rapidez de su marcha.

Esta clase de embarcaciones ha servido para el transporte de viajeros y mercaderías en el Éufrates y el Tígris desde antiquísimos tiempos, aunque también atraviesan larguísimas caravanas por las orillas de ambos grandes ríos; pero suele ser este último modo de viajar tan expuesto á peligrosos encuentros de guerreros sin escrúpulos y ladrones sin compasión, que, en tratándose del tráfico entre pueblos sobre el río situados, comunmente por medio de keleks se verifica.

Nos presentamos al que dirigía la embarcación, y mediante la mitad de las monedas tan milagrosamente recuperadas, nos instalamos en el kelek como inofensivos viajeros, con de-

recho á seguir en él hasta las llanuras babilónicas y á participar de la común pitanza ó ración diaria. Aun hubo que esperar otro día para ponernos en camino; y cuando abandonamos la tierra siriaca, parecióme como si entonces emprendiera la parte más aventurada y misteriosa de mi largo y peligroso viaje.

Iban entre los navegantes varios armenios, uno de los cuales, anciano de blanca y luenga barba, conocía al por menor el camino, pues lo recorría muchas veces por necesidades de su tráfico. Con él trabamos conversación, y gracias á su ayuda pudimos saber el nombre de los territorios y pueblos ribereños.

Teníamos á nuestra izquierda las llanuras mesopotámicas, áridas y desiertas, excepto una estrecha faja de terreno junto á la corriente, que disfruta de vegetación exuberante todo lo largo del río; á la diestra mano la tierra de Siria, cada vez más llana y desnuda á medida que íbamos descendiendo, y por ambos lados veíanse á cada paso alcázares, la mayor parte en ruinas, aunque algunos todavía en estado de defensa, dominando el curso del Éufrates, y respecto á los cuales al nombre común de kaalat, que, como todos sabéis, significa castillo en lengua árabe, seguía en cada uno de ellos otra denominación especificando

alguna circunstancia que le distingue de los otros.

Más de un mes permanecemos embarcados, unas veces en marcha y otras en espera de nuevos viajeros y mercancías que sustituyesen á los que se quedaban en los pueblos del camino.

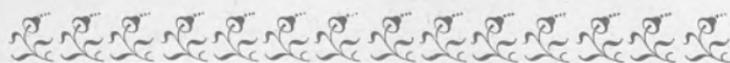
Durante tan largo tiempo pasamos por Rakka y por el lugar donde estuvieron las villas griegas llamadas Nikephorión, Kallinicón y Leontópolis. Vino luego la moderna Zelibi, edificada sobre la antigua Zenobia en la altura de una roca, y donde aún se descubren fragmentos de sus edificios, hechos con mármol transparente. Más abajo, y en el punto de unión del Khabur y el Éufrates, al pie de un abrupto promontorio, toda la campiña es un vasto jardín, en medio del cual se ve un grupo de chozas, llamado Abuserai, que ocupa el sitio de la antigua ciudad griega de Kirkesium. Más abajo, en una entrada del río, se halla el pueblo de Mayadín, y encima las soberbias ruinas del castillo de Rahaba, colocado sobre escarpada roca. Viene después la villa de Anah, antiguamente Anetho, pueblo, ó, mejor dicho, sucesión de aldeas que se extienden por espacio de veinte millas lo menos, debajo de alta cordadura y en medio de un oasis encantador, todo él poblado de palmeras, higueras, na-

ranjos, granados, viñas, cañas de azúcar y cotoneros. Un viejo puente de piedra une la villa al río, y al frente, en la orilla izquierda, se alza el pueblo de Rabah.

Pásase después por las pequeñas villas insulares de Hadihah, Uzdjibbah y más adelante por la de Hit, famosa por su manantial de asfalto que brota en la cima de un montecillo con figura de caldera; luego por Feludjah, y al oeste del recodo que forma el río están las fértiles llanuras de Saḳlaviyah, prados que se extienden al Sur hasta las lagunas de Babilonia, y sirven de abundante y riquísimo pasto á millares de camellos y caballos árabes.

Légase, por último, á Mosseib, y digo por último, porque si bien continuó su viaje la almadía río abajo, allí desembarqué con Tristán, por las razones que muy pronto habéis de oír.





CAPITULO XIV

Que cuenta lo que le pasó con el señor de Mosseib, y el gran peligro de que se libró antes de llegar á Babilonia.

Todos estos pormenores que doy de los principales sitios por donde pasé, se los debo al armenio que con nosotros navegaba, y él nos enseñó otras varias curiosidades del camino, como es la famosísima muralla médica, llamada Sid Nimrud, hoy en completa ruina, que se extiende desde el Éufrates al Tígris y que fué construída hace muchos siglos para resistir las invasiones de los pueblos más al Norte situados.

Pasábamos las noches en reposo, por los riesgos de la navegación entre tinieblas, y á tales horas se montaba una guardia para defensa de viajeros y mercancías contra los bandidos mesopotámicos ó siriacos, que en grandes grupos recorren aquellos desiertos. Comíamos de las viandas que en las etapas encontrába-

mos, y el tiempo no dedicado al sueño ó al alimento, cada cual lo empleaba á su guisa, ora jugando á los naipes, juego nuevo que con gran rapidez por todas partes se ha extendido, ora tratando de negocios y precios de mercaderías, cosa que á todos menos á nosotros dos interesaba mucho, por ser los demás mercachifles ocupados en sus agios y ganancias.

Lo más importante para mí, y que me preocupaba en alto grado, era saber quiénes dominaban á la sazón en los pueblos de las llanuras babilónicas, si persas ó musulmanes, y qué clase de relaciones sostenían entre sí los diferentes señores que por allí hubiese. Y digo que para mi propio interés estos conocimientos me importaban más que ningunos otros, porque, resuelto á seguir en aquellos lejanos países mi natural ejercicio, que es el de las armas, y considerando imposible conquistar, como lo hice en Erzerum para mi propio dominio lo que se ofreciera, érame preciso ponerme á las órdenes de los unos ó de los otros, y, como base de mi elección, conocer lo que en tan remotas tierras acaecía. En respuesta á mis preguntas, diéronme los mercaderes más conocedores del país, que eran los últimamente embarcados, todos los informes que habían podido recoger desde sus respectivos pueblos.

Por ellos supe la sangrienta y definitiva derrota que los persas hicieron sufrir al Soldán de Babilonia, desastre al cual sucedió inmediatamente la posesión de aquellos territorios por el ejército persano, mandado por un Capitán de Kandjatú, ó Kai Kotú, que de ambas maneras se llama el gran Khan de Persia, y la división del territorio en varios señoríos, feudos del khanato, que se concedieron á los principales jefes vencedores. También me dijeron que á uno de esos capitanes le había tocado en el reparto el término de Mosseib, población que se extiende por ambas orillas del Éufrates, y que dicho señor hallábase á la sazón en abierta lucha nada menos que con su propia hermana, como gobernadora del próximo señorío de Kerbela.

Admiróme la nueva, por juzgar cosa bien extraña el feudo de una mujer en tierras recién vencidas; mas todo quedó explicado al añadirme que gobernaba durante la menor edad de su hijo, el legítimo señor, y en gracia á la buena memoria del marido difunto, el Capitán que obtuvo el señorío, y á las notables condiciones de mando de su viuda, todo lo que había inducido al gran Khan á confirmar el feudo en el hijo y el gobierno actual en la madre.

Respecto á la contienda entre ambos herma-

nos, explicáronme que tenía su origen, parte en lo mal limitado de los confines entre uno y otro señorío limítrofes, y más parte aún en asuntos de dinero, pues el de Mosseib empeñábase en sacar contribución á los doscientos mil peregrinos musulmanes chiitas que todos los años, allá hacia el mes de Febrero, cruzan por Mosseib dirigiéndose á Kerbela, mientras que su hermana le intimó á que dejase el camino libre á los que no hacían más que pasar sin detenerse por sus Estados.

Tales acontecimientos me decidieron á desembarcar en Mosseib, pues la guerra que buscaba á las manos se me venía, siendo fácil que más abajo no encontrase tan pronta y favorable ocasión; pero antes de llegar al sitio conveniente, y después de maduro examen decidí también, y así se lo exigí con juramento á Tristán, ocultar, pasase lo que pasase, nuestros nombres, nuestro origen y nuestra estancia, conquista y aventuras en Armenia. Las razones que tuve como fundamento de resolución tan extraña á primera vista, fueron varias y todas importantes.

Era una de ellas el natural amor propio, que repugnaba descubrir el nombre de quien había sido hasta unos meses antes señor feudal en un gran pueblo y ahora veíase solicitando cual-

quier puesto de combate en ejército desconocido. A esta razón se agregaba otra de mucho peso para quien, como yo, estaba en antecedentes. Al principio del reinado de Kublai, que comenzó en 1259, y considerando la imposibilidad en que se encontraba de gobernar él solo tan grandísimo imperio como era el suyo, lo dividió en cuatro partes: conservó para sí la gobernación de China, Mongolia, Karakorum, Corea, Kamil, Thibet y los reinos transgángticos, es decir, toda el Asia oriental; y encargó á su tío Tchagatai el gobierno ó dirección del Mawarannahar, que comprende el Turkestan, se extiende por el Asia del centro y tiene por capital á Bisbalig; á Berkí, hijo de Batú, le concedió el Kaptechak, es decir, todo lo que se encuentra entre el lago de Aral, el mar Caspio, el ponto Euxino y las fronteras orientales de Rusia; y, por último, Holagú, el entonces Khan de Persia, obtuvo el Karizan, el Khorassan, la Persia, la Georgia y la Armenia, á más de todo lo conquistado en el Asia menor y la Siria, con Tauris ó Tebris por capital. Por supuesto, al conceder estos gobiernos Kublai, se reservó en todos ellos la suprema autoridad, pero no admite duda que delegó en los antedichos personajes el ejercicio de su soberanía.

Como se ve, correspondía el gobierno de la Armenia al soberano persa, y no al gran Mogol; pero murió Holagú el año 1265 y comenzaron las disensiones entre Kublai y los sucesores en el khanato pérsico; así fué que, si bien no me consta fuese revocado el acuerdo con Holagú, la verdad es que posteriormente Kublai gobernaba en Armenia, y lo prueba la tabla de oro que me envió confirmándome en mi señorío de Erzerum.

De los sucesores de Holagú, que fueron: Abaka, desde 1265 á 82; Ahmed, que se hizo musulmán, del 82 al 84; Argun, del 84 al 90, y Kandjatú desde dicho año, unos se conformaban y otros no con esa restricción de sus derechos, siendo este último, que por cierto favorecía á los musulmanes contra los cristianos, uno de los más descontentos con la supremacía de Kublai, que aun vivía á la sazón, á pesar de que dicen había ya cumplido 85 años el 89.

He tenido que dar cuenta al por menor de estos antecedentes, para haceros ver otro de los poderosos motivos que me impelían á ocultar mi calidad y mis pasadas aventuras, pues imperando á la sazón gente persa en las regiones babilónicas donde me hallaba, hubiera bastado el descubrir que fuí Señor en Erzerum, feudatario de Kublai, para tratarme

como enemigo de Kandjatú, que se consideraba soberano gobernador en Armenia. Érame, pues, preciso guardar el incógnito, so pena de perder la vida ó la libertad, cosa aún peor, si se considera que por los países orientales el castigo de mazmorra para los grandes señores suele ir precedido con lastimosa frecuencia por el más que ninguno terrible de la pérdida de la vista.

Y por si ambas razones no bastasen para imponerme el silencio, aun quedaba otra que, en fuerza de mi franco natural, os he de decir, y es que, como desconocido, podía contentarme con toda clase de mandos, aunque fuesen subalternos, mientras que presentándome como Señor de Erzerum, el premio á mis hazañas había de exigirse tan honorífico, que acaso no pudieran ó no quisieran concedérmelo.

Bien decididos los dos á callar, y manejar, en cambio, con persuasiva elocuencia las armas, llegamos á Mosseib, población de unos diez mil habitantes, que se extiende, como ya creo he dicho, por ambas orillas del Éufrates, siendo su principal monumento el nuevo palacio del Señor persa á quien me disponía á servir.

Hallábase la población alborotada y llena de gentes de armas, prontas para salir en direc-

ción á Kerbela. Eran los trajes de los soldados de muy diversa hechura y colorido, según la procedencia de quienes los usaban; porque si la mayoría era persa, también iban mezclados con ellos tártaros, armenios y babilónicos. Distinguíanse los primeros por sus largas túnicas, flotantes hasta más bajo de las rodillas, y sus gorros largos y puntiagudos; los segundos por sus armaduras de durísimo cuero; vestían los de Armenia mitad á lo musulmán, mitad á lo cristiano, calzones á la turca y chaquetillas con trenzado y dibujos de vivos colores, en tanto que los babilónicos señalábanse por sus trajes á lo agareno. Iban todos bien armados con aceros de Damasco y de Erzerum, famosos por su buen temple, y sus capitanes, todos persas, veíanse cubiertos de fuertes cotas de malla, que tales armaduras lo mismo se usan en Europa que en Asia.

Hablábase allí el griego, el latín, el armenio y el árabe, amén del persa y otras lenguas para mí desconocidas, por lo cual no me fué difícil hacer comprender mi deseo de presentarme ante el Señor de aquel territorio, llamado Adil Karim.

Después de algunas vacilaciones y temores, á la verdad puestos en razón por mi negativa á descubrir mi nombre y procedencia, al fin lo-

gré que me permitieran penetrar en el palacio. Todo en él andaba revuelto con los preparativos de la nueva campaña, y preguntando á unos y á otros entré al fin en una gran antesala, donde varios guerreros esperaban á que les llegase el turno de audiencia; sentéme en un banco, y aunque no soy de natural humilde ni cachazudo, me armé de paciencia y estuve viendo entrar y salir á unos y á otros por espacio de largas horas antes de llegar mi vez. Cuando al fin tocóme el turno, ya estaba bastante enojado, lo confieso, por mi ninguna costumbre de hacer antesalas y la poca gracia que me produjo tan larga espera, tratándose de hablar, no con un Rey ni un gran Khan, sino con un simple Señor feudatario.

Llegado ante Adil Karim, encontréme con un hombre alto, fornido, de aspecto feroz y vestido á la usanza persa, aunque mostrando sobre la larga túnica, que llaman cabaya, acerada cota, y en la frente una á manera de diadema incrustada de finas y refulgentes piedras. Llevaba entre sus tres ricos cinturones, uno de lana y dos de seda, puñales, daga y rico alfanje, y recibíome con aire adusto y orgulloso. Creció, al verle, mi antipatía, y más se acrecentó mi coraje cuando, después de preguntarme con acento displicente é im-

perativo qué objeto me llevaba, y responderle yo de la mejor manera que pude, dada mi creciente irritación, que entrar á su servicio en un puesto correspondiente á mi nobleza, volvíome á preguntar si traía carta de caballero. Quedé un instante parado al ver con qué injurioso recelo acogía á quien se prestaba á servirle con sus armas y buena voluntad, y ya en el colmo de la cólera le respondí, sin más miramientos, que en mi tierra preguntaban á los clérigos por su carta de órdenes, mas no por la de caballería á los caballeros ¹; y sin meterme en más explicaciones abandoné la partida, saliéndome del palacio satisfecho por no servir á quien tan poco merecía que un caballero como yo se le humillase.

Con el trajín que por todos lados en Mosseib reinaba, no pararon mientes en mi presencia ni en la de mi escudero, por lo que pude acto continuo realizar mi nuevo y repentino propósito, que fué el de ofrecer nuestros servicios á la hermana del Señor de Mosseib, con la que éste andaba en guerra. Para ello era preciso, lo primero, comprar unos caballos, pues si bien la distancia de Mosseib á Kerbela, donde dicha señora gobernaba, no era muy grande, unas

1 Nobiliario del Conde D. Barcelos, pág. 378.

tres ó cuatro horas de camino, nuestra seguridad, al mismo tiempo que nuestro decoro, exigía fuésemos montados, ya que así podíamos, á la vez, librarnos de alguna posible acometida en el trayecto, y llegar á Kerbela de modo que demostrase nuestra importancia y fuesen más agradecidos nuestros servicios.

Empleamos todo el dinero que nos quedaba en la adquisición de unos malos y pequeños jacos, cuyo valor no llegaría á la mitad de lo que por ellos dimos, á pesar de lo que significasen sus monturas, que tampoco sería mucho, y provistos ya de tan necesarios auxiliares y después de enterarnos lo mejor posible y con el mayor disimulo de la ruta más derecha, á fin de concordar el secreto de nuestra misión con el acierto del camino, emprendimos sosegadamente la marcha, no sin disfrazarnos nuevamente con los trajes que desde la llegada á Mosseib teníamos ocultos.

Con apariencias de pacíficos traficantes que marchaban á sus negocios y llevando bien escondidas, pero prontas las armas, salimos de Mosseib hacia la caída de la tarde, prefiriendo andar por la noche, pues mayor era nuestro recelo de los hombres que dejábamos atrás y podían sorprender nuestros designios, que no de las fieras ú otros habitantes del desierto.

Tan pronto como abandonamos la población torcimos á nuestra derecha por un sendero marcado con los huesos de personas y animales procedentes de los numerosos peregrinos que cada año emprenden esa romería; apartándonos poco á poco del lugar que antes pretendíamos defender y ahora estábamos resueltos á atacar en cuanto volviésemos con el ejército enemigo. El terreno que recorríamos era un verdadero desierto, sin árboles ni más plantas que miserables y raquíticas hierbas, tapizado de amarillento y enfermizo césped el arenoso suelo, de donde nuestros caballos levantaban nubes de polvo. Ningún país más triste ni desnudo habíamos hallado aún en nuestro largo viaje, y tan pobre realidad se nos hacía más extraña y lastimera, si se tiene en cuenta el prestigio que tenían para nosotros estas mágicas palabras: *la tierra de Babilonia*. Y ahora que en tierra babilónica estábamos, ahora que algunas millas más abajo podíanse contemplar las ruinas augustas de la portentosa, incomparable y soberana ciudad, el silencio de la muerte por todas partes nos rodeaba, y hasta la naturaleza vestía su más humilde, pobre y harapiento traje, como para darnos á entender que ni las grandes riquezas, ni el poder asombroso, ni el conjunto de maravi-

llas fabricadas en bronces y mármoles, pueden ni significan nada contra los altos designios de Dios, que castiga el vicio y el orgullo, convirtiendo en polvo los más soberbios monumentos y haciendo desaparecer hasta el último rastro de vida allí donde un tiempo se alzó el emporio del mundo.

Marchaba embebecido en tan melancólicos pensamientos, cuando de pronto oí detrás estrépito de caballos y grandes gritos y algazara. Volvimos los dos la cabeza á un mismo tiempo, y pude enterarme de como á galope tendido venía sobre nosotros fuerte grupo de guerreros con las espadas desnudas. Supuse con razón que ninguna buena nueva me traerían, y temiendo cualquier desaguisado, comencé por requerir la espada y avisar á Tristán para que me imitase, deteniendo y volviendo al punto nuestros corceles para dar frente á los nuevos enemigos. Vi entonces que eran lo menos ciento, y como juzgué imposible contra tan crecido número la defensa á cintarazos, tornamos grupas, echando á escape tendido por aquellos desiertos, en ocasión de que ya el crepúsculo de la noche comenzaba á envolver entre sus sombras á la tierra. Aun quedaba, sin embargo, bastante luz para poder alcanzarnos los de Mosseib y dar buena cuenta de nosotros, si

esta era su intención, cuando de repente y por la parte del Mediodía, escuché lejano y pavoroso ruido, al mismo tiempo que se paraban de pronto, en firme, nuestros dos caballos, y á punto estuvimos de apearnos por las orejas; tales eran la velocidad que traíamos, lo ajenos que estábamos á tan rápida parada y la prontitud de ésta. Presas nuestras cabalgaduras de misterioso y repentino pavor, comenzaron á temblar, y no pasó un minuto sin que dieran en el suelo sus pasmados cuerpos, con lo cual no creo preciso decir que rodamos amo y escudero por la empolvada tierra.

Nos levantamos, miramos atrás, y ¡oh prodigio! á lo lejos, como sombras, distinguimos aún á nuestros perseguidores, pero marchando á escape, no ya, como antes, en nuestra busca, sino al revés, huyendo á brida suelta de nosotros. Tan extraño fenómeno bien pronto tuvo su natural explicación, pues el ruido temeroso de enfrente aumentaba por momentos, hasta convertirse en aterrador estrépito, seguido de penetrantes silbidos y de una formidable tromba de arena que á pasos agigantados se venía encima, mientras el ambiente se hacía irrespirable, el calor abrasador, y los torbellinos de polvo que por todos lados nos cercaban cubrían el espacio.

No tuvimos más recurso, para no perecer, que guarecernos detrás de nuestros inmóviles caballos tendidos, último baluarte contra el huracán furioso. Este pasó un segundo después como un relámpago, llenándonos de menuda arena ojos, narices, orejas y todo el cuerpo; y cuando al cabo de un rato pusímonos de pie, aún á lo lejos y en dirección al Norte se oía el silbido de la destructora y polvorienta nube.

Llámanse tales tempestades, por aquellas comarcas, el Sam, y proceden de los desiertos del Irak Arabi, que así se denomina la parte de la Mesopotamia que desde Bagdad y Babilonia termina en el golfo Pérsico; siendo tan grandes lós destrozos y aun desgracias que el Sam produce, y el terror que sus ya conocidas señales precursoras infunden á hombres y animales, que pudo explicarse fácilmente la repentina huída de los que aún creo eran mis perseguidores, y la parada y caída de nuestras cabalgaduras.

Mas, cuando pasado el peligro y montados otra vez proseguimos nuestra caminata, ya la noche, y lo que era peor, noche obscura y tempestuosa, cubría de tinieblas el terreno que pisábamos, no permitiéndonos distinguir las débiles y poco seguras señales del verdadero camino, tanto más, cuanto que en nuestra veloz

carrera escasa cuenta habíamos llevado en seguir la senda tan mal trazada.

Y resultó que nos perdimos, sin tener medio alguno de orientarnos; pues si bien oíamos perfectamente aullidos y gritos de animales, era en todas direcciones, y no podíamos distinguir, entre tan pavoroso concierto nocturno, los que señalasen habitaciones humanas, de aquellos producidos por las fieras del desierto.





CAPITULO XV

**Que comienza describiendo las ruinas de Babilonia y
acaba con la gran victoria del guerrero castellano.**

Sin rumbo fijo, aunque siempre en dirección contraria á Mosseib, anduvimos como unas cuatro horas, pasando por una pequeña corriente de agua, hasta que de pronto encontrámonos rodeados de pequeñas colinas, y tropezando nuestros corceles de trecho en trecho con montones de pedruscos que nos obligaron á moderar el paso de las cabalgaduras, y por último á detenernos y echar pie á tierra, pues los obstáculos y tropezones eran á cada momento más frecuentes.

Y hétenos aquí á los dos en parajes absolutamente desconocidos, en medio de una noche lóbrega y tempestuosa, y entre ruinas, sin saber por dónde salir ni dónde cobijarnos. Pero lo que más nos inquietaba eran los crecien-

tes y nada lejanos aullidos, rugidos y gritos de toda clase de fieras, que parecían acudir á una pavorosa y terrible cita en aquellos lugares. Como no podíamos encender lumbre, por absoluta carencia de utensilios necesarios al caso, ni tampoco huir, á causa de las tinieblas, decidimos esperar la llegada de la nueva aurora bien preparados, escudriñando con el oído y la vista todo lo que permitían tan diversos ruidos y tanta obscuridad, á fin de no sufrir sin defensa la acometida de alguna bestia feroz.

Cobijados donde Dios nos dió á entender, pasamos lo restante de la noche sin cerrar los ojos, pues nos iba en ello la vida; pero ¡cuál fué nuestra sorpresa en cuanto llegaron los primeros albores de la mañana, al vernos rodeados de muros ruinosos, ladrillos dispersos y todas las señales de una gran ciudad destruída, en un espacio que ocupaba varias millas á la redonda, distinguiéndose á lo lejos, por nuestra izquierda, el curso del Éufrates, y en la opuesta orilla, y en mucha extensión de terreno, nuevas y más importantes y poderosas ruinas que las del lado derecho en que me encontraba!

Miré luego hacia el Sur, y como me había subido, para abarcar mayor extensión, sobre una de las colinas formadas por antiguos monu-

mentos destrozados, descubrí como á distancia de una hora de marcha un pueblo bastante grande, asentado en un lugar adonde todavía llegaban los restos de la grandísima ciudad desaparecida.

A poco nos dirigimos al próximo pueblo, que se llamaba Hilleh, así como las ruinas en que estábamos (según luego nos dijeron) eran las de la famosísima é incomparable Babilonia, reina de las antiguas ciudades asiáticas.

Gracias á nuestro conocimiento de la lengua arábica y á nuestros trajes á lo musulmán, encontramos regular acogida en una pobre casa, donde como peregrinos siriacos nos presentamos. Dispuse aquel mismo día volver hacia el Norte, en dirección á Kerbela, pueblo al que me encaminaba cuando salí de Mosseib; pero antes de retornar por el perdido camino quise visitar en ambas orillas del Éufrates los grandiosos aunque mutilados restos de la antigua Babilonia, la incomparable capital donde reinó la gran Reina Semíramis.

Acompañóme, á mi ruego, en tan curiosa expedición un anciano de los más sabios y concedores de aquellas ruinas, y gracias á su ayuda pude contemplar en el lado derecho del gran río, á unas tres horas de Hilleh, sobre una colina que se llama Birs Nemrod ó Burdj Nem-

rod, torre de Nemrod, el solo monumento que á esta parte de la corriente ha quedado en pie, á pesar de ser el más antiguo, pues su construcción remonta al fundador de Babilonia, según me dijeron. El montecillo que lo sustenta se eleva á unos ciento cuarenta y dos codos por encima de la llanura; mide el edificio cuatrocientos sesenta y uno de longitud y trescientos cincuenta y siete de ancho, y su base presenta cuatro lados, más largos dos de ellos, pero en perfecta armonía.

En la cima, y casi en el centro, se conserva erguido un pilar enteramente fabricado de ladrillos semejantes á los que se hallan en otros puntos del mismo país; y de distancia en distancia, y en simétrica posición, se ven agujeros que le atraviesan de parte á parte y cuyo objeto no se explica satisfactoriamente. Esta masa, de seguro incompleta, se levanta formando casi un cuadrado desde la cima de la colina, tiene de altura unos veinticuatro codos, y al pie de su lado occidental se descubren diversos fragmentos de construcciones que deben haber formado una arcada, cuyos ladrillos han sufrido indudablemente la acción de un incendio.

A muy corta distancia, hacia el Poniente, se tropieza con un lago de agua dulce, abierto,

según la relación de Herodoto, por orden de la reina Nitocris, para recoger las aguas del Éufrates mientras se construían los diques, los malecones y el puente que uniese ambas orillas.

Pasamos el río, y allí, al lado izquierdo, donde, como ya he dicho, se hallan las mayores y más importantes ruinas, nos detuvo más al Sur otra altura que, aunque hoy está cubierta de tierra, parece ha debido ser un gigantesco palacio, pues toda su extensión, muy irregular, que es de dos mil ochocientos cincuenta y seis pies, hállase cercada de ladrillos fuertemente unidos con cal y ceniza, ó por un cemento especial. A uno y otro lado se descubren excavaciones que pudieran ser, ó antiguas galerías, ó especies de canteras abiertas por los sarracenos para aprovechar en sus modernas construcciones los viejos materiales. Lleva el nombre de kasr, que quiere decir *castillo ó palacio*, y acaso fuera una de las encantadoras y suntuosas moradas de la gran Semíramis.

Volvimos al Norte, y á más de dos horas de Hilleh hallamos las poderosas ruinas de la gran torre de Babel, denominada por allí unas veces Babel, y otras Mudjelibeh, que en árabe significa *completamente arruinado*. Detúveme estupefacto ante los mezquinos restos que señalan la más grande obra que el orgullo de

los hombres quiso construir. Medio seguro de rebajar la soberbia humana á sus justos límites es la contemplación de tan mísera y pequeña torre, con la que los mortales aspiraron á escalar los cielos; y ejemplo visible y testimonio permanente de la necedad del hombre el pretender llegar adonde no alcanzan desde el mundo más que nuestras súplicas y oraciones.

La orgullosa torre ofrece hoy la forma de una gran eminencia rectangular, habiéndose desprendido de su cima en los cuatro costados masas de tierra, que forman alrededor como especies de rampas de ancha base, surcadas por grandes hendeduras, efecto de las tormentas, y en los ángulos se descubren restos de ladrillo y señales de construcción que permiten suponer estuviese el edificio flanqueado de torres más pequeñas. Todo el monumento principal fué construído con adobes y revestido por de fuera con materiales más sólidos, quizás piedra, ó quizás ladrillos, pues aun se ven varios de estos últimos con inscripciones desconocidas y todavía apegados al cemento. La largura de la eminencia es de unos cuatrocientos cuatro codos, su anchura de unos trescientos ochenta y uno, su altura de ochenta y cinco á noventa y cinco, y algunos otros restos alrededor, quizás se deben á un muro que cercase la gran torre.

Estas y algunas otras ruinas, recubiertas de tierra y apareciendo hoy como naturales ondulaciones del suelo, es todo lo que resta de la incomparable dominadora de las antiguas ciudades asiáticas, y su decadencia comenzó el mismo día en que fué asaltada y tomada por el conquistador *Ciro el Grande*. Más tarde, la muerte del gran Alejandro aceleró su destrucción, pues habiendo tocado á su capitán Seleuco en la repartición del Imperio del mundo, Seleuco le dió por rival á la nueva Seleucia, la cual prosperó á su costa, del mismo modo que tiempos después Ctesiphon había de vencer á Seleucia.

Tal ha sido la triste suerte de la hermosísima capital antigua, y este ejemplo han de seguir las nuevas y prósperas ciudades, porque todo ha de morir, todo, excepto la que menos nos ocupa, y es la celestial morada, cuyos habitantes no han de ser más estimados por sus riquezas, sino por sus virtudes, y no han de dedicarse á renegar de su Dios porque castiga sus vicios, sino á servirle y adorarle porque les dió la vida temporal y les concede la eterna.

Después de contemplar la torre que produjo la confusión de lenguas, todo lo restante, en la triste situación en que se halla, tenía necesariamente que ser desdeñado por mi curiosidad;

así fué que, harto de ver ruinas y más ruinas, sin que nadie pudiera decirme lo que aquello fuera en sus tiempos de mayor esplendor, emprendí con Tristán la caminata hacia el Norte atravesando primero otra vez el Éufrates y torciendo luego algo hacia la siniestra mano, dirección en que se encuentra Kerbela. Pero antes de despedirse de nosotros el caldeo que nos acompañaba, hízonos ver á lo lejos, entre las ruinas, el árbol decrepito de Semíramis, el único que sobrevive de los que llenaban los jardines suspendidos; árbol sagrado, que los musulmanes llaman Ateli, y al cual, según tradición chiita, ató su caballo Alí al marchar en són de conquista á Kerbela, donde halló la muerte.

Durante el camino, profundamente impresionado por lo que acababa de ver y por las peripecias acontecidas en nuestro largo y azaroso viaje, iba pensando en las variaciones de la fortuna, que ensalza ó abate á su capricho, siendo nosotros dos vivo y fiel ejemplo de sus veleidades, pues desde nuestra salida de España, tan pronto subimos á la cumbre del poder y de la prosperidad como nos habíamos encontrado en la situación de mayor desvalimiento, cual sucedía en la ocasión presente, una de las más dificultosas, ya que nada po-

seíamos y en nadie más que en la fortaleza de nuestras armas podíamos confiar. Como consecuencia de tales altos y bajos, la idea de nuestra insignificancia se me vino á las mientes, y cierta cosa así como gran desprecio á la vida, pues teniendo ciertamente que morir, no merecen unos días más ó menos de trabajos y sinsabores que á ellos se sacrifiquen esperanzas y anhelos que mucho más valen.

En estas y otras semejantes consideraciones pasáronse las cuatro horas de camino que á Kербela separan de Babilonia, siéndonos fácil la orientación á la luz del día por aquellas inmensas planicies; pero antes de dar vista á la ciudad objeto de nuestro viaje, tuvimos varios misteriosos y tristes encuentros. Nos hallamos muchas veces con caballerías guiadas por enlutados peones que conducían fardos ocultos bajo negras lonas, las cuales acusaban, por la forma de sus pliegues, la presencia de cuerpos humanos que de tan tosca é irreverente manera iban cubiertos.

Excitada mi curiosidad en presencia de tan inesperado y singular tráfico, hice que Tristán preguntase á algunos de los tetricos conductores que adónde iban y lo que llevaban, y la respuesta, la misma en todos ellos, fué que conducían cadáveres de chiitas para ser ente-

rrados en Kerbela, pues los que en esta ciudad y en otra que llaman Nedjef, más al Sur, reposan, quedan libres de los castigos del infierno en la otra vida.

Esta supersticiosa creencia de los chiitas, la secta mahometana que, en oposición á la de los somnitas, reverencia y aun adora á Alí, yerno, primo y hermano adoptivo del Profeta, y á su hijo Hossein, considerando usurpadores á los tres primeros kalifas Mon-becra, Omar y Osmán, explica el ansia con que sus adeptos piden al morir ser enterrados en Kerbela, donde fué asesinado Hossein, ó en Nedjef, donde veneran la tumba y mezquita de Alí.

Así fué que, al penetrar en Kerbela, al mismo tiempo que llegaban muchos cadáveres, nos encontramos con una ciudad de unos veinticinco mil habitantes y millones de muertos, bastantes de ellos esperando aún su turno para ser enterrados, lo cual nos hizo poquísima gracia, pues el cementerio se halla en el centro de la población, y cada casa es un depósito mortuario mientras envuelven entre tierra á los anteriormente venidos. El aire, como es de suponer, tampoco es muy puro, y gracias que aun faltaba tanto para el mes de Febrero, época de la mayor afluencia de peregrinos vivos y difuntos.

Lo perentorio de la necesidad venció á nuestra repugnancia, y así nos encaminamos lo antes posible á la morada ó palacio de la que iba á ser mi nueva Señora, y tanto como me fué difícil llegar á su enemigo hermano, tanto encontré fácil y hospitalaria acogida en la dama, siendo su mansión, por cierto, mucho menos lujosa que la del de Mosseib.

Llegado ante la gran señora, la encontré ricamente ataviada con un traje de valiosa seda abierto por arriba, y que llegaba á media pierna tan sólo; riquísimo cinturón que no ceñía el talle, sino que pendía holgadamente, y mangas ajustadas al brazo hasta el puño.

Llevaba por encima un chal hermosísimo y de gran precio, orlado de blancas pieles, y sobre la cabeza una pequeña cofia adornada de pedrería. De esta cofia colgaba por detrás un velo de seda graciosamente prendido, mientras que los largos cabellos trenzados descendían abundantes sobre la espalda. Un calzón de hermoso terciopelo, llegándole á los talones, y unas puntiagudas y alhajadas chinelas, completaban el vistoso y riquísimo traje.

Otras muchas joyas de gran gusto y valor adornaban la cintura, el cuello, los brazos y los dedos, de manera que traía sobre sí riquezas dignas de ser ostentadas por una reina. Era

de gentil apostura, alta, morena, de edad como de unos treinta años, y tan afable y cariñosa que cautivaba la voluntad y aprestaba el ánimo al acatamiento y á la obediencia.

Dijela en árabe que venía de lejanas tierras á poner á su servicio la fortaleza de mi brazo y la de mi escudero, pues ambos profesábamos la estrecha orden de la caballería, uno de cuyos mandamientos es el de favorecer á las damas en sus cuitas y persecuciones; que sabiendo la sinrazón con que su hermano la obligaba á guerrear, acudía en su defensa; y que, si tenía á bien otorgarme algún puesto distinguido entre sus huestes, allí mismo la prestaba formal homenaje y palabra de caballero de conseguir cumplida victoria ó morir en la demanda. Y mis palabras eran fiel expresión de mis sentimientos, tanto por el placer de ayudar á una señora en su justicia, como por el deseo de venganza contra la descortesía y la soberbia de su hermano para conmigo.

Contestóme, como mujer prudente y avisada, que reflexionaría acerca de mi petición, dándome pronto cumplida respuesta; pues aunque ya quedaba prevenida en mi favor, se hacía necesario algún detenimiento antes de acceder á mi deseo, ya que no se trataba de admitir un nuevo soldado, sino de nombrar un capitán.

Y añadió sonriéndose que sería oportuno, para poder juzgar con acierto, la descubriese mi nombre y procedencia, y que después, si, como era probable, aceptaba mis servicios, habría de prestar el debido juramento de fidelidad á su soberanía.

La contesté reposadamente que, respecto á lo primero, una solemne promesa impedíame romper el incógnito; pero que, siendo noble y cristiano, dispuesto estaba, como cristiano y como caballero, á rendirle pleito homenaje y á jurarle entera fidelidad. Gustó de mi franqueza, y habiéndome dicho que me retirara á un aposento contiguo, de allí á poco rato dió, se conoce, por terminadas sus vacilaciones, pues me admitió como capitán en un escuadrón de cristianos, compuesto de cien jinetes, después de recibir el juramento exigido, que de rodillas, y como buen hidalgo, la presté.

Y de este modo, al entrar en el palacio nada era, ni podía adivinar cómo saldría de allí; pero mi fortuna, ó lo que yo más creo, la protección de mi abogada y Señora, Santa María de Huerta, deparóme mi encubramiento allí donde lo más natural era una repulsa á quien tan incógnito y misterioso como yo se presentaba.

Por encargo de mi dueña y señora, que se

llamaba Djeida Kalil, diéronse á conocer mis nuevos subordinados; y teniendo como auxiliar á mi fiel escudero, asistí á los trabajos y preparativos de la guerrera empresa.

Dos días más tarde, bien adiestrado el ejército de Kerbela, que se compondría de unos cinco mil hombres, emprendimos la marcha hacia Mosseib, no sin empeñarse nuestra gobernadora y su hijo, niño de unos trece años, llamado Melícs, en venir con nosotros, para lo que se dispuso una litera, llevándola entre varas dos caballerías, una delante y otra detrás, según costumbre de Oriente.

Era nuestro primer capitán un guerrero persa de gran renombre por su valor y entendimiento, leal amigo del difunto Señor y entusiasta partidario de los derechos que asistían al niño y á su madre. Dispuso marchar en silencio hasta que un escuadrón, que iría delante, divisara al enemigo ó los muros de Mosseib, pues al llegar á este punto habría de participárselo y esperar sus órdenes de ataque. Tocóme en suerte ser el que mandase este pelotón de avanzada, y para cumplir fielmente mi deber adelantéme con mis soldados del resto del ejército como un cuarto de hora, y poniendo al trote nuestros corceles, llegamos á la vista de Mosseib sin encontrar al enemigo.

Cumpliendo entonces con lo que mi jefe me mandara, dí la voz de alto en lengua árabe primero, y en armenia después, á fin de que todos me entendiesen, y volviendo grupas á mi trotón eché á escape para recibir nuevas instrucciones. Detúvose toda la hueste, comunicáronse las órdenes de desplegarse en forma de batalla, y antes de concluir los preparativos de ataque vimos á lo lejos las masas enemigas, que acababan de abandonar á Mosseib y salían á nuestro encuentro.

Al parecer, hallábanse equilibradas las fuerzas de los dos ejércitos; y aunque así no fuese, ardían los nuestros en deseos de combatir, tanto por el número de recompensas prometidas, como por el sin fin de agravios que, como vecinos turbulentos, se proponían vengar. Dejando, pues, muy pronto el orden y concierto prefijados, echaron al galope los jinetes y á correr los peones hacia los de Mosseib, y como hicieran lo mismo éstos, trabóse á los pocos minutos reñida y furiosa contienda entre ambas tropas.

Metíme con Tristán en lo más apretado de la lucha, y ayudándome tan pronto de la lanza como de la espada ó la maza, dí buena cuenta de gran número de enemigos; y he de manifestaros que, á pesar de ir vestidos los de uno

y otro bando á la usanza mahometana, armenia y persa, no cabía la confusión, por haber dispuesto antes de la salida nuestro jefe que, para distinguirse en la pelea, llevasen todos los nuestros una faja encarnada á la cintura.

Andaba yo, como llevo dicho, de un lado á otro tan encorajinado en mi sangrienta faena, que, á fuerza de tirar estocadas, rompióse la tizona, y á puro dar lanzazos, se quebró la lanza, quedándome tan sólo entre las manos la formidable maza, con la cual llevé á cabo el gran hecho que dió fin al combate y á la guerra en un mismo punto; y fué que, después de abrirme paso al través de las masas contrarias, llegué á encontrarme frente á frente con el Señor de Mosseib, harto visible entre todos los demás guerreros por lo brillante de su atavío y lo ricamente enjaezado de su trotón.

Enderecé seguidamente mi caballo á su encuentro, y gritándole que acudiese á la defensa, después de breve lucha, díle tan fuerte golpe en el casco con la maza, que le eché del corcel por tierra. Viéndose de aquel modo, dijo alto: —*¡Ah Babilón, que me mataste!*— llamándose así porque no me conocía otro nombre, el cual he tomado como recuerdo de aquella acción, y así han de apellidarme en lo sucesivo. Ya mal herido, preguntóme quién era yo, y al punto

respondíle:— *Soy aquel caballero á quien preguntaste por la carta de caballería, y si traje esta maza para servirte con ella, ahora con ella te desirvo* ¹.

Cobraron gran esperanza los que me seguían al ver á nuestro principal enemigo por tierra y moribundo, mientras que desalentaba y encojía el ánimo de los suyos el inesperado suceso, con lo que muy poco duró ya la batalla, siendo su resultado [la muerte allí mismo de Adil Kerim, la desbandada de sus huestes, y á seguida la rendición de Mosseib.

Entramos aquella misma tarde en el pueblo antes enemigo, entre grandes vítores y muestras de contento de sus habitantes, pues lo mismo en Oriente que en Occidente las simpatías y alabanzas son para el vencedor, y quedaron desde entonces formando uno solo aquellos dos señoríos, mientras el gran Khan de Persia, como supremo soberano, confirmase ó anulase la reunión de ambos territorios.

Mostróme la Señora, ya bien enterada de mi hazaña, su agradecimiento y estima por mi triunfo, de tal manera, que en un instante ascendí, desde modesto capitán de caballos, á uno de los puestos más preeminentes en

1 Nobiliario del Conde de Barcelos, pág. 378.

aquella milicia, pues á los dos días, cuando regresamos á Kerbela, llamóme á su palacio, donde con grandes muestras de amistad me ofreció el grado de segundo jefe de sus tropas, por estar altamente satisfecha de mis servicios. Acepté con reconocimiento, como era justo, y en posesión de tal empleo estuve cerca de un año, hasta más de mediar el siguiente, 1294, ó sea el próximo pasado.





CAPITULO XVI

De cómo Babilón decide su regreso, y la curiosa aventura de los ladrones, con los demás pormenores del viaje, hasta dar vista á Alepo, en Siria.

Varios fueron los motivos que me indujeron entonces á presentar la renuncia de mi alta dignidad. La tétrica y repugnante circunstancia de parecer Kerbela un inmenso cementerio pudo mucho en mi resolución, causa á la cual se unían el deseo de regresar á España que se despertó en mí al encontrarme en aquellos tristes desiertos de la antigua Caldea, el peso de los años, ya bastante visible, y hasta la contrariedad de verme sujeto á otras autoridades después de lo mal acostumbrado que me dejó el mando absoluto en Erzerum.

Habiendo manifestado á la Señora mi resolución inquebrantable de retornar á la patria, y á pesar del interés que ella tenía en mi permanencia, después de insistir repetidas veces

en retenerme, juzgó, con razón, que las jefaturas han de ser voluntarias para el bien del señorío; y queriendo al mismo tiempo recompensarme como merecían su nobleza y mi utilidad, condújome ella misma, en una de las últimas audiencias, por muchos aposentos y escaleras á los subterráneos del palacio, y allí me hizo ver grandes tinajones y fardos, llenos los primeros de piedras preciosas, oro en polvo y amonedado, y compuestos los segundos de telas riquísimas y colmillos de elefante de preciado marfil.

Díjome que cogiera de ello cuanto fuese mi voluntad, pues la conquista de un señorío bien merece, en premio, los mayores honores y riquezas; y como por mi decisión no había de aceptar aquéllos, era justo que éstas me indemnizasen de mis trabajos y servicios.

Sublevado mi amor propio de caballero, neguéme en redondo á admitir dádiva de tal especie, y entonces la generosa y prudente Djeida Kalil, desciñéndose el valiosísimo cinturón de riquísimas piedras que rodeaba su talle, me lo echó al cuello, sujetándolo con preciado joyel que arrancó de su pecho. No pudo mi cortesía negarse á recibirlo, so pena de aparecer falto de educación y de agradecimiento á las cariñosas frases con que acompañó su

regalo, el cual admití á la postre, considerándolo más bien como recompensa honorífica que como rica presea.

Para mi retorno á Europa quedaba grave dificultad que vencer, tocante al modo de caminar por el Éufrates, ya que era imposible la navegación río arriba en tan larguísimo trayecto, y nada seguro el viaje á caballo por sus márgenes, ó mejor dicho, seguro de no llegar adonde me proponía cargado de tanta riqueza, pues parece como si las joyas y la moneda dijese: aquí estamos; tal es la facilidad con que las descubren los amigos de lo ajeno.

Mientras reflexionaba acerca de la ruta que debería elegir, llegaron á Kerbela grandes é importantes nuevas á la vez del Norte, de Oriente y del Occidente, que acabaron de una vez con mi perplejidad, decidiendo de mi viaje. Fué la noticia venida del Norte la defunción del gran Khan Kublai; la del Oriente el destronamiento del Khan de Persia Kai-Khotu, y la del Occidente la muerte del Soldán de Iconio, Gaiat-eddin IV, en una batalla contra el hijo del Emir turco Amer Khan, á quien dicho soberano había hecho cortar la cabeza. Como resultado de esta derrota, la sultanía de Iconio quedó dividida en diez emiratos independientes, y el nuevo Khan de Persia, Baidú, que

por cierto había de imperar pocos meses, comenzaba su reinado decidiendo el envío de un grueso ejército á Iconio para afianzar en él la soberanía persa, que ya hacía años influía poderosamente en dicho territorio turco.

Comprendí al momento la oportunidad que se me ofrecía, pues si la desdeñaba era probable que en muchos años no volviera á presentarse, de seguir al ejército expedicionario, para llegar á un puerto de Siria, donde embarcarme con rumbo á Europa.

Pero Iconio se halla muy al Norte, y era fácil tomase el ejército el paso del Éufrates por más arriba de donde yo me hallaba, haciéndoseme preciso caminar antes de encontrarle gran trozo de camino, según, en efecto, sucedió. Supe al poco tiempo que la expedición había ya salido de la capital persa con rumbo á Bagdagh, para desde esta gran población, silla primera del Kalifa de los musulimes durante más de cinco siglos, dirigirse á cruzar el Éufrates por la altura de Hit ó poco más abajo.

Decidime, pues, á marchar lo antes posible en esta última dirección; mas como el viaje hasta Hit era, andando muy aprisa, de unas tres jornadas, y durante ese trayecto fácil sería un mal encuentro, pudiendo muy bien suceder que corriera la voz de mi salida con las

riquezas ganadas, y que, aun antes de abandonar á Kerbela, se concertara mi saqueo, fué necesario tomar las precauciones convenientes.

Comenzamos por esconder el dinero y las piedras finas de nuestra pertenencia, incluyendo el regalo de mi Señora, entre los pliegues de las ropas, para lo cual descosimos Tristán y yo las junturas, y después de acomodar el tesoro, volvimos á coserlas, resultando bastante bien disimulado el artificio.

Una vez concluso este detalle, dejando por supuesto fuera del escondite una cantidad suficiente para los gastos de tan larga expedición, dispuse en secreto la partida, mientras me mostraba, por el contrario, en público, dispuesto á permanecer por mucho espacio de tiempo en Kerbela, y así apelaba al engaño, en tanto que disponía los preparativos de viaje. Por último, la misma tarde de la marcha fuí á despedirme de mi Señora, que aprobó mi plan como único medio seguro de salir con vida de la empresa, pues aunque varias veces me ofreció una escolta tan fuerte como fuera preciso, no quise admitirla por creer peor el remedio, ya que muy fácilmente podrían transformarse en salteadores los enviados como disciplinada tropa, que cosas más extrañas se han visto y se verán.

Aquella misma noche, allá hacia la mitad de ella, bien armados de todas armas yo y Tristán, y cubierto el cuerpo de oscuros albornoces y de anchos turbantes el férreo casco, montamos á caballo cuando todos nuestros servidores yacían en lo mejor de su sueño, hicimos que nos franquease la salida el oficial encargado de vigilar una poterna, dándole el santo y seña Tristán, como menos conocido, y tan pronto como nos vimos en campo abierto, apretamos el paso cuanto lo permitían las lagunas que rodean á Kerbela, y de cuyas emanaciones sólo la resguarda un bosque de palmas que ciertamente de poco remedio sirve.

Torcimos algo á la derecha para aproximarnos al Éufrates, y no perdimos la orientación, pues unas cuatro horas más tarde pasábamos junto á los muros de Mosseib sin novedad alguna. Volvimos desde allí á torcer un poco hacia la izquierda, huyendo del camino frecuentado por las caravanas, el que también eligen los bandidos para sus fechorías, por ofrecerles mayor esperanza de botín, y cuando salió el sol nos encontramos en pleno desierto, pero descubriéndose aún allá, hacia la derecha, aunque muy lejos, la línea ondulada de árboles y arbustos que atestiguan el curso del gran río. Seguimos andando todo el día, y al acercarse

la noche notamos á la izquierda unas ráfagas de humo que detrás de una colina se elevaban, y como el hambre y el sueño nos exigiesen pronta comida y seguido reposo, hacia aquellas señales de habitación humana encaminamos nuestras cansadas cabalgaduras.

Llegamos, como una media hora después, al objeto de nuestras ansias, que no era pueblo, ni tan siquiera caserío, sino unas pobres chozas de árabes beddauis ó errantes, como suele haber en el suelo caldeo y siriaco. La tribu aquella se componía de cinco familias, en otras tantas tiendas cobijadas, amén de algunos caballos pequeños del país, que afanosos buscaban entre la arena las míseras hierbecillas, de las que apenas asomaban los débiles tallos. En medio de las chozas se descubría un pozo de agua, y alrededor unas cuantas palmeras, inapreciable y nada común hallazgo en el desierto, que explicaba la detención de los nómadas beddauis en aquel sitio.

Presentámonos como dos peregrinos, y en lengua arábiga dimos á conocer nuestro deseo de hallar descanso y alimento, pues si bien el árabe no se pronuncia del mismo modo en toda la tierra mahometana, mejor ó peor, es por la mayor parte de los agarenos comprendido.

Admitiéronnos sin protestas, pero la comida

dejó mucho que desear, pues toda ella se redujo á un poco de trigo cocido, llamado burgul, leche y dátiles, y con este frugal alimento acabó el ejercicio de las muelas apenas comenzado, y llegó el sueño á exigir sus derechos. Pusimos los caballos junto á los otros, sin más salvaguardia contra las fieras que la aridez y profundidad del desierto, y tendiendo nuestros molidos cuerpos sobre toscas pieles, cuidando antes de colocar como almohada bajo nuestras cabezas las apreciadas vestiduras, para mayor seguridad, quedamos tranquilamente dormidos, no despertando hasta el otro día.

Apenas amaneció y mientras los de la tribu aun quedaban durmiendo, abandonamos el pobre aduar, no sin antes corresponder con largueza, dejando sobre las pieles que nos sirvieron de lecho unas monedas de oro, las suficientes para satisfacer el gasto de un año, si ese gasto correspondiese cada día al que aquella noche hicimos.

Continuamos la caminata, tomando siempre como punto de mira las lejanas orillas del Éufrates, y sin encontrar alma viviente en toda la jornada nos alcanzó la noche en el desierto, aburridos de no tropezar por ninguna parte con rastro humano.

El hambre, y sobre todo la sed, nos aguijo-

neaban con tanta fuerza, que no hubo otro remedio sino el de dirigirnos á orillas del Éufrates, aun á trueque de topar con malandrines, y cuando, después de una buena hora de marcha, nos vimos junto á la rápida corriente, nuestra primera ocupación fué la de echarnos de bruces y hartarnos de beber, consintiendo que los trotones hicieran lo propio.

Volvimos á montar, y á la luz de la luna continuamos la marcha hasta descubrir enfrente el resplandor de una hoguera. Hállabase en el camino de las caravanas, que no se separan gran cosa del río, y, por lo tanto, del mismo modo podía ser un alto de comerciantes, como no era difícil que resultasen bandidos. Otra vez desmontamos, y dejando atadas las caballerías á uno de los muchos árboles que allí crecen, pusimos mano á las armas, y, poco á poco, fuimos aproximándonos á la misteriosa lumbre.

Hasta que al llegar ya cerca vimos, con gran envidia, á ocho infieles sentados á la redonda frente á la fogata, sobre la cual, y dentro de un gran caldero, se amontonaban muchos tasajos de carne á punto de estar en sazón. Nuestro primer movimiento fué el de presentarnos á tomar parte en aquel para nosotros inopinado festín; pero las muchas armas que guarneceían

los cinturones de los allí reunidos, y sus enérgicas y crueles fisonomías, nos incitaron á buscar en la estratagema el modo mejor de saciar el apetito, pues la renuncia de aquella sabrosa comida ni siquiera fué soñada por nosotros. Hicimos pies atrás con el mismo cuidado, y una vez algo distantes, nos concertamos del modo que veréis, para cumplir nuestro deseo, ó mejor dicho, la necesidad que sentíamos.

Calculando que las monturas de los presuntos bandidos no habían de estar muy lejos, subimos lo primero en nuestros caballos, y de seguida avanzamos hasta dar con los suyos, á los que cortamos las riendas atadas á unos árboles. Hecho esto, y sin perder un minuto, acometí enérgicamente á los ocho corceles, que libres y espantados, y yo en el mío detrás, partimos con gran furia hacia la hoguera, pasando todos sobre los salteadores desprevenidos como una visión del Apocalipsis, derribando á unos, y excitando primero la sorpresa y luego la cólera de los que aspiraban á comerse tranquilamente lo que al fin no fué para ellos.

Repuestos de su asombro echaron á correr en mi busca para recuperar sus caballos y castigar mi osadía, y mientras tanto acercóse

tranquilamente el buen Tristán, cogió el caldero, cargando con él y su sabroso contenido en el trotón, y en vez de continuar tras de mí echó á galope por el camino opuesto hasta esperarme como á media hora de distancia, junto á la corriente. Por mi parte, según convinimos de antemano, abandoné al poco tiempo las seis caballerías escapadas, y dando un largo rodeo por el desierto, fuí á parar otra vez á orillas del río, donde encontré á mi acompañante después de algunos ensayos y voces; así fué que, mientras los burlados árabes corrían en pos de sus cabalgaduras, gustamos los dos con todo despacio y chacota del sabroso alimento que tan á las manos se nos vino.

Acabada la pitanza, tendimos nuestros cansados cuerpos sobre la abundante y verde alfombra que tapiza la orilla del Éufrates, y la débil luz de las estrellas alumbró el sueño más descansado y tranquilo que puede imaginarse.

Levantámonos con el día, y siguiendo la marcha, nos encontramos al fin de aquella jornada primero con una especie de barrera natural de mármol blanco que, alta de unos cien codos, se extiende á lo largo muchas leguas por el desierto; después con una hendidura por donde corren confundidos betún y asfalto líquidos, con un olor de todos los demonios, descubrien-

do al salir de aquel infierno el pueblo de Hit, primera etapa de nuestro viaje, colocado sobre una roca cortada á pico.

Penetramos en la población tan pronto como nos lo permitieron las tropas persas encargadas de su custodia, y presto supimos que el ejército salido de Bagdagh aun no había llegado, si bien no le faltaría mucho. En efecto, no terminó su carrera el día siguiente sin que fueran descubiertas las avanzadas, entrando á poco la parte más escogida con los jefes, pues lo restante, que subía nada menos que á 50.000 hombres, acampó en las cercanías por no hallar acomodo tanta gente en el pueblo.

Esperé aún otro día para presentarme al General, llevando á mano la carta en que mi Señora le daba cuenta de quién era yo y cuáles fueron mis servicios prestados, y tan buena acogida me dispensó mi nuevo jefe, que acto continuo puso un escuadrón á mi mando, gracias, según yo creo, á las alabanzas que me tributaba el pergamino. Sin cosa digna de mención salimos dos días después de Hit, formando á orillas del Éufrates una larguísima columna que suspendía la quietud del desierto con sus cantos y algazara.

En las cercanías de las poblaciones veíanse norias gigantescas, destinadas á sacar el agua

del río y verterla sobre los jardines y huertos próximos. Se componen tales artefactos de una enorme rueda de madera entre dos montantes de mampostería, que se levantan, el uno en la orilla, y el otro en la misma corriente. Sobre la rueda se ven colocados en círculo centenares de cangilones de barro, separados unos de otros por pequeñas paletas de madera, las cuales, empujadas por la corriente, hacen mover con gran velocidad la rueda entera, vertiéndose el agua recogida por los cangilones en grandes depósitos que comunican directamente con los canales de riego.

Á las tres jornadas de camino, después de pasar por Bagdadié y Hadicé, atravesamos el encantador oasis de Anah, y cinco días más tarde llegábamos á Megaddín ó Mayadín, pues íbamos todo lo aprisa que tanta impedimenta permitía. Un día nos detuvimos en la ruinosa fortaleza construída por los Romanos, y que aun se alza gigante y altiva sobre un peñasco cortado á pico á la orilla derecha del Éufrates. Vastísimo horizonte se descubre desde la altura, sobre los desiertos de la Mesopotamia, al otro lado del río, famosos por estar surcados de antiguos y cegados canales, mientras que del lado de acá son las tierras siriacas las que se extienden á pérdida de vista. Descúbrense

también todo alrededor ruinas numerosas de una antigua ciudad, y en la ribera opuesta los restos de la vetusta y renombrada Circesium.

Seguimos luego nuestra rápida marcha, pernoctando en miserables aldeas, cuyos nombres ni aun recuerdo, ó á campo raso y encontrando mucha dificultad en hallar provisiones bastantes para tanta gente; y gracias que no éramos ninguno del ejército de difícil contentamiento, pues en algunas circunstancias, á más de la leche agria y de ajos y cebollas, que forman la habitual comida de los de aquel país, mandaron matar á los más cansados é inservibles caballos y camellos de la expedición, y nos repartimos sus trozos casi crudos.

De esta manera, al cabo de unas dos semanas de abandonar á Megaddín llegamos á Meskené, donde nos esperaban gravísimas nuevas que torcieron nuestra ruta. Pocos días antes, los mamelucos ó baharitas de Egipto habían entrado á sangre y fuego en la gran fortaleza de Alepo, de donde distábamos solamente dos jornadas, y este terrible asalto en contra de un pueblo que, si no enteramente sometido al yugo persa, hacía bastantes años era feudatario de su gran Khan, exigía grave meditación y consulta entre nuestros jefes antes de seguir adelante, pues emprender la guerra contra

Iconio sin penetrar en Alepo ahora que se hablaba en poder de los sarracenos, produciría malísima impresión, pudiendo ser atribuído á cobardía de los persas por sus contrarios los emires turcos.

Reunióse el consejo de capitanes y quedó convenido el cambio de ruta, tan prontamente realizado, que al tercer día de nuestra llegada á Meskené ya estábamos en marcha, apartándonos del Éufrates hacia la izquierda, en dirección de Alepo. Pasamos por las aldeas de Djefré, Sifré y Wivab, y seguimos por largo espacio las orillas de un lago salobre, llamado Es-Sabokha, sorprendiéndome sobremanera el aspecto rarísimo de las casas que encontramos, y donde hacíamos noche, más parecidas á moradas de castores que á viviendas humanas, pues se componen todas ellas de varias cúpulas unidas entre sí por una pared de adobes y á cinco ó seis codos del suelo.





CAPITULO XVII

De la provechosa empresa llevada á feliz término por Babilón en favor del ejército de Baidú, y de la ingratitud con que le pagaron.

Llegamos hacia la mitad del quinto día á distinguir, como á una hora de distancia, la imponente y gran ciudad de Alepo, rodeada de verjeles y jardines, deteniéndonos en un extenso bosque de nogales y olivos para concertar el mejor medio de ataque.

Era preciso, lo primero, saber el número de los enemigos, situación de la ciudadela y demás pormenores, antes de pensar en el asalto; pues si bien llevábamos cuerdas, garfios y otros utensilios manuales para el ataque de las pequeñas fortalezas situadas en la sultanía de Iconio, carecíamos de las grandes máquinas que sirven para aproximarse á los muros enemigos, y aun dominarlos, haciendo más fácil su rendición, así como las dispuestas para echar

abajo grandes trozos de muralla, ó arrojar dentro pesados proyectiles de piedra ó teas y objetos inflamados, por la razón de no ser posible acometer tan largo viaje conduciendo la madera y materiales propios á levantar los tales artificios.

Después de establecerse el campamento comenzó nuestro General por echar un pregón ofreciendo grandes recompensas al que se brindase á penetrar disfrazado en la ciudad enemiga, enterándose de todo lo que pudiera y volviese á darle cuenta de sus averiguaciones. La comisión era difícil, y, sobre todo, nada airoso el papel de espía, que al fin y al cabo éste solo nombre merece tal oficio; y por tal causa ni yo ni mi escudero pretendimos, ni por pienso, acometer la empresa; mas como los albornoces y turbantes que aun llevábamos hacían presumible mayor facilidad para la entrada en Alepo; ante el silencio general que siguió al pregón, y puesto nuestro jefe en el caso de acudir á la fuerza, ya que de grado nadie se prestaba, toparon sus ojos con nuestras personas, y el traje, más que otra cosa, aunque quizás también la confianza que nos otorgara, le decidieron sin más discurso á encargarnos de tan ruin investigación.

Llamóme aparte, encomendándome el asunto

en tono de mando y sin admitir réplica; contestéle, sin embargo, que, como caballero de solar conocido, no me era dable aceptar aquella comisión; mas como insistiese el General, cada vez más fosco é irritado, acabé por perder la paciencia y concluí diciéndole que no era miedo, ni asomo de él, el fundamento de mi negativa, y para probárselo desde aquel instante le empeñaba mi palabra de honor de hacerle penetrar en la plaza, mas no ejecutando faena de jayán mal nacido, sino con procederes hidalgos, acudiendo, no obstante, á los recursos y estratagemas permitidos por la ley de caballería. Después de algunas vacilaciones llegó á comprender y estimar mis escrúpulos y admitir mis ofrecimientos, de modo que me vi, sin pensarlo, tomando parte en la dirección del formidable ejército, en tan lejana y desconocida tierra, y durante tan delicado y apurado trance.

Subimos unos cuantos capitanes con el General á la más alta eminencia que en media hora encontramos, y desde allí reconocimos, en cuanto lo permitía la vista, el estado y posición de la fortaleza que se trataba de atacar. Hallábase ésta, como ocurre frecuentemente por aquellos países, en el centro de la población, sobre la más alta de las cuatro colinas donde

Alepó se asienta, elevada como unos cien codos del suelo y completamente revestida de piedras, á fin de dificultar el asalto. Una formidable torre cuadrada une á la ciudad con el castillo por medio de estrecha escalera, cortada á intervalos por numerosos puentes levadizos, y encima se descubrían otras torres, patios almenados, caminos de ronda, poternas bien guarnecidas y una infinidad de defensas que convierten su amurallado recinto en fortaleza, ya que no inexpugnable, muy costosa de vencer. Añádase á esto la dificultad primera del sitio y asalto de la población, también fuertemente amurallada, y comprenderéis en qué grave aprieto me habían puesto las exigencias de mi amor propio, tanto más, cuanto que ignoraba el número de los contrarios, y no me era desconocida la fama de arrojados y feroces que han tenido y tienen los mamelucos de Egipto.

Comprendía, de una parte, lo arriesgado de la empresa, y de otra el ineludible compromiso que representaba mi palabra de honor, y como por nada del mundo hubiera faltado á ella, retiréme á pensar en el medio mejor de salir del paso con honra y ventaja para todos.

Resultado: como una hora después, pedí al General que me concediese audiencia á

solas, y una vez ambos retirados en su lujosa tienda de campaña, comencé por exponerle la situación con toda franqueza y exactitud.

Procurar el asalto y toma de Alepo era declarar la guerra al Soldán de Egipto, empresa árdua y de consecuencias graves, y que no formaba el objetivo del ejército persa al emprender su expedición, sino el de someter el territorio de Iconio, situado mucho más al Norte, y á su conquista habría que renunciar teniendo por enemigos á los mamelucos. El asalto, pues, de Alepo, sobrado dificultoso y sangriento, una vez realizado, complicaba más la situación en vez de resolverla, pues su consecuencia inmediata habría de ser la lucha con una nación poderosísima, contrariando los propósitos de nuestro Señor el gran Khan de Persia, que contra Iconio, y no contra Egipto, nos había enviado.

Tampoco nos era ya lícito ni oportuno retroceder, acto de cobardía que pudiera influir en el resultado de la futura campaña contra Iconio; por todo lo cual mi opinión era la siguiente: mandar parlamento á la próxima fortaleza, y una vez concedido, según invariable costumbre, habría de enviárame con el noble y alto cargo de embajador ante el jefe mameluco para decirle que, pues nuestra expedición iba

contra los de Iconio, y sólo pasábamos por Alepo á fin de racionarnos y descansar dos ó tres días, era nuestro deseo, de paz y concordia, que sólo por ese tiempo se nos permitiera acampar dentro de la población, sin aproximarnos á la ciudadela, y luego de cumplirse tan corto plazo saldrían de Alepo todas nuestras tropas, quedando los persas obligados y dispuestos á la recíproca. Y si me preguntase por las garantías que le dábamos de lo ofrecido, hábale de responder con juramento y palabra de honor; mas como quizá no le bastase, por ser ellos gente infiel y suspicaz, ofreceríale quedarme yo y los que me acompañaran en rehenes de nuestro compromiso.

De esta manera, ni podrían negar los del Norte que en Alepo habíamos entrado, ni costaría una gota de sangre nuestra empresa, ni tampoco nos acarreábamos nuevos y formidables enemigos, pudiendo continuar la marcha sin más dilación y cumplir las órdenes de Baidú, procurando la conquista de los emires que causaron la muerte de Gaiat-eddin.

De perlas le parecieron al jefe mis razones, y no queriendo dilatar por más tiempo su ejecución, encomendóme la embajada, en la cual me acompañaron Tristán y tres capitanes. Iza-

mos bandera de parlamento, y al són de trompetas y atambores echamos para adelante, llegando á las puertas de la población, cuando ya, por el ruido que nos seguía, hallábanse poblados los torreones y baluartes de gran muchedumbre guerrera.

Miré arriba, y en lengua árabe grité: “¡Embajada!”, tremolando al mismo tiempo la enseña de paz, y luego de tres veces repetida la palabra, esperé un rato respuesta, hasta que á la media hora, y después de bien enterados los baharitas de que éramos muy pocos en número para sorprenderlos, entreabrióse un postigo, y pasamos los cinco hidalgos, quedándose fuera nuestro acompañamiento.

Alepo es una gran ciudad, más limpia que la mayoría de las de Oriente; tiene sus calles empedradas con grandes losas, y sus enormes viviendas, contra la costumbre islamita, poseen muchas ventanas y elegantes pabellones, que adelantan sus delicados mucharabiés sobre la vía pública.

Llegados al centro y enfrente de la gran torre que da entrada á la fortaleza seguidos de gran muchedumbre chillando y gritando, franqueóse la poterna, que carece de puente levadizo, sólo para que pasásemos los cinco y los mamelucos que nos guiaban, y allí ya, hi-

ciéronnos vendar los ojos, costumbre admitida para evitar reseñas indiscretas.

Aunque nada veíamos, notamos después que nos conducían por varias escaleras y puentes levadizos, hasta llegar, á fuerza de vueltas y revueltas, al término de la caminata. Paráronse allí nuestros guías, y nosotros con ellos, y descubiertos los ojos, nos hallamos en una grandísima habitación, viendo enfrente, reclinado sobre ricos y bordados cojines, á un musulmán que, por su altura y corpulencia, semejaba un gigante.

El suntuoso traje, al estilo de noble muslime, su blanco turbante, y los valiosos cuchillos, dagas y yataganes colgando de la riquísima cintura, mostraban al vivo su calidad y empleo.

Su semblante, ceñudo y de astuta expresión, no era para inspirar confianza; mas, sin preocuparme demasiado, hice á la moda turca tres reverentes saludos y le dirigí en árabe una breve y reposada plática. Expúsele lo primero que el ejército persa, del cual era yo Embajador, á pesar de congregarse á las puertas de Alepo, no venía en són de guerra, sino llevado por la necesidad de hallar vituallas y descanso en aquella etapa de su largo viaje, dirigido á conquistar países situados más allá de la pequeña Armenia.

Añadí que traía la misión de proponerle el paso de nuestras tropas por la ciudad y el descanso en ella durante dos días, sin tocar á la fortaleza, estando dispuesto, como enviado y representante con plenas facultades, á empeñar solemne palabra de honor de que no se cometería por los persas ningún desmán durante el par de jornadas en que fuéramos sus alojados. Al mismo tiempo, como garantía y en rehenes, allí quedaríamos en su poder cuatro de los presentes hasta que el último de nuestros soldados hubiera salido de la población, y no todos los cinco, porque el quinto debía volver á transmitir su respuesta.

Aquí me detuve, sin llegar al capítulo de las intimidaciones, porque es regla de prudencia y buena política dejar para último extremo los argumentos contundentes ó que pueden atraer la discordia, y bien vino la reserva, pues no fué necesario emplear tales armas. El gran mameluco, como hombre astuto y ladino, antes de dar una respuesta categórica, comenzó por preguntarme con aparente indiferencia acerca del número de guerreros que componían el ejército, de sus máquinas de asalto, del fin de tan larga y penosa expedición, y otros muchos pormenores; preguntas á que respondí cumplidamente, exagerando bastante nuestras fuer-

zas, con lo que bien pronto noté en el musulmán la preocupación que mis palabras le produjeron.

Acabó por decirme cuán necesario era reflexionar antes de darme contestación decisiva, y que allí mismo le esperásemos, pues no había de tardar mucho, levantándose acto continuo y desapareciendo tras de una puerta. Mientras retornaba, y para hacer más paciente nuestra espera, vinieron servidores con café, dulces y frutas, que en riquísimas copas y platos de oro macizo nos ofrecieron, teniendo yo precisión de dar ejemplo de confianza probando de todo, para vencer las sospechas de mis compañeros, que, como buenos orientales, pensaban ver en aquellos obsequios un medio elegido para deshacerse de nosotros, hasta convencerles por mi decisión de que nunca fuera más inoportuna y contraproducente semejante felonía.

— Pasaron como unas tres horas, y cuando ya la tardanza del jefe mameluco me iba pareciendo exagerada, asomó de pronto por la puerta, y reclinándose otra vez en sus cojines reposadamente, con las más corteses razones, vino á decirnos en substancia que, como á súbditos del gran Khan de Persia, alto y poderoso señor, muy querido y alabado del gran Soldán

de Egipto Naser Mohamed, había de concedernos lo que en su mano estuviese y no pudiera atribuirse á debilidad ó cobardía. Que solicitar la entrada de todo el ejército persa en la población era demandar lo imposible; mas para transigir con nuestra voluntad accedería al ingreso de mil hombres con sus jefes, ordenando también á los habitantes de Alepo que entregasen al ejército persa vituallas para continuar éste su largo viaje.

Acabó dando á entender que se negaba en absoluto á permitirnos mayores concesiones; y no queriendo yo hacerme responsable de la resolución sin conferenciar antes con mi General, así se lo dije, y dispuse la vuelta al campamento; mas no lo permitió el taimado mameluco, diciendo que éramos ya sus huéspedes, y, conforme á mis ofertas, sólo uno debería marchar, quedándose los otros hasta el término de lo acordado.

Como de nada servía protestar ni encolerizarse, tomé el partido de elegir á uno de los capitanes persas que me acompañaban, para que fuese á dar la contestación definitiva del egipcio y luego volviera con la del General.

Quedamos, pues, cuatro detenidos en rehenes, no de un convenio realizado, sino de un proyecto de acuerdo, lo que no era muy legal

ni muy caballeroso; pero la fuerza, en los países orientales, es el mejor derecho, ó acaso la única ley.

Desapareció otra vez de nuestra vista el valí de Alepo, y esperando pacientemente nosotros cuatro el resultado final de la aventura, nos tuvieron bien mantenidos y cortésmente tratados, á pesar de la vigilancia que en guardarnos ponían.

Supimos después que, aceptado el convenio, entraron mil hombres en la población con los jefes principales, y que todo el ejército halló abundantes víveres; mas, con gran sorpresa mía, recibí estas nuevas por gentes de condición villana, sin que volviese el mameluco á buscarme, ni aun á presentarse á mi vista, ni menos á ocupárase en nada que correspondiera á mi reconocida calidad de Embajador.

Tres días estuvimos presos, y la cuarta mañana, al salir de nuestro dormitorio vimos todas las cancelas abiertas, lo que aprovechamos incontinenti, apareciendo en las inmediatas habitaciones. Allí estaban algunos guardianes que, después de decirnos estas solas palabras: estáis libres, nos vendaron los ojos, y, como á la llegada, hiciéronnos recorrer pasadizos, puentes y poternas.

Pero entonces nuestra libertad resultó de-

masiado completa, pues retiráronse los que nos acompañaban, y cerrándose tras ellos el macizo portón, nos vimos en medio de la ciudad, sin guía alguno que nos indicase la mejor ruta, entre tal laberinto de estrechas callejuelas, para llegar pronto al campamento del ejército persano.

Como Alepo tiene diez puertas de entrada, convinimos en seguir siempre la misma dirección hasta dar con una de tantas salidas, y eligiendo al acaso la primera calle, después de muchas vueltas y revueltas llegamos á una poterna sobre la que están ardiendo continuamente varias lámparas, en memoria de haber vivido por aquel sitio el profeta Eliseo.

Permitiéronnos los guardias turcos la salida, y, ya fuera, descubrimos dilatado horizonte todo desierto; y cuenta, que tan formidable ejército como era el persa no podía ocultarse fácilmente en rasa campaña.

Por no tornar puertas adentro emprendimos la vuelta de los muros, buscando la dirección de la hueste, al parecer encantada, mas por ninguna parte descubríamos el rastro que necesariamente dejan cincuenta mil hombres, hasta llegar á la misma poterna por donde penetré como embajador, pues desde allí vimos, ya tan lejanos que apenas se distinguían, los

últimos escuadrones de los persas, huyendo con sin igual ingratitud, sin esperar ni aun unas cuantas horas á que con ellos nos reuniéramos.

Sólo se explica por la fuerza de la ambición este cruel abandono, teniendo presente que al interés egoísta del General convenía mi ausencia y la de los testigos de mis negociaciones, tan felizmente llevadas á cabo, para no compartir con nosotros los méritos que resultaran de lo acaecido en Alepo.

Con tales designios, á trueque de satisfacer tan injustamente su vanagloria, nos abandonaba entre los peligros de aquel infiel país; mas poco podía significar á los ojos de un malvado la vida de cuatro hombres, aunque les debiera gratitud, si alcanzaba en cambio grandes alabanzas y recompensas que aumentasen su nombre y poderío.





CAPITULO XVIII

En que termina el audaz viajero la relación
de sus arriesgadas aventuras.

Era preciso conformarse con la triste realidad y escoger el mejor remedio á nuestra crítica situación; tanto más, cuanto que el curso del día adelantaba rápidamente y nos hallábamos á pie y sin saber adónde dirigirnos.

Comprar sin perder un momento cuatro corceles y echar á escape para reunirnos á la hueste, como propusieron los dos capitanes persas, nos lo vedaba la dignidad, ya que ir en busca de tan ingratos compañeros pareciera falta de amor propio y sobra de despreocupación; pero además podíamos hallar fácilmente la muerte donde pensábamos encontrar refugio; que cosas más extrañas se han visto, y más en tierra infiel, cuando alguno estorba; y como, por otra parte, volver á penetrar en Alepo era meternos en la cueva del lobo, ya

que habíamos salido de allí sin detrimento alguno, creía lo mejor seguir á pie hasta encontrar algún pueblo donde halláramos descanso libres de mamelucos crueles y de persas traidores.

Luego, como Alepo dista sólo unas cuatro jornadas del mar interior ó Mediterráneo, siguiendo la dirección del Poniente habríamos de dar por este derrotero con la ciudad y puerto de Alejandría ad Issum, llamada así para distinguirla de las otras Alejandrías del Oriente, y allí, más pronto ó más tarde, hallaríamos un barco que á Constantinopla nos condujera.

Haciendo, pues, de la necesidad virtud, nos dirigimos los cuatro hacia donde el sol se oculta, y, como era de suponer, nos sorprendió la noche en medio del campo; mas, como habíamos salido de la ciudad bien repletos, aunque por entonces no hubo cena cogimos pronto el sueño después de tendernos al pie de una colina. Apenas asomó la aurora volvimos á emprender la marcha en dirección á un altísimo monte que se distinguía á lo lejos con la cumbre llena de nieve, y como al anochecer, llegamos á unas miserables cabañas, sirviéndonos de refugio.

Dimos á la siguiente jornada en una pobre

aldea que llaman Djendaris, donde comimos de lo poco y malo que allí había, siendo lo único excelente el agua, como desde Armenia no la hallamos mejor; en cuanto á cabalgaduras, no quisimos arrebatrar las que junto al pueblo pastaban; y respecto á su compra, ninguno de aquellos míseros habitantes quiso vendérnoslas, quizás porque en esta época de guerras y desastres las necesitaban más que el dinero para poder librar la vida en los frecuentes casos de invasión.

Después de dormir en uno de los pajares del pueblo, cual si fuéramos mendigos, continuamos el viaje cuando amaneció, yendo á parar al pie de la sierra, en cuyo opuesto lado encontrábase el mar. Emprendimos la subida de la montaña, pernoctando, entre grandes precipicios, en una choza de pastores rodeada de árboles frondosos y viñas salvajes; y cuando al día siguiente acabamos la penosa ascensión, descubrimos desde la altura un inmenso y espléndido horizonte. De una parte la vista se dilataba por todo el fértil valle de la antigua y célebre ciudad de Antioquía, regado por dos importantes ríos, el Afrín y el Kara-su, los cuales, al reunirse, forman el lago inmenso llamado Ak-deniz ó mar Blanco. En dirección opuesta, á menos de cinco horas de camino,

vefáanse las azuladas aguas del golfo de Alejandría ad Issum, es decir, el término de nuestro larguísimo y azaroso viaje por el continente asiático.

Dos horas tan sólo nos costó la bajada del Elma Dagħ, que así se llama aquel monte, y al penetrar la misma tarde en Alejandría ad Issum, la ciudad cercana, cuyo puerto es uno de los más renombrados por aquella parte del Asia, experimenté la extraña sensación de dos contrarios ímpetus: el de una existencia próxima á concluir, y el de otra nueva que va á empezar; y, realmente, así era lo cierto, pues me hallaba decidido, desde la vuelta de Kerbela, á cambiar de vida, llevándome á esta resolución tanto recuerdo de sangrientas acciones y ambiciosos sentimientos, lo que hacía necesario pensar mucho en la salvación de mi alma, gravemente comprometida.

En Alejandría, ciudad gobernada por un valí mahometano, necesario nos fué esperar hasta que se presentó la ocasión de embarque en un buque de comercio con destino á Constantinopla, aunque debía hacer antes escala, primero en Mersina ó Messina, puerto situado en el próximo territorio de la antigua Cilicia y á la sazón perteneciente á la pequeña Armenia, y luego en la formidable isla de Chipre y su ciu-

dad de Limisso, residencia actual de los caballeros Hospitalarios y del Temple desde que hace cuatro años perdieron los últimos castillos y pueblos que poseían en Siria.

Llegó por fin el día y la hora de decir adiós para siempre á la tierra asiática, la que, en verdad, más bien me había favorecido que negado su ayuda, y como pacíficos viajeros tomamos pasaje en el bajel con dirección á Mersina, adonde no tardamos en llegar, desembarcando allí los dos capitanes persas, cuyo propósito era el de reunirse con su ejército para emprender la nueva campaña contra Iconio.

Marcháronse, y no sé, ni creo he de saber nunca, la acogida que les dispensó su General, aunque presumo no fuera como merecían sus servicios y constancia, y mi sospecha se funda en la misma razón que me hizo precavido á la salida de Alepo.

Cambió luego su rumbo el buque en dirección á Chipre, tocando sin novedad en Limisso, donde por vez primera pude contemplar los gloriosos restos de las heroicas y cristianas huestes de los cruzados, y siguiendo la navegación pasamos cerca de la famosa isla de Rodas, pudiéndose ver en lontananza el lugar donde dicen estuvo el renombrado coloso, que, á pesar de su grandeza, se deshizo como cualquier pigmeo.

El tiempo y el estado del mar durante la navegación no pudieron ser mejores; pero la zozobra fué mucha, á causa de las naves del Soldán de Egipto, que cruzaban con frecuencia por aquellas costas en busca de presas cristianas. Para contrarrestar sus tropelías, los caballeros del Temple y los Hospitalarios armaron los bajeles que de Siria les habían conducido á Chipre, y recorrían el Mediterráneo en ayuda de los peregrinos que, á pesar de la pérdida de Jerusalén, no dejaban de visitar los Santos Lugares, pagando á los sarracenos el tributo exigido á la entrada de la ciudad; pero el gran poder de los baharitas hacía muchas veces inútil esta defensa de los pacíficos navegantes, pues no eran sólo buques aislados, sino escuadras enteras las que salían de los puertos egipcios en contra de las naves cristianas.

Muchas veces veíamos cruzar barcos sospechosos como en acecho de ricas presas; pero siempre conseguimos salir libres de tales asechanzas, bien fuese por la llegada repentina de bajeles cristianos, bien porque no nos consideraran suficiente recompensa ante los peligros del abordaje, ó por otras causas desconocidas.

Nos detuvimos luego en la rica y fuerte ciudad de Esmirna, y cruzando más tarde por el

estrecho paso de los Dardanelos, entramos en el mar de Mármara, y desde allí distinguimos ya la gran metrópoli de Constantinopla, á la que volvía por el opuesto lado de donde salí, después de diez años y medio de ausencia.

Parecíame, al tocar tierra, verme ya en mi casa, siendo larguísimo el viaje que faltaba para conseguir tan halagüeña realidad; mas así es el hombre, pues se le figura alcanzar la meta siempre que ha triunfado de algún obstáculo, aun cuando todavía le queden otros, y aun mayores, que vencer.

Elegí por alojamiento la misma posada de donde salimos para el Asia, y cuando me vi instalado, poco faltó para que la fuerza de los recuerdos y el bienestar presente nos hicieran quedarnos allí, por lo menos lo que los dineros durasen. Pero, á Dios gracias, pude sobreponerme muy pronto al instinto de la molicie, venciendo en mi voluntad otro sentimiento más recto y puro, que me exigía volver á la patria, ya que la edad era á propósito para pensar en despedirse de los deudos antes de acometer el supremo viaje, grande la necesidad de buscar el natural asiento de mi tumba y ferviente la fe religiosa para hacerme visible mi verdadero y único interés, que en salvar el alma ha de cifrarse.

Resuelta la partida, busqué la mejor ocasión de verificarla; y como el viaje por tierra parecíame sobrado largo y azaroso, pues la estu-penda caminata que traía sobre mí quitábame las ganas de emprender otra semejante, decidí esperar un barco que me condujera en derechura á uno de los puertos de España. Difícil era tan favorable hallazgo, mas como la paciencia suele ser buen auxiliar de nuestros intentos, transcurridos unos meses me avisaron que un bajel, ante el pronóstico de muchas ganancias, disponíase á llevar á los catalanes puertos mercaderías procedentes de las comarcas bizantinas.

Tan pronto como llegó á mis oídos la favorable noticia, me avisté con el patrón del buque, quedando al fin de acuerdo sobre el precio y condiciones del pasaje para nosotros dos; y una vez todo en orden, nos dimos á la vela, abandonando para siempre las tierras de Andrónico II, muy ocupado ahora en dificultar cuanto puede la reunión de los cismáticos á la verdadera fe, lo que no abona mucho su bondad ni su inteligencia.

Volvimos, en cuanto dejamos de ver las costas bizantinas, á encontrarnos en riesgo de tropezar con los piratas que infestan aquellos mares, y que como gran favor conceden la

esclavitud á cambio de la vida, no llegando más lejos su generosidad. Pero mi buena estrella siguió iluminando el derrotero que llevaba, aunque mejor debiera decir ocultando mi presencia á los enemigos; pudimos vernos libres de ellos gracias también quizás á la magnitud y armamento de la nave que me conducía, pues no le faltaba para defensa y aun para el ataque un arsenal completo de armas, garfios y utensilios á propósito, y, sobre todo, alcanzaba, su velamen y armazón, grandes medios de celeridad y resistencia.

Después de abandonar las aguas imperiales pasamos por las del Epiro y de Albania, hasta dar en el estrecho llamado del Archipiélago, por las muchas islas de que está sembrado, y, sin parar en ninguna de ellas, fuimos á detenernos en la famosísima de Creta, tan celebrada en la antigüedad por su portentoso laberinto de Dédalo, y sujeta hoy al poder de los venecianos desde principios de este siglo.

Aprovisionado el buque en Candía, que de ambos modos se llama aquella tierra, continuamos nuestro derrotero, y grande fué mi contentamiento, cuando descubrimos la isla de Malta, al ver flotar el pabellón aragonés en sus costas; pues al fin y al cabo, aunque muchas veces enemigo nuestro, Aragón es Es-

paña, y como tal, un pedazo de nuestro suelo.

Malta no es más que un montón de peñascos, y en toda su extensión hay muy pocos pies de terreno laborable, y éste de mala calidad; tanto, que para formar sus jardines van los habitantes en busca de tierra á la inmediata isla de Sicilia, la mayor de todo el mar Mediterráneo, y hoy en poder de los aragoneses también y bajo el gobierno de Don Fadrique, hermano de Jaime II.

Pasamos luego con gran cuidado y precaución frente á la costa africana de Túnez, temiendo á cada momento que nos descubrieran sus bajeles piratas, y luego de remontarnos hacia el Norte fuimos á tocar en otra gran isla, la de Cerdeña, colocada bajo el poderío de los pisanos.

Las últimas islas que vimos al paso antes de tomar tierra en el antiguo Condado de Barcelona, hoy Aragón, fueron las que componen el reino de Mallorca, de todos vosotros conocido, cuyo Soberano, Jaime II, es hijo de Jaime I de Aragón, aunque ahora ocupa dichas islas el Monarca aragonés. Desde allí menos de un día tardamos en divisar las costas españolas, ante las cuales hízome la emoción derramar lágrimas, que no pretendí ocultar siquiera, pues no las producían el miedo ni la pesadum-

bre, sino el amor de la patria, jamás borrado en los pechos hidalgos y generosos.

Desembarcamos en el grandioso puerto de Barcelona, y al pisar tierra la besé, hincando la rodilla; tan grande fué mi contento.

Esto acaecía el pasado mes, por lo que no necesito decirs cuán corta fué mi estancia en la condal ciudad, donde todo era regocijo y fiestas por las próximas bodas de Jaime II con Doña Blanca, hija del Rey de Nápoles, Carlos I, que creo han de celebrarse en Octubre. Preferí, sin embargo, no detenerme mucho, ansiando llegar á la noble tierra castellana y al solar de mi apellido y familia; y apenas puse en orden algunos detalles tocantes á la mayor seguridad de los intereses que allí han quedado á mi disposición, mediante el nuevo y socorrido sistema de las llamadas letras de cambio, cuyo mecanismo no es del caso explicar, aproveché la circunstancia de moverse buen golpe de soldados camino de Zaragoza, para seguirlos, aunque no incorporado con ellos, sino de lejos, pues así cumplía á la vez con dos fines, cuales eran: el primero, no perderme en mi ruta; y el segundo, no acompañar á los que según veo no andan muy á buenas con mi natural Rey y señor, el soberano de Castilla.

Híceme, pues, con dos regulares trotones,

emprendimos vía adelante, y, en resumen, llegamos á Zaragoza, y sin apenas detenernos seguimos los dos, esta vez solos, hacia la noble ciudad de Soria, cabeza de la antigua Extremadura, donde entramos á la tercera jornada.

De Soria nos encaminamos á esta capital, y por cierto que hacia media tarde ayer mismo topamos en medio de un monte con unos salteadores moros, según su facha y su traje, los que vinieron sobre nosotros con intentos *non sanctos* propios de su mala ralea; pero quedaron bien escarmentados, no los que quedaron, pues éstos ya no lo cuentan ni contarán aquí en la tierra, sino los que huyeron vencidos y maltrechos.

Llegué al término de mi larga relación, y veo con gusto que sin gran cansancio de vuestra parte, pues ya asoma el nuevo día por las junturas de las ventanas y ninguno de vosotros ha preferido el sueño á mi historia.

Fáltame sólo una observación que hacer, y se refiere á mi escrupulosa veracidad, bien á las claras demostrada, aunque no lo fiase mi palabra de caballero, con la verosimilitud de todo lo referido, pues de propio intento he cuidado de no incluir en mi relación esas aventuras maravillosas, fábulas y cuentos portentosos que la mayor parte de los viajeros añaden

al relato de sus expediciones y que admiran y entusiasman á los oyentes ignorantes ó necios, si bien sirven de mofa y burla á los entendidos y avisados. Yo os considero como pertenecientes á esta última clase, y lo prueba la seriedad de mi narración; ahora sólo me resta suplicar á los que, según veo por la vestimenta, marchan al sepulcro del glorioso Apóstol Santiago, que no dejen de acordarse de mí en sus oraciones, pues, como ya os he dicho, paréceme sobrado peso á mis años el de la sangre vertida y las desgracias causadas.



SEGUNDA PARTE

EN CASTILLA



CAPITULO XIX

En donde refiere D. Ruy circunstanciadamente su linaje y familia, amén de sus propósitos.

Calló Babilón, que así le llama la historia; pero uno de los peregrinos, si no el más curioso, el más osado, aprovechando la coyuntura para satisfacer el resto de curiosidad que tenía, apresuróse á contestarle del siguiente modo:

— Con mucho gusto hemos de cumplir la piadosa misión que nos encomendáis, en arribando al sepulcro del Santo Apóstol, pues á ello nos conducen tanto vuestra cortesía como vuestra nobleza; y puesto que la primera iguala á la segunda, ya que no pueda superarla, con muy poco más de lo que habéis tenido á bien contarnos dejaréis puesta en su último é infranqueable límite la fama de cortés que por unanimidad habéis merecido. Y eso poco que nuestra curiosidad espera de vuestra

benevolencia se refiere á dos cosas: la primera, que pues tenemos ya circunstanciada noticia de vuestros largos viajes y asombrosas hazañas, nos descubráis el apellido de vuestro linaje, que debe ser tan noble como vuestra arrojada hidalguía lo merece; y digo esto porque, si bien nos habéis dicho os llamáis Ruy González, esto sólo nos muestra que sois hijo de un Gonzalo, pero no el nombre de vuestro solar; la segunda petición es la siguiente: que nos digáis, si sois servido, cuál es el significado de esas extrañas cotas que vos y vuestro escudero lleváis, nunca vistas por estas tierras.

— De buen grado os responderé — contestó en seguida Babilón, — pues no hay motivo alguno que autorice el silencio á preguntas tan cortésmente entabladas. A la última, que por ser más sencilla ofrece contestación más pronta, diré que mi cota y la de mi escudero han sido forjadas á mi vuelta en Bizancio según mi capricho, ejecutadas con medallas usuales por Armenia, Siria y Babilonia. Mandé reunir las de oro para mí y las de plata para Tristán, en tal forma que nos sirviesen á la vez de defensa y de tesoro; y aunque así el peso supera un poco al de las restantes armaduras, no lo es tanto que no resulten superiores la

utilidad y el ingenio de su artificio. Están unidas las monedas unas á otras, como veis, por finos alambres parecidos á los engarces que eslabonan las comunes y bien templadas cotas, y ya varias veces he probado la resistencia y beneficios de su acertada combinación.

La primera demanda exige más largas explicaciones; aunque una vez concluída la noche y sacrificado el sueño, no son de considerar unos cuantos minutos más de plática, si en cambio dejo satisfecha en todo lo que cabe vuestra curiosidad. El apellido que á mi linaje corresponde es el de Valle, noble y antiguo como el que más por estas tierras castellanas. Su primitivo origen se remonta á los albores de la Reconquista, en tiempo del glorioso Rey Don Pelayo, y el fundador de mi nombre fué uno de sus primeros capitanes, llamado D. Fernán de Vallis, ó Fernando del Valle. Tuvo tan esforzado guerrero tres hijos, del mayor de los cuales desciendo por línea derecha, siendo el solar de mi casa la merindad de Trasmiera, cerca de Laredo, al opuesto lado de los vecinos montes de Burgos. Las armas de mis progenitores se componen de cabeza de moro goteando sangre sobre campo verde, y debajo de ella alfanje de plata con puño de oro, y los dos lemas que acompañan al escudo dicen: el

uno, "Por la cara que cayó, mi sangre se derramó,,"; y el otro, "El que más vale no vale tanto como vale Valle."

Es la verídica historia, origen de tales armas, la descomunal pelea que sostuvo y el extraordinario triunfo que alcanzó uno de mis antepasados, llamado Ruy del Valle de Saavedra, contra un moro jefe de los infieles en las montañas de Burgos, cuyo nombre era Yanaphe, por la cual victoria simboliza el escudo la cabeza del musulmán vencido ¹; mas, como por mi soberanía allá en Armenia nadie puede disputarme el derecho de añadir á las enseñas, figuras y divisas que nuestros Reyes concedieron á mis antepasados, otras de mi elección, he aquí la causa, según ya os manifesté á la mitad de mi historia, de ostentar el escudo que en el pecho llevo un águila real sobre fondo de plata, como indicando así á la vez la soberanía que el águila representa, y de que yo he gozado, y la extensión de mis expediciones, conforme las emprende también la reina de las aves.

No he de ocultaros que en estas montañas de Burgos, y en su valle llamado de Concha, tiene su asiento y solar otra rama de mi apellido con

¹ *Minutas de Zazo y Ortega*, tomo xxxvi, folio 371.

distinto escudo, si bien conservando el mismo orgulloso lema, y que también allá en territorio de la antigua Galicia, luego reino de León y hoy perteneciente al lusitano, en tierra llamada de Valdevez, á orillas del río Lima y en la parroquia de Nuestra Señora del Valle, existe, en el castillo llamado de Tora, sobre un peñasco, otro solar de mi familia, de origen anterior al reino de Portugal; y por cierto, el que guardaba aquella fortaleza á mi salida de España, D. Martín Sánchez, era gran amigo y pariente nuestro, por descender, como yo, de D. Suero del Valle, rico home en tiempo de Alfonso VI y famoso por sus proezas en Villa-Huerta, hoy Santa María de Huerta, y por haber dado justa muerte al Conde D. Men Suárez de Novelas ¹.

Aquel D. Martín Sánchez, á causa de llevar como sobrenombre el de Martín Espada, por sus heroicidades y victorias, ha hecho componer su escudo de armas con tres espadas, según se ve en su casa solariega allí existente ²; pero tal diversidad de emblemas entre las ramas de mi noble apellido nada pueden significar en desdoro suyo, sino, al contrario, representan la mul-

¹ Marqués de Montebeio, *Notas al Nobiliario del Conde de Barcelos*.

² *Ibidem* *ibid*.

tiplicidad de acciones gloriosas que autorizan el uso de distintas armas y cuarteles por familias originadas todas del mismo noble tronco.

Si vuestro deseo es conocer de quién soy inmediato descendiente, tampoco me interesa ocultaros que mi padre es D. Gonzalo Rodríguez de la Muya, llamado *el Viejo*, del coto de Palmaza, y que ahora vengo, después de tantos años de ausencia, en busca del castillo donde en Trasmiera debe morar mi buen hermano Fernán González, que es el segundo-génito, y Gil González, que es el tercero.

Apenas acabó de decir tales palabras Babilón, cuando su cabizbajo y tétrico vecino, el que, según indicamos en los comienzos de esta historia, demostró la mayor indiferencia á la entrada de nuestro protagonista, y que luego había seguido el interesante relato con poca atención, cambió repentinamente su actitud al oír el nombre del padre y hermanos de D. Ruy, y, volviéndose á éste con aire de gran sorpresa, le dijo las siguientes palabras, que á todos asombraron:

— Válganos Santa María, señor D. Ruy González, que paréceme sueño lo que veo y oigo esta noche; pues hallaros aquí en cuerpo y alma después de tantos años de haber llorado vuestra muerte, semeja á arte de encanta-

miento, á pesar de vuestra larga y concienzuda historia; y si no fuera porque vuestro semblante confirma vuestras palabras, por Santiago que antes de creer lo que habéis dicho tomaría mis medidas para no sufrir engaño.

Tal exabrupto sentó bastante mal á D. Ruy, pues levantóse de golpe y repuso con nada reprimida cólera:

—Tened la lengua, señor caballero, ó lo que seáis, pues ni á vos ni á nadie he de permitir que mi veracidad sea discutida ni puesta en tela de juicio: y acompañando la acción á las palabras, inclinóse un momento para tomar la tizona que en el suelo había por comodidad dejado; pero su interlocutor no le dió tiempo á proseguir en su enojo, abrazándole tiernamente y llamándole su amigo entrañable con grandes muestras de cariño.

Creció el asombro de todos, y aun más el de Babilón, al oirse llamar de tal manera por un desconocido. Irguióse otra vez, y mirando fijamente á quien con tal familiaridad le trataba, no pudo acertar á reconocerle, por más que lo pretendía, y así, entre asombrado y aun receloso:—Por mi fe—le dijo después de contemplarle un rato,—que no acierto á saber quién sois, y menos á confirmaros por tan amigo mío como pretendéis.

— ¡ Ah, mi buen D. Ruy! — contestóle el caballero — muy mucho me conocíais en vuestras mocedades como amigo y compañero de armas; yo soy D. Pero Estévez Danta, de tierra de Santa María, y con esto creo que basta para que reconozcáis la justicia y razón de mi alegre sorpresa, viéndoos aquí á mi lado por tan extraña suerte. Quedóse suspenso Don Ruy González al oír el nombre de su interlocutor; volvió á mirarle y remirarle con más cuidado, hasta que, reconociendo en un punto su olvido y su antigua amistad, le echó los brazos al cuello, respondiendo con gran efusión á sus afectuosas demostraciones.

Vino luego el capítulo de preguntas, cosa natural en quienes se hallaban separados hacía tanto tiempo; y como en tales confidencias nada tenían que ver los demás oyentes, y también avanzaba el día á toda prisa, fueron marchándose cada cual á sus asuntos, concluyendo por quedar solos Ruy González y Pero Estévez, amén del fidelísimo escudero Tristán.

La primera demanda que con gran ansiedad hizo D. Ruy, fué por el estado de su padre y hermanos; y no le faltaba razón en su desconfianza, porque la respuesta fué de lo más triste posible. Los tres habían muerto: su padre en tierra lusitana, donde se hallaba gober-

nando un feudo que le confió el Rey de Portugal, y sus dos hermanos en la guerra, peleando como buenos por su fe y por su patria. Murió Gil González soltero aún, mas el segundogénito Fernán González perdió la vida después de casado con Estebaína Martínez, única hija de Martín Espada, y de haber tenido un sucesor, en el cual se habían juntado para siempre las dos ramas de la casa de Valle, ó sean la lusitana y la castellana, en la persona de Pedro Fernández ó Pedro del Valle¹, que así se llamaba el hijo nacido el año 1264 en Trasmiera, viviendo ahora éste, de edad de treinta y un años y aún soltero.

Dobló la cabeza Ruy González, hondamente afligido por tan infaustas nuevas; permaneció un rato triste y meditabundo, y después, haciendo un esfuerzo tan grande como lo exigían su pena y su valor á la par, continuó hablando en esta forma:

—Mucho daño me han hecho vuestras revelaciones, mi bueno y antiguo compañero; que si bien eran de esperar desgracias de familia en el largo tiempo que falto de la patria, no las pude creer ni tantas ni tan sensibles á mi corazón. Según veo, sólo un sobrino me queda,

¹ *Nobiliario del Conde de Barcelos*, págs. 378 y 379.

llamado D. Pedro del Valle, y en su castillo de Trasmiera reside. Allá voy, con ayuda de Dios, antes de emprender el viaje á Santa María de Huerta, en cuyo convento he ofrecido depositar esta cota que llevo sobre mí, con las demás armas que me acompañan.

Volvió á callar D. Ruy, como absorto en nuevas meditaciones, y al cabo de unos minutos siguió diciendo con voz profundamente emocionada:

—Bien á las claras se manifiesta, en cuanto me sucede, la justicia y la bondad divinas, amigo D. Pedro, al permitir que me vea á mis años y en mi misma patria tan abandonado y triste, para castigo de mis culpas. Y digo esto por considerar menos dignos de lástima á los pecadores como yo, á quienes Dios castiga en este mundo con daños y pesares, que á los delincuentes, libres toda su vida de dolores y quebrantos. Me fundo, al pensar así, en la infinita misericordia de Nuestro Señor, que, para remisión de los pecados en aquellos cuyas almas están enfermas, pero no muertas, elige, como Padre amoroso, castigos terrenales, librándoles de las penas eternas, y sólo abandona á quienes desoyen voluntaria y continuamente los avisos del cielo. De lo cual resulta que, pues aquí me amonesta con sus rigores

y me conserva la gracia de la fe y de la esperanza, señal es de su perdón y de no juzgarme indigno de alcanzar la gloria más pronto ó más tarde.

Sólo falta añadir, á esta expiación forzosa de mis pecados, otra penitencia voluntaria, para unir ambos castigos en mi favor; y como no soy yo el llamado á disponer y descubrir cuál sea el mejor medio de mostrar mi arrepentimiento, he dispuesto hacer hoy mismo confesión general de mis pecados, y someterme humildemente á lo que el Señor disponga por boca de su Sacerdote.

Mas, hablando ahora de vos, una pregunta he de haceros, y ésta se refiere á la tristeza que desde mi llegada noté en vuestro semblante. ¿Qué grave pesar os aflige, amigo D. Pedro, que tan manifiesto y al vivo se descubre?

No tardó en responder Estévez Danta, pues ansiaba desahogar su pecho en quien le comprendiera y compadeciese; y así, con todo detalle, dióle cuenta de su preocupación, motivada por ver como su hija Doña María desdeñaba con injustificado rigor á todos los pretendientes de su mano, que eran muchos y muy buenos, siendo de temer, si proseguía en su constante desvío, los riesgos del abandono entre dueñas y domésticos cuando él fuese lla-

mado á la guerra con sus mesnadas, caso ya próximo según todos los indicios.

Animóle D. Ruy diciendo que á su cargo tomaba la cuestión, pues triunfos mucho más difíciles había conseguido, y confiaba alcanzar ahora la misma suerte. Quedó con esto más esperanzado el triste padre, y después de acordar los dos antiguos compañeros volver á reunirse para ir en busca del confesor deseado, separáronse, y quedó vacío el aposento donde, por extraordinaria excepción, habíase velado toda la noche.





CAPITULO XX

Se ocupa de la marcha de Babilón al castillo de su sobrino, y de lo que allí pasó.

Al día siguiente, á media tarde, salía por la puerta que llaman de San Martín una lucida y fuerte cabalgata, compuesta de Babilón, Don Pedro, su hija Doña María en litera, y Tristán, con acompañamiento de escuderos y hombres de armas, en número de más de veinte. Casi inadvertida pasó su marcha para el vecindario de Burgos, ocupado entonces en recibir al Infante Don Enrique, que hacía su entrada por la opuesta poterna de San Juan; mas si pocos burgaleses repararon en la salida de D. Ruy, menos importancia aun dió éste á la llegada del Infante, pues traíale hondamente preocupado la grave resolución que meditaba.

Iban delante los dos amigos, y decía D. Ruy cuando sorprendimos su conversación:

— No hay ni puede haber alegría comparable á la paz de la conciencia y al sosiego del espíritu. En medio de la soledad adonde me trajo la muerte de los seres más queridos de mi alma, siente ahora mi pecho un sobrenatural consuelo y una sublime aspiración de alcanzar esa patria celeste que es la eterna morada de los justos.

Este cambio de mi pecadora naturaleza, amigo D. Pedro, lo ha logrado una sola confesión general, y con esto se confirma el supremo valor de tan admirable Sacramento; pues gracias á su poder consigue un humilde sacerdote, en una hora, transformar un alma rebelde en penitente, grandísimo triunfo inasequible á los que ejercen el mayor imperio en la tierra.

Pero aun hay más: pues como lógica consecuencia de mi total arrepentimiento, y tras maduro examen, he formado el propósito de concluir mis días vistiendo la cogulla en el monasterio de Santa María de Huerta, resolución que creo la más sana y prudente.

Sorprendido quedó D. Pedro al oír estas últimas palabras; pues si bien ya notó antes, por las revelaciones de su amigo, que la divina misericordia infundía en su corazón cada vez mayores gracias espirituales, nunca pudo suponer que llegase su conversión al extremo de

renunciar al mundo, y menos cuando podía disfrutar con todo sosiego y holgura de las riquezas á tanta costa adquiridas.

Así se lo hizo ver; mas hallóle tan resuelto y firme en su idea, que juzgó más acertado tocar el punto de su adorada hija, exponiendo á su buen amigo el profundo dolor que habría de pasar si tuviera precisión de abandonarla, para quizás morir en la guerra; pues — concluyó diciendo — si fuera su vocación entrar en un convento, ya podía yo marcharme tranquilo y confiado en su santo porvenir; mas siempre me está repitiendo que su vocación no es de monja ni de casada, que así como está, á mi lado, es completamente dichosa; y á todo esto, la fuerza misma del cariño me impide manifestarle mis temores.

Volvióle á prometer Ruy González su ayuda, y conforme marchaban le fué dando cuenta de lo que correspondía hacer, en estos términos:

— Desde que vuestra amistad me escogió para confidente de los recelos que os asaltan, os ofrecí mi asistencia, confirmándome en concedérosela al conocer á Doña María, modelo acabado de las humanas perfecciones por su hermosura, bondad y discreción.

Entonces solicité vuestra compañía en mi viaje á Trasmiera, pues fácilmente podría esta

expedición arreglar el asunto á gusto de todos; pero no creí conveniente descubrir ante vuestra hija el fundamento de mi confianza. Ahora, entre nosotros dos cabe mayor franqueza, y así os diré que mi esperanza trae su origen en una repentina idea acogida por mí con gran placer, idea referente al posible casamiento de vuestra hija con mi sobrino, si la simpatía primero, y el amor después, logran unir sus corazones. Y como vuestra nobleza iguala á la mía, y, á mayor abundamiento, nos une antigua y sincera amistad, nada sería más grato á mi ánimo que tan venturosa alianza.

Por supuesto—siguió diciendo—que á fin de no ir en contra de la ley de Dios, y dejar en reposo nuestra conciencia, ha de ser condición precisa para su matrimonio que vuestra hija y mi sobrino se amen; pues si así no fuera, y Doña María concluyese por sentir vocación religiosa, yo en tal caso apoyaría su designio resueltamente, y vos debéis hacer lo propio, según es nuestra mayor obligación.

Mucho gustó D. Pedro de los proyectos ideados por su amigo, que tan á satisfacción suya arreglaban todo, abriendo el pecho á las más halagüeñas esperanzas.

Prosiguieron su viaje sin novedad ni malos encuentros, á lo cual no pudo contribuir la

seguridad de los caminos, que no existía, sino el armamento y número de los viajeros, yendo á pernoctar en una aldea de cuyo nombre se ha olvidado el historiador de estos sucesos, y al día siguiente anduvieron entre montes y grandes espesuras, y cruzaron el Ebro, río por allí aun escaso de agua y fácilmente vadeable.

Continuaron hacia el Norte ladeando pintorescas y frondosas montañas y pasando por míseros aunque tranquilos pueblecillos, tan ignorantes de las graves disensiones castellanas, como que aun pensaban hallarse bajo la soberanía del difunto Rey Don Sancho.

Dieron los expedicionarios, al caer la tarde del cuarto día, en la merindad de Trasmiera, vasto territorio que se extiende desde cerca de Santander hasta Santoña, y en todo su circuito, no por ser terreno de costa, dejan de ofrecerse á la contemplación del viajero colinas y picachos de regular altura, amén de muchos pueblos que forman las cinco juntas de la comunidad, y algunos castillos ocupando las alturas más defendibles de la comarca. A una de esas fortalezas se dirigió la comitiva, después de asegurarse en los caseríos de que no iban extraviados.

Mientras subían la pendiente, quiso Babilón

prevenir á D. Pedro Estévez, y así le dijo en voz baja:

— Es menester, amigo mío, para la mejor resolución de lo que traemos entre manos, que Doña María ignore nuestras miras, pues la desconfianza primero y después el fracaso de la trama sobrevendrían en cuanto aparecieran los sucesos, como hijos de anterior acuerdo y no de la casualidad. Dejad, pues, á mi cargo el artificio y tened una prudente reserva.

Así quedó convenido entre los dos, y poco después hallábase la tropa expedicionaria en la estrecha plataforma que se eleva frente al castillo, sin que por el silencio que dentro de la fortaleza reinaba se sacase ninguna cuenta de haber sido descubiertos los que entrar en ella pretendían.

Estaba el fuerte compuesto de seis grandes y cuadrados torreones, unidos entre sí por anchas cortinas, provistas de almenado pasadizo y estrechas ventanas que más bien se asemejaban á saetías por su pequeñez. Hallábase la poterna principal situada entre dos cubos, y sobre ella se distinguían aún, á pesar de hallarse el sol ya traspuesto, de un lado, el pétreo escudo de los Valles de Trasmiera, con su cabeza de moro y el ancho alfange debajo,

y del otro, el que lo formaban tres espadas como usó Martín Espada ¹, y que ahora correspondía también á Don Pedro del Valle por sucesión de su madre, hija única de dicho Don Martín.

Acudieron á tocar la bocina los expedicionarios para mover la dormida atención de los de dentro, y no hubo que repetir la llamada, pues muy pronto apareció un vigía en lo alto de la torre, y al nombrarse Babilón como D. Ruy González, hijo de D. Gonzalo Rodríguez de la Muya, desapareció el centinela.

Pocos minutos después el propio D. Pedro del Valle se asomó á una torre, sorprendido de tan singular acontecimiento como era la vuelta de su próximo pariente, á quien todos creían muerto hacía luengos años.

Mas como nadie en el castillo conocía á Babilón, fué preciso que D. Pedro Estévez Danta se adelantase, certificando la verdad de lo anunciado, para que cayese el rastrillo y diera franco acceso á la cabalgata.

Salióles á recibir el joven castellano, fuerte y arrogante mozo, moreno, de hermosa y noble figura y de finos modales, y dándose D. Ruy á conocer, un estrecho abrazo del tío

1 Página 348.

al sobrino fué la mejor presentación entre deudos tan próximos, y que, sin embargo, no se habían visto nunca.

Por lo extraordinario del hecho se aumentaron las luminarias del gran salón, donde formando corro tuvo que volver D. Ruy á contar su viaje, aunque con tan sucinto y breve relato, que cuando apareció la apetitosa y succulenta cena ya pudieron dar tregua á la sinhueso para que trabajasen los dientes. Á todo esto debemos añadir que, contra su voluntad, pues más deseara estar sola en sus devotas ocupaciones, tuvo Doña María que condescender con formar parte de la reunión, y así fué como pudieron á sus anchas los presentes contemplar su lindísimo rostro teñido en tan vivos colores, sus azules y expresivos ojos manifestando tan dulcísima y atractiva expresión, y toda su gentil y soberana hermosura, tan á las claras y sin defecto alguno manifiesta, que, no sólo allí, donde era el único representante de su sexo, sino aun entre muchas y hermosas mujeres hubiera sido la primera y principal persona, ya que en el sentido puramente estético venimos hablando.

Como era natural, el joven castellano, mientras escuchaba al parecer atentamente el relato de su tío, no quitaba ojo del prodigio de

belleza que tenía delante; y digo como era natural, porque la indiferencia á sus años hubiera probado en él ó mal gusto ó poca cortesía, siendo así que, como cumplido caballero y admirador de la hermosura, llevaba su renombre bien sentado.

La linda joven, entre tanto, parecía no darse cuenta del efecto que su incomparable beldad causaba, y esa misma modestia suya más y más sedujo el ánimo de D. Pedro, gran amigo de su padre, pero que hasta aquel entonces sólo conocía por la voz de la fama el conjunto de perfecciones que en Doña María tenían su más gallarda manifestación.

Acabada la cena, cada cual se fué á buscar en el descanso alivio de las fatigas causadas por tan largo camino, y puede creerme el discreto lector si le aseguro que el apuesto doncel no borró de su mente en gran rato la seductora imagen que tanta impresión le produjo durante la grata velada.

Reuniéronse otra vez antes de mediar el día siguiente los viajeros y el castellano, y le tocó á éste el turno de contar su vida. Reducíase á retener en feudo el castillo, conforme lo habían retenido todos sus mayores, sin interrupción, desde los tiempos de Alfonso I, el que pobló á Trasmiera, si bien sujeto á la soberanía de sus

Reyes, según pasó siempre en tierra castellana.

Vivía, pues, D. Pedro tranquilo en su fortaleza, olvidado de unos y otros, mas no por eso menos feliz, dedicado al ejercicio de la caza, mientras llegase la ocasión de ir con sus mesnadas á la guerra de moros, donde, con más gloria que en luchas civiles, pudiese añadir nuevos timbres á los de su estirpe y vengar el sacrificio de su buen padre, muerto como cumplía á un caballero, en 1292, luchando con los enemigos de la fe en el asedio de Tarifa el 20 de Septiembre, ó sea el día anterior á la entrega de la plaza.

En respuesta á la plática de su sobrino, tomó la palabra Babilón y dióle cuenta de sus propósitos, acabando de este modo:

—Ya estás, pues, sobrino mío, enterado de mi resolución (la misma que el lector ya conoce), y ahora, antes de ausentarme, he de añadir que, no siendo conveniente dejar en suspenso la jefatura y dirección de nuestra familia, y menos ahora, en que las necesidades de estos reinos exigen jefes indiscutibles que dirijan y lleven muy altos los pendones de la nobleza castellana, declaro yo, D. Ruy González Babilón, vuestro tío y jefe de nuestro linaje, aquí, delante de todos, y sin reservarme el derecho de contradecirme en ningún tiempo, que

como tengo bien decidido abandonar el mundo, desde esta misma hora abdicó en vos la jefatura y dirección de nuestra rama primogénita, teniéndoos de aquí en adelante como indiscutible cabeza y señor nuestro; y sólo una condición pongo á mi renuncia, y es la de que habéis de añadir al escudo de los Valles, para vos y vuestros sucesores, el águila real volante sobre campo de plata, que tomé por enseña y guía en mi señorío armenio.

Grandemente emocionado escuchaba D. Pedro las antedichas declaraciones, y tan pronto como su tío dejó de hablar, hincó delante de él una rodilla en tierra, pidiéndole que no insistiese en renunciar la dirección de su linaje, pues de derecho le correspondía, y no era justo que, habiendo levantado el castellano pabellón hasta la más soberana altura en tan remotos países, aceptase por jefe á quien no pudo aún dar á conocer sus merecimientos, en lucha ni en batalla, para cargo de tal importancia y responsabilidad.

Á estas razones respondió Babilón haciendo levantar á su sobrino, y estrechándole amorosamente entre sus brazos le dijo que era irrevocable su bien meditada resolución, pudiendo considerársele desde entonces como muerto para el mundo; y que en el convento de Santa

María de Huerta, antiguo feudo de la familia en la persona de D. Suero del Valle, su antepasado, allí iba á enterrarse en vida, como á voces lo solicitaba la pesadumbre de sus culpas, á fin de alcanzar perdón.

Ante este invencible propósito, quedó sin más réplica declarado y reconocido D. Pedro del Valle por jefe y señor de su linaje, y para cumplir la condición impuesta por su tío hizo aquel mismo día bajar el escudo de piedra, y llamando al mejor maestro escultor de aquella comarca, muy pronto apareció colocado el nuevo y definitivo blasón, en cuyo primer cuartel, por ser el más antiguo, se veían la cabeza de moro y el alfanje, componiéndose el segundo del águila real, y cercado cada cuartel uno de los dos lemas antedichos.





CAPITULO XXI

En que se describen las cortes de amor celebradas
en el castillo de D. Pedro del Valle.

· Á la siguiente tarde, y durante la comida, hablando D. Ruy de su estancia como Soberrano en Erzerum y de los usos y costumbres propios de aquellas apartadas aunque cristianas regiones, dijo lo siguiente, con aire tan sencillo cual si no tuvieran segunda intención sus palabras:

— Por cierto, amigos míos, que hasta la tierra asiática han llegado las célebres cortes de amor, transmitidas quizás por los guerreros cruzados, como ejemplo de que la Orden de Caballería se ha instituído á la vez para derramar la sangre en pro de la Cruz y ejercitar el ingenio en honor de las damas. Y ahora se me ocurre que este caballeroso entretenimiento, usado en Europa y aun en Asia, bien pudiera

verificarse aquí, donde mora una reina de la fiesta, que, por cierto, á ninguna otra cede el paso en hermosura, nobleza y talento, y no creo hemos de carecer de mantenedores, pues fuera, no sólo falta de galantería, sino sobra de injusticia, que soberana de tal valer no hallase voluntarios y entusiastas caballeros. Y para comenzar, yo me ofrezco á mantener un punto que sea recatado y digno de esta asamblea, y nombro por mi competidor á D. Pedro, sobrino y señor mío, pensando que me hará la honra de aceptar, pues el premio ha de otorgarlo Doña María y ha de consistir en una banda entregada por sus manos al vencedor.

Aplaudieron todos con entusiasmo el ingenioso y galante pensamiento, y decidióse que la controversia fuese á los dos días; mas como á la intención secreta de Ruy González estorbaba mayor número de mantenedores que el de los dos propuestos, consiguió fácilmente que entre él y su sobrino no más se verificase la contienda, quedando sólo la elección del asunto para aquella misma tarde.

Comenzaron en seguida los preparativos de tan original certamen, y ocupábase mientras tanto Babilón en elegir el tema, el cual, obediendo á su deseo, resultó ser éste: “¿Es indicio

de debilidad ó de ardimiento el ser cautivo de amor?„ Concertó aquella tarde con su sobrino la forma y traza de la ceremonia y todos sus pormenores, sin exceptuar el ya preconcebido resultado, ó sea el reconocimiento, por parte de Ruy González, de la victoria alcanzada por D. Pedro, creyendo así seguro que otorgaría el premio la joven al abogado del amor, y obligándola con tal artificio á confesar lo injusto de su indiferencia.

Llegada que fué el alba del otro día, organizóse vistosa cabalgata con heraldos al frente, que fué pregonando por los pueblos más inmediatos el anuncio y la invitación para las nuevas cortes de amor en la próxima mañana, y mientras, con toda la presteza posible, se fué transformando en palenque de ingeniosa y pacífica lucha la anchurosa plaza de armas.

Por último, apenas amaneció el solemne día, viéronse invadidos los campos que al castillo circundaban por bulliciosa y alegre muchedumbre ansiosa de asistir á la fiesta, nunca vista ni oída por aquellos contornos. El holgado recinto, á pesar de su extensión, era sobrado pequeño para albergar tanta gente como acudía; habilitáronse pues, los baluartes, pasadizos, torres, ventanas y demás lugares que daban vista al sitio de la ceremonia, y aun

gran golpe de aldeanos tuvo que contentarse con los relatos de los más dichosos; resultando de todo este desbordamiento que, por espacio de unas horas, quedó la fortaleza invadida y ocupada por los de afuera, aunque no en són de conquista, sino de curiosidad y diversión.

Habíase dispuesto el inmenso patio del castillo para teatro de estas cortes de amor, como queriendo proclamar que la galantería española cedía la plaza de armas á la reina de tan galante liza.

Sujetos á los matacanes que protegen las poternas, caían robustos cordeles, todos cubiertos de hojas, á guisa de colosales guirnaldas, que, rematando en las triples puntas de los lanzones de torneo, formaban con ricas telas, flecos y borlas un enorme dosel, bajo el cual lucía una especie de trono elevado sobre el suelo por graderías alfombradas con tapices moriscos. Era el rico sitial, destinado á sustentar la hermosa soberana, de negra encina, tan realzado por la prolijidad de sus labores como por el esculpido blasón que adornaba todo su alto testero.

Adelantábase en las cuatro fachadas del patio una galería compuesta de arcos, cuyo ligero apunte en sus claves, y el ajedrezado y

dientes de sierra que historiaban sus dovelas, dejaba entrever que la construcción de dicha galería data de los principios de este grandioso siglo XIII.

Se había dispuesto bajo toda su mitad un tablado con asientos de preferencia por quedar libres de los rayos del sol, y sirvieron las otras dos naves para el resto del público, cubriendo las balaustradas entretejidas ramas de hiedra, con tan feliz enlace, que parecía un balcón de las leyendas musulmicas.

El ancho brocal del pozo, oculto bajo un mosaico de flores, se transformó en altar, y el prolijo arco de hierro amartillado, al que se asen los cubos, lo habían guarnecido de guirnaldas y flecos de azucenas, cual si fuera mágica auréola de una veneranda imagen de la Virgen, con su divino Hijo en los brazos, que bajo el florido dosel se ostentaba como bendiciendo á los moradores del castillo.

En medio del pacífico palenque del ingenio veíanse una ancha mesa y dos grandes sillones parecidos al del trono, aunque menos ricos, para asentarse los mantenedores del referido tema, quedando sólo por decir que los heraldos y farautes, así como un pelotón de balles-teros, formaban la guardia de honor en ambos lados del improvisado trono.

Llenas las tribunas, y colocada lo mejor posible la muchedumbre de villanos, sonaron chirimías y atabales, prueba de que llegaba la reina de la fiesta; y en efecto, apareció seguida por lucida escolta, ocupando su trono mientras que los dos mantenedores se colocaban en pie donde les correspondía, esperando la señal que marcase el principio del ingenioso torneo.

Ibá espléndidamente ataviada Doña María con amplia túnica de brocado de Talavera, recogida en la cintura, formando el talle ancha faja de seda roja con alamares dorados, que dejaban descubrir su ilustre origen de haber pertenecido á algún arraz bereber. Llevaba las mangas unidas sobre los hombros con lazadas de cordones, cayendo sobre las ricas gasas que llegaban hasta mitad de las manos.

Sus hermosos cabellos rubios pendían sobre la espalda, formando dos gruesas y anchas trenzas, que terminaban en lazos de sonrosadas cintas, y sobre su cabeza se plegaba caprichosamente una blanca toca de fino lienzo valenciano, con sutiles calados de tan prolija labor, como que se hacían sobre el lino sacados uno á uno los hilos de su urdimbre, quedando sujeta dicha toca por un anillo de afli-granada plata salmantina. Traía aprisionado el

menudo pie en borceguíes de cuero de Córdoba, á los que realzaban geométricos pespuntos con algunas flores repujadas. Y como algo se apartaban del cuello los pliegues altos del sayo, dejaban entrever un collar de cuentas de oro, y pendiente de su centro un relicario de cristal de roca lleno de valiosas reliquias. Unidas la riqueza y buena disposición de su atavío á los encantos con que la dotó la Providencia, resultaba un conjunto tal de hermosura, que involuntario murmullo de admiración corrió por todos los ámbitos de la plaza al aparecer en su trono tan admirable reina.

La vestimenta de Babilón era la misma que trajo á Burgos, mientras que la de D. Pedro se componía de finísima cota, cubriéndole pecho y piernas, y sobre ella una túnica de lana blanca con orlas de oro, sujeta á la cintura por rojo tahalí, del cual iba pendiente la brillante espada. Traía la cabeza cubierta por negro birrete con cintillos, el cual se quitó tan pronto como apareció la joven, desembarazándose también Babilón de su asiático casco.

Hizo con la mano Doña María señal de atención; sonaron otra vez atabales, chirimías y trompetas, y, adelantándose uno de los heraldos, dijo con voz alta y robusta:

— Reunidas las cortes de amor y elegida

como reina y señora de ellas Doña María Pérez Estévez Danta, va á dar principio el ingenioso torneo, cuyo tema es este: “¿Es indicio de debilidad ó de ardimiento el ser cautivo de amor?”; siendo sus mantenedores los nobles señores D. Ruy González y D. Pedro del Valle. Haya silencio, que el certamen va á comenzar.

Retiróse á su puesto el heraldo, é inclinándose Ruy González ante el trono, comenzó la lucha de esta manera y sin más preámbulos:

Babilón.—Encantadora reina nuestra; caballeros, escuderos y gente del estado llano que me escucháis: sabed como yo sostengo y sostendré que el rendido de amor manifiesta siempre apocamiento y debilidad, y me fundo en lo razonable, pues si todo cautiverio denota rendimiento del cautivo, y toda derrota significa humillación en el derrotado, es aún más grande la poquedad de aquel á quien el amor vence, por ser las armas de menos fortaleza y vigor que las de acero; y de ahí, según deduzco, el aprisionado por el amor con mayor facilidad lo sería por más fuerte enemigo.

D. Pedro.—Con permiso de nuestra reina, más que soberana, diosa de la hermosura, he de deciros que no hay tal, y, por el contrario, es achaque, ó, por mejor decir, cualidad de corazones valientes no rendirse hasta el último

extremo ante las espadas, dagas y puñales, y caer, sin embargo, cautivos tan pronto como el amor tiende su arco, si la dama, por sus encantos y buenas dotes, lo merece; siendo muy natural que así suceda, porque el brazo armado y cubierto defiende el cuerpo de estocadas y mandobles, pero es inútil contra el rigor de una dulce ó ardiente mirada, que, siendo de dama apuesta y virtuosa, penetra en el corazón, á pesar de todas las cotas, armaduras y tizonas que quieran oponérsela; por lo cual concluyo que, pues nada valen nuestras defensas contra tan peligroso enemigo como el amor, prueba dará de sufrido, mas no de miedoso, el que se le rinda sin combate.

Babilón.—Sutil estáis, pero no basta; y si, como tanto se repite por el vulgo, el enamorado pierde los estribos, á las claras se manifiesta que ni para dominar un caballo sirve, cuanto menos para lides y batallas.

D. Pedro.— Todo al revés sucede, pues el fuego que dos seductores ojos han introducido en su pecho le presta nuevo ardor, convirtiendo al tímido en valiente y al valiente en arrojado.

Babilón.— Con tal fuego habláis, que parece como si se tratara de algo que á lo vivo sentís; y si así fuera, os compadezco; porque si es in-

grata la que merece vuestra preferencia, habéis de acabar en desesperado y loco; y si compasiva, en abstraído y huraño; con lo cual pruebo mi tema, pues en ambos casos no habéis de servir para nada.

D. Pedro. — No os contestaré á esas preguntas: confesor de otro sexo he de elegir para tales confidencias; sólo puedo deciros que siempre son los enamorados los más valientes, pues mucho influye en el ardimiento la esperanza ó el temor de que la dama querida apruebe ó vitupere nuestras acciones.

Babilón. — Desengañaos de una vez: si la dama os quiere, magüer seáis valiente ó cobarde, os ha de preferir; y si os desdeña, así fueseis como nuestro Cid Ruy Díaz, se mofará de vuestra sinrazón. De lo dicho se saca en claro que no ha de aumentarse por el amor la valentía, sino la locura.

D. Pedro. — De manera que, según vuestra opinión, loco y no valiente anduvisteis en Alemania primero, y luego en Asia, porque en ambas partes os cogió el amor tan fuerte, que llegó á punto de casamiento.

Babilón. — De todo hubo, lo confieso, aunque no en el grado á donde llegáis, según descubren vuestras miradas y ademanes, y ciertamente, si es más compasiva con vos que vos

mismo, la que causa vuestras amorosas cuitas, ha de esquivar el corresponderos, para evitar así la desgracia de convertirnos con su amor en alelado.

D. Pedro. — En lo que queráis, menos en cobarde, á la prueba me remito; y pues tenemos reina, y la más excelente, ante ella me postro á fin de que se sirva imponerme las condiciones más rudas y difíciles para probar que aquí no hay miedo, — dijo, y se golpeaba el pecho con fuerza, hincando al mismo tiempo una rodilla ante el trono; — con lo cual alcanzaré el premio del certamen, ya que así he de demostrar mi ánimo.

Babilón. — Conforme, si declararéis también estar enamorado; pues aunque acometierais los doce trabajos de Hércules con la misma fortuna de aquel héroe fabuloso, nada podríais deducir que al premio se refiera, si ardimiento con amor á la vez no se ajuntan en vos para alcanzar victoria.

D. Pedro. — Que me place; enamorado estoy, y mejor pudiera decir loco de amor; lo declaro con tanta mayor facilidad, cuanto que las altas dotes reunidas en la que me embelesa llegan á un extremo nunca visto, siendo su hermosura, con ser soberana, el menos valioso de sus encantos.

Dice la tradición que al llegar á este punto la comedia, mostró Doña María bien á las claras, en el color de su seductor semblante, rojo como una amapola, la parte que tomaba su discreción en apropiarse lo declarado, y sus sentimientos en agradecerlo.

Suspendida la artificiosa discusión, esperaban los dos campeones la prueba á que debía someterse el valor del enamorado D. Pedro, que, á decir verdad, á nadie cedía en viril hermosura y airoso continente; haciendo, pues, fuerzas de flaqueza, levantóse la hermosa joven obligada á demostrar su poder, y guiándose por su buen criterio, y, sobre todo, por la necesidad, que es la mejor consejera, se atrevió á decir las siguientes y discretas palabras:

— Toda prueba á que pudiera someter el valor de vuestas mercedes, nobles caballeros, sería ociosa é inútil, pues no podría añadir mayor timbre á vuestro tan probado arrojo, y, sobre ser inútil, grave peso caería sobre mi conciencia si por mi culpa pudiera acaeceros alguna desgracia.

Dese, pues, la prueba por hecha, y ahora sigan los caballeros en sus ingeniosas y concertadas razones, hasta que sean servidos concluir, que para entonces he de entregar esta banda á quien, según mi entender, la me-

rezca, por quedar victorioso en sus argumentos.

Dicho esto, con gran aplauso de los concurrentes volvió á ocupar su sillón de soberana, y continuó el certamen, exponiendo cada mantenedor muy discretas consideraciones, que omitimos para no hacer sobrado voluminosa esta verídica historia.

Transcurrieron como unas dos horas discreteando los dos pacíficos combatientes, y al cabo de ellas vióse á D. Ruy batirse en retirada poco á poco y arreciar su competidor en la lucha que á la victoria conduce.

Todo el mundo designaba ya quién había de recibir el preciado galardón, pues á más de sus razones concurrían en el castellano juventud y gentileza, y al concluir éste diciendo:

—Ahora, señora y reina de este certamen, á vuestros pies colocamos la decisión de este pleito y la entrega de su valiosa recompensa,— oyóse el nombre de D. Pedro correr de boca en boca con unánime aplauso. Así resultó mayor el asombro general al ver cómo levantándose de su asiento Doña María, sin momento alguno de duda, llamó en alta voz á Ruy González, y no á D. Pedro; y al notar la tardanza de aquél en acudir á su llamada, quizás por considerarlo, como todo el mundo, equivoca-

ción de nombre, volvió á requerirle, con lo que acercóse Babilón al trono, subió las pocas gradas, y una vez en presencia inmediata de Doña María recibió de ésta el premio.

Pero si grande fué la sorpresa de los espectadores con tan inesperado desenlace, mayor fué su admiración al oír decir á la reina lo siguiente, mientras entregaba la banda al vencido vencedor:

—Vuestro, y con justicia, señor caballero, es el premio del certamen, pues habéis vencido con vuestro artificio, aunque otra cosa parezca; y como la victoria ha de corresponder en justicia al que logra sacar adelante su deseo, y el vuestro bien á las claras se ha demostrado ser el procurar á vuestro sobrino el triunfo, á vos, y no á él, corresponde la banda.

No respondió palabra Ruy González, ahora, verdaderamente vencido por el ingenio y sutileza que demostraba Doña María, é hincando la rodilla en el tablado, recibió el trofeo de honor, confuso por haber sido descubierta su trama; pero el más descontento fué D. Pedro, manifestando desde abajo su disgusto en las siguientes expresiones:

—Yo esperaba, señora y reina nuestra, que mis esfuerzos merecerían el premio, no sólo por haber quedado vencedora mi tesis, según con-

fesión de mi contrincante, sino también por resultar de nuestra pacífica contienda demostrados á plena luz mis propios sentimientos, en que tanta parte alcanza vuestra soberana hermosura, y natural era que, por lo menos, como agradecida, guiaseis vuestra voluntad á concederme joya tan inestimable, por proceder de vos, como lo es la banda con la que á mi contrincante habéis preferido distinguir.

Primero os negasteis, señora, á someter á prueba mi valentía, y ahora me negáis lo que tanto ansiaba; muchas negativas resultan para mi corazón; mas lo hecho hecho está, quedando terminadas estas cortes de amor con la derrota del amor mismo.

Dijo, y saludó para retirarse; más Doña María le detuvo, dirigiéndole estas palabras, que fueron acogidas con grandes aplausos y aclamaciones de la muchedumbre:

—La banda, Sr. D. Pedro, pertenece de derecho á D. Ruy González; porque si habéis vencido, á su maña y artificio debéis la victoria; por lo que resulta suya, y no vuestra; no debiendo tomar parte en este litigio mi condición de mujer agradecida, sino sólo de juez imparcial. Mas como á la vez que tribunal no puedo dejar de ser mujer, y vuestras lisonjas y cortesía deben tener su recompensa, ahí va, señor

caballero, un recuerdo de mis sentimientos para con vos.

Y al decir esto desenlazó con gran presteza el rico cinturón que oprimía su talle, y aún caliente por el contacto de su pequeñísima cintura, se lo ofreció á D. Pedro, el cual, precipitándose á recibirlo, lo besó con sumo gozo, quedando así los dos campeones grandemente agradecidos y satisfechos.

Concluída la primera parte de la fiesta, con el grato són de los instrumentos músicos dió comienzo un baile de aldeanos al estilo de la comarca, y cuando terminó hizóse plaza para colocar larguísimas mesas de madera, donde comiesen y bebiesen todos los comarcanos que lo desearan, que fué la gran mayoría de los presentes.

Llamóse á la pitanza, acudieron solícitos los aldeanos, y aun hubo que establecer varios turnos; pues si eran muchas y largas las mesas, más lo fueron aquellas interminables filas de convidados en espera del festin.

Consistió éste en grandes pedazos de vaca y carnero, ora asados, ora con abundante y apetitosa salsa, donde los garbanzos, las judías y otras legumbres alternaban con las tajadas. Vinieron luego truchas, barbos y demás peces cogidos en el próximo río Miera, del cual trae

su nombre la comarca, y acabó la merienda con grandes cestos de castañas, bellotas y piñones, todo esto remojado por un vino de la no muy lejana Rioja, servido en largos cuernos y anchos porrones que daba gusto ver.

Dejóse el respeto á un lado, hubo mucha risa, jolgorio y algazara, y acabó primero la tarde, y después la noche, en medio de la mayor alegría y de generales vivas al Señor del castillo y á sus nobles huéspedes, atreviéndose alguno á vitorear con entusiasmo á la futura castellana; cosa que, si de una parte no indicaba mucho acomodamiento á las etiquetas sociales, era, por otra, muestra de sagacidad con su asomo de profecía.

Porque aquella fiesta resultó grandemente conforme con los secretos deseos de D. Pedro Estévez y de su amigo Babilón; y no es de extrañar que así sucediera, siendo en todas partes, tiempos y situaciones la juventud y la belleza llamadas á entenderse y amarse.

Don Pedro del Valle, de un lado, bien á las claras puso de manifiesto quedar cautivo de amor; y si el natural recato de mujer impidió á Doña María exponer con tanta claridad sus sentimientos, hizo lo que pudo, y pudo bastante, como hemos visto, para no ocultarlos.



CAPITULO XXII

De lo que sucedió en el castillo hasta la partida
de D. Ruy.

Pasó, como todo pasa, el día bullicioso; tornó el castillo á la tranquilidad y sosiego de antes, si bien ahora podía decirse que la procesión andaba por dentro, tal era el estado de ánimo de D. Pedro; y como remate de la bien urdida y representada comedia, y de la diaria comunicación entre ambos jovenes, resultó que las aficiones del castellano á Doña María llegaron á trocarse en afecto de mayor intensidad y ternura, hasta convertirse en verdadero cariño.

Transcurrieron los días y las semanas, y si bien el amor de D. Pedro del Valle cada vez se mostraba más al descubierto, no se veía llegar el instante de las explicaciones lo pronto que Babilón pretendía, tanto por su buen deseo de

preparar el casamiento de su sobrino, como por su loable propósito de marchar á Santa María de Huerta, viaje que dilataba hasta dejar bien concertado el porvenir de su descendiente.

Veía de diario D. Pedro á su amada; mostrábase galante su lengua, y más osados sus ojos; ruborizábase la muchacha y agradecía la lisonja: pero de ahí no pasaban las declaraciones, como para servir de confirmación una vez más á la tan conocida máxima de que es el amor verdadero siempre tímido y respetuoso, quizás porque significa la abdicación de todo nuestro sér en el de la persona querida, y así resulta ésta reina absoluta, y el amador su humilde vasallo.

Hasta que un día, pues al fin todo llega, intervino la ocasión con su indiscutible poder y rompió el silencio D. Pedro, acaeciendo tan trascendental mudanza del modo siguiente:

Organizóse una montería con su correspondiente recova, susalcones, ojeadores y demás requisitos, tomando parte en ella casi todos los habitantes del feudo, cada cual en el lugar y categoría que su nacimiento y situación actual le señalaban.

Quiso asistir Doña María, montando una briosa jaca, pues era valiente y apuesta amazona, y resultó que en el ardor de la persecu-

ción contra un corpulento jabalí levantado por los ojeadores, cada uno de los presentes tomó distinto derrotero, viéndose sola Doña María, arrebatada por la carrera vertiginosa de su corcel casi desbocado.

Por más esfuerzos que hacía la intrépida cazadora, eran demasiado débiles sus fuerzas para contener al irascible bruto, que saltando toda clase de obstáculos, cruzando arroyos y escalando y descendiendo por colinas, á cada momento parecía expuesto á rodar con su preciosa carga al fondo de algún barranco.

Comenzaron, en verdad, á seguirla los que por su salvación más se interesaban, pero muy pronto quedaron rezagados, unos por falta de ligereza en sus corceles y otros por imprevistos accidentes; de forma que sólo el animoso D. Pedro consiguió no extraviarse en la veloz carrera emprendida para socorrer á su amada, pues su cariñoso corazón adivinó el primero cuán grande era el peligro. Volaba el caballo de la joven, cifrando ésta sus últimos esfuerzos en sostenerse sobre la silla, cuando de pronto vió con terror indecible aparecer enfrente el mar Cantábrico embravecido, bajo la erguida roca por donde marchaba ciego á despeñarse el indómito corcel. Ya las encrespadas

olas, elevándose con formidable empuje, parecían venir á recibirla y á ocultarla en su movable sepultura; pero la amazona no perdió la cabeza en trance tan desesperado. Reuniendo por un supremo esfuerzo todas las energías que la quedaban, y á muerte ó á vida, dió tan fuerte tirón con ambas manos al lado derecho de las riendas, que torció violentamente la cabeza del caballo; en el instante mismo se oyó silbar una flecha, dió un tremendo salto el desbocado bruto, y, tirando al suelo su preciosa carga, precipitóse ciego en el mar. La saeta, lanzada por el certero brazo del enamorado joven, había salvado la preciosa existencia de su amada.

No se le ocultó á D. Pedro, al decidirse por tan peligroso recurso, el riesgo inminente de herir á la que tanto quería; mas por ningún otro medio podía salvarla, y así, encomendándose al Apóstol Santiago y sin suspender la carrera de su trotón, enfiló la ballesta, y apuntando un segundo, pues no daba mayor espera, silbó la flecha rápida por el aire, yéndose á clavar en el ijar derecho del corcel desbocado.

Llegó junto á María su arriesgado salvador, y al verla desmayada sobre las altas hierbas que tapizaban el terreno, paró su caballo de

pronto, y, desmontando rápidamente, inclinóse, cogió la hermosísima cabeza entre sus brazos, y no hubo cuidado que no empleara ni palabra cariñosa que no dijera para devolverla á la vida; y cuando lo consiguió fué tan grande su júbilo, manifestado tan elocuentemente, que sus frases de amor hubieran sido bastantes á conmover el más duro pecho, cuanto más para despertar algo superior á la gratitud en el ánimo de la joven, renombrada antes como fría y desdeñosa, no por falta de tiernos sentimientos, sino por no haber hallado aún quien los mereciera.

Figúrese cada lector enamorado lo que diría en caso parecido; reúnanse las palabras y manifestaciones de cariño más elocuentes, refrenadas sólo por el noble respeto del caballero á la dama, y pongan por respuesta mis lectoras cuánto se les ocurriría si al agradecimiento se uniese en ellas el vivo interés que un apuesto doncel les inspirara y la emoción que tales ardorosas frases les produjera, y así habrán acertado con la plática de los dos jóvenes, mucho mejor que yo pudiera contarlo.

Tan felizmente acabó la peligrosa aventura, más fácil de terminar en irreparable desgracia, que, según ha llegado á mi conocimiento, oyeron á poco los dos ensimismados amantes, con

gran sorpresa, una voz entusiasta, exclamando alegremente:

— ¡Bravo, hijos míos! He llegado á tiempo para dar fe como testigo de vuestro amor.

Y como ante tan inesperada visita volviesen sus enrojecidos y conmovidos semblantes los dos felices novios, encontráronse con la franca y risueña fisonomía de D. Ruy González, quien acababa de llegar también á caballo, justamente en el momento á propósito para advertir la confesión del uno, el enternecimiento de la otra y la felicidad de entrambos.

Retornaron todos al castillo, festejóse la cacería y sus dichosas consecuencias con gran banquete, y desde aquella tarde caminó viento en popa el asunto del casamiento, que de allí á poco quedó fijado para el siguiente mes.

Pero Babilón, una vez seguro del enlace, no quiso esperar á ser testigo de la ceremonia, pensando que, si consiguió detenerle el procurar la dicha de dos corazones, al llegar ahora los días de festejos y regocijos era el momento oportuno para encaminarse adonde le llamaba el cumplimiento de su sagrada promesa.

Mas nada dijo hasta la víspera de su marcha, á fin de que el cariño de los suyos no estorbase su decidido propósito; y aquella tarde, reuni-

dos todos los huéspedes con el castellano en el torreón de honor, habló D. Ruy diciendo estas palabras:

—Habéis de saber, D. Pedro, mi sobrino, y señores todos, que sin remisión, si Dios no dispone otra cosa, he decidido marchar mañana mismo, acompañado solamente de mi escudero, con rumbo al convento de Santa María de Huerta; resolución que ha sido maduramente pensada, pues me corre prisa el acudir al bien de mi alma enferma.

Y como notase, al llegar á este punto, el asombro y el disgusto manifiestos á las claras en las fisonomías de todos los presentes, no les dió tiempo para protestar y siguió expresándose de la siguiente manera:

—Ahora os he de pedir á todos y á cada uno que me hagáis la señalada merced de prestar vuestro asentimiento á mi decisión, pues ya podéis comprender cuánto me ha de urgir la marcha para sacrificar mis instintos y mi cariño, que me llevarían, con un poco de menos firmeza de ánimo, á quedarme aquí, no solamente hasta la fecha de vuestro casamiento, sino toda mi restante vida. Pero el cuidado del alma es lo primero siempre, y sobre todo á esta edad mía, en la que se ve llegar la muerte el día menos pensado y las cuentas que Dios

nos ha de pedir son muy estrechas; pues si es infinita su misericordia, también lo es su justicia; y si la primera lleva á perdonar, la segunda exige la expiación en esta ó en la otra vida para que se borren los pecados, si merecen perdonarse.

Yo elijo con buen acuerdo la penitencia en este mundo, que como voluntaria ha de ser para Dios más meritoria; y todos debéis aplaudir mi pensamiento, pues me queréis y sois católicos, y aunque os apene y contriste mi separación en esta época de alegría general, la debéis preferir á mi presencia, sabiendo adónde me encamino para alcanzar de Dios la remisión de mis muchos y graves pecados.

Calló Babilón; mas á pesar de su mandato, tan pronto fué callarse como suplicarle todos que renunciara por entonces á su partida, pues ni era el tiempo tan apremiante que no concediese algún respiro, ni tampoco podía llamarse disipación el detener la marcha unos días más pasados en honestos regocijos; pero si las instancias fueron muchas, la resistencia fué invencible, acabando ésta por acallar las súplicas y afectuosos ruegos de todos sin conseguir dilatar ni un solo día la partida, que, tal como lo dispuso la enérgica voluntad de Don

Ruy, quedó concertada para la siguiente mañana.

Luego, á la hora de queda y después de cenar todos juntos, apartóse unos momentos Babilón, volviendo á entrar con un cofrecillo de forma bizantina, como procedente de la misma Constantinopla, y poniéndolo en manos de la futura castellana le dijo, inclinándose galantemente:

— Aquí tenéis mi regalo de boda. Todo su contenido vuestro es, y, aunque de bastante valor, nada significa comparado con lo que vuestra hermosura, discreción y virtudes merecen. Solamente deseo que os sirva de recuerdo mío, con lo cual quedaré de sobra recompensado.

Dióle las gracias Doña María, sin atreverse á abrir la arqueta para satisfacer su curiosidad; y como adivinase el generoso donador su oculto anhelo, abrió él mismo la caja, descubriéndose dentro un verdadero tesoro de perlas y piedras preciosas, procedentes, según luego indicó, de lo adquirido en Kerbela, junto con el espléndido regalo que la señora persa le hizo. Quedaron todos llenos de admiración, y los novios, á más de ello, grandemente agradecidos por tan rico presente, y subió de punto la general sorpresa y alabanza al ver

como luego sacó Babilón un pergamino arrollado de la bolsa y se lo entregó como dádiva á D. Pedro, resultando ser una de las modernamente inventadas letras de cambio por una cantidad considerable, si bien la historia no la marca exactamente, que un judío de los más ricos de Barcelona mandaba pagar á otro de Burgos.

Marchóse después Ruy González á su aposento, huyendo de las cariñosas muestras de gratitud que á porfía le prodigaban; y nada más se conoce de lo [acaecido en la fortaleza en el último día que allí moró nuestro protagonista.

Llegado el momento de la partida, á las ocho de la siguiente mañana vióse bajar por la ruda cuesta de la señorial mansión un fuerte grupo, compuesto de D. Ruy y su fiel Tristán, como viajantes, y de su sobrino, Estévez y Doña María, seguidos de gran golpe de escuderos y gentes de armas para acompañarles el mayor trecho de camino que les permitiera Babilón, el cual, como á distancia de una milla yendo hacia Burgos, paróse y obligó á que todos se detuvieran. Sólo dice la crónica, al hablar de la despedida, que les prohibió seguir más adelante, y con gran enternecimiento y afecto abrazó á unos, besó la mano á Doña

María y dijo adiós á todos en breves pero substanciosas frases, mientras dos gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos, para dar testimonio de la emoción que embargaba su ánimo.





CAPITULO XXIII

Del viaje de D. Ruy á Santa María de Huerta
y de lo que vió en su famoso Monasterio.

Internóse luego Babilón, con su inseparable Tristán, por entre los revueltos y frondosos montes que, á pesar de la distancia, aun pueden llamarse estribaciones de las sierras de Burgos, y en dirección de esta ciudad, adonde, según cuentan, llegó á la tercera jornada de abandonar el castillo.

Pocas horas permanecería dentro de Burgos, cuando dos días más tarde veíasele en la sierra de la Demanda, camino de Calatañazor, célebre por la definitiva derrota de Almanzor el victorioso, dirigiéndose, después de atravesar por este pueblo, á otros dos, cuyos nombres, de Almazán y Almalúez, demuestran claramente ser de origen árabe.

Ya en Almalúez, aldea perdida entre cerros

hoy pelados y rojos, pero entonces llenos de árboles y arbustos, sólo tuvo que andar como una hora por medio del prado llamado de Santa Cristina para encontrarse á corta distancia de la frontera aragonesa, en el rico y pintoresco valle del Jalón, que, si no es muy ancho, se extiende á lo largo por espacio de muchas leguas.

Torciendo luego á la derecha, y como á cosa de unos dos mil pasos, hallóse frente al Monasterio objeto de sus devotas ansias, edificado al otro lado del río, y medio oculta por aquel entonces la famosa construcción de Alfonso VIII entre espeso bosque de sabinas y carrascas, según refieren los anales de la orden.

Guiaron los viajeros sus corceles hasta dar con el templo, cuya única portada, pues nunca ha tenido otra, aunque lo parezca, ostenta por adornos seis pequeñas columnas en cada lado, como sirviendo de sostén á la dentada ojiva de seis arcos. Adviértese encima un colosal rosetón románico de hermosa y sencilla traza arquitectónica toda vez que sólo se compone de arcos, capiteles y columnas, singularidad que no tiene semejante fuera de la diócesis de Sigüenza.

Á su mano izquierda vió Babilón un alto muro, y en él la puerta de entrada al convento;

y para conseguir la hospitalidad que aquel Monasterio tenía fama de ofrecer muy cumplida, mandó Ruy González apearse á su escudero y llamar con el férreo aldabón que en medio de la maciza puerta colgaba. Hízolo así Tristán, y al momento abrióse el postigo, asomando un lego la encapuchada cabeza.

Dió á conocer D. Ruy, no sólo su nombre, sino también el de su linaje y familia; y como resultaba ser el propio descendiente de Don Suero del Valle, el que tomó á Villa Huerta de los moros, quien sin previo anuncio pedía hospitalidad en el monasterio, alborótose la comunidad toda, se dió aviso al Abad y salió éste, prestando ayuda á Babilón para que desmontase y penetrara en el santo retiro.

Una vez dentro, encontróse en un hermoso claustro del entonces nuevo estilo gótico, con muchas sepulturas en los muros de la derecha y elegantes ventanas en los de la izquierda; las esbeltas bóvedas ojivales cruzadas por elegantes nervaduras y sostenidas por múltiples y menudas columnas, y toda la reciente tracería conforme en todo punto con el gusto del romántico y espiritual estilo.

Dijéronle llamarse de los caballeros tan poético claustro, á causa de que en él lograban sepultura solamente los condes, ricos homes

y caballeros de preclara estirpe, según regla constante, viniendo á ser aquel lugar elegido para el descanso eterno de la más alta nobleza, á modo de panteón señorial.

En el siguiente lienzo del claustro veíase una artística puerta de madera, abierta la cual ofrecióse á la contemplación de Ruy González uno de los más suntuosos y magníficos refectorios que vieron el presente y los pasados siglos.

Pasmado y suspenso quedóse nuestro viajero ante la portentosa altura á que llegaba su airosa y gótica bóveda, levantada toda ella desde el suelo por robustos muros de bien cortadas piedras sillares. Causáronle admiración y entusiasmo el primor de sus cruzadas tracerías; la artística disposición del gótico ventanaje que por ambos lados da luz á la estancia; las altas y delgadas columnillas de piedra, cuyo fuste interrumpe un bien labrado anillo; y, para complemento, empujada en el muro de la derecha, y como en el último tercio de la sala, una singular y caprichosa escalera bajo primorosos arcos, sostenidos éstos por nueve pequeñas y labradas columnas octógonas, conduciendo tan delicada obra á un púlpito, de piedra también, afianzado desde el suelo por otra esbelta columna de geométrica base.

Atravesando todo el gran salón, que cuenta ciento veinte pies de largo por treinta y ocho ó cuarenta de ancho, y volviéndose al final, de frente á la entrada, hiciéronle contemplar un grandioso y admirable rosetón, mezcla de ambos estilos, el románico y el gótico, si bien con el predominio aún de aquél, como señalando sin necesidad de números la época de su fábrica, principios del siglo en que Babilón le veía, ó sea la XIII centuria.

Semejaba, en fin, aquel espléndido salón, más bien que refectorio de un Monasterio, regio aposento de honor en castillo de poderoso soberano, ó templo digno de elevarse en populosa capital; sólo las toscas mesas de pino, colocadas alrededor junto á la pared, y los bancos á su lado, tan míseros y rudos como ellas, daban á entender que, si el grandioso edificio era cual conviene á morada donde se glorifica al Redentor del mundo, allí mismo se advertían la pobreza y penitencia que sus moradores se imponen. Tales sacrificios quedaron más á las claras manifiestos cuando poco después del medio día asistieron Babilón y Tristán á la mezquina refacción de los monjes, compuesta solamente de algunas legumbres, y esto como en la mayor parte de los días del año.

Pasaron desde allí á las abovedadas y góti-

cas cocinas, y luego de atravesar el único trozo que habían conservado del primitivo claustro del siglo XII, penetraron por la sola entrada á la sazón abierta, en la románica sala capitular, espaciosa y sólida construcción de fuertes y cruzadas bóvedas, sostenidas por cinco robustas columnas con labrados capiteles, presentando cada uno de ellos distinto dibujo.

Vió después el dormitorio común, pues la nueva costumbre, establecida en los monasterios cistercienses, de las celdas aisladas, no tuvo cumplido efecto en Huerta hasta más tarde, si bien hallábase ya en vías de construcción otro cuerpo de edificio para este fin, rayano con el humilde cementerio de los monjes.

Ocupaba el dormitorio, encima de la sala capitular, un espacioso salón, también abovedado, con estrechas ventanas románicas abiertas en el fuerte muro. Veíanse en dos largas filas, dejando un espacio central para facilitar la comunicación, toscos y escuálidos jergones rellenos de paja, cubiertos por burdas mantas, destinados á servir de lecho á los virtuosos monjes, exceptuando al Abad, que tenía su dormitorio en el piso inferior, pared por medio del claustro, y allí, en parecida y mísera cama, dormía el Señor mitrado de muchos pueblos y caseríos.

Condujeron, por último, á D. Ruy hasta la hospedería, y en su principal estancia pasaron la noche los dos viajeros, después de acompañar á los monjes en la frugal colación que les impone su austera regla.

Asistieron el día siguiente á los santos Oficios en el espacioso templo, que por sus dimensiones, góticas tracerías y adornos, bien pudiera llamarse principal basilica en cualquier cabeza de reino cristiano, y dentro de su recinto contemplaron la tumba del famoso Arzobispo D. Rodrigo Jiménez de Rada, que tomó parte principal en la célebre batalla de las Navas de Tolosa y dejó dicho en su célebre testamento que le enterrasen en Santa María de Huerta, donde yacía en pético sepulcro, descansando éste sobre el lomo de tres leones. En el frente del sarcófago se realza la estatua yacente del Arzobispo, figurando vestir rico traje pontifical, en el que la pequeña mitra, el anillo, el báculo y la amplia túnica se representan con prolijos bordados y rica pedrería.

También delante de la capilla mayor oró Babilón sobre la modesta lápida debajo de la cual se encerraba el santo cuerpo del Abad D. Martín de Fojosa, más tarde canonizado, mientras su virtuosa y esclarecida madre,

Doña Sancha Gómez, viuda del noble caballero D. Miguel Muñoz de Finojosa, que murió en guerra de moros sirviendo en las huestes de Alfonso VIII, yacía detrás de la capilla mayor á pocos pasos de su hijo, aunque fuera de la iglesia.

Enseñóle después el Abad, que lo era entonces D. Juan el III, muchas y famosas reliquias, y entre ellas sobresalían por sus recuerdos, propios del cenobio, el artístico báculo que el santo Martín de Finojosa usó, no se sabe si cuando era Abad del Monasterio de Huerta ó después, siendo Obispo de Sigüenza, y la veneranda imagen de la Virgen con el Niño Jesús, que, según acreditada tradición, llevó el Arzobispo D. Rodrigo en el arzón de la silla mientras duró la batalla de las Navas.

Discurriendo aquella misma tarde por el noble claustro de los caballeros, chocóle á Ruy González ver colocados sobre varias de sus sepulturas doseles de oro y seda de sumo valor y gusto. Hizo notar su asombro al Abad D. Juan, y éste le respondió que allí yacían condes y ricos homes, siendo costumbre que trajesen con sus cuerpos un valioso dosel para colocarlo sobre su tumba, y el caballo ó mula en que viniesen se quedaba para el convento, ó su cama para la enfermería, y habían de

traer una taza ó copa de su aparador para hacer un cáliz ¹.

Con esta relación entró en curiosidad Don Ruy de saber el nombre de los caballeros, condes y ricos homes que en el claustro descansaban, y mostrándose propicio el bueno del Abad á satisfacer su deseo, lo hizo cumplidamente, diciéndole de esta manera:

— Comenzando por el muro correspondiente al Mediodía, en este sepulcro, cubierto por dosel, descansan D. Nuño Sancho *el Noble* y su mujer Doña Marquesa. Fué D. Nuño rico home de Finojosa, muy temido de los moros, y los venció en muchas batallas. Hallóse en el gran combate y cerco de la ciudad de Cuenca por Alfonso VIII, donde hizo cosas señaladas por su ley y por su rey. Todo lo que le cupo en suerte lo regaló á este Monasterio, como es la granja llamada de Albaladejo, la casa de la moneda de Cuenca, y además de esto nos dió 1.500 monacales de oro para construir este lienzo de pared donde está enterrado; murió en 1206.

Aquí, en esta segunda sepultura, después de la puerta del refectorio, yace el noble caballero D. Roldán Pérez de Medrano, y es

1 Según inscripción existente en dicho claustro.

el último sepultado hasta hoy en este claustro, pues murió en el año de 1293.

En ese sepulcro inmediato yace el esforzado D. Nuño Martínez, que fué señalero (Alférez) del Rey Don Fernando *el Santo*, y en numerosos combates y encuentros con los moros mostró este caballero el esfuerzo de su buen corazón é hizo cosas muy notables en servicio de la santa fe católica y de su Rey. Murió en el año de 1263.

En este paño, que corresponde al Oriente, no hay enterramiento alguno.

Aquí, en este otro lienzo de pared, que es el que mira al Norte, y en esta tumba, yace el deán D. Ruselus de Toledo, y en las otras que están cerca de ella dos famosos arcedianos que andaban siempre con el venerable Arzobispo D. Rodrigo, y cuyos nombres son: el del uno Hugo, y el del otro D. Gil Sánchez, los cuales hicieron este paño del claustro y entregaron los libros y ornamentos que fueron del dicho Arzobispo, por mandato de éste y como testamentarios suyos. Murieron en los años de 1256 y 1259.

Aquí al lado reposan D. Gil Ruiz de Montuenga y D. Pedro Jiménez de Montuenga, con otros de esta familia, grandes bienhechores del Monasterio.

Bajo esta otra losa, en el muro del Poniente, inmediata á la entrada de la iglesia y adornada con riquísimo dosel, yace nada menos que el Conde de Molina, D. Almerico, Vizconde de Narbona, hijo del Conde D. Pedro y de la Infanta Doña Sancha, al cual D. Almerico, por no tener descendencia ni él ni su hermano D. Pedro, sucedió en títulos y estados su hermana Doña Sancha Gómez, mujer de D. Gonzalo Pérez; y este caballero también está aquí sepultado, que murió el año de 1245.

Yace en la siguiente el Conde D. Pedro Manrique, hermano de D. Almerico, valeroso Conde que mató al moro Zafra, terrible gigante que medía de ojo á ojo un palmo, y otras figuras muy fuertes, como que no había hombre que con él pelease que no fuera muerto; mas el dicho Conde, encomendándose á la Virgen Santa María de Huerta y ofreciéndole su cuerpo y la dicha torre si mataba á Zafra, ayudáronle Nuestro Señor y la Virgen María; con lo que el buen Conde mató al moro Zafra y regaló la torre á este Monasterio, torre que hoy se llama del Monje, en término de Alarcón, cerca de Villar del Sauce, y añadió á su dádiva la presa con los molinos y la casa con su término y con su capilla de Santiago, que están en la ribera del Júcar, cerca de Cuenca.

Pasó de esta vida el año 1223,¹ y su mujer, Doña Violante, fué sepultada en la tumba inmediata.

En esta otra descansan los cuerpos de tres nobles caballeros, llamados D. Gil Garcés, D. Diego Muñoz, y D. García Muñoz, su hermano, que fueron nietos del generoso señor D. Nuño Sánchez *el Noble*. Estos esforzados caballeros hicieron señaladas hazañas en la guerra durante el reinado de Don Fernando, el conquistador de Sevilla y Córdoba, y se hallaron en muchas batallas que á los moros se dieron. Pasaron de esta vida en el año 1256.

Aquí, y bajo este magnífico dosel, yace otro D. Almerico, Conde de Molina, así como su mujer Ermesinda, Condesa de Narbona, hija de D. Almerico, Duque de Narbona, y también aquí descansa D. Manrique, Duque de Narbona, hijo de los anteriores. Estos señores mandaron fundar un monasterio cerca de Molina, pero luego ordenaron que se trasladase la comunidad á Huerta. Hicieron muchas y ricas donaciones á este convento, y entre ellas la de la dehesa de Arandilla, con sus términos y ermita de Santa María, donde se bautizó un moro muy célebre, llamado el Montesino, el cual, con la gente del rey moro de Valencia,

hacía gran daño en tierra de cristianos. Murió el Conde D. Almerico en 1166.

Bajo este dosel yacen el Conde de Molina, D. Pedro Manrique, y su mujer Doña Sancha, hija del Rey de Navarra y biznieta del gran Ruy Díaz de Vivar, la que casó en primeras nupcias con D. Gaitán, Vizconde del Bearne, de quien no tuvo descendencia, y después contrajo nuevo matrimonio con D. Pedro Manrique, el que murió en 1202.

Terminó su relación el bueno del Abad enseñando á su ilustre huésped, bajo de dos arcos junto á la capilla de Santa María Magdalena, las sepulturas donde reposaban los cuerpos de los ricos homes D. Martín de Finojosa y sus hijos, que murieron en una batalla contra los moros. Estos caballeros fueron los que á sus expensas mandaron construir el gran refectorio, procurando otros muchos beneficios al Monasterio.

Salieron después los visitantes fuera del recinto conventual, y detrás de la capilla mayor vió Babilón un cementerio donde yacían los restos de muchos hidalgos y personas honradas de Almazán, Soria, Molina, Calatayud, Medinaceli y otros puntos, que eligieron para lugar de su descanso las cercanías de la iglesia.

Dió cuenta también el Reverendo Abad á Ruy González de la muy antigua y noble cos-

tumbre que los caballeros hidalgos y ricos homes de toda esta tierra de Castilla y Aragón seguían cuando marchaban á lidiar con los moros ó con otros enemigos, y era que venían á velar, á confesarse, á ordenar sus testamentos y á encomendarse á las oraciones de todos los religiosos con gran devoción, y el Abad y los monjes hacían procesiones y celebraban, en el altar preferido por el caballero, Misa de la Santísima Trinidad, rogando á Dios que le dejase vivir y acabar en su santo servicio, y después, con la bendición del Abad, partía el caballero para la guerra ¹.

Mucho agradeció Babilón, como era justo, el afecto que el Superior le mostraba prestándose con tanta complacencia á satisfacer su curiosidad, quedando á la vez confirmado en su ánimo lo justo de la fama que ya de antiguo alcanzó en todos los reinos españoles el Monasterio de Santa María de Huerta.

1 Toda la descripción del convento y de lo que en él se veía es rigurosamente exacta.





CAPITULO XXIV

Que trata de los asombrosos sucesos que pasaron en Huerta y sus castillos durante el siglo XI.

Cada vez más resuelto Babilón á concluir sus días en aquella santa casa, quiso, antes de manifestar su propósito, inquirir hasta qué punto conservaba la tradición-memoria de las proezas ejecutadas allí y en sus alrededores por su antepasado D. Suero del Valle. Con este designio expuso su deseo de recorrer las cercanías, acompañado de uno de los religiosos más conocedores de la historia y tradiciones de aquellos parajes, á lo que se prestó gustoso el Abad, encomendando esta comisión á un cenobita muy erudito.

Salieron en una de las siguientes mañanas el monje y el caballero, y encamináronse á un castillo que no lejos del cenobio se alza, llamado del Belimbre, compuesto de cuatro to-

reones unidos entre sí por fuerte muralla y ocupando la cumbre de un montecillo aislado por todas partes.

No tardaron mucho en llegar á la empinada cuesta los expedicionarios, y acometiendo la subida, pronto se vieron ante la vetusta porterna; y como no había puente levadizo y no se cuidaban de tener guarnición en el castillo por aquel entonces, abrió la puerta el cenobita, encontrándose los visitantes con una gran explanada cercada por todos los cuatro lados de muros provistos de almenas y caminos de ronda, viéndose en el centro la bajada á un antiguo aljibe y toda la extensión cubierta de altos y salvajes matorrales, demostración bien clara del abandono en que yacía la fortaleza.

Después de visitar todo su recinto, sentáronse el monje y D. Ruy sobre unas piedras del torreón que al Oriente se levanta, y pasó entre ellos el siguiente diálogo:

Babilón. — Gran tristeza se siente al contemplar desierto tan bien trazado castillo; y si á todos corresponde lastimarse de tamaña soledad, mayor es aún la pena de los que fuimos guerreros, por el triste abandono en que se halla el que habrá sido fuerte baluarte cristiano después de su conquista á los infieles.

Monje. — Acertado lo habéis, Sr. D. Ruy;

mas si vuestros patrióticos instintos encuentran aquí ancho campo para dolerse de la pesadumbre ejercida por el tiempo, si conociérais lo acaecido sobre la tierra que os sustenta y entre los pedruzcos que de asiento os sirven ahora, habría de aumentarse y muy mucho vuestro dolor.

Babilón. — Picado habéis mi curiosidad con vuestras misteriosas palabras, y deseo muy de veras que os expliquéis más claramente.

Monje. — Que me place: estadme atento; y como á vuestro linaje toca la presente historia, creo os será de mayor interés mi relato. Lo que voy á contar se refiere á sucesos acaecidos mucho antes de que aquí pensara nadie en erigir monasterio ni casa de oración.

En tiempos en que toda esta tierra era de moros, construyóse por ellos este castillo, el cual les servía, así como todos los que se alzan á la redonda por espacio de muchas leguas, de avanzada y resguardo contra las acometidas de las tropas cristianas, comunicándose sus guar-niciones unas con otras por medio de grandes fogatas, dispuestas de distinta manera, según las señales convenidas. Ya en vida del Rey Don Fernando I, mucho castigo tuvieron los moros de por acá, pues cuentan las historias que aquel gran Rey llevó á cabo una expedición,

hacia el año 1055, pasando á sangre y fuego por esta comarca, y aun dice la tradición que vuestro antepasado D. Suero del Valle acompañóle en esta arriesgada empresa. Mas no estaba de Dios que Don Fernando ni su sucesor Don Sancho, sino el gran Rey Alfonso VI, conquistara á los enemigos de la Fe estas tierras, siendo el brazo que sirvióle para tomar el castillo en que estamos el valeroso y noble de D. Suero del Valle, quien desde hacía poco tiempo disfrutaba la alta y merecida dignidad de rico home.

El hecho sucedió, según las crónicas nos enseñan, del siguiente modo:

Había sido D. Suero, en sus mocedades, señalero en las huestes de un Conde soberano, llamado D. Pedro Páez de Begunte, cargo, como sabéis tan bien como yo, que ninguna familia, por noble y elevada que sea, desdeña para sus hijos, si es el Señor soberano y el señalero principiante en la carrera de las armas.

Con ocasión de grandes discordias, cuya causa ignoro, andaban en lucha el Conde y el Adelantado de Portugal por los Reyes de León Conde D. Men Suárez de Novelas; y sea como fuere, resultó que un día el Conde de Novelas mató á su contrario el de Begunte en presen-

cia del joven D. Suero, y éste, llevado por un arranque de justa cólera, al ver caer muerto á su Jefe, cogió la misma espada asesina y con ella dió muerte al Conde enemigo ¹.

Decidió partir D. Suero del Valle después de su hazaña, pues en ello le iba la vida; emigró del lugar del suceso, que fué el castillo de Nobrega, entre Duero y Miño, y marchó á ofrecer sus servicios al Rey de Castilla Don Fernando I, con el cual, según llevo dicho, cuéntase que acometió la expedición guerrera por estos parajes.

Pasaron veintisiete años desde aquel de la correría del Rey Don Fernando en 1058, al de la toma por Don Alfonso el VI de Medinaceli y toda esta región en 1085, y en este último año apareció al frente de gran golpe de hombres de armas D. Suero del Valle, ya rico home, por estos contornos.

Entonces, no sólo existía aquí este castillo, sino también otro pequeño, que aun hoy se llama el de Huerta, más hacia la raya de Aragón, y en medio de los dos fuertes un pueblo bastante crecido, llamado Villa-Huerta, provisto de buenas murallas, y en el mismo sitio en que ahora se hallan el Monasterio, sus veci-

¹ *Nobiliario de Barcelos y notas del Marqués de Montebelo.*

nos huertos y tierras colindantes, habiendo servido las piedras de los primitivos muros para elevar la casa de oración.

Llegó D. Suero al frente del pueblo y sus castillos, según se cuenta, en una obscura noche, y sin más dilación, y al toque de bocinas y atambores, que por ser muchos y sonando todos á la vez sembraron la alarma entre la morisma, dióse principio al asalto y á la defensa con gran coraje y ardimiento, resultando que, al alumbrar el nuevo sol la sangrienta lid, ésta tenía lugar ya en las calles, por haber escalado los muros gran parte de la tropa cristiana.

Fueron vencidos y deshechos los infieles como á cosa del mediodía, siendo grande la mortandad de unos y de otros.

Mandó D. Suero del Valle suspender el ataque de este castillo, cuya guarnición era la sola que aun se resistía, por haber sido tomado ya el otro fuerte, con la sana idea de ver si ante la victoria de los cristianos se amedrentaban los rudos corazones de la hueste aquí encerrada y dábanse á partido; mas nada consiguió D. Suero por este medio, siéndole preciso volver al asalto, único sistema que servía con gente tan arrogante y valerosa.

Tenía el Gobernador moro, según la tradi-

ción cuenta, una hija de singular hermosura, llamada Zulima, á la que guardaba y quería extremadamente, y dicen que la mora merecía tal preferencia, no sólo por las dotes del cuerpo, sino aun mucho más por las del espíritu, pues era tan discreta como hermosa y tan entendida como discreta.

Súpolo D. Suero, y, con la galantería propia de su hidalga condición, envió antes del asalto un mensaje al alcaide ofreciéndole seguro asilo para su hija, con el fin de que no corriera peligro alguno durante el rudo encuentro que se preparaba.

Contestóle el Gobernador, diciendo que, pues su hija llevaba en las venas noble sangre almoravide, era deber de su misma nobleza no esquivar el peligro, y menos á la sazón, en que á todos alcanzaba grave riesgo de morir, único azar al que también ella se exponía, pues en cuanto á su virtud, sabría defenderla aunque quedase sola entre mortales enemigos.

Tan arrogante respuesta no dejaba lugar á nuevos intentos de cortesía; dióse, pues, la orden del último asalto, y como en el primero, si bien á dura costa de mucha sangre derramada, quedó la victoria por los cristianos, y muertos en la pelea el Gobernador y gran número de moros.

Quedó Zulima sola en el mundo, sin más amparo que el cristiano auxilio, y no le faltó éste, aunque mejor hubiera sido no habérselo otorgado, por las desgraciadas consecuencias que produjo la cariñosa protección concedida.

Y fué el caso que, una vez pacificada la comarca, concedió Alfonso VI á D. Suero del Valle el señorío de Villa-Huerta por juro de heredad, pues bien lo había ganado, decidiendo en su consecuencia D. Suero establecerse aquí, como lo hizo, para lo cual recompuso y aun aumentó cuidadosamente las murallas y fortificaciones, construyó un nuevo fuerte al otro lado del río Jalón y pasó algunos años en su nuevo señorío, si bien haciendo excursiones guerreras cuando se lo mandaba su natural Señor Don Alfonso VI.

Vivía mientras tanto Zulima en el castillo, tan respetada y libre como si fuera principal miembro de la familia de D. Suero; y como éste, á pesar de ser ya de más de cuarenta años de edad, era aún de arrogante figura, noble y cortés caballero, valiente en las armas, discretísimo en el hablar, generoso y entendido en todo, sucedió que poco á poco fué aficionándosele la mora, al extremo de acabar en loca pasión lo que comenzó por secreta simpatía.

Si lo supo ó no el buen caballero es cosa no averiguada, aunque suele decirse que los sentimientos de amor rara vez quedan tan escondidos que no logre ponerlos al descubierto quien los inspira; pero por entonces andaba ya D. Suero locamente enamorado de la que luego hubo de ser su mujer y era hija de un señor cuyo castillo distaba muchas leguas de Villa-Huerta.

Dificultades que desconozco pusieron obstáculo á la boda hasta años después, y durante este tiempo, ni el cariño de los dos amantes disminuía, sino al contrario, ni el desgraciado y secreto amor de la mora sufrió mengua alguna; mas su fuerza de voluntad y su nativo orgullo impidiéronle manifestar la causa de su profunda tristeza.

Llegó al fin el día en que, rotas las dificultades, alcanzó D. Suero el premio de su constancia uniéndose con gran pompa y aparato á la elegida de su corazón, y en aquel mismo instante dió comienzo el prólogo de la tragedia que año y medio después había de ensangrentar este castillo en que estamos y el mismo torreón que nos cobija. Verificado el casamiento en tierra de la noble esposa, trajo aquí Don Suero á la nueva castellana, siendo recibidos los recién casados con grandes festejos y

demostraciones de cariño por cristianos y moros, pues debo advertir que D. Suero otorgó completa libertad en sus hábitos y creencias á los hijos de Mahoma que aquí permanecieron después de la conquista, como sucedió con Zulima, la cual nunca quiso hacerse cristiana.

Calló ésta su desesperación, pero volvióse aún más triste y meditabunda, y así pasó el primer año y la mitad del segundo después de la boda, hasta que llegó el momento de la tremenda catástrofe.

Habitaban los esposos, con un tierno niño, fruto de su unión, llamado D. Sesnando, en este castillo del Belimbre, teniendo en el primer piso de esta torre su residencia; y una noche, sin que nada hiciera presumir lo que iba á suceder, oyóse de pronto en lo alto del torreón de enfrente, donde vivía la mora, á eso de la una de la madrugada, la fatídica voz de ¡fuego! lanzada por Zulima, que mostraba en sus ademanes profundo terror.

Y no mentía, porque el incendio era terrible; negras columnas de espeso humo, seguidas de fuertes llamaradas, envolvían al pueblo.

Comenzaron á oirse voces de socorro, imprecaciones, ruegos, gritos de terror, acentos de angustia por todos lados, junto con el silbido del vendaval, cual si pretendiese tomar

parte activa en la terrible catástrofe; y ante lo grave de la situación, vistióse D. Suero precipitadamente y salió á dirigir los difíciles trabajos para dominar el pavoroso elemento.

De poco ó nada servía la proximidad del río Jalón y sus acequias, por los árabes construídas, ante los progresos que había alcanzado el aterrador incendio, aumentando la dificultad de dominarlo lo obscuro y tempestuoso de la noche y el furor del huracán, que avivaba las llamas con su devastador empuje.

Luchóse, sin embargo, con todas las fuerzas de la desesperación, y al asomar la aurora quedó extinguido el incendio, á costa de muchas viviendas destruídas y de algunos paisanos muertos entre los escombros humeantes.

Volvió á subir triste y pensativo D. Suero la cuesta que aquí conduce, hondamente preocupado por la extensión del desastre, pero bien lejos de sospechar hasta qué punto llegaba su desgracia.

Mas al recorrer las habitaciones donde creía hallar esperándole á su idolatrada mujer, quedóse sorprendido por el silencio que en ellas reinaba. Llegó precipitadamente á la alcoba, acercóse al lecho, y un horroroso grito salió de sus labios al ver á su dulce compañera tendida asesinada y lleno de sangre su blanco

seno, sobre el cual aun sobresalía el mango del alevoso cuchillo homicida.

Loco de dolor y ardiendo en deseos de venganza, al cerciorarse de que aquella alma tan querida había abandonado ya su preciosa envoltura, salió de la estancia gritando y llamando á sus más fieles súbditos, y poco después rodeaban al Señor muchos de ellos, suspensos y afligidos ante lo inaudito del horrible crimen.

Dióse estrecha orden de guardar todas las avenidas del fuerte, para que no pudiera escapar el asesino, jurando en voz alta D. Suero que su venganza iba á ser tan terrible como infame y traidora fué la culpa; mas aumentóse su desesperación, si aumento cabía en su pena, al notar que su hijo Sesnando había desaparecido.

Una atroz sospecha cruzó entonces por la mente del castellano, y para certificarla echó á correr como un loco, atravesó este patio y subió á escape las escaleras en espiral del torreón donde tenía Zulima su morada. Llamó á grandes golpes en la puerta cerrada de su estancia; pero en vano esperó la respuesta, y fácil hubiera sido el creer que allí no había nadie, si no fuese porque el grueso pasador de madera estaba corrido por dentro.

Púsose ansioso á escuchar, hasta que oyó los

débiles lamentos de un niño, de su adorado hijo, á quien tenían allí preso, y entonces su primer impulso fué el de forzar la puerta, valiéndose del hacha de combate que llevaba al cinto; mas la reflexión de que su arretrato podría ser la sentencia de muerte del inocente D. Sesnando contuvo su impaciencia, y aquel hombre, que acababa de recibir tan rudo golpe y cuya mente no acariciaba sino proyectos de venganza y de inauditos castigos, logró acallar sus instintos y encubrir bajo una máscara de dulzura y mansedumbre la ira implacable de que estaba dominado. Transformando de pronto la expresión de su cara y el acento de su voz, D. Suero llamó á Zulima como se llama á un sér querido ajeno á nuestra desgracia. Le rogó dulcemente que saliese, porque su presencia le era necesaria en aquel triste trance de su vida; y tal expresión de cariño y de tierno interés supo dar á sus palabras, que acabó por conseguir con la astucia lo que nunca hubiera alcanzado de malos modos, y fué el ver con salvaje alegría abrirse la puerta y aparecer en el umbral la airosa figura de la mora.

Verla, trocarse otra vez en fiera rabia sus apariencias de dulzura, y, dando un espantoso grito, apartarla con tan violento empuje que

la hizo caer, todo fué cuestión de un segundo.

Saltó en seguida como furioso león por encima de su cuerpo, y un momento después volvió á salir triunfante con el asustado niño entre los brazos; pero ¡cosa extraña! la mora había desaparecido como por arte diabólico.

Buscáronla todos y por todas partes, pero sin resultado alguno; y ya desesperaban de encontrarla, cuando de pronto oyóse ahí arriba, en lo más alto del torreón en que estamos, la voz airada de la mora que llamaba á D. Suero. Éste, que junto al aljibe dirigía las pesquisas en su busca, alzó la mirada, y oyó estas atroces expresiones:

—“No busques, D. Suero, al asesino de tu mujer; el asesino soy yo, y si mil veces pudiera matarla, mil veces lo haría. Y no intentes tampoco el castigo de mi culpa; porque si yo me vengué en tu mujer de tus desdenes, ahora me corresponde ahorrarte la venganza y que se cumpla mi aciaga suerte.”

Y sin añadir más palabras, subióse sobre una almena, y arrojándose del torreón abajo por la parte que da á la campiña, quedó su cuerpo destrozado entre las piedras.

Así se consumó la sangrienta catástrofe; mas los ocultos juicios del cielo han permitido que desde aquella fecha, en las noches más

tempestuosas y oscuras, se presente una blanca imagen, iluminada por luz sobrenatural, que baja desde este castillo y torreón al inmediato río. Allí dicen los pastores que permanece como por espacio de diez minutos la sombra de Zulima, procurando borrar con el agua corriente una gran mancha de sangre que le cayó en un pie al cometer el asesinato, sin que jamás haya alcanzado disminuir aquel padrón de su culpa. Y también se ha notado que, como anuncio de la aparición del espectro, se ve, noches antes, correr por estos contornos una luz misteriosa cruzando río, acequias y toda clase de obstáculos tan velozmente, que nadie podría seguirla, si alguno á ello se atreviera.

Afirma la tradición que D. Suero cobró horror á Villa-Huerta y sus fuertes, y que en los últimos años del reinado de Alfonso VI devolvióle el señorío.

Desamparado el pueblo y ruinosas las fortalezas, no sólo por la acción del tiempo, sino también á causa de otros desastres, se convirtieron estos montes en lugar de caza y recreo de los reyes de Castilla; y Alfonso VIII, á poco de subir al solio, ya mediado el siglo XII, trasladó aquí la Comunidad de Religiosos Cistercienses, que desde Alfonso VII habitaba á pocas

leguas, en el Monasterio de Cantabos, siendo el primer Abad de la fundación Rodolfo, y el que primero gobernó en Huerta el siguiente, llamado Blasco, ó Velasco. Y como la fábrica del Monasterio se levantó sobre las ruinas del pueblo de Villa-Huerta y se puso el santo cenobio bajo la advocación de la Virgen María, cambiósese su primitivo nombre por el de Santa María de Huerta.

Por último, después de abandonar esta comarca para siempre D. Suero del Valle, llevándose á su tierno hijo D. Sesnando, se perdió la huella de su existencia, pues desde entonces nada se ha sabido de su restante vida ni de su muerte, y sólo hay noticia de que Don Sesnando fundó el Monasterio de Oliveira en tierra lusitana, que casó y que de él descende vuesa merced, así como D. Martín Sánchez Espada, cuya hija Doña Estebaína se unió en matrimonio con vuestro hermano D. Fernán González.

Calló el buen religioso, terminada su narración, y juntos ambos, bajaron silenciosamente la cuesta del castillo de regreso al convento, cada vez más decidido D. Suero á trocar en él su espada y armadura por la cogulla del monje.



CAPITULO XXV

De la santa vida y cristiana muerte del Padre Félix
en Santa María de Huerta.

Llegado al fin el día que Babilón creyó á propósito para realizar sus aspiraciones, que fué el 12 de Octubre, en que se celebra á Nuestra Señora del Pilar, presentóse al Superior después de los Oficios, sin arma alguna, ni cota, ni nada que trascendiese á traje de guerrero, pues iba vestido de sayal burdo, y le habló de este modo hincando una rodilla en tierra:

— Desde hoy, señor Abad, no ha de ver en mí vuestra señoría al caballero D. Ruy González, que este señor para siempre ha muerto, y quien viene en su lugar á postrarse á vuestros pies es un humilde pecador arrepentido y ansioso de consagrar lo restante de su vida, larga ó corta, á Dios Nuestro Señor en este santo Monasterio. Vuestra señoría ha de apre-

ciar, para aceptarme como novicio, no mis méritos, que no tengo ninguno, sino mis deseos y propósitos de cambiar totalmente de vida y profesar, si Dios me lo permite.

Quedó tan admirado como contento el Abad D. Juan al oír tales palabras, pues la posición del noble caballero en el mundo era de las que más incitan á no apartarse de sus placeres; pero como el noviciado sirve para probar la vocación, admitióle en seguida como á tal, si bien las ceremonias usuales en tales casos no se verificaron hasta unos días después.

Asistieron á su celebración la comunidad entera, todos los dependientes del Monasterio y el bueno de Tristán, de quien parece ser que, no habiendo sentido la vocación suficiente para vestir la cogulla y deseando no apartarse de su señor, prefirió aceptar el puesto de administrador del convento en una dehesa próxima, llamada la Granja de Arriba, donde casó, y habiendo abandonado para siempre la carrera de las armas, fué olvidada su descendencia, si es que la tuvo.

Después de cumplirse el año de noviciado profesó solemnemente Babilón, cambiándose el nombre, como hacen los monjes cistercienses, y desde entonces quedó convertido en el Padre Félix.

Aquí pudiéramos dar fin á esta larga historia, si no fuese porque, según piadosa tradición del Monasterio, fueron tantas las austeridades y penitencias que el buen Padre se impuso, y tan ejemplar y digna de eterno recuerdo su gloriosa muerte, que nos hemos de permitir llenar el último capítulo de este libro con la relación de sus postreras acciones y palabras, para instrucción y modelo de los que ponen juiciosamente su esperanza en la otra vida.

Aun vivió Ruy González como una docena de años en el Monasterio, edificando á todos los monjes por el fervor de su devoción y el exacto cumplimiento de todos los deberes que la estrecha Orden impone. Muchas veces procuró el Capítulo nombrarle su Abad; mas como por respeto se lo manifestara de antemano, tantas congojas y señales de pena le producía el solo anuncio de su elección, que por no aumentar su desasosiego nunca fué elegido para ninguno de los primeros cargos. Recibió siempre con manifestaciones de júbilo y gratitud la obscuridad humilde en que le dejaban, pues, como él decía: — Si á D. Ruy González le agradaron los honores y preeminencias que con tan extraordinaria profusión obtuvo, al Padre Félix, por lo mismo que ya conoce la vanidad de todas esas tan mezquinas glorias, sólo le puede satis-

facier el apacible estado de los últimos puestos.

Hasta que una noche, al llegar la hora de maitines, que en todos los conventos de la Orden del Cister se celebran á la una de la madrugada, pudo más el estado enfermo de su cuerpo que la energía de su voluntad en la despiadada lucha que hacía ya meses venía sosteniendo su fervor religioso con la debilidad de su ya vencida naturaleza.

Y como después de varios esfuerzos para levantarse se convenció de su imposibilidad física, esperó con gran paciencia á que terminaran los rezos conventuales, acompañándolos *in mente*, para llamar á un compañero y rogarle que avisase al Abad, que lo era entonces Fray Martín de Aranda, pues deseaba verle.

Llegó éste junto al mísero jergón, y entonces Fray Félix, con algo de fatiga, pero con la inteligencia más despierta que nunca, le habló en estos términos, después de besarle humildemente las manos:

— Nuestro Señor, Padre mío, ha dispuesto, en su infinita sabiduría, trocar la severidad de su justicia por las gracias de su misericordia para conmigo, humilde pecador. Y digo esto porque, á pesar de mi insuficiente penitencia, me ha juzgado digno de que se concluya mi peregrinación en este mundo. Sé que voy á

morir, y experimenta mi espíritu gran alegría; porque si no me creo, ni con mucho, digno de alcanzar el cielo en derechura, tengo la esperanza, pues Dios es servido llamarme y yo le adoro y confieso y á su divina bondad me acojo, de que no ha de permitir que mi alma se condene, y más pronto ó más tarde me llamará á su lado para gozar de su inefable presencia por toda la eternidad.

Un supremo favor os he de pedir, señor y dueño mío, y espero que me lo concedáis, pues es el último y el que más agrada á mi deseo. Para después de mi muerte, si por acaso hubiese pensado vuestra señoría en señalarme sepultura aparte con lápida ó inscripción, le suplico me haga el especial favor de renunciar á tal idea y se sirva mandar me entierren como cualquier monje en el cementerio común.

También os pido que mi armadura se descomponga, acudiendo con su importe á las atenciones del Monasterio, y que cuanto he traído se venda para aplicarlo á buenas obras, sin indicar de quién procede.

De este modo sólo vivirá mi recuerdo mientras dure la existencia de mis actuales y queridos hermanos, y después, conforme á mi última voluntad, quedará borrada para siempre la memoria de mi paso por el mundo, como lo

exigen los extravíos de mi vida y lo inútil de mis vanas acciones.

Calló el P. Félix, y le contestó el Abad, enterrecido por la buena disposición que mostraba aquella alma próxima á comparecer ante el tribunal del Señor, prometiéndole cumplir al pie de la letra todos sus deseos.

Pidió el enfermo confesión y comunión, recibiendo el Santísimo Sacramento con regocijo espiritual superior á todo encomio, y aun vivió otros dos días, durante los cuales, á pesar de sus frecuentes desmayos, cuantos más quebrantos sufría en la carne, mayor satisfacción experimentaba su espíritu.

Con pasmosa lucidez conversaba con sus compañeros en cuanto se lo permitían sus quebrantadas fuerzas, y de sus labios recogieron los afligidos monjes las siguientes piadosas consideraciones, que después se han transmitido de generación en generación, gracias á la fama de santidad que el P. Félix ha dejado en el convento de Santa María de Huerta.

—La hora de la muerte—les decía— para el fervoroso creyente es la más afortunada, y para el incrédulo la de mayor desdicha; y así debe de ser y es de razón que sea, representando este supremo trance para los fieles el cumplimiento de sus aspiraciones, y para los descreídos el fin

de toda vida, ó lo que es peor, la entrada en la para ellos tenebrosa y desconocida eternidad.

No es posible, hermanos míos, conservar la paz y alegría en los últimos instantes en que ahora me veo, sin la fe, que ilumina las espantosas tinieblas de la vida en la muerte, y sin la esperanza en una infinita y todopoderosa misericordia.

Todos necesitan de la divina gracia para salvarse, porque lo infinito del premio es siempre superior á los merecimientos del hombre; pero ¡cuánto más deben pedir misericordia y perdón aquellos que, como á mí me pasa, han vivido y gozado por largo tiempo en medio del mundo, lleno de pasiones el corazón, de anhelos el ánimo y sin acordarse apenas del verdadero fin para que el alma ha sido creada!

Salí de Castilla joven, animoso, en busca de aventuras, con ensueños de gloria y de ambición. Favorecióme la suerte en Viena y en Bizancio, y ceñí el laurel de la conquista en Erzerum y en tierra de Babilonia. Obtuve honores soberanos, gocé de la vida, de la riqueza y de todas las satisfacciones anheladas por mi arrogante fantasía. Y de tanta humana gloria ¿qué me resta hoy, hermanos míos? Solamente la necesidad imperiosa de pedir misericordia al cielo y perdón á los hombres.

Dichosos aquellos de vosotros que conocéis solamente el hogar donde nacisteis, los aposentos de este monasterio y los campos y montes que le rodean. Las engañosas vanidades del siglo no lograron nunca arrebatarse la paz de vuestra alma ni el reposo de vuestra conciencia.

¡Dichoso también yo, si en vez de atravesar las tierras y los mares con la espada en la mano y el orgullo en el corazón, guarecidos el cuerpo y la cabeza por la cota y el casco, hubiera enarbolado la cruz en la diestra y vestido el tosco sayal, ardiendo el pecho en generosas y caritativas ansias de convertir infieles!

¡Y cuán equivocados son los juicios del hombre! Alaba, ensalza y ennoblece al conquistador de tierras y países, como si tan sangrienta faena, aunque alguna vez beneficie á la humanidad, no trajera siempre desgracias y pesares en pos de sí, y en cambio olvida y desdeña al humilde y escondido misionero que conquista las almas sin dejar rastro alguno de aflicción, sino al contrario, amor y alegría por todas partes.

Yo he sido aclamado y vitoreado por mis triunfos como el que más; yo fuí tan celoso guardador de mis fueros, que á todos mis subordinados impuse la más estricta y severa

obediencia; consideró mi orgullo la grandeza adonde llegué como justo homenaje debido á mis méritos, y no al concurso de los que me acompañaban, y ahora reconozco la inutilidad de mis victorias, el exceso de mi autoridad y la injusticia de mi soberbia.

Y como, á pesar de todos mis esfuerzos, no podría ya enmendar los yerros cometidos en mis largas correrías, sólo me resta pedir perdón á los que ofendí, y á Dios suplico que permita llegar á los oídos de todos ellos estos afañes de mi alma, que reconoce sus extravíos pasados y las ofensas que cometió.

Sólo considero aprovechado en mi pasada vida el tiempo transcurrido desde mi profesión en este santo cenobio, porque entonces renunció mi voluntad para siempre á todo lo que el mundo llama felicidad, gloria ó bien terreno, siendo sólo fugaces y engañosos beneficios.

Así ahora se funda mi esperanza: lo primero, en la divina bondad; después, en las voluntarias aunque sobrado pequeñas expiaciones que llevo cumplidas en este retiro; y últimamente, en mi total arrepentimiento de todas las culpas pasadas y el ardiente anhelo que experimenta mi alma de perdonar á los pocos que me ofendieron, y pedir humildemente olvido de mis daños á los muchos á quienes ofendí.

Con tan discretas y tiernas reflexiones avivaba el buen P. Félix su fervor y el de sus queridos hermanos hasta unas horas antes de la muerte, en que un misterioso aviso le anunció su próximo fin, y fué un aldabón situado cerca del dormitorio que, conforme á piadosa tradición en los conventos cistercienses, avisaba el tránsito final de un religioso dando espontánea y sobrenaturalmente tres aldabonazos, lo cual se verificó entonces, y al oírlos elevó al cielo la mirada, se alumbraron sus ojos como por un destello divino y quedó absorto largo rato, adquiriendo su enflaquecido semblante tal expresión de alegría, de fervor y de anhelo, que semejaba hallarse frente á una sublime y celestial aparición.

Luego, con voz clara y acento dulcísimo recitó las últimas oraciones de los moribundos, hasta que, sin congojas ni señal alguna de sufrimiento, y como el inocente niño se recoge y duerme en el regazo de su madre, así reclinó la cabeza sobre la cruz que tenía entre las manos, lanzando el último suspiro aquel hombre sorprendente, conquistador de pueblos y señorios, árbitro de príncipes y favorito de la victoria en otros tiempos, y á la sazón gozoso de abandonar el mundo, olvidado de los hombres y en la gracia de Dios.

Trasladaron su cuerpo á la románica y severa capilla *De profundis*, en donde á las fervorosas salmodias de los frailes uniéronse muy pronto las plegarias y bendiciones de los caballeros y aldeanos de toda la comarca, que acudían á besar el hábito del ejemplar y caritativo religioso; y entre todos los entristecidos asistentes destacábase un hombre que, al pie del féretro, semejaba la estatua del dolor. Á sus ojos, extraordinariamente encendidos, acudían amargas y silenciosas lágrimas, y de lo más profundo de su pecho brotaron entrecortadas frases de tiernísima y conmovedora despedida.

Era alto, fornido, de marcial aspecto y distinguido porte, mas el peso de los años marcaba con profundos surcos en su atezado rostro el inexorable sello del tiempo, mientras que una orla de cabellos blancos guarnecía su desnuda cabeza.

Vestido con extraña armadura, se apoyaba en un mandoble que ya en sus manos más parecía báculo de sostén que hierro avasallador.

— ¡Señor!..... ¡Compañero!..... ¡Padre!.....— decía entre sollozos, y besaba la cruz del mandoble con tan profundo respeto, tan expresivo cariño y tan reverente devoción, que descubrían ser para él casi una reliquia la ruda espada de dos manos.

Así pasaron horas y más horas, todas las del día y todas las de la noche, y siempre aquel centinela de honor permanecía junto al féretro del P. Félix. Llegó el momento de cumplir la última voluntad de Babilón y el último deber de los cristianos: fueron á levantar el cadáver, y en aquel punto desplomóse el hombre de hierro sobre el ataúd como roble que se desgaja al ímpetu del huracán. Acudieron todos en su auxilio; le desnudaban de las armas, le atendían con filial solicitud, gritando:—¡Pobre Tristán; cuidarle mucho, para que, viviendo, nos hable de su señor, del venerable P. Félix!—No estaba muerto: latía su corazón; pero al caer había quebrado por mitad el mandoble, testigo de su inquebrantable fidelidad.

Cumpliendo exactamente su palabra empeñada, mandó el Abad que sepultasen el cuerpo de Babilón en tierra y dentro del cementerio común de los monjes, que se hallaba en el huerto hoy llamado de los Olmos, y detrás del altar mayor de la iglesia.

Cuéntase que mientras vivió el fiel escudero apenas hubo día en que no se acercase á orar sobre la tumba de su señor, marcada solamente por un montón de tierra y una cruz; y aun cuentan que alcanzó el especial permiso de que á su lado le enterraran.

Corrieron los siglos, borrando todo rastro de la humilde fosa; y si aun hoy dura el recuerdo de Babilón, débese en primer término á la solitud de los cenobitas sus hermanos, que, al consignar en sus anales y cronicones la vida azarosa y cristiana muerte del legendario guerrero, salvaron su nombre de las injusticias del olvido.

FIN





ÍNDICE

	PÁGS.
PRÓLOGO.....	3
— PRIMERA PARTE. — Lejos de la patria.	
CAPÍTULO I. — En el que se trata de la extraña manera como se presenta el protagonista de nuestra historia.....	9
— II. — De cómo conduce el narrador á sus oyentes desde Burgos á Viena y les da conocimiento de las empresas guerreras que acometió por el camino.....	23
— III. — En que describe el desconocido viajero los felices años que pasó en Viena y las desdichadas aventuras que á Constantinopla le llevaron.....	37
— IV. — Donde cuenta lo que le ocurrió en Bizancio y las razones que tuvo para marchar al Asia..	53
— V. — De lo que le pasó en Trebisonda y en el camino de la gran Armenia, hasta llegar á Paipert..	75
— VI. — De cómo salvó á la encantadora Olinda, con los sucesos acaecidos hasta dar vista á Erzerum.....	91
— VII. — De las inauditas aventuras que le pasaron en la cima del Kop-Dagh, y otros interesantes sucesidos.....	111
— VIII. — En que se describe el asalto y toma de Erzerum y los principios del nuevo señorío.....	125
— IX. — Que trata del gobierno de D. Ruy González en Erzerum y demás noticias y sucesos interesantes.....	141
— X. — Donde continúa el Señor de Erzerum manifestando lo que allí pasó hasta acercarse el fin de su soberanía.....	163
— XI. — Que pone de manifiesto el conjunto de desgracias y traiciones que dieron fin al mando de nuestro héroe.....	179

CAP. XII. — Que trata de los grandes riesgos y fatigas que sufrieron D. Ruy y sus acompañantes hasta salir de la gran Armenia.....	195
— XIII. — De la increíble traición de los griegos, que acabó con su providencial castigo, y de la continuación del viaje hasta Mosseib.....	213
— XIV. — Que cuenta lo que le pasó con el Señor de Mosseib, y el gran peligro de que se libró antes de llegar á Babilonia.....	229
— XV. — Que comienza describiendo las ruinas de Babilonia y acaba con la gran victoria del guerrero castellano.....	245
— XVI. — De cómo Babilón decide su regreso, y la curiosa aventura de los ladrones, con los demás pormenores del viaje, hasta dar vista á Alepo, en Siria.....	263
— XVII. — De la provechosa empresa llevada á feliz término por Babilón en favor del ejército de Baidú, y de la ingratitude con que le pagaron.	279
— XVIII. — En que termina el audaz viajero la relación de sus arriesgadas aventuras.....	293

SEGUNDA PARTE. — En Castilla.

CAP. XIX. — En donde refiere D. Ruy circunstanciadamente su linaje y familia, amén de sus propósitos..	309
— XX. — Se ocupa de la marcha de Babilón al castillo de su sobrino, y de lo que allí pasó.....	321
— XXI. — En que se describen las cortes de amor celebradas en el castillo de D. Pedro del Valle....	333
— XXII. — De lo que sucedió en el castillo hasta la partida de D. Ruy.....	351
— XXIII. — Del viaje de D. Ruy á Santa María de Huerta y de lo que vió en su famoso Monasterio...	363
— XXIV. — Que trata de los asombrosos sucesos que pasaron en Huerta y sus castillos durante el siglo XI.....	377
— XXV. — De la santa vida y cristiana muerte del Padre Félix en Santa María de Huerta.....	393













VALLE Y
SERRANA

VIAJES
HAZAÑAS Y
AVENTURAS

G 22153